23216

MARTÍ

Nuestra América

SEGUNDA PARTE

HABANA
IMPRENTA Y PAPELERIA DE RAMBLA Y BOUZA
OBISPO 33 Y 35
1910

VOL. IX

F1408
M3
v.9

1020085197

Para el gral Reyes, patriota y valiente de tu admirador
Ignacio Mariscal

Berlín Dbre 1910

MARTÍ

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L.

MARTÍ

NUESTRA AMÉRICA

SEGUNDA PARTE

VOL. IX

GONZALO DE QUESADA,
EDITOR

HABANA
—
IMPRENTA Y PAPELERIA DE RAMBLA Y BOUZA
OBISPO NUMEROS 33 Y 35
1910

8044

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L.

86-5
M
F 1408
M3
V. 9

No ha transcurrido un año desde que se publicó el volumen VII de las obras del Maestro, con el título "Nuestra América", en el cual reuní cuanto, hasta entonces, había conseguido de lo mucho escrito por José Martí sobre las tierras y los hombres del hispano Nuevo Mundo. En aquellas páginas faltaban—como faltarán en éstas—hermosas producciones, reveladoras del entusiasta cariño por las repúblicas hermanas y de su fe inquebrantable en el brillante futuro de la raza.

El presente—segunda parte de "Nuestra América", que constituye el volumen IX de las obras del Maestro, — se ha acopiado en los últimos seis meses. En la tarea han colaborado, secundando mis pesquisas, el bardo José Joaquín Palma, su hermano en la lira y en la patria, enviándome el único ejemplar que acaso exista del folleto "Guatemala", y despojándose de él para que lo incluyera en esta colección; Alfredo Zayas, dispuesto siempre á contribuir á todo lo que tienda al auge de la cultura cubana, quien, como Presidente, entonces, de la Sociedad Económica de Amigos del País, me proporcionó modo de obtener los artículos tomados de los números de "La América" que se guardan en los anaqueles de esa benemérita institución; Domingo Figarola y Caneda, el activo y erudito Director de la Biblioteca Nacional; su compañera, que ama á nuestra tierra como á la suya; y—como siempre—en Cuba, Gonzalo Aróstegui, que no ha escatimado esfuerzo en apoyarme, y aquí el joven José Francisco Campillo, compartiendo conmigo el fervoroso culto por el genial americano. ¡Conforta, en verdad, regis-

trar sus nombres; ello compensa el desaliento que pudiera traernos la indiferencia de los que poseen y no dan, de los que pueden y no hacen!

De éstos no es tampoco su otro hermano poeta, Juan de Dios Peza. Le pedí que buscase algo de lo que dejara el Maestro en su luminoso paso por México, y su contestación fué regalarme la colección completa de "La Revista Universal", que guardaba como cofre lleno de atesorados recuerdos de la época en que ambos bregaron por nobles ideales con el ardoroso empuje de juveniles ilusiones.

¿Hanse realizado esos ideales en cuanto al desenvolvimiento político y económico de la América latina? ¿Los problemas tratados por Martí subsisten aún? ¿Las relaciones entre el hombre del Norte y el hombre del Sur hanse modificado, ó hay que abrigar los mismos temores de hace un cuarto de siglo? Nuestros pueblos, y Cuba especialmente, ¿han escuchado sus consejos previsores?

En breves párrafos no se puede contestar esas y otras muchas preguntas que suscitan la lectura y meditación de este libro; sería la magna empresa de un observador y juez, como él, tras examen vasto, minucioso y profundo, después de un análisis imparcial de cada uno de los países ibéricos del Continente. Empero, sí se puede proclamar que mucho se ha progresado y que es de esperar que mucho se logrará todavía; pues aunque, desgraciadamente, unos pocos no han abandonado aún la estrecha y fatal vía de las pasiones y de las revueltas, algunos alcanzan ya esa personalidad suficiente y decorosa ansiada por él para todos, y hay ya naciones que han llegado adonde el previsor sagaz quiso contemplarlas con su profética y amable visión.

Para las últimas, los Estados Unidos y el Universo entero guardan respeto. ¡Sólo lo goza quien lo merece! Para las demás, que aspiran, pero

han quedado rezagadas ó débiles, se ha de creer en las siguientes palabras sinceras, en ocasión solemne pronunciadas:

"Nosotros no queremos otras victorias que las de la paz; ningún territorio, excepto nuestro territorio; ni ninguna soberanía, excepto la soberanía sobre nosotros mismos. Consideramos la independencia é idénticos derechos del miembro más pequeño y débil de la familia de las naciones, tan dignos de respeto, como los del más grande imperio, y la observancia de ese respeto como la principal garantía del débil contra la opresión del fuerte. No pretendemos, ni deseamos otros derechos, privilegios ó favores, que no concedamos libremente á toda república americana. Deseamos aumentar nuestra prosperidad, ampliar nuestro comercio, crecer en riqueza, sabiduría y espíritu públicos; pero nuestro concepto del verdadero modo de realizar esto no es echar abajo á los otros y aprovecharnos de su ruina, sino ayudar á todos los amigos á una común prosperidad y un crecimiento común, para que todos lleguemos á ser, juntos, mayores y más fuertes". (*)

En lo que nos toca tan de cerca, pudiera el pesimismo turbarnos y entristecernos. ¡Se espera tanto para lo que nos atañe! Y al recorrer estas páginas comprenderemos cuanto podríamos haber hecho; cuanto queda por hacer para modificar nuestros heredados defectos y regenerar nuestra patria! No hay un solo trabajo de los compilados en sus obras que no nos avise de un peligro; que no nos proporcione una enseñanza; que no nos indique el medio de la salvación. Diríase que Martí nos está hablando hoy, lo cual no es de extrañar, puesto que él no escribía para "tratar de los pequeños incidentes po-

(*) Discurso de Elihu Root, Secretario de Estado, en la Conferencia Panamericana de Río Janeiro, en 31 de julio de 1906.

líticos é intereses personales que generalmente preocupan á las publicaciones periódicas é influyen perniciosamente en ellas;'' él exteriorizó su mente colosal, caldeada por su tierno corazón, ''sin preocupaciones de raza, religión ni gobierno; sin predilección por ningún país especial de la América latina''; anhelando ''la fusión del espíritu de todas en una sola poderosa alma americana''. Su pluma tuvo por mira ''el estudio amoroso y la propaganda ardiente de las ideas esenciales, fundamentales y prácticas, que han de acelerar y consagrar el establecimiento definitivo, próspero y respetado, de los países hispanoamericanos.'' (**)

Mi mejor tributo al Maestro, en su natalicio, que coincide con la fecha de la restauración de nuestro Gobierno, es echar á volar otra vez, para que aniden en nuestros pechos y se propaguen, esas ideas esenciales, fundamentales y prácticas, que—puestas en acción—acelerarán y consagrarán el establecimiento definitivo, próspero y respetado, de la República de Cuba!

Enero 28 de 1910.

GONZALO DE QUESADA.

(* *) ''La América'', mayo, 1884.

NUESTRA AMÉRICA

JOSE MARTI

[ALBUM DE "EL PORVENIR"]

POR ENRIQUE TRUJILLO

JOSE MARTI

Nació en la Habana el día 28 de enero de 1853. Reside actualmente en New York. Desde muy niño empezaron contra ese "cubano irrevocable" las persecuciones del gobierno español.

En 1869, después de aquellos días de expansión y libertad de imprenta que concedió el general Dulce á los cubanos, fué preso José Martí, por las ideas que había echado á volar en una publicación que redactó con el título de *El Diablo Cojuelo,* y por el ensayo de tragedia titulado *Abdala,* que publicó en *La Patria Libre.* Después de haber probado, en esa corta edad, las amarguras del presidio, fué enviado á España. En la Universidad de Zaragoza obtuvo el grado de licenciado en derecho, en junio de 1873, á título de suficiencia, y en septiembre del mismo año el de filosofía y letras, á pesar de la gran oposición del Claustro, donde dominaba el elemento carlista.

A los diecisiete años dió á luz, en Madrid, el folleto político titulado *El Presidio Político en Cuba,* donde no habló de sí mismo, sino de los horrores que vió, y para los que pedía remedio.

A raíz de la proclamación de la República, puso en manos del eminente don Estanislao Figueras un folleto abogando por la independencia de Cuba. Quisieron después los federales, en una sesión solemne, en la Academia de Jurisprudencia, hacer declarar á los cubanos de Madrid que se contentaban con la república federal española. Martí se opuso, solo, á esa proposición, y en un debate que lo tuvo en pie siete horas demostró

que los cubanos residentes en Madrid no tenían derecho á dar voto en ese asunto. La elocuencia y las poderosas razones presentadas hicieron fracasar aquel intento. También hizo fracasar el proyecto de fundar por aquel entonces, en Madrid, un casino cubano. La personalidad del joven Martí se marcó de una manera extraordinaria, y fué uno de los que más contribuyeron á la publicación del libro sobre la vindicación de los estudiantes de medicina fusilados en la Habana. El señor Sagasta ordenó cerrar la Logia de cubanos, de la que Martí formaba parte y donde daba clases nocturnas, gratis, á los niños pobres españoles.

En 1873 se trasladó á la República de México, donde fué recibido con las mayores muestras de consideración y cariño y donde su nombre se mantiene vivo entre todos los hombres de letras. Allí fué redactor de la *Revista Universal*. Su fama de orador y de hombre de arraigadas convicciones se extendió á los demás Estados de la República, y los obreros de Chihuahua le nombraron diputado para el Congreso de Obreros. El Gobierno, por otra parte, le colmaba de atenciones, ofreciéndole la secretaría del Gobierno del Estado de Puebla, que rehusó. En México escribió con fortuna para el teatro.

En 1877 pasó á la capital de la República de Guatemala, donde fué nombrado catedrático de historia de la filosofía, de literatura europea y de "primeros principios". Fué presidente de la sociedad literaria "El Porvenir". Escribió, á petición del Gobierno, un drama histórico, en cuatro actos y en verso. Renunció la dirección del periódico oficial y el desempeño de juzgados que le habían ofrecido. Renunció sus puestos cuando por orden del Ministro de la Guerra se quitó la Escuela Normal á persona de tanta competencia como el cubano don José M. Izaguirre,

que era como un padre de la nueva generación de aquel país.

Poco después, firmada la paz del Zanjón, volvió á la Habana. El general Blanco, considerándolo complicado en el movimiento de agosto de 1879, lo deportó para España. En el poco tiempo que permaneció en la Habana dejó reflejado su carácter, su corazón, su genio. En el Liceo de Guanabacoa habló cuatro veces. Una fué como improvisación, respondiendo á José R. Leal, en animada discusión sobre el realismo en el arte. Otra, dando lectura á los rasgos biográficos de Alfredo Torroella, impresos después en un folleto. La tercera fué una conferencia sobre los dramas de Echegaray, y de la cual aparecieron en *El Triunfo* los siguientes conceptos: "El examen fué hecho en un discurso magnífico, lleno de profundas observaciones, de inspiradísimos arranques de elocuencia, de cuadros soberbios que cautivaban ó arrebataban al auditorio; discurso, en una palabra, en que se manifestó el privilegiado talento de Martí con todo su brillo y vigor. No queda duda: Martí es ya una gloria de nuestra tribuna." La cuarta vez que se dió á conocer en la Habana como orador fué en una velada dedicada al insigne violinista Díaz Albertini, y su discurso le pareció á *El Triunfo* "sublime", y *El Progreso* le llamó "el más elegante de nuestros oradores." En el banquete que por aquellos tiempos dió Márquez Sterling á los periodistas, el primer brindis fué el de Martí, y sus pocas palabras denotaban, bajo su forma galana, una gran habilidad política.

A principios de 1880 llegó Martí á New York, por vía de Francia, prófugo del confinamiento indefinido á que se le había condenado en Madrid, por orden del gobierno colonial de Cuba.

Después de conocido el fracaso del movimiento de agosto en Cuba, con el mal éxito de la expedición de Calixto García, salió Martí de New York

para Caracas, ciudad donde permaneció muy poco tiempo, dejando, sin embargo, luminosos rasgos de su genio. Su nombre se recuerda allí con gran entusiasmo. Heraclio M. de la Guardia, famoso poeta, le dedicó su poema *El Centenario del Libertador,* y aun resuena en aquellos clubs y sociedades su brillante palabra, que extasió á cuantos la oyeron y que era la de un "hombre extraordinario", según frase de un periódico de la culta capital de Venezuela.

Martí no pudo amoldarse á las exigencias y contemporizaciones del Gobierno de entonces en aquella República, y rechazando proposiciones ventajosísimas, regresó á los pocos meses á New York. Desde entonces viene representando, con noble desinterés, las aspiraciones de los cubanos independientes; le busca amigos á su patria; une lo que ve desunido; enseña sin alarde á los necesitados de cariño y de luz. Su consecuencia y su carácter están suficientemente demostrados. No solamente su tarea en los Estados Unidos es servir á su patria, sino que emplea su poderosa inteligencia en servir también á los pueblos de la América latina. Estos le han sabido ya pagar, reconociendo sus méritos. Los hombres más eminentes de la América se honran con la correspondencia de Martí; su nombre es querido y respetado en esos lugares. Los gobiernos del Uruguay, del Paraguay y de la República Argentina le han dado nombramiento de cónsul en la plaza de New York. De los tres, ha optado por el último cargo.

José Martí es esencialmente latino, incondicionalmente cubano, y el idioma, literatura, gentes y costumbres del medio en que se mueve, son antitéticos á su carácter, que, como constituye personificación de su raza, no puede asimilarse á ninguna otra.

Los pueblos que Martí representa y á los que sirve obtienen ventajas con la permanencia de aquél en esta metrópoli; él personalmente, sin

embargo, agoniza, no sólo porque está lejos de su caliente tierra, sino porque su asombrosa actividad necesita campo propio, prensa de combate, tribuna para expresar sus ideas. A los países hispanoamericanos sirve, porque por medio de sus correspondencias á México, Centro América, la Argentina y otros países, reparte, en conceptos bellísimos, en originales imágenes y en profundos pensamientos, la semilla de la democracia que encarna esta sociedad, su moralidad y su progreso; y cuando á su paso encuentra algo que sea egoísta ó vicioso, lo arroja al cieno profundo, sin que, al analizarlo, deshonre al conjunto del país, sino con objeto de presentar el contraste, para que se imite la virtud y se huya del vicio.

De todo lo generoso, todo lo grande que ocurre en este pueblo, es Martí el sublime cantor. *Los Héroes del Polo,* traídos muertos—con más gloria que si vivos hubieran regresado con la victoria del hallazgo—y aclamados y bendecidos por millares de habitantes; *El Puente de Brooklyn,* soberbio, magnífico, y del que, para pintar su grandeza, dijo que se había construído como para que esos héroes del Polo pasaran por él; *Garfield,* asesinado por cobarde mano cuando cumplía con su deber; *Grant,* muerto después de haber cumplido el suyo, son asuntos que con mano maestra ha sabido tocar; páginas que se conservan y que se irán reproduciendo mientras se hable el idioma castellano y que han hecho exclamar al profundo pensador chileno Benjamín Vicuña Mac Kenna: "¡Estoy asombrado de Martí! ¡Qué modo de concebir y de expresar sus ideas! Maneja la pluma como Gustavo Doré jugaba con su lápiz."

¡Y aquella actividad prodigiosa siempre está produciendo, siempre está en ejercicio! Se le ve por las calles y plazas, por donde transita para ir á sus ocupaciones, cargado de periódicos y de libros. Siempre lleva consigo la última palabra de la ciencia, del arte, de la política.

En New York, en medio de brumas y de hielos y entre las soledades de su corazón, produjo esos cantares que dedicó á su hijo *Ismaelillo*. La grandeza de su alma está allí revelada *idolizando* los amores, con fe en el mejoramiento humano y en la utilidad de la virtud. Por ello ha recibido de toda la América latina un tributo de cariño y de admiración. Alejandro Magariños Cervantes, el ilustre poeta de la República Oriental, escribe sobre *Ismaelillo:* "Gesner, Andersen, Espronceda y Víctor Hugo, pondrían sin vacilar su firma en muchos de los bellísimos pensamientos llenos de novedad, ingenio y ternura que resplandecen en ese libro." Miguel Antonio Caro, el ultracatólico, pero notable académico bogotano, dijo: "que los cantos de Martí consuelan, y los que le escuchan le bendicen."

Juan de Dios Peza, el popular poeta mexicano, pinta así á Martí: "Blanco por dentro y por fuera, vigoroso de espíritu y de cuerpo, amante más de la idea que de la sensación, fanático por la propaganda del bien, raro será que haya sido terrenal y determinado donde se sienta comprendido y secundado; pero razón tiene para llamar á mi patria "su amada México," porque amante es la tierra que recibió de él públicas manifestaciones de adhesión y que las correspondió dándole, en cambio de cada una de sus palabras, un admirador y un amigo."

El afamado poeta chileno Eduardo de la Barra dice que José Martí es "el más eminente y brillante prosador americano de cuantos conoce." Bartolomé Mitre, el historiador y estadista argentino, lo califica de "escritor original y pensador americano." El publicista venezolano Miguel E. Pardo, en una reciente conferencia, en el Ateneo de Puerto Rico, sobre la "Decadencia del arte poético y preponderancia de la prosa actual," califica la prosa de Martí como de "una regeneración."

La mayor parte de sus discursos políticos de Nueva York están publicados en periódicos y en folletos. Su oración en la recepción que se dió á los delegados de la Conferencia Internacional Americana, por la Sociedad Literaria Hispanoamericana, la noche del 19 de diciembre de 1889, fué digna de la importancia del acto, y la espléndida oratoria de Martí se patentizó ante los representantes de todos los pueblos de América. Su disertación sobre Heredia es magnífica.

El centenario del nacimiento de Bolívar (24 de agosto de 1883) se celebró la noche de ese día, en Nueva York, con un memorable banquete. Las naciones de la América latina y España, representadas por sus cónsules, pagaron un tributo de admiración á la memoria del hombre más grande de la América. José Martí fué invitado á hablar en esa fiesta fraternal, y derramó allí á raudales los productos de su imaginación y de su genio. Arrancó de su tumba, en alas de su poderosa fantasía, al Libertador, y lo presentó tal como concibió su obra redentora y con sus fecundos resultados; de sus labios brotaron paz y amor, hermanando á los vencedores de hoy con los dominadores de ayer, y terminando su arrebatador discurso con estas palabras:

"¡Brindo por los pueblos libres y por los pueblos tristes!"

Desde entonces, José Martí, en el extranjero, es el símbolo de Cuba.

Enrique Trujillo.

MARTI

Por Eduardo Varela Zequeira

Cuba, mayo 20 de 1896.

MARTI

Fué invariable: en su adolescencia amó la libertad de Cuba, y murió por ella.

Fué un organizador: preparó y organizó el Partido Revolucionario en el extranjero y en Cuba.

Fué víctima de la patria: murió en combate con los españoles, en Dos Ríos, Santiago de Cuba.

Fué un maestro: presintió y midió las necesidades de la paz antes de la guerra.

Yo no sé qué otras cualidades pueden exigirse para que un pueblo consagre su veneración á un desaparecido en las luchas por la patria.

Martí no es el libertador; pero es y será el precursor de nuestras libertades y de nuestros problemas.

Su manifiesto fechado en Montecristi es la prueba. Nadie le ganó en fe, ni en decisión. La primera la sostuvo á pesar de los pasajeros triunfos del autonomismo y la segunda está probada con su gloriosa muerte por la independencia.

EDUARDO VARELA ZEQUEIRA.

MARTI

[PAGINAS DEL LIBRO "A TRAVES DEL MUNDO"]

POR CARLOS A. ALDAO

MARTI

El otro trabajador (*) inteligente é infatigable era José Martí, el Mariano Moreno de los cubanos, sacrificado pocos años después en aras de su ideal. El haber llevado por meses una vida de contacto casi diario con él, trabajando juntos; el haber penetrado íntimamente en todas las delicadezas de aquella naturaleza selecta y de aquella alma fuerte, me mueven á escribir estas líneas como tributo á su memoria.

Era Martí de pequeña estatura y enjuto de carnes; su rostro ovalado, con ese tinte casi cetrino característico de los que nacen en países tropicales; su frente, bombeada y ancha, respondía á un notable desarrollo del cráneo, simétrico sin ser grande; cabello castaño, fino y un tanto ensortijado; bigote caído, no muy abundante, y mosca debajo de la boca, de labios delgados, guarnecida de dientes fuertes y separados. Lo más notable de su fisonomía eran los ojos: pardos, límpidos, grandes, notablemente apartados entre sí, que alejaban toda idea de falsedad ó hipocresía, con reflejos simultáneos de bondad y fortaleza.

Tengo como estereotipada su figura cuando lo encontraba en el Elevado, ó en Broadway, envuelto en un paletó de tejido de astrakán raído, con paso corto, rápido y nervioso, llevando siempre debajo del brazo un lío de diarios y manus-

(*) En las anteriores páginas se describía á Edison. (N. del E.)

critos, mirando al suelo como preocupado y abstraído. ¿En qué pensaba? En Cuba y en su independencia, animado por un patriotismo ascético.

Con entusiasmos de apóstol, sin desfallecimientos, en todas las horas y en todos los momentos acarició ese ideal durante diez largos años de ruda labor y constante anhelo. Jamás, en medio de las dificultades y desencantos que encontraba en la paciente y ardua organización de su obra, se le oía una expresión de odio, ó siquiera de mala voluntad, contra nadie, ni contra España. Nunca proferían sus labios, ni en momentos de impaciencia, esas palabras enérgicas y poco cultas usadas en conversaciones de hombres. Era un convencido y un intelectual que, después de madura reflexión, seguía su ruta sin cejar.

Encantaba oirlo exponer el papel que representaría en el futuro su Cuba libre, como llave del istmo perforado y centinela avanzado para resistir el empuje absorvente de las razas del Norte. Admiraba á los Estados Unidos, pero no los quería, y solía narrar con cierto orgullo haber acompañado hasta la escalera de su modesta vivienda al emisario de Blaine que había entrado en ella á proponerle ventajas pecuniarias en cambio de cuatro mil votos cubanos de que él podía disponer en Florida y que, acaso, decidieran en aquel Estado la elección presidencial.

Para juzgar la contextura moral del hombre baste citar estas palabras, proferidas en la intimidad y sin petulancia: "Si yo concibiera que puedo perfeccionarme, lo haría, porque tengo voluntad." Y la tenía, sin duda alguna. Inteligencia eximia, corazón bien puesto, gustos delicados, aficiones artísticas, apreciador de todos los refinamientos del espíritu y del cuerpo, fué la voluntad férrea la que lo determinó á seguir un camino contrario á sus gustos y aficiones.

El joven que concurría al *bar* de Hoffman

House cuando era moda neoyorkina ir todas las tardes para depositar flores al pie de los cuadros de Bouguereau, se convirtió en maestro de escuela que daba dos clases por semana á negros cubanos que habitaban en Brooklyn. Redactaba en horas y agitado el periódico revolucionario *Patria;* vivía en los trenes, avivando el fuego patriótico en Baltimore, en Filadelfia, en Tampa, en Key West y dondequiera que latía un corazón cubano, y al mismo tiempo mantenía una correspondencia constante y abrumadora para otra actividad menos fecunda que la suya.

Aparte de esta ímproba tarea, se daba tiempo para la producción literaria. Debe haber dejado alrededor de sesenta volúmenes inéditos, que algún día alguien se ocupará de seleccionar y publicar. Martí escribía admirablemente; pintaba ó traducía con la pluma todos los colores y todas las emociones; su estilo, nervioso y movible, que á las veces parecía amanerado, era espontáneo y fluía abundante y preñado de ideas. Como escribía, hablaba; era un mago que subyugaba al auditorio.

Recuerdo que un día, aniversario del nacimiento de Bolívar, me invitó á una velada en que él debía tomar la palabra en honor del Libertador. Por la noche hallábase congregado en un salón de la Quinta Avenida un grupo numeroso de caballeros y familias oriundos de las repúblicas que bañan el Golfo de México y el mar Caribe.

Todos los oradores, con ese lenguaje ampuloso y vacío que es lujo de los trópicos, henchido de adjetivos, metáforas y exageraciones, describían á Bolívar como un dios, y, en mi concepto, despojábanle de su mérito. Para un hombre de carne y hueso, la empresa del vencedor de Boyacá y Carabobo era grande y meritoria; para un dios, si, igualmente grande, era sin esfuerzo. Todo estribaba en variaciones sobre el conocido in-

cidente de Bolívar con el príncipe que después fué Fernando VII, á quien le volteó la gorra de un pelotazo; sobre el juramento del Aventino y el delirio del Chimborazo.

Llególe el turno á José Martí, y, subiendo á la tribuna, hizo, con la palabra suelta, fácil, brillante, que le era habitual, un estudio analítico de la revolución de la independencia sudamericana, en que no se sabría qué admirar más, si la precisión, profundidad y lógica de sus ideas, ó la música de su oratoria. Revelando conocimiento acabado de los elementos étnicos y sociales que habían contribuído á la formación de nuestras naciones, puso en claro la acción eminentemente personal y absoluta de Bolívar, proyectándola sobre la de nuestro taciturno Libertador, y evocó las hazañas de la bravía democracia del Sud, ante la que Bolívar detuvo su caballo de guerra. La brillante peroración producía en la médula una sensación análoga á la que despierta la vista del acróbata lanzado al aire en un ejercicio peligroso, y cuando todos los circunstantes "oræ tenebant" ante el encanto de su palabra, Martí se detuvo, tomó aliento, irguióse aún más, y con la mirada perdida y voz que era casi un grito que expresaba el dolor y la esperanza, concluyó así: "Señores: el que tenga patria, que la honre; y el que no, que la conquiste."

La conquista de esa patria fué el sueño de su vida: en las cárceles de Cuba, donde vivió con presidiarios y bandidos; en sus confinamientos sucesivos de Madrid y Zaragoza, ó en la pobreza, cuando el general Martínez Campos, á quien pintaba como grandemente simpático, hacíale proposiciones honorables y halagadoras para apartarlo de su causa.

Aquel poeta, aquella alma noble, ha muerto por su patria. La víspera de zarpar de Nueva York fuí á su modesta casa, con objeto de despedirme. No le encontré, pues andaba en una de

sus continuas excursiones por Filadelfia, de donde, según me informaron, debía regresar al día siguiente. Dejéle una carta, en la cual le decía que, si la recibía á tiempo, fuera á verme al vapor que zarpaba de Hoboken, pues deseaba dar un fuerte abrazo de despedida al único hombre cuya suerte envidiaba, por haberse consagrado á la consecución del más grande de los ideales humanos: hacer una patria; pero que, si no lo veía más—le agregaba, quizá contagiado por su entusiasmo triste,—deseábale que muriera cuando Cuba fuera libre ó él creyera que estaba libertada.

CARLOS A. ALDAO.
(Argentino).

JOSE MARTI

[TOMADO DEL LIBRO "ARTICULOS Y DISCURSOS"]

POR RAFAEL SPINOLA

JOSE MARTI

A J. JOAQUIN PALMA

Llegó al fin la hora: ya el apóstol se convirtió en mártir. Como fragante aroma de rosas y como aurora de clarísima luz han de haber inundado la atmósfera cubana en los momentos en que el alma de Martí, rompiendo el molde de barro, sufría la transmutación suprema..... El alma de ese hombre, diáfana como el cristal, era de esas cuya existencia se nos hace sentir en todas partes; de cerca, por su fragancia, como las flores; de lejos, por el oro de sus reverberos, como las estrellas.

Murió con la proclama revolucionaria en la mano; y cuentan que el último pensamiento que hizo estremecer aquella alma, al troncharse su hermosa cabeza de pensador, fué el de libertad para su dulce, para su querida, para su adorada Cuba. Ese gran luchador, desde mucho tiempo atrás, no hacía otra cosa: pensar, soñar, mejor dicho, en la libertad de su bella patria. Su pasión se había hecho incurable: siempre que hablaba de Cuba su acento era el de un gemido; lastimaba el corazón de tristeza. "Nuestra América!"—decía él;—y se ponía á derrochar torrentes de belleza y de poesía, tesoros de elocuencia, raudales inacabables de infinita ternura!

Tiempo hacía que ese gladiador sublime caminaba con la vista arriba, sin apartar los ojos ni un momento del cielo de su ideal. La prensa y

la tribuna: esas eran sus dos grandes almas; de los hilos magnéticos de su alma traía atados fuertemente á centenares, á miles de revolucionarios cubanos. *Patria* se llamó el periódico que fundara en Nueva York como órgano de la Revolución. *Patria* le puso, suprimiendo el artículo, como significando así que para él era tan sagrado ese nombre, que no admitía término calificativo de ninguna especie; bellísima puerilidad de enamorado que daba á comprender todo lo inmenso del amor que sentía por Cuba. Ahí en *Patria* puede leerse y estudiarse la historia de la enfermedad moral que lo condujo al sepulcro. Los grados que iba marcando la fiebre que devoraba su cerebro quedaron en esa hoja dibujados, remedando la figura de los zigzags que describe el pulso de los calenturientos en los trazos esfigmográficos que la ciencia médica tiene para saber matemáticamente hasta dónde llega la intensidad de la calentura.

¿Queréis saber todas las esperanzas, todas las dudas, todos los entusiasmos que pueden asaltar á un corazón que sueña y delira con la libertad de su patria? Leed ese periódico de José Martí. Más que un periódico, parece esa hoja la disección de un alma viva: aquí el ¡ay! quejumbroso de dolor; más allá el himno de la esperanza que renace; pero todas sus líneas empapadas siempre en profundísima nostalgia. A más de esto, el acento de la convicción vibra y queda como repercutiendo en cada uno de los renglones que brotan de la magnífica pluma de aquel apóstol mártir. Magnífica hemos dicho, y aun no nos deja satisfechos ese epíteto para alabar semejante pluma. Los matices y quiebros de la luz al atravesar un prisma no superan en cambiantes, ni en riqueza de colores, ni en intensidad de brillo, á las preciosas imágenes en que se descomponía una idea cualquiera al atravesar por la mágica imaginación de Martí. Con respecto á los

cortes de su pluma, no hemos encontrado en América quien—ni el mismo Montalvo—los tenga, ni más originales, ni más atrevidamente majestuosos y elegantes. En ocasiones hasta cuesta adivinar la idea; lo cual, si en el común de los escritores es un defecto, en él constituye donosa gallardía y eximia y rara cualidad.

A veces el escritor dejaba la pluma sobre la mesa de redacción y se iba á ocupar la gran tribuna; allí estaba su otro elemento de combate. Reunía en su persona todas las prendas físicas y morales del verdadero orador; al través de su cutis fino, blanco y sedoso como el de una dama, se veían ir y venir, rápidas, las corrientes nerviosas, ya del corazón á la cabeza, ya de la cabeza al corazón, escapándose al pasar por los labios en raudales de música, de elocuencia y de poesía; su palabra semejaba el sonar de perlas al caer, desgranándose, sobre un ánfora de cristal. Luego que comenzaba á hablar, comenzaba, asimismo, á iluminársele el semblante. Su frente resplandecía entonces con ese como nimbo de claridad celestial que circunda la cabeza de los grandes oradores, en los momentos en que la diosa inspiración les sacude, les embarga y les destroza el alma. Aquí, en Guatemala, le tuvimos por el año de 1877; vino, subió á la cátedra, y desde allí se puso á derramar luz; pero como esa luz venía de un apóstol de la libertad, no faltaron labios conservadores que trataran de satirizar al maestro ilustre, buscando un apodo en lo que precisamente constituía uno de los méritos de su elocuencia. Y lo bautizaron en su pila de malos nombres con el de *Doctor Torrente*. En cambio, la juventud liberal de aquel entonces llamóle á su seno, le agasajó y se tuvo por muy honrada haciéndole vicepresidente de la sociedad literaria "El Porvenir".

"El verbo de la Cuba luchadora" llamó á Martí Vargas Vila, cuando aquel apóstol aun vi-

vía. Hoy, como todos los Cristos que ha tenido la libertad humana, ha dejado de ser el verbo para convertirse en el más ilustre, quizás, de los mártires de la independencia cubana.

Ya el siglo XIX está lanzando sus últimos destellos; pero antes de hundirse en su noche eterna se nos están apagando en el cielo del arte americano preciosas estrellas de primera magnitud, como si temiesen contemplar la desaparición de tan majestuoso sol; no ha mucho se nos fué Gutiérrez Nájera, el bardo espiritual, el delicadísimo é inimitable prosista; con Martí se nos han ído dos egregias personalidades: el insigne artista de la palabra y de la pluma por un lado; el santo apóstol de la República y de la Libertad por el otro.....

Pobre hermosa Cuba! Planta, ya, para que haga sombra á la tumba de ese gran mártir que acaba de espirar, un árbol laurel que crezca y se mantenga lozano, regado por los torrentes de lágrimas que has de derramar mientras dure tu esclavitud; y manda de una vez á esculpir, con letras indelebles, en el templo de tus sacrificios, este nombre inmortal: JOSÉ MARTÍ.

RAFAEL SPÍNOLA.
(Guatemalteco).

A JOSE MARTI

POR CARLOS R. MENENDEZ

A JOSE MARTI

Y fué verdad! Verdad abrumadora
la de su triste muerte!
Sí, fué cierto! La Parca segadora,
la innoble, la traidora,
tronchó en flor al mimado de la suerte!
Los bravos adalides, los titanes
de una causa sagrada y bendecida,
nunca ven coronados los afanes
á que consagran con ardor su vida;
pero al marchar, ungidos por la gloria,
á la mansión de luz del Infinito,
como justo homenaje á su memoria,
en el grandioso libro de la Historia
el nombre de esos manes queda escrito!
Y el tuyo, ¡oh, protomártir antillano!
tu nombre, que es un símbolo de gloria,
tu nombre esclarecido,
de este sagrado suelo americano
en la página de oro de la Historia,
con letras de diamante está esculpido!
Y es justicia no más! Tú, el animoso
batallador tremendo é incansable
de las gigantes luchas de la Idea;
tú, adalid valeroso,
con mano firme manejando el sable
en los sangrientos campos de pelea,
eres la encarnación del patriotismo,
la hechura prominente del civismo!....
Cuba!... Florón bellísimo antillano!
La patria de cien héroes, oprimida
por el brazo de hierro del tirano

que la ha dejado ya casi sin vida!....
Por ella, por la patria desdichada
de Milanés, de Plácido y Zenea;
por esa tierra amada,
empuñaste, viril, la noble espada
que tumbas, patrias y titanes crea!
Por ella, sí, por ella,
por sostener su Solitaria Estrella,
en el combate se te vió sereno!....
Ah! ¿Qué gloria más bella
que morir por la patria como bueno?....
¡Dichoso tú, que en el nativo suelo
tu noble sangre con honor vertiste!....
Bendito tú, gigante, que caíste!....
Y dichoso mil veces, que moriste
de la patria cubana bajo el cielo!
Y no luchaste en vano:
Cuba, al soberbio é indomable hispano
vencerá en noble lid, con bizarría;
en lo justo y lo humano,
¡no puede estar la noche sobre el día!
Prevalecer no puede, es imposible,
esa noche de eterna tiranía
que fustiga al cubano infortunado!
Hay un genio invisible
que castiga la infame felonía
y protege y ayuda al desdichado
con firmeza indecible!....
Y llegará la hora
de la victoria esplendorosa y santa;
y el pueblo que hoy te llora,
y el pueblo agradecido que hoy levanta
á tu recuerdo pedestal grandioso,
exclamará á los hombres del mañana:
"¡He aquí la obra de Martí, el glorioso,
el defensor valiente y generoso
de la joven República Cubana!"
Por ti, mártir sublime,
tendrán hogar mañana los cubanos;
y el que, cual tú, su sangre que redime

da á la patria que gime;
el que alienta, animoso, á sus hermanos;
el que funda una patria esclarecida
sobre cráneos de déspotas tiranos,
vive la eterna vida
reservada á los héroes antillanos!....
No viste terminada
tu obra magna, sublime Prometeo;
mas quedó allí la indestructible espada
que adelantó la obra comenzada:
¡allí quedó Maceo!
Quedan allí Aranguren, los García,
los Gómez.... cien titanes,
que, con valor, nobleza y bizarría,
realizarán un día
ay! de toda tu vida los afanes!....
Mientras tanto, la patria escarnecida
te ofrenda, cariñosa, sus honores;
y en torno de tu tumba bendecida,
una generación agradecida
cultiva mirtos y deshoja flores!
¡Duerme en paz, elegido de la gloria,
luchador de una causa noble y santa,
que ya la justa é impecable Historia,
como honroso tributo á tu memoria,
un pedestal eterno te levanta!....

CARLOS R. MENÉNDEZ.
(Mexicano).

DUELO DE AMERICA

Por Fed. Henriquez y Carvajal

Letras y Ciencias, agosto 3 de 1895.

DUELO DE AMERICA

Yo soy bueno, y como bueno
moriré de cara al Sol.

J. Martí.

Martí era el verbo de la Revolución en esta jornada decisiva de la independencia de Cuba.

Y el verbo se hizo hombre; y el hombre fué soldado; y el soldado, héroe; y el héroe, mártir augusto.

Entró, convencido y abnegado, en el campo erizado de peligros de la lucha armada, apenas ondeó en el Oriente de Cuba la bandera de Yara.

Entró, alta la frente pensadora, en lo alto y en lo hondo fija la escrutadora mirada, con pie de guía, *con mano de patriota,* en el escenario de la guerra.

Entró, cumplidor austero de irrevocable deber, para fundir en una las tendencias y las aspiraciones; para unificar el esfuerzo y la acción; para robustecer la confianza; para exaltar la fe en el triunfo de la patria.

Y, como si su generosa sangre estuviese predestinada á abonar y á ungir la patria irredimida, al reaparecer en el Oriente la Estrella Solitaria, símbolo y guía de la Revolución, hállase Martí en heroica función de armas de desiguales fuerzas, en donde el orador eximio se trueca en soldado intrépido y cae, destrozado el corazón magnánimo, en el ara excelsa de la causa de Cuba, que es causa antillana, que es causa americana.....

Así, ejemplar, gloriosísima, aun más que la de Céspedes y aun más que la de Agramonte, los insignes héroes cubanos, y tanto como la de Ricaurte, el colombiano egregio, y tanto como la de Sánchez, el dominicano ilustre; así, de sacrificio máximo, fué la muerte de José Martí.

Así, *como bueno,* que él era bueno en eminente grado, cayó, al frente de su bandera y de escasa hueste de héroes anónimos, el apóstol soldado.

Así, *de cara al Sol,* viendo reaparecer en el cielo de Cuba libre la Estrella Solitaria, ha muerto, en inmolación sublime, el verbo de la Revolución, hecho héroe.....

* * *

A deshora, para Cuba, ha caído el esforzadísimo agitador revolucionario.

Fáltale á la Revolución, con su muerte, la fecunda iniciativa, la actividad enérgica y el robusto verbo de Martí, tan propicios de suyo para *alzar el mundo* en pro de la independencia de Cuba.

Quédale, empero, el magno espíritu del pensador, del poeta, del orador, del apóstol, del héroe; espíritu de la patria que, cual columna de fuego, va delante y es guía de las huestes victoriosas y de la Revolución invicta.

Para él—él lo ha dicho—*ya era tiempo.* Era tiempo de sellar con su sangre su apostolado; de redimir á su pueblo, con su muerte triunfal, del afrentoso acomodo de los faltos de fe en el porvenir de Cuba libre.

Su alma, acendrada en el martirio, infundirá alientos al deber é inspirará las proezas del heroísmo; y, cuando la ley histórica de la redención de ese pueblo quede cumplida y surja en las Antillas—nuevo Sinaí de transfiguración social—el ideal de la virgen América,..... ah! sobre la cumbre del Turquino se alzará la alba figura del

patriota óptimo, que tal es José Martí, en medio de las pléyades de héroes de la patria redimida, y el alma buena de Martí palpitará gozosa y edificante en la conciencia nacional de Cuba reconocida.

¡Paso al inmortal, gloria de América!

* * *

Y quede oculto, entretanto, en lo más íntimo de mi alma, que tanto sabe de la suya excelsa, que tanto le amaba vivo y le ama muerto, el dolor inefable de su muerte gloriosísima.

El me llamaba *hermano*.....

FED. HENRIQUEZ Y CARVAJAL.
(Dominicano).

JOSE MARTI

Por Rufino Blanco Fombona

1020085197

JOSE MARTI

Si los hombres se miden por el éxito, puede haberlos más grandes que José Martí; pero si la alteza de corazón, y la amplitud de miras, y el alma generosa valen por algo, José Martí es una memoria ilustre. El triunfó sobre la índole de su país y lo llevó, del diestro, á la buena lucha; no á la victoria sobre el amo secular. Arrollado en la tormenta, como en una bandera, desapareciste, Rómulo!

El hastío no lo tomó de presa, porque ese Jesús, ese predicador, tenía su ideal: la República; su apostolado: la Libertad. Pero triste, con la tristeza del vivir, habló siempre en elegía, como algunos de los profetas, cuando no fulminaba á los fementidos, como el otro de esos visionarios las osamentas, cuando no bendecía la aurora del heroísmo en un pueblo ó en un alma.

Caballero de la Libertad, errante de clima en clima, cantó por dondequiera la canción de la patria, á las veces indignado, á las veces melancólico. Allá va el peregrino: la cabellera riza, doliente la mirada. Las sonrisas huyeron de sus labios con vuelo de paloma; las tristezas anidan en su pecho; y cuando él dice de la Patria y de la Libertad, baten las alas fúnebres y alborotan la melena del bardo, esas libélulas del dolor, las melancolías.

Poeta, condenado al aislamiento de las simas, el odio, las cóleras, pesadumbres, rayos de una misma tempestad, fulminan tu frente! El mar

tirio es privilegio tuyo! Consuélate con tu desolación, Prometeo!

Era una caridad de su inteligencia cuando él llamaba hermano, en son de camaradería, á los reclutas del Arte ó de la Revolución. Hermano! Hermano de José Martí vale como ser Dantón, que era elocuente; Kosciusko, que era patriota; Garibaldi, que era soldado; Lamartine, que era poeta!

Como escritor, José Martí pertenece á una trinidad de soles. El, Juan Montalvo y Cecilio Acosta, varones perilustres, equivalen, en la gran cordillera de los ingenios americanos, al Pichincha, al Antisana, al Cotopaxi, perdidos en el éter, tocados de nieblas ó cubiertos de un turbante de llamas, y por cuyos flancos corre, á las veces, un río de púrpura, un deslumbramiento, una cinta de lava azul y roja, y de cuya cima brotan lenguas de fuego que surcan el espacio, lamen las nubes é incendian el horizonte.

Estos domadores del lenguaje contorsionaron el estilo, lo abrillantaron, lo pulieron, y, esculpido y repujado, allí está, en sus obras, urnas labradas con primor, para encanto del gusto, por las Gracias. Correctos, elegantes, cinceladores, estos orfebres clásicos, enamorados de su lengua, nos la legaron, flexible como una hoja de Toledo, vaporosa como una gasa, vibrante como un suspiro, sonora como una música.

Martí era un poeta adorable: poeta por la estrofa, blanca y alada como Psiquis; poeta por la prosa, urdimbre de seda joyante; poeta por el ideal, que era generoso; poeta por la voz, que era un canto; poeta por la mirada, que era triste; poeta por el corazón, que era grande.

Amó cuanto puede amar un pecho donde cupo el alma de Bolívar: la Libertad, la Patria, el Heroísmo, el Arte, el Amor; y su frente, ceñida en triple corona: la de rosas, del poeta; la de espinas, del mártir; la del tribuno, de laurel, radia, asimismo, vaga sombra de resplandor.

Su palabra, música, vibró enamorando á las gentes; y el apóstol, heraldo de la patria en prisión, nuncio de la patria por redimir, susurró, á quienes no lo desoyeron, cómo padecía en el cepo colonial la blanca virgen de sus amores; cómo era menester cortar la zarpa del león, hincada en el seno de la beldad, en el seno color de rosa.

Se dió á trabajos hercúleos, que hubieran fatigado á Teseo: él predicó el americanismo, la doctrina de la fraternidad salvadora; él supo recabar de toda la América hispana simpatías á su obra de liberación; él fundió el alma del patriota isleño y pudo, al fin, mercar el sudor de los cubanos para obtener el arma redentora. Y cantó sus sueños de libertad, como Petoeffi; y fué diarista luchador, como Carrel; y fué tribuno girondino y elegante, como Vergniaud; y no le pesó en el cinto la espada de Carabobo! Galante con el pueblo por cuanto éste colaboraba en la obra emancipadora, nunca lo aduló el poeta. Jamás produjo Martí canciones populacheras, como Beranger; ni poemas á lo Hood. Tampoco fué un bardo socialista, como Rapisardi ó Ada Negri, esa musa latina.

José Martí fué genial. Cuanto hizo, cuanto pensó, lo refrenda un sello señoril. De sus estrofas nace la hermosura; como el fresco de las brisas, como la espuma de las ondas, como el beso de los labios.

Su prosa, tersa lámina de oro, empedrada de zafiros, corales, amatistas, esmeraldas y perlas, fulgura con el brillo de las piedras preciosas. El lenguaje, el gran lenguaje de José Martí, es una como vereda orlada por cítisos de flores amarillas, acacias verdes coronadas de púrpura y olorosos naranjos cubiertos de azahar. Y esa vereda, mullida por la grama, es el camino real de pensamientos heráldicos.

El tribuno tenía de Loreley el canto y el encanto; la falacia, no; aquellos que torcieron el rumbo, seducidos por la sirena, miraron cual surgía de la onda azul, como gasa de espuma, la Verdad. Y éste ha sido, en la centuria, el último de los libertadores. Afortunado él, que no miró su ensueño, ya cristalizado, botín de mercaderes.

Cayó como Byron, en la mirada la tragedia. Murió caballero en su corcel de batalla, el rostro al enemigo, en defensa de su patria y de su obra.

Y su vida fué holocausto!

RUFINO BLANCO FOMBONA.

Caracas, 1899.

HOMENAJE A JOSE MARTI

Discurso pronunciado por el Ldo. Mario García Kohly en e Ayuntamiento de la Habana.--7 de diciembre de 1910.

HOMENAJE A JOSE MARTI

Una evocación unánime, espontánea, inmensa, impuesta piadosamente por un deber sagrado, nos une, en este acto, en la austera solemnidad de un homenaje y en la severa ofrenda de un tributo.

Nos convoca el más santo de los deberes de los vivos, que es honrar la memoria imperecedera de los muertos; nos congrega el más alto de los deberes del patriota, que es amar el recuerdo bendito de sus héroes; nos reune, confunde y fraterniza, el más grande, imperioso é inexcusable de los deberes de los hombres libres, que es amar, bendecir é imitar el ejemplo de sus libertadores, que dieron por la patria un nombre y una vida, y viven en la patria, con nombre inmarcesible, como un símbolo santo de redención y gloria.

Hoy revive y galvaniza la voz del patriotismo —cual la de Cristo á Lázaro—el cadáver deshecho del gran mártir, y perfuma, con el fragante aroma de su virtud excelsa, la expresión dolorida del recuerdo; hoy la patria cubana, de rodillas, eleva el pensamiento á la región eterna, donde fulge el espíritu, y besa el sacro suelo, donde reposa el cuerpo del hijo predilecto; hoy evoca, solícito, el amor del pueblo, el nombre esclarecido del redentor inmaculado; clama ansiosa la patria por su esforzado heraldo; llama la Libertad, enlutada, á su adalid magnífico; reclama la República al paladín gallardo; emplaza el Heroísmo su encarnación sublime; demanda el Sacrificio á su preclaro mártir..... y al concurso unánime

del clamor inmenso, renovando el portento de la resurrección gloriosa, la sombra majestuosa del desaparecido ilustre resurge de la tumba; cobra ante nuestra vista nueva humana existencia; flagela en el cerebro, con sugestión enérgica, la visión pavorosa del pasado; remontamos, ansiosos, el curso de la Historia, y le vemos, atónitos, reaparecer triunfante, y de nuevo le vemos sucumbir inerte..... y nuestros labios, contraídos, no aciertan á balbucear una plegaria—y tiemblan de proferir una blasfemia,—mientras el llanto, cristalizado en la pupila, pugna, en vano, por rodar en el rostro y derramar sobre el dolor inmenso el rocío bienhechor de una lágrima.... y el alma del patriota asciende hasta el eterno y bendice á su pueblo en la región serena de la inmortalidad triunfal!....

El culto á los grandes hombres que forman una patria es el culto más puro á las grandezas y virtudes de ella, porque nadie como esos hombres encarnan y simbolizan, en sus anhelos y con sus dolores, el concepto y la vida de esa patria.

El resplandor de la leyenda y la luz de la historia confunden sus fulgores para alumbrar las tumbas de esos muertos amados, y la patria, al honrarlos, se enaltece, porque cada episodio resplandeciente de sus vidas es un capítulo luminoso de su historia; cada hazaña inmarcesible de sus heroísmos, una página inmaculada de su gloria; cada empeño titánico del patriotismo de ellos, la ejecutoria hermosa de la grandeza suya; cada fosa humilde y venerada de un luchador rendido en la contienda, un bloque inconmovible de roca y de granito, en que reposan, firmes y seguras, la dignidad y la honra de esa patria!.....

Esa es, señoras y señores, la importancia excepcional que entrañan, la trascendencia extrema que revisten actos como el presente, en que se efectúa una solemnidad gloriosa y se consagra una memoria amada. Es que este culto impone

una conducta, y este homenaje crea un alto deber, porque es indigno de oficiar en el culto quien no comulgue en sus sagrados dogmas, y el homenaje es sólo profanación sacrílega si el que lo rinde no siente latir en su conciencia el ideal supremo que inspiró al héroe ó el fuego sacro que inflamó al mártir.

Y nunca, como hoy, día más adecuado para elevar la mente y templar el alma; nunca, como hoy, 7 de diciembre, día eternamente triste, pero glorioso eternamente, en los anales de la historia patria; en que el pueblo cubano, emocionado, retorna entristecido de peregrinación piadosa al solitario Cacahual; de descubrirse, reverente, ante la tumba humilde de Antonio Maceo y Francisco Gómez, para alumbrar sus almas en el fulgor inmenso que irradian sus recuerdos, y aprender, en su ejemplo, cómo se muere por la patria, hundiéndose en una misma tumba y alzándose en una misma gloria, dos razas, dos edades, dos jerarquías y dos generaciones; y advierte, conmovido, pero altivo y fiero, que en la patria bendita, cuya tierra fecunda atesora esos restos y absorvió esa sangre, si un día germinara la planta exótica y maldita de esclavitud extraña, quemaría sus raíces aquella sangre hirviente, y las sepultarían en sus cenizas, sus huesos calcinados.

Y ved, señoras y señores, qué hermosa coincidencia, exponente revelador de la profunda solidaridad del sentimiento revolucionario. Los manes de Maceo inspiran—y amparan—el homenaje á Martí.

Sobre el recuerdo enternecido al apóstol y mártir de la aspiración revolucionaria flota—por el influjo incontrastable de la fecha—la memoria sagrada del titán y caudillo de la epopeya histórica; al recordar la personalidad radiosa del uno aparece la figura épica del otro, y al unirlos, en nuestra admiración y en nuestro afecto, en un mismo recuerdo y en un solo tributo, proclama-

mos, fraternizados, la libertad igual de todos los cubanos, y denunciamos á la condenación severa de la conciencia airada de este pueblo todo intento funesto de división absurda ó interesada entre ambas razas, como germen siniestro de lucha fratricida!....

Y no es, por cierto, artificial, ni caprichosa, ni arbitraria, esta evocación de otros nombres ilustres de la rebeldía cubana al evocar el nombre esclarecido de Martí. Existe entre ellos comunión tan profunda por la igualdad del sentimiento y la identidad del sacrificio; existe vínculo tan íntimo y lazo tan estrecho entre su personal historia y la de cuantos seres blasonan y abrillantan, con sus hazañas bélicas, las crónicas guerreras, que las glorias de éstos bañan acariciadoramente el recuerdo suyo, como el alma de El inflamó sus almas, encendiéndolas en su fuego y abrasándolas en su ardor para la realización de los titánicos empeños que fueron el anhelo de sus vidas, fundidas en una sola idea, para ser inmoladas en el mismo altar y por la mano sangrienta del mismo victimario.

La crítica severa ha desvanecido de la historia española la hermosa leyenda de las victorias póstumas del Cid. La fantasía cubana, caldeada en el vapor de los incendios, creó en las horas aciagas de la Revolución libertadora la leyenda sublime de las inspiraciones alentadoras y triunfales del alma de Martí. ¡Ah! La obra de nuestro héroe no la agosta, y la trunca la muerte, cortando brusca y prematuramente su vida en el trágico episodio de Dos Ríos; subsiste y perdura idealmente á través de la sublime epopeya, infundiendo nuevos bríos á los patriotas agonizantes con la suprema sugestión de la esperanza en el triunfo.

¡Ah! ¿A qué gloriosa jornada de la Revolución triunfante no ha asistido idealmente su inmortal espíritu? ¿Qué decisión sublime no ha

inspirado su imborrable ejemplo? Y ¿en qué trance difícil, en qué momento crítico, en qué instante supremo, angustioso y terrible, no ha surgido ante el pueblo, infundiendo alientos y enardeciendo almas, como emblema que lo llevaba hacia el combate, como enseña que conducía á la batalla, cual bandera que lo guiaba á la victoria, la imagen santa de José Martí?....

La fe inmensa, inextinguible, ciega, en la realización del ideal de independencia; la confianza serena, enaltecedora y justa en las virtudes cívicas—tan injuriadas—de su pueblo, son los distintivos, acentuadamente enérgicos, del carácter y de la obra de Martí.

La fe de Pablo, la obstinación de Juárez, adviértense en los diversos aspectos de su peclara inteligencia, en las distintas manifestantes de su elevado espíritu, en las poderosas energías de su indomable voluntad.

Siendo un adolescente, casi un niño, intenta por España la osadía magnífica que realizó Franklin ante Inglaterra demandando la libertad de las colonias británicas. Martí, en España, sostiene y justifica la independencia de la patria cubana; conspira en territorio español contra el poder hispano; en el destierro y la prisión encarna la protesta persistente y simboliza la aspiración constante de libertad y reivindicación ansiadas; y cuando el tratado del Zanjón puso honroso, aunque desdichado término, á la primera epopeya que comenzó en Yara, él recogió la enseña, plegada y abatida, para pasearla por el mundo americano ornando su tribuna.

Entonces comenzó su apostolado, su inmensa predicación, su enorme obra. Reverdeciendo los episodios de las antiguas rebeldías extintas, avivó en el espíritu el inquietante anhelo por las indómitas rebeldías nuevas; apostrofando al poderoso engrandeció al pequeño; alentando á los débiles debilitó al fuerte; fustigando al dominador

enardeció al dominado, y estremeciendo con su palabra al opresor, arrollando con su aliento á los tiranos, comenzó su labor colosal, estupenda, gigante—abrumadora para otros hombros que no fuesen los suyos; mortal para otro temple que no fuese el de su alma;—y recorrió impasible, sereno, sublime, el trayecto enorme de su calvario inmenso, para caer, jadeante, en el martirio!....

La sociedad cubana se desmoronaba entre la podredumbre inmensa de la política colonial; la composición social de la colonia se integraba en una serie de desenvolvimientos sucesivos de clases explotadoras y explotadas; la paz ficticia se mantenía únicamente por la fuerza de las bayonetas deshonradas de los victimarios del 27 de noviembre; los elementos autonomistas, amenazando eternamente con la guerra, creían engañar al propio tiempo á España y al pueblo cubano, y sólo lograron engañarse á sí mismos; las decepciones políticas, las injusticias administrativas, los errores económicos y las desigualdades sociales, iban hacinando combustible en el ara inmensa, que sólo aguardaba para inflamarse que la encendiera el rayo de la guerra; las reformas solicitadas y ofrecidas abortaron; sonó en el reloj de la Historia la hora suprema de la Revolución, y sobre los horizontes encapotados de la patria fulgió, cual llamarada de un relámpago en la penumbra de aquel enorme eclipse—que se juzgara equivocadamente eterno.—la palabra inflamada de Martí, convocando á las armas en nombre del derecho y pidiendo al destino, con mandato enérgico, ó libertad cumplida que le satisfaciera, ó muerte santa que le glorificara!....

Desde entonces la patria cubana vió, *como al astro de la idea, delineándose vigorosa, en los horizontes del porvenir*, la figura inmortal del gran vidente. Sus clarividencias proféticas estaban realizadas; su aspiración amada empezaba á cumplirse; la tormenta que provocara el soplo tempestuoso de su gigante aliento se desencadenaba arrolladora contra el poder hispano; y Martí, que había cumplido su gran misión histórica, da triste y melancólico una salutación postrera al ideal amado, dirige una mirada serena al porvenir radioso y se ofrece á la muerte, en brazos de la gloria, arrojando su cuerpo, ensangrentado, en el altar augusto de la Historia!....

No ha muchas noches, en memorable acto político, yo decía cuánta y cuál fué la intensidad del sentimiento americano ante la suerte de Martí. Pero si el sentimiento del mundo americano fué sólo el doloroso de la pena, el de Cuba, su patria, debe ser algo más grande y trascendente, que es inspirarse en sus principios y continuar su obra, por la grandeza ambicionada de la patria y la obtención de su nacional soberanía.

Nosotros tenemos una misión más alta que realizar y un deber más sagrado que cumplir ante el recuerdo del desaparecido ilustre, y es recoger la herencia de sus preceptos y el legado de sus enseñanzas, y navegar tranquilos, en el océano inmenso, sin horizontes ni límites, del porvenir ignoto, guiados sólo por la gloriosa estela que nos marcó su paso.

Toda la obra de Martí descansa sobre un precepto generoso, que fué el lema de la Revolución libertadora y que sellaron en el histórico Monte Christi su nombre y el nombre insigne del general Máximo Gómez. Ese precepto, que es un gran lema de solidaridad política y de hermosísima fraternidad social, es "la patria con todos y para todos los cubanos;" es el grito de amor, de unión y de concordia con que llama á sus hijos la patria exangüe y desgarrada; es su voz amantísima, que pide paz y afecto y que abomina de injustas diferencias y maldice de absurdas divisiones, y á todos une, y á todos confunde, y á todos estrecha, y á todos eleva, y á todos dignifica, y á todos enaltece en el supremo anhelo de independencia

y gloria y en el supremo honor de libertad y justicia!....

Esa obra excelsa, esa aspiración gloriosa, revela un carácter y transparenta un alma inmaculada y pura. Para considerar funesta esa obra y á su autor execrable, sería preciso que el sentimiento del honor y los anhelos santos de libertad y justicia hubieran huído, avergonzados de la conciencia envilecida de esta tierra; para que esa obra fuese funesta y su autor execrable, sería preciso que, por subversión espantable del sentido moral, fuese el patriotismo falta, la dignidad pecado, el heroísmo delito y la traición virtud; para considerar funesta esa obra y su autor execrable, sería preciso derribar las estatuas, nimbadas de luz, aureoladas de gloria, de Lafayette, de Washington, de Daoiz, de Hidalgo, de Bolívar, de Céspedes, de Agramonte y de Maceo, para alzar en sus pedestales las estatuas de barro de Judas, de Bazaine, de Masó Parra y Don Julián; para considerar funesta esa obra y su autor execrable, sería preciso que se hubiese apagado en el Cielo el sol de la justicia; y el amor á Dios, como supremo Redentor del mundo, hubiese huído del alma de los hombres; y en la eterna noche de la maldad humana el sombrío espíritu del rey de las tinieblas asentase su letal imperio sobre un pueblo degenerado de esclavos impenitentes y nostálgicos.....

No; amor infinito, admiración eterna, gratitud inextinguible, son los sentimientos únicos, igualmente firmes é igualmente justos, que consagrar puede nuestro recuerdo enternecido á ese muerto inmortal que hoy nos devuelve el Arte, lleno de vida y de verdad humana, en la actitud severa é imponente que cuadra á su grandeza!... Ese es nuestro homenaje emocionado de hoy. Acaso mañana, contradiciendo al príncipe doliente, amado y trágico de la sublime creación de Shakespeare, que, perdida la fe en la lealtad humana y desvanecida la esperanza en la bondad divina, vagaba, errante, entre las tumbas, para arrancar á los mortales despojos que ellas guardan la triste prueba de la miseria infinita y la inconsistencia deleznable de una estirpe presuntuosa y vana; nosotros, rebosantes de fe, henchidos de esperanza, acudiremos á la fosa, lejana y humildísima, que guarda los despojos del mártir de Dos Ríos, para arrancar á esa tumba el testimonio alentador de la grandeza infinita y de la excelsa gloria que compendia la sagrada osamenta que allí mora; y exclamar, enseñando su cráneo á la contemplación absorta de esta tierra: "Aquí, en las cavidades profundas de esta santa reliquia, bulló el cerebro portentoso que concibió el milagro de la suprema redención de Cuba; y en estas órbitas, desiertas y vacías, llamearon luz de gloria los ojos inmortales que advirtieron, deslumbrados, el resplandor intenso de una aurora magnífica de independencia, libertad y justicia, en la penumbra de prolongado eclipse de abyección, de esclavitud y de oprobio!"

JOSE MARTI

Por Felix Matos Bernier

La Democracia, abril 1905.

JOSE MARTI

Cayó el 19 de mayo de 1895, herido por las balas españolas. Al caer gritó: "¡Viva Cuba libre!" Su espíritu fué recogido en urna de oro por el genio de la Inmortalidad.

Poderoso combatiente de los abusos coloniales, fué brazo y cerebro en aquella legendaria revolución que restó á España muchos miles de hombres útiles y muchos cientos de millones de pesetas. He ahí cómo se explica que un hombre, perseguido de modo cruel y traidor, se alce, con la soberanía de su justicia, por sobre una nación, y la castigue. El grillete de Martí, pues, ha costado á España algo más que los extravíos de sus mandatarios en cuatro centurias de despotismo.

Martí fué toda una época en su patria. Su inteligencia superior cabía apenas en las formas á las cuales tenía que ajustar sus actos de luchador. Aquel cuerpo delicado no era una debilidad sino en la apariencia; noble fuerza moral lo impulsaba, convirtiéndolo en acero. ¿Y su alma? ¿Y lo que había en él, intangible y formidable? Eso no cabe dentro de la hipérbole del elogio y hay que estudiarlo fríamente, como un problema algebraico.

Nacido en la cuna de Heredia, arrullaron su infancia las cálidas brisas tropicales que templaron las cuerdas del arpa de Gertrudis Avellaneda y rizaron la cabellera de Clemente Zenea cuando marchaba, altivo y sereno, al patíbulo. Creció en aquella tierra de la piña y del tabaco, que ha sido regada mil veces con sangre en nombre de la li-

bertad; en aquella tierra de Milanés y de Plácido, de los Varona y los Sanguily. El fuego de la tierruca indiana y la inspiración del ruiseñor americano exaltaban su espíritu.

Su vida fué una odisea y su muerte una apoteosis. Batallador incansable, iba de pueblo en pueblo, de zona en zona, de gobierno en gobierno, agitando el lábaro de la protesta contra el imperio europeo en América, y su acento de convencido esparcía por todas partes la propaganda del derecho como una sinfonía tocada para las conciencias, como una luz extendida sobre los obscuros horizontes, como una revelación preparada para formar la tempestad moral de la revolución cubana.

¡Oh, Martí! Tu abnegación fué la gloria, tu grandeza fué tu desgracia, tu heroísmo preparó tu caída. América había oído la voz de Bolívar en los Andes, y había contemplado el cadalso de Juárez, y había admirado las virtudes de Washington; pero necesitaba el esplendor de tu verbo.

Sí; Martí era el verbo de América. El último sollozo del patriotismo se deslizaba en su viril palabra como una amonestación omnipotente. Era la expresión del sentimiento continental en sublime apostolado.

Poeta, prosista, tribuno, la civilización halló en él divino apóstol. Era el arquetipo de esa civilización adorante, en la postrer convulsión del siglo.

España no lo comprendió. Pero no era extraño aquella ofuscación en su hebetamiento de orgullo colonial. Tampoco vió España cómo su trabajo de patriota era auxiliado por el impulso poderoso de las instituciones liberales de América.

Su obra no era el movimiento forzado de una obsesión, ni de un loco fanatismo. La ola creciente de la revolución política envolvía á Cuba de igual modo que el cinturón de espumas marinas que abraza sus playas.

La democracia americana extendía desde remotos tiempos su positiva influencia sobre Cuba; y ciegos eran los que no entendieron que el instante de la revolución y la reparación se acercaba, lentamente, pero con una precisión matemática.

Si el observador careciera de pasiones, los hombres de gobierno, siendo impasibles observadores de la Historia, tendrían una eficaz percepción de los sucesos. El filósofo ve á más larga distancia que el político. La habilidad no consiste en discutir la victoria ó la derrota, sino en presentirlas. España estaba ciega. Su fracaso era inevitable; el conflicto colonial pavoroso y el desastre seguro.

En 1843 empezó el pueblo americano á fortalecer en Cuba el espíritu insurreccional. En 1849 Narciso López, desde los Estados Unidos, marchó sobre Cárdenas. En 1854 los americanos del Norte trataron de invadir la Isla. En 1855 el general Concha contuvo un violento impulso revolucionario. En 1858 se trató en el Congreso de la Unión Americana de la anexión de Cuba, siendo el primer magistrado de la República quien la solicitó en aquel cuerpo legislativo.... ¿Se necesitaban otros hechos para fundar una firme sospecha sobre la pérdida de Cuba? ¿Debía una nación pensadora y observadora proceder como España, después de aquellos atentados?.... Tenía de frente á toda la América, mientras negaba á Cuba una bandera y una constitución. La consecuencia tenía que ser fatal.

Martí no soñaba, como creyó el Gobierno español. Los divinos apóstoles de la libertad son considerados por las autocracias como soñadores. Es una ceguedad inexplicable. Los sueños de Garibaldi le llevaron á Messina el 28 de junio de 1860. Fueron sueños las terribles realidades que dieron la corona de la inmortalidad á los ilustres libertadores de la Tierra. Era un "sueño" la pérdida de Cuba y Puerto Rico, y ese sueño se

convirtió en realidad. Soñamos, y la gigante visión del ideal toca el espíritu humano, como queriendo revelarle los obscuros misterios de la vida y el progreso. La civilización, la libertad, la justicia, la historia, son los eternos sueños de las almas superiores, y en sus radiantes alas recorren el infinito de las ideas filósofos y poetas, artistas y libertadores.

Martí fué el visionario de la realidad. Tendió su mirada sobre el rojo lineamiento de su patria, y vió levantarse y brillar allí, como en un solemne amanecer, el sol de la independencia, que fué siempre el que alumbró las horas fatigosas de su vida.

Comprendió la necesidad dolorosa de la guerra, y preparó á su pueblo para la guerra. A él se debe el despertar de Cuba, que dormía fatigada. Ninguno como él tuvo la terquedad del ideal. Como él ninguno creyó en la posibilidad y eficacia de la independencia. Con él, Gómez, Estrada Palma y Maceo; con él, cien bravos paladines de la libertad que dieron su sangre y su vida por su patria; con él, las aspiraciones generosas de aquella Esparta moderna; pero ¿qué hubiese sido, sin su esperanza, sin su tesón y sin su verbo, aquella Isla sin bandera y sin ventura?....

Martí fué el "alma victoriosa." Tuvo la constancia del creyente y la grandeza del mártir. Desafiado por la suerte, luchó con la suerte. Herido por la calumnia, venció y perdonó á los calumniadores. La ingratitud quiso abatirle y él levantó su espíritu de educador sobre la miseria de las circunstancias; que hay hombres invencibles que sólo la muerte rinde. Y cuando la muerte ha creído vencer, la Humanidad protesta y los resucita en la vida de la Historia; que hay almas excepcionales que tienen del mundo lo substancial y la inmortalidad del infinito. Así era Martí.

El pueblo de los Estados Unidos del Norte le admiraba y le respetaba.

En el regazo de aquel pueblo coloso, más comercial que sentimental, impuso la potencia de su alma y el prestigio de su causa, en la preparación de su trabajo redentor. Dominaba á las conciencias, resistía á los halagos; y de ese modo salvó la dignidad cubana, sintetizando aquella postrer revolución, la más desinteresada, la más digna, la más heroica que vió la Humanidad en la última década del siglo XIX.

No busquéis el perfil moral de Martí en estos días. Su hermano vive en la leyenda: su hermano es Jesucristo. En el desenvolvimiento de la vida ideal, las almas se confunden, dándose el beso del amor supremo, en el Infinito lo mismo que en la Historia. Desde la altura de aquella cruz inolvidable y sagrada parece que un rayo de voluntad y de divinidad cayó sobre el corazón del patricio cubano, nutriéndolo de esperanza y de abnegación. Las almas de Cristo y de Martí palpitan unidas en el plano luminoso del eterno progreso. Si estos maestros hubiesen luchado juntos, en una igual época, por la libertad de los pueblos oprimidos, la tiranía cesárea los hubiese clavado en una misma cruz; y en estos momentos de examen y de justicia, la Humanidad, agradecida, no sabría á quién admirar más, si al hombre hecho Dios ó al Dios hecho hombre.

Cuba ha erigido á su maestro una estatua. El mármol ha sido una vez más consagrado por la gloria humana; y ante aquella figura veneranda el pueblo cubano debe doblar la rodilla y esparcir sus flores. ¡Eternamente! Eternamente, sí; que es lo menos que puede exigir una vida ejemplar de martirio y de virtud á un pueblo satisfecho. Eternamente sea bendecido ese nombre, adorada esa efigie, respetada esa grandeza, cantada esa gloria, por los hombres honrados, por los pueblos dignos, por las sociedades civilizadas. ¡Eternamente!

FÉLIX MATOS BERNIER.

NUESTRA AMERICA

El Partido Liberal, de México.—Enero 30 de 1891.

NUESTRA AMERICA

Cree el aldeano vanidoso que el mundo entero es su aldea, y con tal que él quede de alcalde, ó le mortifiquen al rival que le quitó la novia, ó le crezcan en la alcancía los ahorros, ya da por bueno el orden universal, sin saber de los gigantes que llevan siete leguas en las botas y le pueden poner la bota encima, ni de la pelea de los cometas en el Cielo, que van por el aire dormido engullendo mundos. Lo que quede de aldea en América ha de despertar. Estos tiempos no son para acostarse con el pañuelo á la cabeza, sino con las armas de almohada, como los varones de Juan de Castellanos: las armas del juicio, que vencen á las otras. Trincheras de ideas valen más que trincheras de piedra.

No hay proa que taje una nube de ideas. Una idea enérgica, flameada á tiempo ante el mundo, pára, como la bandera mística del juicio final, á un escuadrón de acorazados. Los pueblos que no se conocen han de darse prisa para conocerse, como quienes van á pelear juntos. Los que se enseñan los puños, como hermanos celosos, que quieren los dos la misma tierra, ó el de casa chica, que le tiene envidia al de casa mejor, han de encajar, de modo que sean una, las dos manos. Los que, al amparo de una tradición criminal, cercenaron, con el sable tinto en la sangre de sus mismas venas, la tierra del hermano vencido, del hermano castigado más allá de sus culpas, si no

quieren que les llame el pueblo ladrones, devuélvanle sus tierras al hermano. Las deudas del honor no las cobra el honrado en dinero, á tanto por la bofetada. Ya no podemos ser el pueblo de hojas, que vive en el aire, con la copa cargada de flor, restallando ó zumbando, según la acaricie el capricho de la luz, ó la tundan y talen las tempestades; ¡los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas! Es la hora del recuento, y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes.

* * *

A los sietemesinos sólo les faltará el valor. Los que no tienen fe en su tierra son hombres de siete meses. Porque les falta el valor á ellos, se lo niegan á los demás. No les alcanza al árbol difícil el brazo canijo, el brazo de uñas pintadas y pulsera, el brazo de Madrid ó de París, y dicen que no se puede alcanzar el árbol. Hay que cargar los barcos de esos insectos dañinos, que le roen el hueso á la patria que los nutre. Si son parisienses ó madrileños, vayan al Prado, de faroles, ó vayan á Tortoni, de sorbetes. ¡Estos hijos de carpintero, que se avergüenzan de que su padre sea carpintero! ¡Estos nacidos en América, que se avergüenzan, porque llevan delantal indio, de la madre que los crió, y reniegan, ¡bribones!, de la madre enferma, y la dejan sola en el lecho de las enfermedades! Pues, ¿quién es el hombre? ¿el que se queda con la madre, á curarle la enfermedad, ó el que la pone á trabajar donde no la vean, y vive de su sustento en las tierras podridas, con el gusano de corbata, maldiciendo del seno que lo cargó, paseando el letrero de traidor en la espalda de la casaca de papel? ¡Estos hijos de nuestra América, que ha de salvarse con sus indios, y va de menos á más; estos desertores que piden fusil en los ejércitos de la América del Norte, que ahoga en sangre á sus indios, y va de más á menos! ¡Estos delicados, que son hombres y no quieren hacer el trabajo de hombres! Pues el Washington que les hizo esta tierra ¿se fué á vivir con los ingleses, á vivir con los ingleses en los años en que los veía venir contra su tierra propia? ¡Estos "increíbles" del honor, que lo arrastran por el suelo extranjero, como los increíbles de la Revolución francesa, danzando y relamiéndose, arrastraban las erres!

* * *

Ni ¿en qué patria puede tener un hombre más orgullo que en nuestras repúblicas dolorosas de América, levantadas entre las masas mudas de indios, al ruido de pelea del libro con el cirial, sobre los brazos sangrientos de un centenar de apóstoles? De factores tan descompuestos, jamás, en menos tiempo histórico, se han creado naciones tan adelantadas y compactas. Cree el soberbio que la tierra fué hecha para servirle de pedestal, porque tiene la pluma fácil ó la palabra de colores, y acusa de incapaz é irremediable á su república nativa, porque no le dan sus selvas nuevas modo continuo de ir por el mundo de gamonal famoso, guiando jacas de Persia y derramando champaña. La incapacidad no está en el país naciente, que pide formas que se le acomoden y grandeza útil, sino en los que quieren regir pueblos originales, de composición singular y violenta, con leyes heredadas de cuatro siglos de práctica libre en los Estados Unidos, de diecinueve

siglos de monarquía en Francia. Con un decreto de Hamilton no se le para la pechada al potro del llanero. Con una frase de Sieyés no se desestanca la sangre cuajada de la raza india. A lo que es, allí donde se gobierna, hay que atender para gobernar bien; y el buen gobernante en América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán ó el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país, y cómo puede ir guiándolos en junto, para llegar, por métodos é instituciones nacidas del país mismo, á aquel estado apetecible donde cada hombre se conoce y ejerce, y disfrutan todos de la abundancia que la Naturaleza puso para todos en el pueblo que fecundan con su trabajo y defienden con sus vidas. El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma del gobierno ha de avenirse á la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país.

Por eso el libro importado ha sido vencido en América por el hombre natural. Los hombres naturales han vencido á los letrados artificiales. El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico. No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza. El hombre natural es bueno, y acata y premia la inteligencia superior, mientras ésta no se vale de su sumisión para dañarle, ó le ofende prescindiendo de él, que es cosa que no perdona el hombre natural, dispuesto á recobrar por la fuerza el respeto de quien le hiere la susceptibilidad ó le perjudica el interés. Por esta conformidad con los elementos naturales desdeñados han subido los tiranos de América al poder; y han caído en cuanto les hicieron traición. Las repúblicas han purgado en las tiranías su incapacidad para conocer los elementos verdaderos del país, derivar

de ellos la forma de gobierno y gobernar con ellos. Gobernante, en un pueblo nuevo, quiere decir creador.

En pueblos compuestos de elementos cultos é incultos, los incultos gobernarán, por su hábito de agredir y resolver las dudas con su mano, allí donde los cultos no aprendan el arte del gobierno. La masa inculta es perezosa, y tímida en las cosas de la inteligencia, y quiere que la gobiernen bien; pero si el gobierno le lastima, se lo sacude y gobierna ella. ¿Cómo han de salir de las universidades los gobernantes, si no hay universidad en América donde se enseñe lo rudimentario del arte del gobierno, que es el análisis de los elementos peculiares de los pueblos de América? A adivinar salen los jóvenes al mundo, con antiparras *yankees* ó francesas, y aspiran á dirigir un pueblo que no conocen. En la carrera de la política habría de negarse la entrada á los que desconocen los rudimentos de la política. El premio de los certámenes no ha de ser para la mejor oda, sino para el mejor estudio de los factores del país en que se vive. En el periódico, en la cátedra, en la academia, debe llevarse adelante el estudio de los factores reales del país. Conocerlos basta, sin vendas ni ambajes; porque el que pone de lado, por voluntad ú olvido, una parte de la verdad, cae á la larga por la verdad que le faltó, que crece en la negligencia, y derriba lo que se levanta sin ella. Resolver el problema después de conocer sus elementos, es más fácil que resolver el problema sin conocerlos. Viene el hombre natural, indignado y fuerte, y derriba la justicia acumulada de los libros, porque no se la administra en acuerdo con las necesidades patentes del país. Conocer es resolver. Conocer el país, y gobernarlo conforme al conocimiento, es el único modo de librarlo de tiranías. La universidad europea ha de ceder á la universidad americana.

La historia de América, de los incas á acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible á la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria. Los políticos nacionales han de reemplazar á los políticos exóticos. Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas. Y calle el pedante vencido; que no hay patria en que pueda tener el hombre más orgullo que en nuestras dolorosas repúblicas americanas.

* * *

Con los pies en el rosario, la cabeza blanca y el cuerpo pinto de indio y criollo, vinimos, denodados, al mundo de las naciones. Con el estandarte de la Virgen salimos á la conquista de la libertad. Un cura, unos cuantos tenientes y una mujer alzan en México la república, en hombros de los indios. Un canónigo español, á la sombra de su capa, instruye en la libertad francesa á unos cuantos bachilleres magníficos, que ponen de jefe de Centro América contra España al general de España. Con los hábitos monárquicos, y el Sol por pecho, se echaron á levantar pueblos los venezolanos por el Norte y los argentinos por el Sur. Cuando los dos héroes chocaron, y el continente iba á temblar, uno, que no fué el menos grande, volvió riendas. Y como el heroísmo en la paz es más escaso, porque es menos glorioso que el de la guerra; como al hombre le es más fácil morir con honra que pensar con orden; como gobernar con los sentimientos exaltados y unánimes es más hacedero que dirigir, después de la pelea, los pensamientos diversos, arrogantes, exóticos ó ambiciosos; como los poderes arrollados en la remetida épica zapaban, con la cautela felina de la especie y el peso de lo real, el edificio que había izado, en las comarcas burdas y singulares de nuestra América mestiza, en los pueblos de pierna desnuda y casaca de París, la bandera de los pueblos nutridos de savia gobernante en la práctica continua de la razón y de la libertad; como la constitución jerárquica de las colonias resistía la organización democrática de la República, ó las capitales de corbatín dejaban en el zaguán al campo de bota-de-potro, ó los redentores biblógenos no entendieron que la revolución que triunfó con el alma de la tierra, desatada á la voz del salvador, con el alma de la tierra había de gobernar, y no contra ella ni sin ella, entró á padecer América, y padece, de la fatiga de acomodación entre los elementos discordantes y hostiles que heredó de un colonizador despótico y avieso, y las ideas y formas importadas que han venido retardando, por su falta de realidad local, el gobierno lógico. El continente descoyuntado durante tres siglos por un mando que negaba el derecho del hombre al ejercicio de su razón, entró, desatendiendo ó desoyendo á los ignorantes que lo habían ayudado á redimirse, en un gobierno que tenía por base la razón; la razón de todos en las cosas de todos, y no la razón universitaria de uno sobre la razón campestre de otros. El problema de la independencia no era el cambio de formas, sino el cambio de espíritu.

Con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto á los intereses y hábitos de mando de los opresores. El tigre, espantado del fogonazo, vuelve de noche al lugar de la presa. Muere echando llamas por los ojos y con las zarpas al aire. No se le oye venir, sino que viene con zarpas de terciopelo. Cuando la presa despierta, tiene al tigre encima. La co-

lonia continuó viviendo en la república; y nuestra América se está salvando de sus grandes yerros—de la soberbia de las ciudades capitales, del triunfo ciego de los campesinos desdeñados, de la importación excesiva de las ideas y fórmulas ajenas, del desdén inicuo é impolítico de la raza aborigen,—por la virtud superior, abonada con sangre necesaria, de la república que lucha contra la colonia. El tigre espera, detrás de cada árbol, acurrucado en cada esquina. Morirá, con las zarpas al aire, echando llamas por los ojos.

* * *

Pero "estos países se salvarán", como anunció Rivadavia el argentino, el que pecó de finura en tiempos crudos; al machete no le va vaina de seda, ni en el país que se ganó con lanzón se puede echar el lanzón atrás, porque se enoja, y se pone en la puerta del Congreso de Iturbide "á que le hagan emperador al rubio". Estos países se salvarán, porque, con el genio de la moderación que parece imperar, por la armonía serena de la Naturaleza, en el continente de la luz, y por el influjo de la lectura crítica que ha sucedido en Europa á la lectura de tanteo y falansterio en que se empapó la generación anterior, le está naciendo á América, en estos tiempos reales, el hombre real.

Eramos una visión, con el pecho de atleta, las manos de petimetre y la frente de niño. Eramos una máscara, con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón de Norte América y la montera de España. El indio, mudo, nos daba vueltas alrededor, y se iba al monte, á la cumbre del monte, á bautizar sus hijos. El negro, oteado, cantaba en la noche la música de su corazón, solo y desconocido, entre las olas y las fieras.

El campesino, el creador, se revolvía, ciego de indignación, contra la ciudad desdeñosa, contra su criatura. Eramos charreteras y togas, en países que venían al mundo con la alpargata en los pies y la vincha en la cabeza. El genio hubiera estado en hermanar, con la caridad del corazón y con el atrevimiento de los fundadores, la vincha y la toga; en desestancar al indio; en ir haciendo lado al negro suficiente; en ajustar la libertad al cuerpo de los que se alzaron y vencieron por ella. Nos quedó el oidor, y el general, y el letrado, y el prebendado. La juventud angélica, como de los brazos de un pulpo, echaba al Cielo, para caer con gloria estéril, la cabeza, coronada de nubes. El pueblo natural, con el empuje del instinto, arrollaba, ciego del triunfo, los bastones de oro. Ni el libro europeo, ni el libro *yankee*, daban la clave del enigma hispanoamericano. Se probó el odio, y los países venían cada año á menos. Cansados del odio inútil, de la resistencia del libro contra la lanza, de la razón contra el cirial, de la ciudad contra el campo, del imperio imposible de las castas urbanas divididas sobre la nación natural, tempestuosa ó inerte, se empieza, como sin saberlo, á probar el amor. Se ponen en pie los pueblos, y se saludan. "¿Cómo somos?" se preguntan; y unos á otros se van diciendo cómo son. Cuando aparece en Cojímar un problema, no van á buscar la solución á Dantzig. Las levitas son todavía de Francia, pero el pensamiento empieza á ser de América. Los jóvenes de América se ponen la camisa al codo, hunden las manos en la masa, y la levantan con la levadura de su sudor. Entienden que se imita demasiado, y que la salvación está en crear. Crear es la palabra de pase de esta generación. El vino, de plátano; y si sale agrio, ¡es nuestro vino! Se entiende que las formas de gobierno de un país han de acomodarse á sus elementos naturales; que las ideas absolutas, para no caer por un yerro de

forma, han de ponerse en formas relativas; que la libertad, para ser viable, tiene que ser sincera y plena; que si la república no abre los brazos á todos y adelanta con todos, muere la república. El tigre de adentro se entra por la hendija, y el tigre de afuera. El general sujeta en la marcha la caballería al paso de los infantes. O si deja á la zaga á los infantes, le envuelve el enemigo la caballería. Estrategia es política. Los pueblos han de vivir criticándose, porque la crítica es la salud; pero con un solo pecho y una sola mente. ¡Bajarse hasta los infelices y alzarlos en los brazos! ¡Con el fuego del corazón deshelar la América coagulada! ¡Echar, bullendo y rebotando, por las venas, la sangre natural del país! En pie, con los ojos alegres de los trabajadores, se saludan, de un pueblo á otro, los hombres nuevos americanos. Surgen los estadistas naturales del estudio directo de la Naturaleza. Leen para aplicar, pero no para copiar. Los economistas estudian la dificultad en sus orígenes. Los oradores empiezan á ser sobrios. Los dramaturgos traen los caracteres nativos á la escena. Las academias discuten temas viables. La poesía se corta la melena zorrillesca y cuelga del árbol glorioso el chaleco colorado. La prosa, centelleante y cernida, va cargada de idea. Los gobernadores, en las repúblicas de indios, aprenden indio.

* * *

De todos sus peligros se va salvando América. Sobre algunas repúblicas está durmiendo el pulpo. Otras, por la ley del equilibrio, se echan á pie á la mar, á recobrar, con prisa loca y sublime, los siglos perdidos. Otras, olvidando que Juárez paseaba en un coche de mulas, ponen coche de viento y de cochero á una bomba de jabón; el lujo venenoso, enemigo de la libertad, pudre al hombre liviano y abre la puerta al extranjero.

Otras acendran, con el espíritu épico de la independencia amenazada, el carácter viril. Otras crían, en la guerra rapaz contra el vecino, la soldadesca que puede devorarlas. Pero otro peligro corre, acaso, nuestra América, que no le viene de sí, sino de la diferencia de orígenes, métodos é intereses entre los dos factores continentales, y es la hora próxima en que se le acerque, demandando relaciones íntimas, un pueblo emprendedor y pujante que la desconoce y la desdeña. Y como los pueblos viriles, que se han hecho de sí propios, con la escopeta y la ley, aman, y sólo aman, á los pueblos viriles; como la hora del desenfreno y la ambición, de que acaso se libre, por el predominio de lo más puro de su sangre, la América del Norte, ó en que pudieran lanzarla sus masas vengativas y sórdidas, la tradición de conquista y el interés de un caudillo hábil, no está tan cercana aún á los ojos del más espantadizo, que no dé tiempo á la prueba de altivez, continua y discreta, con que se la pudiera encarar y desviarla; como su decoro de república pone á la América del Norte, ante los pueblos atentos del Universo, un freno que no le ha de quitar la provocación pueril ó la arrogancia ostentosa, ó la discordia parricida de nuestra América, el deber urgente de nuestra América es enseñarse como es, una en alma é intento, vencedora veloz de un pasado sofocante, manchada sólo con la sangre de abono que arranca á las manos la pelea con las ruinas, y la de las venas que nos dejaron picadas nuestros dueños. El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América; y urge, porque el día de la visita está próximo, que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdeñe. Por ignorancia llegaría, tal vez, á poner en ella la codicia. Por el respeto, luego que la conociese, sacaría de ella las manos. Se ha de tener fe en lo mejor del hombre y desconfiar de lo peor de él. Hay que dar ocasión á lo mejor

para que se revele y prevalezca sobre lo peor. Si no, lo peor prevalece. Los pueblos han de tener una picota para quien les azuza á odios inútiles; y otra para quien no les dice á tiempo la verdad.

No hay odio de razas, porque no hay razas. Los pensadores canijos, los pensadores de lámpara, enhebran y recalientan las razas de librería, que el viajero justo y el observador cordial buscan en vano en la justicia de la Naturaleza, donde resalta, en el amor victorioso y el apetito turbulento, la identidad universal del hombre. El alma emana, igual y eterna, de los cuerpos diversos en forma y en color. Peca contra la Humanidad el que fomente y propague la oposición y el odio de las razas. Pero en el amasijo de los pueblos se condensan, en la cercanía de otros pueblos diversos, caracteres peculiares y activos, de ideas y de hábitos, de ensanche y adquisición, de vanidad y de avaricia, que del estado latente de preocupaciones nacionales pudieran, en un período de desorden interno ó de precipitación del carácter acumulado del país, trocarse en amenaza grave para las tierras vecinas, aisladas y débiles, que el país fuerte declara perecederas é inferiores. Pensar es servir. Ni ha de suponerse, por antipatía de aldea, una maldad ingénita y fatal al pueblo rubio del continente, porque no habla nuestro idioma, ni ve la casa como nosotros la vemos, ni se nos parece en sus lacras políticas, que son diferentes de las nuestras; ni tiene en mucho á los hombres biliosos y trigueños, ni mira caritativo, desde su eminencia aún mal segura, á los que, con menos favor de la Historia, suben á tramos heroicos la vía de las repúblicas; ni se han de esconder los datos patentes del problema que puede resolverse, para la paz de los siglos, con el estudio oportuno y la unión tácita y urgente del alma continental. ¡Porque ya suena el himno unánime; la generación actual lleva á cuestas, por el camino abonado por los padres sublimes,

la América trabajadora; del Bravo á Magallanes, sentado en el lomo del cóndor, regó el Gran Semí, por las naciones románticas del continente y por las islas dolorosas del mar, la semilla de la América nueva!

RESPETO A NUESTRA AMERICA

La América.—New York, agosto de 1883.

RESPETO A NUESTRA AMERICA

Nótase, con gozo, por cuantos estudian la prensa norteamericana, el creciente respeto que, sólo con haber empezado á revelar su intención de vivir en acuerdo con las grandezas del tiempo, consiguen ya inspirar á este pueblo de hechos y tamaños países que, acaso, no le servían ha poco más que para ocasión de mostrar desdenes y burlas.

Ya no se halla muy frecuentemente en los diarios aquella alusión impertinente, y sólo en apariencia merecida, á nuestros cambios súbitos de gobierno y guerras, que era antes lugar común de todo artículo sobre nuestros países; sino noticias de contratos, entusiastas relaciones de nuestras riquezas, tributos de respeto á nuestros hacendistas y estadistas, y un tono general y afectuoso, mezclado aún de sorpresa y descreimiento.

No bien desocupada apenas la América latina de las contiendas que libran en su seno el espíritu joven y el antiguo, ya porque aquél entienda que vale más esperar á que el sol nuevo funda y pulverice las venenosas ruinas, que gastar las fuerzas neciamente en lo que, al cabo, ha de hacer el Sol, ya que cedan los enconados hombres de antaño, amigos de casas solariegas y privilegios patriarcales, al noble decoro y generosa influencia que trae consigo el ejercicio reposado de la libertad, se ve adelantar, como cortejo de gente joven que saliese adolorida y sonriente de

enfermedad grave, al séquito de pueblos que nacieron armados del pomo de la espada de Bolívar.

Vense en todos ellos señales comunes. Es una de ellas el espontáneo reconocimiento de los méritos sólidos y silenciosos de los hombres de la paz, empresarios osados, hacendados innovadores, creadores de ferrocarriles, ajustadores de tratados, movedores de fuerzas, constructores, creadores. Los hombres de armas van á menos, y los de agricultura, comercio y hacienda, á más. En tierras donde antes no esperaban los brillantes y desocupados mozos sino matrimonio rico ó revolución vencedora que los pusiera, como á estatua sobre pedestal, sobre la vida, ahora se ve á los mozos ideando empresas, sirviendo comercios, zurciendo cambios, abogando por intereses de vías férreas, trabajando, contentos y orgullosos, por campos y por minas. Los que antes pesaban sobre su país, dormidos sobre él, ahora llevan á su país en sus hombros.

No hubiera más que esta razón, que con júbilo notamos á una en casi todas nuestras tierras, y ya serían dignas del creciente respeto de que hoy tomamos nota. Y esto es justo. Lo que acontece en la América española no puede verse como un hecho aislado, sino como una enérgica, madura y casi simultánea decisión de entrar de una vez con brío en este magnífico concierto de pueblos triunfantes y trabajadores, en que empieza á parecer menos velado el Cielo y viles los ociosos. Se está en un alba, y como en los umbrales de una vida luminosa. Se esparce tal claridad por sobre la Tierra, que parece que van todos los hombres coronados de astros.

Y astros los coronan: la estima de sí propios, el dominio de su razón, el goce de sus derechos, el conocimiento de la tierra de qûe viven. Ciencia y libertad son llaves maestras que han abierto las puertas por donde entran los hombres á torrentes,

enamorados del mundo venidero. Diríase que al venir á tierra tantas coronas de cabezas de reyes, las cogieron los hombres en sus manos y se han ceñido á las sienes sus fragmentos.

MENTE LATINA

La América.—New York, noviembre 1884.

MENTE LATINA

Entre los muchos libros que han venido á favorecer en lo que va de mes *La América,* uno hay que regocija, y no es más que el catálogo de un colegio.

No nos place el catálogo porque nos dé asunto para huecas y fáciles celebraciones á las conquistas nuevas, que con trabajos arduos se celebran mejor que con palabras sin meollo, que de puro repetidas van quitando ya prestigio y energía á las ideas que envuelven; sino porque en las páginas del pequeño libro resalta gloriosa, en una prueba humilde y elocuente, la inteligencia latina.

No nos dió la Naturaleza en vano las palmas para nuestros bosques, y Amazonas y Orinocos para regar nuestras comarcas; de estos ríos la abundancia, y de aquellos palmares la eminencia, tiene la mente hispanoamericana; por lo que conserva el indio, cuerda; por lo que le viene de la tierra, fastuosa y volcánica; por lo que de árabe le trajo el español, perezosa y artística. Oh! El día en que empiece á brillar, brillará cerca del Sol; el día en que demos por finada nuestra actual existencia de aldea. Academias de indios; expediciones de cultivadores á los países agrícolas; viajes periódicos y constantes con propósitos serios á las tierras más adelantadas; ímpetu y ciencia en las siembras; oportuna presentación de nuestros frutos á los pueblos extranjeros; copiosa red de vías de conducción dentro de cada país, y de cada país á otros; absoluta é indis-

pensable consagración del respeto al pensamiento ajeno; he ahí lo que ya viene, aunque en algunas tierras sólo se ve de lejos; he ahí puesto ya en forma el espíritu nuevo.

Bríos no nos faltan. Véase el catálogo del colegio. Es un colegio norteamericano, donde apenas una sexta parte de los educandos es de raza española. Pero en premios no: allí la parte crece, y si por cada alumno hispano parlante hay seis que hablan inglés, por cada seis americanos del Norte premiados hay otros seis americanos del Sud.

En esa mera lista de clases y nombres, por la que el ojo vulgar pasa con descuido, *La América* dilata sus miradas. En esta inmensa suma de analogías que componen el sistema universal, en cada hecho pequeño está un resumen, ya futuro ó pasado; un hecho grande.

¿No ha de ponernos alegres ver que donde entra á lidiar un niño de nuestras tierras, pobre de carnes y de sangre acuosa, contra carnudos y sanguíneos rivales, vence?

En este colegio de que hablamos, apenas van los alumnos de raza española á más clases que á las de las elementales y á las de comercio. Pues en el elenco de las clases de comercio, de cada tres alumnos favorecidos dos son de nuestras tierras. El mejor tenedor de libros es un Vicente de la Hoz. El que más supo de leyes comerciales es un Esteban Viña. El que acaparó todos los premios de su clase, sin dejar migaja para los formidables yanquezuelos, es un Luciano Malabet; ¡y los tres premios de composición en inglés no son para un Smith, un O'Brien y un Sullivan, sino para un Guzmán, un Arellano y un Villa!

¡Oh! si á estas inteligencias nuestras se las pusiese á nivel de su tiempo; si no se las educase para golillas y doctos de birrete de los tiempos de audiencias y gobernadores; si no se les dejase, en su anhelo de saber, nutrirse de vaga y gal-

vánica literatura de pueblos extranjeros medio muertos; si se hiciese el consorcio venturoso de la inteligencia que ha de aplicarse á un país y el país á que ha de aplicarse; si se preparase á los sudamericanos, no para vivir en Francia, cuando no son franceses, ni en los Estados Unidos, que es la más fecunda de estas modas malas, cuando no son norteamericanos, ni en los tiempos coloniales, cuando están viviendo ya fuera de la colonia, en competencia con pueblos activos, creadores, vivos, libres, sino para vivir en la América del Sur!.... Mata á su hijo en la América del Sur el que le da mera educación universitaria.

Se abren campañas por la libertad política; debieran abrirse con mayor vigor por la libertad espiritual; por la acomodación del hombre á la tierra en que ha de vivir.

MEXICO EN 1882

La América.—New Yok, junio de 1883.

MEXICO EN 1882

Las revoluciones de los pueblos americanos han tenido dos orígenes: lucha vehemente del espíritu nuevo, que, como un aire de vida, vuela ahora sobre todo el Universo, por aparecer definitivamente y afirmarse; y falta de vías por donde echar naturalmente la actividad ansiosa y el insaciable anhelo de grandeza del hombre hispanoamericano.

Cuando México se sacó de las entrañas, como quien se extirpa un cáncer, el Imperio, quedó asegurada y triunfante, dispuesta á toda pujanza y maravilla, la diosa permanente, que da de sí luz, que ilumina los altares nuevos: la persona humana; quedó en México el hombre, después de tanta lucha heroica y sangrienta, dueño de sí, que es magnífico espectáculo, tanto como es pobre de ver, y doloroso, el del hombre que bebe en la copa del olvido licores de rosas nacidas en fango.

Pero, aun acabada esta razón de guerra, natural siempre é inevitable en los pueblos donde, en forma más ó menos vehemente y culta, el hombre se rebela contra los que sujetan el noble, fructífero y majestuoso empleo de su albedrío —por hacer de sus rodillas pavimento de templo, y de su cerebro alimento de los dioses antiguos desmayados,—quedaba aún en pie la segunda causa, avivada por el carácter belicoso que á la larga adquiere un pueblo nacido y criado entre guerras, y por cierta hidalga disposición del mexicano á fiar á la punta de la espada su dere-

cho. Quedaba en pie la segunda causa: llegados los hombres á la edad en que el deseo aguija y la ambición despierta al alma de los perezosos sueños juveniles, no hallaban instrumentos para su actividad, ni perspectiva para sus deseos, ni cauce para sus labores legítimas, en el cultivo rutinario, trabajoso, poco remunerativo, de tierras alejadas de los grandes mercados, ni en el servicio de industrias raquíticas y contrahechas, ni en un comercio ajeno y sórdido, no bien visto en el país por ir manchado de un descarado empeño en obtener de la tierra más provecho que el natural y honrado. Desdeñoso siempre de la vida, jugaban al azar de las batallas, á la más leve ocasión, su prosperidad ó su muerte. De esta disposición, meramente económica; de esta desigualdad entre las demandas legítimas de la vida, acrecidas por un clima lujoso y un sol caliente, y los medios de satisfacerlas; de este desasosiego del hombre fuerte y fiero de los campos, que no hallaba grato quehacer, ni qué hacer acaso, en mugrientas y ruines aldeas, ó en campos abandonados, á cuya labor costosa, y á menudo estéril, no osaban atentar los mismos caballeros de la riqueza; de aquel malestar del hombre joven, deseador, mal enfrenado, suntuoso, repleto de fuerza, en una tierra dormida, de cuyo seno parecía que sólo pudiese surgir el sustento de los hombres al fragor de la batalla, aprovechaban arteramente, con esa sonrisa lúgubre y fría de los que defienden cosas de su misma podredumbre muertas, los encendedores de discordia, que querían hacer pasar por sacudimientos políticos lo que no era más que desarreglos económicos. O ya era, como sucedió alguna vez, que los desocupados de todas estas guerras, ó los desairados después de ellas, reunidos por el despecho, el apetito ó la necesidad de sacudir la holganza, se juntaban en guerra formidable, alzaban bandera

de una reforma accidental y confusa, y triunfaban.

Pero las fuerzas extraordinarias, en los hombres como en las tierras, por coartadas y obscurecidas que anden, surgen siempre. Nos parece, aunque, acaso, por ver el suceso de cerca, ó con anteojos de pasión, no se vea por todos tan claro, que la nueva era económica, acelerada por estas cuantas paletadas de oro que echan en los hornos de México los norteamericanos, hoy sobranceros de caudales, comenzó con la extinción del Imperio, esto es, con la victoria definitiva sobre los mantenedores de la oligarquía teocrática en México. Desmayados de aquel golpe, apenas pudieron ya, de vez en cuando, en lugar de aquellas guerras tremendas y devastadoras que azuzaban antes y capitaneaban, arrimar la tea apagada á aquellos puñados, en México perennes, de descontentos ó desocupados de las guerras. A poco de esto, asaltó los montes, llamando con grandes voces á la tierra adormecida, la locomotora de Veracruz, que puso en fuga á los bandoleros de las cercanías, á aquellos ociosos de antaño, con más presteza y éxito que el ejército más afortunado. No parece que el avantrén de las locomotoras libre de obstáculos la vía, sino de malvados. En descanso ya las armas de los que tantos años las esgrimieron noblemente en México por asegurar al hombre, contra convenciones religiosas y rezagos autocráticos, el ejercicio de sí, y no tan ocupadas, en virtud de la última derrota estrepitosa, las lanzas de los peleadores de alquiler, comenzó el suelo á dar flores durante el sueño, apenas interrumpido, de la guerra; y ha dado tantas, que no parece que la guerra misma, maravillada de tanta hermosura, tenga valor de atentar á ella, sobre que al aroma de las flores de la tierra cultivada se desciñe, por mágica virtud, y vienen al suelo, los arreajes y aprestos de la guerra.

Nos mueve á esas reflexiones, que aquí de mal grado interrumpimos, el amistoso informe que de México en 1882 publica ahora el caballero Strother, Cónsul General de los Estados Unidos en México. Oirle es asistir á fiesta de encantamiento. Parece que los hombres todos se levantaron á la vez de un sueño, y éste seca un río, aquél perfora un monte, el otro lo vacía, tal destila oro, cuál levanta un pueblo, cuál, enarbolando una bandera blanca y puesto el pie sobre otra roja, se entra, á la cabeza de una locomotora, por la selva que abate á su paso las copas solemnes, y carga los vagones de sus frutos próvidos. Dice el cónsul Strother que al grueso dinero de plata sucede—¡ojalá que no sea, para evitar males futuros, con ciega presteza!—el papel moneda. Dice que no hay alba que no se anuncie con un nuevo descubrimiento; que no hay substancia, de aquellas diversas que á millares da la tierra, que no esté ya sacada á luz y en vía de industria; que están llenas las mesas de los Gobiernos de peticiones de compañías que quieren sembrar plantas de tejer, y trocar luego sus fibras en cuerdas, papel, velas, vestidos; que los pozos de oro abandonados se reabren, y vetas ignoradas salen á luz, y nuevas máquinas hidráulicas ahuyentan á las ruedas con que aun socavan en México las minas; que todo es mina de hierro, carbón y petróleo; todo esperanzas, donde el limpio maguey alza sus hojas; y en los campos abiertos, que se visten de gala para recibir amorosamente á los ferrocarriles—¡gran desposorio nuevo!—todo es trigo y cebada, maíz, caña de azúcar. Plantan la vid, que ya se daba en los Estados de la frontera del Norte; domicilian la morera, que no estaba tampoco descuidada, porque México ha sido siempre tierra ávida de arte y ciencia, y tiene para su cultivo como privilegios naturales; traen de tierras lejanas caballos

de buena alzada, que se cruzan con aquellos febriles y majestuosos de Aguascalientes; traen, y los sientan entre los indios benévolos y atentos, blandos siempre al amor, campesinos de Italia, viticultores de Francia, suizos honrados y alemanes fuertes. Entran al país nuevas semillas de árboles y hombres. Lucen en los cortijos los arados de acero y trilladoras. Y el Gobierno, puesto al lado del pueblo, se ocupa en abrir puertas á las industrias y á los cultivos; y no, como otros, en cerrarlas. En suma, y aunque nos duela sacar los ojos del informe del cónsul Strother, que en este tenor dice muchas cosas buenas, con dos hechos de gente de pelear pondremos punto á este artículo.

No bien entró, de vuelta de su cruzada épica, á gobernar en paz á México, aquel indio egregio y soberano, que se sentará perpetuamente á los ojos de los hombres al lado de Bolívar, Don Benito Juárez, en quien el alma humana tomó el temple y el brillo del bronce, volvió armas contra él un capitán de guerrilla que años enteros había estado batallando en su favor. Ayer mismo, al grito de Juárez, sacudía la lanza sobre los amigos del Imperio; y hoy, al amanecer, vencidos los amigos del Emperador, sacudía la lanza contra Juárez.

Y es fama que le dijo una persona de pro, con palabras históricas, al cabecilla reacio:

—Pero, maldito: si has estado doce años peleando por que gane Don Benito, ¿por qué, ahora que ha ganado, peleas contra él?

—Porque yo peleo contra el que manda.

Esto era aún diez años hace; y ahora es esto:

Antes se vendían en México, por cada 10 pesos de instrumentos de agricultura, 100 pesos de armas; y ahora se venden 10 de armas por cada 100 pesos de instrumentos de agricultura; y un

cabecilla famoso, que jamás había sacado del lomo de su caballo la silla de batalla, dejando su corcel de guerrear atado á un árbol viejo, bajó pocos días hace á la ciudad, según Strother cuenta, y compró dos arados.

LA INDUSTRIA EN LOS PAISES NUEVOS

La América.—New York, junio de 1883.

BIBLIOTECA CENTRAL UANL

LA INDUSTRIA EN LOS PAISES NUEVOS

Florece hoy en México la industria; y como están entrando en el país capitales nuevos; como es sabido que á la voz de las locomotoras la tierra abre sus senos; como se están poniendo ya en circulación los capitales del país, antes tímidos y enmohecidos, ó consagrados á la cómoda usura; como va á haber más gente á quien vender y más dinero con que comprar, las industrias de México se avivan y se ponen en pie para seguir á la par de la corriente que empuja, tiempo arriba, á la nación.

¡Qué bueno fuera que, con ojo seguro, los acaudalados del país se diesen á ayudar las verdaderas industrias de México, que no son las imitaciones pálidas, trabajosas y contrahechas de industrias extranjeras, sino aquellas nacidas del propio suelo, que ni para nacer ni para vivir necesitan pedir prestado el alimento á pueblos lejanos, sino que trabajan de cerca é inmediatamente los productos propios! Y ¡qué malo fuera que, en vez de echar por este campo industrial, fértil, ancho y legítimo, se diera México á emprender una lucha desesperada, penosa é infecunda, para colocar en su territorio á altos precios productos que, aunque se puedan *hacer mecánicamente* en el país, *no se pueden económicamente hacer;* esto es, no se pueden producir de una manera ventajosa para el país y vencedora de las industrias similares rivales!

Pues ¿dónde hay caudales mayores que en los Estados Unidos? ¿dónde han llegado á tal desen-

volvimiento la asociación y el crédito, que son las dos claves con que ha de leerse en el interior, á primera vista maravilloso, y en verdad sencillo, de este pueblo? ¿dónde se cerraron jamás con más dureza las puertas de la nación á los productos de las industrias que cultivaban los fabricantes nacionales? Pues en no siendo en aquellas labores que legítimamente arrancan de su propio suelo, y se dan naturalmente en él, en las que llegan á pasmoso desarrollo las industrias americanas, no han podido aún acercarse á sus rivales perfectas de Europa, á pesar de que no hubo nunca país industrial favorecido á la vez por capitales tan grandes, por tal monto de condiciones generales benéficas y por suma tan recia y severa de leyes prohibitivas.

Pueblos nuevos que han de vivir con sustos y trabajos, aun en medio de alzas aparentes y de irrupciones vertiginosas, hasta tanto que se serene la polvareda de la marcha y se vea qué queda después de ella; pueblos nuevos á quienes el ansia ajena y la propia pueden llevar, como globo con exceso de gas, á alturas donde la atmósfera ya no es respirable; pueblos nuevos, sin los beneficios, crisoles y tamices de la experiencia, que depura y decanta, y deja lo útil, sino con los hervores, prisas y ceguedades de la mocedad, pagada de lo premioso, fantástico y brillante; pueblos nuevos sin facilidades mecánicas generales, ni habilidad hereditaria, ni grandes organismos industriales que favorezcan la producción, ni comodidad geográfica, ni posibilidad racional para enviar á distancias considerables, por vías caras, productos imperfectos, á luchar en los mercados donde éstos se dan naturalmente perfectos, sin transportes que los graven ni viaje que los deteriore, y más baratos; pueblos nuevos sin abolengo, ni vecindades, ni constitución industriales, no pueden producir ventajosamente industrias que vienen siendo el patrimonio, necesidad es-

poleadora y ocupación secular de países poco fértiles, donde la pobreza de la tierra aviva el ingenio; de países constituídos industrialmente, de manera que el arte mismo es torcido á los propósitos de la industria, y las escuelas, los talleres, las leyes mismas, talladas de manera que coadyuven á las grandezas y facilidades industriales. Los Estados Unidos, con relojeros en todas partes del mundo, con caudales pasmosos y con la legislación más amparadora de los productos nativos que puede apetecer pueblo alguno, producen á $2.75 relojes inferiores, en seguridad, material y apariencia, á los que pueden por cinco francos obtenerse en Suiza.

Es imposible, por otra parte, que un gran territorio agrícola y minero no sea también un gran territorio industrial. Es imposible que tan gran reino vegetal no traiga en su diadema todas de joyas nuevas, industrias propias y originales. Es imposible que del maguey no surjan nuevos telares, nuevas ruedas de dientes poderosos, nuevos cobertores, nuevo cordelaje, nuevos paños, espíritus nuevos. Es imposible que tales riquezas industriales queden en abandono ó en desmayo; porque lo que tiene razón de vivir trae consigo tal pujanza, que no hay preocupación de escuela, ley hostil ó capricho pasajero que lo ahoguen. Y bien puede ser que haya en México industrias viables, que en el primer momento no lo sean, por ser también industria de otros países; mas á esto viene el genio industrial, que prevé que, á la larga, por dolorosos que sean los comienzos é idénticas á las propias las ventajas del pueblo rival, no podrá suceder al fin que en el propio suelo venzan, ni asomen á lidiar con los productos directos, otros iguales que, aunque sean también directos en el país que los produce, tienen que echarse á la mar y salvar tierras para entrar, con armas ya vencidas, en el combate. Es, pues, de alentar toda industria que tenga raíces cons-

tantes en el territorio que la inicia; es de rechazar como una rémora, como una catástrofe vecina, como un vicio de la mente, como un mal público, toda industria que, sin más mercado que el reducido del país propio, se empeñe en vencer, por sobre constantes é incontrastables elementos adversos, á industrias perfectas, antiguas, probadas y baratas, cuyos productos pueden venir, sin pérdida inútil de fuerza, fe, tiempo y caudales nacionales, de otros países.

EL TRATADO COMERCIAL

ENTRE LOS ESTADOS UNIDOS Y MEXICO

La América.—New York, marzo 1883.

EL TRATADO COMERCIAL

ENTRE LOS ESTADOS UNIDOS Y MEXICO

No ha habido en estos últimos años—si se descuenta de ellos el problema reciente que trae á debate la apertura del istmo de Panamá—acontecimiento de gravedad mayor para los pueblos de nuestra América latina que el tratado comercial que se proyecta entre los Estados Unidos y México. No concierne sólo á México, cuyos adelantos, de fuerza propia y empuje indígena, despiertan simpatía vehemente en cuantos, por ser de pueblos de América, ven con orgullo fraternal la inteligencia exuberante, investigadora é impaciente de sus hijos, y la prisa con que—acallados ya los naturales hervores de pueblo primerizo, criado á pechos duros de madre preocupada,—se dan los naturales de la tierra á utilizar y multiplicar las excelencias pasmosas de su suelo. El tratado concierne á todos los pueblos de la América latina que comercian con los Estados Unidos. No es el tratado en sí lo que atrae á tal grado la atención; es lo que viene tras él. Y no hablemos aquí de riesgos de orden político; á veces, el patriotismo es la locura; otras veces, como en México ahora, es más aún que la prudencia: es la cautela. Hablamos de lo único que nos cumple, movidos como estamos del deseo de ir poniendo en claro todo lo que á nuestros pueblos interese: hablamos de riesgos económicos. Apuntarlos será bastante, puesto que el tratado comercial con México no está más que apuntado todavía. Acaba

de ser revelado al público, cuya curiosidad atizaban principalmente, por medio de diarios poderosos, los productores de azúcares, que se creen directamente amenazados por el proyecto. El Senado ha decidido la publicación del documento, que está en camino de ser ley, luego que lo aprueben, después de escrupulosa discusión, ambas naciones.

Los artículos 1.°, 2.°, 6.°, 7.° y 8.°, son los más notables del proyecto. En el primero se establecen todos los artículos de producción mexicana que habrán de admitirse libres de derechos en los Estados Unidos, en tanto que el tratado dure. En el segundo, todos los artículos de los Estados Unidos que México se obliga á admitir libres de derechos. En el sexto se estipula que ni una ni otra nación gravará con derechos, á su paso por ella, ninguno de los productos declarados de entrada libre en el país, cuando hayan de consumirse en la misma nación; aunque por el séptimo artículo se autorizan mutuamente ambos pueblos contratantes á gravar estos productos, á su paso por su territorio, siempre que pasen por él, no para quedarse en alguna comarca de él, sino para ser consumidos en otro país. Y el octavo fija en doce meses el tiempo en que, después de la aprobación del tratado por ambos países con arreglo á sus constituciones y cambio consiguiente de ratificaciones, han de tomarse las medidas y dictarse las leyes necesarias para que el tratado entre en vigor.

Nada dará una idea tan efectiva de la magnitud del suceso en proyecto como la enumeración de los artículos que cada uno de ambos países se obliga á aceptar en su territorio libres de derechos.

Los Estados Unidos libertan de toda contribución de entrada por sus puertos ó fronteras á cuanto México exporta, puesto que apenas hay producto del suelo mexicano que no quede exento

de derechos en este proyecto. Y es de notar que ha puesto mano en el tratado, de parte de México, hombre previsor, puesto que en la exención se incluyen ramos que no existen aún en México sino en porción insignificante, pero que, por la obra del tratado mismo, han de cobrar pronto desarrollo é importancia. Quedan exentos de derechos los animales vivos, la cebada, si no es de la que llaman perla; carne de vaca, café y huevos, esparto y otras gramíneas, que en los Estados Unidos usan, entre otras cosas, como materia prima del papel; toda clase de flores, toda clase de frutas, las cuales son comercios llamados á desenvolvimiento notable é inmediato, no bien haya ferrocarriles que enlacen, sobre todo del lado del Atlántico, ambos pueblos; pieles de cabra sin curtir; todas las variedades del henequén y cuantos puedan sustituir al lino; cuerdas de cuero; cuero sin curtir; pieles de cabra de Angora, sin curtir y sin lana, y pieles de asno; goma de la India; el índigo tan bueno en México; el ixtle, ó fibra de Tampico, susceptible de aplicaciones tan varias; jalapa, maderas de tinte y todo grano ó insecto de teñir; mieles, aceite de palma y de coco; mercurio, zarzaparrilla cruda y substancias similares; paja no trabajada, azúcar que no exceda del número 16, holandés en color, tabaco en rama, no elaborado; cuantas legumbres produce el país y cuantas maderas de fábricas—aunque no han de estar trabajadas—pueblan sus bosques; exención, ésta última, de marcada valía, si se tiene en cuenta cuánto abundan las costas de México en muy buenas maderas empleables en la construcción de los buques, y la posibilidad de que, cediendo al fin al clamor nacional, se deroguen pronto en los Estados Unidos las leyes que hacen ahora punto menos que imposible, por lo excesivamente cara, la construcción de buques en astilleros de la nación.

En cambio de estas ventajas, México abre sus

puertas á todos los productos de hierro que por la mala obra y falaz beneficio del sistema proteccionista sobrecarga hoy á los mercados americanos, enfermos de plétora; á cuanto se necesita para levantar pueblos, como por obra de magia; para desmontar selvas, para quebrar montes y echar, por donde andaban sierpes y fieras, ferrocarriles. Sin más que pocos productos del suelo, para dar de comer á los nuevos habitantes, con lo que este artículo permite libre de entrada en México, puede construirse, como por obra de soplo fantástico, toda una nación. La lista es tan numerosa, que absorvería todo nuestro espacio; ¿qué necesitamos decir, si á lo que va dicho añadimos que el artículo permite la entrada en México de cuanto un pueblo necesita para arar toda su tierra, y sembrarla toda, y alimentar á los agricultores mientras produce, y remover y exprimir las aguas de los ríos, y penetrar y hacer saltar las ricas minas de todos sus montes?

Resulta, pues, de la primera ojeada, que el beneficio de México, inmediato en algunos casos, como el del henequén para Yucatán, es más un beneficio de porvenir que de presente, y nominal que real, puesto que, hoy y por tiempo no breve, México no puede aumentar sensiblemente la producción de los frutos naturales que hoy exporta y que coloca con ventaja y sin esfuerzo, ya en los Estados Unidos, ya en los mercados europeos. El azúcar que México produce, ni mejoraría de clase ni aumentaría en cantidad sin la ayuda de maquinarias poderosas, cuyo efecto vendría á coincidir probablemente con los últimos años de duración del tratado que se proyecta. El café mexicano, sobre que tiene asegurado su consumo, aun en años de depreciación del fruto, como éste, merced á su perfume y vigor, no recibe con el tratado ventaja alguna, puesto que todo café entra en los Estados Unidos libre de derechos. Y en general todos los productos mexicanos necesitan,

para el súbito crecimiento á que están llamados, más vías por donde ser conducidos—las cuales están haciendo—y más brazos que los produzcan, los cuales no son tan fáciles de hacer.

En cambio, los Estados Unidos ponen inmediatamente en circulación, con un interés subido, por lo pingüe de los frutos de la tierra y la mayor baratura de la colocación de su caudal, el exceso de riqueza que hoy dedican á operaciones agitadas y antipáticas de bolsa, por las que comienza á haber visible desgano público; se crean un cuantiosísimo mercado para muchos productos que les sobran y se ayudan á mantener, con este canal ancho del exceso de producción, el sistema prohibitivo, del que creen que necesitan aún sus industrias para llegar más tarde á competir con las más perfectas europeas. Descargan sus mercados; emplean á mayor interés su riqueza sobrada; se ayudan á esquivar, por unos cuantos años, con el nuevo mercado de los frutos sobrantes, el problema gravísimo que viene de la desocupación de los obreros por el exceso de producción de artículos no colocables—fatal consecuencia del sistema de la protección—é introducen sin derechos pueblos enteros, ciudades enteras, en un pueblo limítrofe.

Tal es la inmediata consecuencia y las ventajas que acarrea el tratado á ambos países. A México, los medios de producir mañana con exuberancia frutos de que los Estados Unidos son un considerable consumidor; á los Estados Unidos, la colocación, desde el primer instante, en condiciones ventajosas, de un exceso de riqueza que coloca hoy desventajosamente, el descargo en un mercado forzoso de sus industrias embarazadas por la sobra de productos no colocables y la posibilidad de alzar ciudades, sin más autorización ni traba que las que les otorga el tratado, en un pueblo vecino.

En cuanto á los demás países de la América,

que, por su penosa condición los unos—¡los más interesados acaso!—y los otros por ese desvío fatal, falta de intercomunicación y baltasárica pereza en que viven, no parecen haberse dado aún cuenta de este importante proyecto, no hay uno acaso que no hubiera á la larga de sentir en sí sus resultados. Cuba vive exclusivamente—dejando por un momento á un lado su tabaco, el que no cuida como debe,—de los azúcares que envía, por mar y con derechos graves de exportación é importación, á los Estados Unidos. Bien se sabe cómo crea maravillas, con su soplo de fuego, la vida moderna; tabaco, no parece que pueda producirlo México tan bueno como Cuba; pero azúcar sí puede producirlo tan bueno. Con ferrocarriles, ya en construcción, que vayan, sin demora ni estorbo en la frontera, del centro de los territorios azucareros al centro de los mercados americanos; con la creación subsiguiente é inevitable de ingenios poderosos, estimulados por la baratura de la maquinaria, la fertilidad de la tierra y la facilidad de la colocación del fruto, producirá México dentro de algunos años cantidad extraordinaria de azúcar, á cuya entrada en los Estados Unidos se opondrán en vano los cultivadores de Louisiana y Estados análogos, porque la mayor suma de varios intereses que aprovecharán grandemente, por cierto tiempo, del comercio libre con México, ahogarán los clamores de la suma menor de interesados en el mantenimiento de una sola producción. ¿Cómo podrán entonces, en época que todos los datos ya hoy visibles, y producibles de ellos, hacen parecer no lejana, competir los azúcares de Cuba, que irán por mar y con derechos á su salida y llegada á los Estados Unidos, con azúcar de igual clase de México, que irá por ferrocarril, sin derechos probables de salida y sin derechos de entrada? Ni ¿cómo competirían, aun con igualdad de derechos? Comete suicidio un pueblo el día en que

fía su subsistencia á un solo fruto. México se salvará siempre, porque los cultiva todos. Y en las comarcas donde se dan de preferencia al cultivo de uno, de la caña ó del café, se sufre siempre más, y más frecuentemente, que en comarcas donde con la variedad de frutos hay un provecho, menor en ocasiones, pero derivado de varias fuentes, equilibrado y constante.

Como México produce todo lo que los demás Estados de Centro América y de la América del Sud, y tiene aún territorio inmenso donde extender sus múltiples productos, y va á recibir ahora superabundancia de medios de producir de que continuarán careciendo los demás países americanos que le son análogos en producciones, aun sin contar con la rebaja especial de derechos que conceden los Estados Unidos á México, y por más que se tuviera en cuenta la posibilidad, que no llega á ser probabilidad, de que celebrasen los Estados Unidos con los demás países de la América tratados semejantes al de México, resultaría siempre que en la competencia de frutos iguales por llegar á un mercado común llevaría la ventaja, por precios de flete, frescura del fruto y oportunidad del arribo, al país más cercano.

Tales apuntes nos sugiere hoy la lectura del proyecto. Con la costumbre, no descaminada á veces, de buscar causas ruines á los propósitos de apariencia y objeto más loable—han dicho periódicos de los Estados Unidos de tanta valía como el "Sun", de New York, y otros de no menor influencia en Washington, que como el tratado dejaría sin rentas al Gobierno de México, que deriva hoy casi todas las suyas de los derechos de aduanas,—se vería el Gobierno en la necesidad de suspender el pago á poco de las subvenciones con que auxilia la construcción de determinadas líneas férreas de empresarios norteamericanos; éstas, privadas de la subvención, quedarían forzadas á interrumpir y á abandonar, acaso, sus

trabajos; y entonces, sobre sus ruinas, continuaría construyendo los ferrocarriles mexicanos la poderosa compañía no subvencionada, nutrida por los magnates ferrocarrileros de los Estados Unidos, con cuyos intereses está íntimamente ligado el general Grant, coautor, si no en la letra, en el espíritu del proyecto. Pero á este rumor, á pesar de su apariencia racional, no ha de adscribirse este proyecto de tratado, de tal alcance, de tan profunda trascendencia, de tanta monta para todos nuestros países. Cuando existen para un suceso causas históricas, constantes, crecientes y mayores, no hay que buscar en una pasajera causa ínfima la explicación del suceso.

Invitamos á reflexionar sobre el tratado.

MEXICO, LOS ESTADOS UNIDOS

Y EL SISTEMA PROHIBITIVO

La América.—New York, febrero de 1884.

MEXICO, LOS ESTADOS UNIDOS Y EL SISTEMA PROHIBITIVO

Más que palabras propias, que, por venir de labios latinos, podrían parecer alardes de teoría, importan las que al pie traducimos, en que el "Herald", diario de hechos, que tiene para ellos un ojo limpio, frío, y á menudo brutal, censura á su modo, con claridad igual á su crudeza, el sistema proteccionista, que apenas compensa al país con el beneficio de adquirir algunas industrias imperfectas, de los obstáculos que al amor de ellas se levantan, de la áspera contienda entre los industriales favorecidos y tercos y la nación gravada y ahogada, y del daño y riesgo en que pone á un país la acumulación de una población industrial que se ha de hallar al fin, por lo excesivo y caro de su producción, sobrada para el país y muy cara para los ajenos, en revuelta ira y hambre. Es lo peor del sistema proteccionista, usado siempre con la previsión de que sólo se le tendrá en vigor mientras favorece la creación de las industrias nacionales, que éstas no le permiten luego detenerse donde debe; sino que, engolosinadas con los fáciles rendimientos que al principio, con un país entusiasta y no surtido, logra, no quieren abandonar los privilegios adquiridos, aunque de ellos sufra el país en cuyo beneficio se instituyeran; porque el sistema proteccionista, que se crea para que la nación se haga manufacturera, y, por tanto, rica y poderosa, no se mantiene luego sino por un grupo de industriales, ricos y poderosos, á costa del malestar y estrechez crecientes en la nación.

Como siete años hará, cuando el "Herald" no preveía por cierto lo que ahora lamenta, que la misma mano que estas cosas escribe en *La América* sobre México, las escribía en México sobre aquel país de corazón caliente y tierra valiosa y sobre esta otra tierra, cuyos apuros de ahora ya de entonces los veedores de ojos claros alcanzaban; lo cual recordamos porque es manía, entre gente de poco meollo, de esa que toma á ciegas puesto en bandos y generalizaciones, que, por el hecho de escribir desde los Estados Unidos, todo lo que se escriba, aunque sea tinto en la propia sangre y sacado del metal más puro que vetee por las minas del cerebro, ha de ser norteamericano; el soldado de fila no ve nunca los ensueños de gloria ó deleites de sacrificio que iluminan ó enternecen, en la hora del combate, los ojos del capitán.

Como siete años hace, decíamos, con nuestra previsión latina, lo que ahora, después de su experiencia sajona, reconocen los que á su costa lo tienen aprendido.

Los Estados Unidos, vivo ejemplo hasta ahora de las ventajas aparentes del sistema proteccionista, se revuelven contra él, como Neso haría contra su túnica, y por boca del "Herald", que en esto hace coro á todos sus diarios, dicen, á propósito de su falta de arraigo actual, y acaso de arraigo futuro en el comercio con México, lo que les inspira su posición económica presente, consecuencia grave, si no formidable, del empleo desatentado y pleno de los métodos prohibitivos.

Dice el "Herald," y como el "Herald" tipifica, en muchas cosas guía y en todas refleja bien á su país, no es de perder nada de lo que en estas cosas dice:

"Aun ahora, los ferrocarriles que desde este país están siendo introducidos en México están casi exclusivamente bajo el poder de ciudadanos de los Estados Unidos, y el capital americano se

ha invertido en considerables cantidades en empresas de México. Cualesquiera que hayan sido nuestras desventajas cuando sólo existía entre los dos países el comercio marítimo, los norteamericanos poseeremos (y este futuro lo expresa el "Herald" con su *will* absoluto, y no el *shall* que deja abierto campo á la posibilidad ó á la duda, el *shall* cortés), todas las ventajas comerciales que deben surgir de la terminación de los ferrocarriles.

"Sí, todas las ventajas; pero si decidimos aprovecharnos de ellas. El mercado de México pertenece naturalmente á los Estados Unidos; pero por desdicha no se tuvieron en cuenta, sino que se alteraron, estas condiciones naturales, y se estableció en su lugar un estado de cosas puramente artificial, é innatural, por lo tanto, que ha venido á poner en manos de otras naciones un mercado que hubiera podido estar en las nuestras, y que, al paso que van siendo más favorables las condiciones en que se mueve, está en camino de ir creciendo casi indefinidamente. En los años 1882 y 1883 las exportaciones de México á Inglaterra aumentaron en cerca de siete millones, mientras que las exportaciones á los Estados Unidos aumentaron sólo en tres millones; resultado que es todavía más lamentable en lo que se refiere á la exportación de metales preciosos, de los que Inglaterra importó de México en 1883 cerca de $500,000 más que en 1882, y los Estados Unidos más de 600,000 menos.

"De nuevo preguntamos: ¿tendrán los Estados Unidos el mercado de México? No lo tendrán, decimos, á menos que no haya un cambio en nuestro sistema de comercio. México posee un abundancia las materias primas de la industria, y las industrias de los Estados Unidos necesitan precisamente de esas materias primas para poder reducir el centro de producción de sus artículos, y exportarlos á México y venderlos en competen-

cia con las naciones europeas, que están ahora surtiéndose de aquellos materiales baratos. ¿Qué condiciones pudieran ser más favorables para un tráfico mutuo, que para ambas naciones sería ventajoso? Y ¿cómo caracterizaremos el estúpido y suicida sistema de comercio, mantenido por nuestra tarifa y nuestras leyes de navegación, que hace imposible ese beneficioso cambio? El carácter egoísta del sistema de protección es harto bien conocido para que se requieran ejemplos que lo pongan en claro; pero si algún ejemplo se necesitare, el rechazamiento del tratado de reciprocidad con México lo proporcionaría. México ha puesto mucho de su parte para abrir comercio con los Estados Unidos; los artículos que exhibe son los que en los Estados Unidos deseamos; y la generosa ayuda dada por México á los ferrocarriles demuestra su afán por establecer relaciones mercantiles con nosotros. Pero nosotros tranquilamente desdeñamos los ofrecimientos de nuestros vecinos, y preferimos mantener una política de aislamiento que está arruinando todas nuestras industrias y deprimiendo todos los ramos del comercio y la manufactura. Nosotros invitamos fríamente á otras naciones á que recojan las grandes ventajas que el comercio con México ofrece, y debemos pagar caro esta conducta si persistimos en ella."

Dice eso el "Herald".

Por lo que hace al tratado, cierto que debe haberlo entre México y los Estados Unidos; y los que del lado latino, por prever males, no lo quisieran, no saben que, con cerrarle totalmente la puerta, acumulan males mayores que los que pretenden evitar; así como los acumulan por otra vía, aunque con igual término, los que apresuradamente urden y azuzan tratados de naturaleza tan grave. Tratado debe haber; pero no aquel que se proponía, y yace en buena hora.

Y por lo que al sistema proteccionista hace, y

lo que con él ha pasado en los Estados Unidos, ¿no será que el sistema proteccionista sea como esos cercados de madera de que se rodea en sus primeros años á los árboles tiernos, pero que luego, cuando ya se alza fuerte y gallardo el arbolillo, es necesario remover para que no oprima el tronco, que de todos modos ha de echar al fin el cercado á tierra?

ADELANTOS EN MEXICO

MEJORA Y CRUZAMIENTO DE CABALLOS

VARIAS RAZAS

CRONICA DE ZOOTECNIA

La América, de New York.

ADELANTOS EN MEXICO

Mejora y cruzamiento de caballos. -- Varias razas. -- Crónica de zootecnia.

Recuerda México á un buen caballero de un libro encantador del inglés Bulwer Litton, admirable libro, llamado del nombre de su héroe "Kenelm Chillingly;" el cual caballero inglés, Sir Leopold Travers, luego que gastó, con bríos de mozo, en querellas de amor y lujos sociales, sus primeros años y dinero, vió una buena mañana que por aquel camino iba á ambas ruinas, y sin dejar de una vez el trato ameno y espacioso de las gentes cultas, que es para el espíritu como la sazón para los manjares, se dió muy buenamente á mejorar sus campos, apuntalar y reforzar sus agrietados caseríos, abonar y sembrar sus empolvadas tierras y cruzar y embellecer sus animales. Y cuidaba con grandísimo amor su buena vaca Durham.

México, de vuelta ya de sus querellas de amor y nobles arrebatos del mocerío, ha puesto los ojos en su hacienda pingüe abandonada, que sin duda triplicará en valor, con el cuidado, como triplicó á vuelta de pocos años la de Sir Leopold Travers.

Ayer decíamos que México sembraba su valle; ahora diremos que México se ocupa activamente en la mejora y cruzamiento de sus ganados, en el modo de subir de alzada el nervioso y lindo caballo de Aguascalientes y llevar nuevas yeguas á Guanamé, La Gavia y Cruces, buenos criaderos

donde ya escasean, y poner buena semilla en las receptoras afamadas de Tantoyuca.

Así como Guatemala, ganosa de mejorar la pobre especie de sus quinas y de sembrar en profusión un árbol cuyo consumo aseguran las numerosas industrias que lo usan, llama á que reconozca la tierra y presida la siembra á un hacendado de Ceylán, de habilidad probada en estas labores, así México pide informes sobre las razas caballares y tipos que fuera conveniente cruzar, y sistema que ha de seguirse en el cruzamiento, á una notable persona, rica en conocimientos de zootecnia.

La ciencia toda del cruzamiento cabe, al decir de este informador, en una sola frase: "que productores y receptores sean entre sí lo más alejado posible en sangre y genealogía". Y así los hijos heredarán los dobles caracteres salientes de ambos padres, que, por no asemejarse entre sí, no se funden en un hijo de cualidades pálidas y neutras.

Yeguas, no las hay mejores que las de Kentucky; y si tienen alguna sangre de aquella fogosa y pura de la Pampa, más apreciadas son todavía. Kentucky ha dado á los Estados Unidos esos caballos de veloces remos y de pechos anchos que hacen fruncir el ceño á los arrogantes criadores de Inglaterra, más de una vez vencidos por los nerviosos potros kentuckianos.

Y estas yeguas de Kentucky podrían dar excelentes hijos si se les llevasen padres árabes, no el Kadischi, de obscuro abolengo, y tal vez mal mezclado, ni el Attechi vulgar, ni el pesado Nedgedde, ni el Montific mismo, con ser noble y de casta probada; sino el Kochlani, soberano y esbelto; el leal y fogoso Kochlani, ala y amigo del corredor beduino, hijo de aquellas caballerizas afamadas del rey Salomón. ¡Gran rey aquél, que, sin monumentos y sin prensa, saca tantos codos por sobre los hombres y los pueblos de su tiempo, que se le

ve entero y como vivo todavía! ¡Oh, fama, sueño y entretenimiento de los niños!

Para las receptoras normandas, el informador mexicano quiere semilla de pampas, en cuya sangre ágil y briosa ponen ópima vida los suculentos jugos de aquellas yerbas vírgenes en que saca afuera su pujanza exuberante la tierra de la República Argentina. Hijos diestros y recios á la par nacerán de la normanda de anchos cuartos y nervudos remos, poderosa tiradora, y el pampa centelleante y flexible, en cuyos ojos vivos se hallan á veces relámpagos de ojo humano; no en Kentucky sólo; en Louisiana, Philadelphia, Ohio y California tienen por yeguas excelentes las que algo conserven del caballo pampa. Gozan gran fama de ligeras trotadoras.

A la receptora bolonesa, madre de esos valientes y pundonorosos caballos de campo que, como á hermano suyo, cuida el labrador francés, vendría bien el semental inglés de sangre pura, el "blood horse" aristocrático, de elástico músculo y remos alados.

A la andaluza de paseo, de fría y acabada hermosura, el turcomano de fatiga, tan largo y desencajado como perspicaz y resistente.

Las peludas, ponderosas y colosales yeguas del Perche, madres de los percherones de gran pecho, velludo espolón, pezuña abierta y cuartilla corta, debieran ser cubiertas, como las normandas que en sus usos campesinos y fuerza se les parecen, por los Kochlanis elegantes.

Las artilleras de Jerez, hijas de árabe y normando, mansas y duras, darían gallardos hijos, bellos y trabajadores, si las cubriesen los *racers* ingleses, de miembros férreos y delgados, competidores hábiles del viento.

Para la yegua francoárabe, que da á los campos de guerra sus mejores corceles, se aconseja el refinado Kentucky, en quien se concentran las razas opuestas.

A yeguas mexicanas, de variada índole, añadirían propiedades nuevas, mezcladas cuidadosamente en relaciones opuestas, los percherones poderosos; los berberiscos, hijos de árabe y númida, que han dado buena semilla á los criaderos de Inglaterra; y los enjutos é infatigables mecklemburgueses.

Las yeguas de Philadelphia, altas, recias y hermosas, casarían bien con los sufridos y nobles argelinos.

Es la hacienda para un pueblo como los aposentos de la digestión para un individuo; y toda turbación ó pobreza en aquélla trastorna al pueblo, como la falta de alimento ó alimentación irregular trastorna y hace ineficaces ó dañinos todos los demás órganos del hombre. Hasta en el exceso se parecen pueblo é individuo en ambas cualidades; que cuando hay plétora de hacienda obscurécense la virtud y sano sentido en las naciones, como en el hombre el juicio cuando ha puesto en sí cantidad excesiva de alimento.

México, que hace tan bien en imitar al caballero Travers y en arreglar cuidadosamente su sistema de creación y circulación de la riqueza, da prueba nueva de previsión y limpio entendimiento imitando á aquellos bravos caudillos feudales, menos románticos, acaso, de lo que pintan aisladas leyendas, que de sus guerras con mahometanos hallaban descanso en traer, como Ricardo Corazón de León, galanos caballos del Oriente, para mejorar las crías normandas, ó en crear, como "Juan sin tierra", con cien sementales muy buenos de Holanda, el caballo de tiro valioso de que hoy se envanece Inglaterra.

Los pueblos, hombres magnificados, como los hombres tienen su edad de predominio de imaginación, y de predominio de razón. Caldea aquélla la máquina, que luego lleva á espaldas tren lujoso. Ya México prepara el tren de lujo.

Y hace bien, por cuanto es bueno pensar en la

esencia de la vida al pensar en sus formas, y ver de mantener aquélla para que prosperen éstas; hace bien en buscar modo de celebrar tratados eficaces y de inmediatos y equilibradores resultados con todas las naciones de la Tierra, en la razón en que deben estar las receptoras con los sementales: veinte á uno.

Lo cual no es fórmula cabalística, sino vital é interesantísimo consejo.

MEXICO EN "EXCELSIOR"

La América.—New York, octubre de 1883.

MEXICO EN "EXCELSIOR"

Los lectores de "La América" conocen, porque en nuestro número del mes de junio se lo describimos, el baile suntuoso que, como un himno cantado por los colores y los miembros armoniosos del cuerpo humano á las conquistas del hombre sobre la Naturaleza, han dispuesto, con notable alcance en el pensamiento y lujo en la forma, sus afortunados autores.

New York exhibe ahora el baile "Excelsior", sin aquella plenitud de buen gusto con que, como flor inmensa que se abre en cesto de oro, lo exhibía el teatro Edén á los parisienses; pero con no menor riqueza. Cuando á nuestros ojos latinos asoman casi las lágrimas ante la dolorosa agonía, presentada en apropiada mímica, de los ingenieros franceses que creen haber errado sus cálculos y desesperan de haber venido abriendo el túnel del lado de Francia en la misma dirección en que lo venían abriendo del lado de Italia; cuando se dilata el alma jubilosa, y se sonríe dichosamente, como cuando se acaba de conmover á los hombres con una palabra, ó arrancar un hecho nuevo á la Naturaleza; al ver entrar, al fin, lleno de abrazos, por el agujero abierto de ambas partes en el mismo lugar del túnel, al primer obrero italiano que dobla en tierra la rodilla, saludando con los llorosos franceses á un Dios nuevo, el público de Niblos Garden apenas aplaude. Generalmente no aplaude. ¡Hay entonces poca luz, poco color, pocas damiselas en la escena!

Pero luego es de ver, en Ismalia, el baile de

todas las naciones. Todas están allí, en sus trajes peculiares y pintorescos; algunas faltan, que se están elaborando en la sombra y purgando pecados antes de subir á la morada de la Libertad; otras sobran, ya degeneradas y caídas, más hechas para ser bebidas de un sorbo por una sedienta bailarina, como el reino de Nápoles, que para llevar sus armas de abrir istmos en el cortejo de la locomotora prepujante, clarín de casco plumado de los ejércitos modernos.

En esa escena de "Excelsior", en que los pueblos todos de la Tierra se juntan, en clarísimo espacio, por todas partes matizado—como por lenguas de gozo—de banderas, á celebrar la unión de los dos mares, aplauden los espectadores noche tras noche un curioso baile á cuatro, que viene después de magnífico quinteto bailado en que la Civilización, en saya corta, y la Luz, con casco y largo manto relumbrantes, disputan á un cruel señor de esclavos, azuzado por el genio negro de la Obscuridad, un pobre siervo desnudo y maltrecho, con quien la Civilización, al cabo victoriosa, baila en conyugal abandono el paso de la igualdad y de la paz; todo lo cual, con ser mímica y tener grano de chiste, conmueve, y enseña, y habla al juicio, y humedece los ojos.

Y en el baile de á cuatro, en que un inglés, todo vestido de dril blanco, figura á Europa, y á Asia un chino de ancha toga de seda, casco mondado y bigotes cadentes, cuyos extremos danzan como brazos de pulpo á los caprichos del aire, que el chino sacude con inquieto y cínico abanico, México ha sido elegido para representar á América; mas no de ridícula manera, como el inglés, que baila en la escena cancán descoyuntado, y el chino, que acompaña la animada orquesta con brincos y escarceos de ardilla loca; sino de garboso y cuasi heroico modo, y como caballero de la Civilización, que con igual brío la arrebata

de los brazos del chino que de los del inglés, cuando en los accidentes del baile se escapa á ellos.

A mayor atrevimiento, mayor honra. México se dió, en su lucha contra Europa, tamaños de pueblo; y hoy, cuando quiere un europeo simbolizar la América, la simboliza en México.

No por indio, tocado de vistosas plumas y vestido de blancos algodones, y sobre ellos colgantes del pecho gruesos trozos de oradada obsidiana, y en los dedos muestras ricas de aquellas labores de oro que tan sutilmente hacían los artífices aztecas; no por indio de tiempos de antaño está representado México en el baile, sino por charro gallardísimo, de vestido apropiado y lujoso, á quien sólo sobran unas como monedillas de oro que le cuelgan del borde del sombrero. Su parte en el cuarteto no es la de Sganarelle, sino la de D. Juan. No le engañan, ni se da ocasión á que se burlen de él. Es el amante preferido de la dama, á quien su valor rescata siempre de los brazos rivales. Y en la música misma, el zapateo que el mexicano y la Civilización bailan, que no llega á ser el melodioso jarabe tapatío, interrumpe, como dúo de amor entre carcajadas de payasos, las notas saltarinas y compases descuadernados que acompañan las piruetas carnavalescas del chino y del inglés.

De todo lo cual, aunque parece cosa pequeña, se deduce que, á la larga, todo pueblo saca ventaja, por la fama que asegura y respeto que inspira, de haber sido heroico;. . . . así como queda para befa y mote cuando tarda en serlo.

JUAN JOSE BAZ

El Economista Americano.—New York, diciembre de 1887.

JUAN JOSE BAZ

UN MEXICANO ILUSTRE

México, el México vivo, el México que surgió de la sombra en 1857 con toda la fatiga y la gloria de la libertad, acaba de perder en el anciano Juan José Baz á uno de sus fundadores. La pasión de la justicia, que manda á unos morir, á otros aconsejar, á otros precipitar, á otros matar, en Juan José Baz, enemigo formidable del despotismo eclesiástico, se hizo estandarte y brazo. Cuando sus compañeros todavía estaban sentados, ya él estaba en pie, mesándose la barba, echando las palabras desmedidas, llamándolos cobardes. Veía como ladrones á los que, encubriendo con la defensa de la religión su amor al poder, no pueden mantenerse en él sino sobre los despojos del honor humano. Para él eran "pícaros" todos los enemigos de la libertad. Cuando la Iglesia se negó á entregarle, un Jueves Santo, las llaves del templo, como símbolo de acatamiento del culto al Estado en que se practica, entró en el templo á caballo, y se llevó las llaves; ¡quien no escribe poema en América, es porque no conoce á América! Amigo entusiasta, á veces hasta la imprudencia, de toda causa justa; joven constante, aun bajo sus canas; llano en el trato, y más con los humildes; dispuesto, sin mucho examen ni pregunta, á ayudar á los pueblos que batallan por su libertad; benévolo y cordial con el que, huérfano de patria, se amparaba de la suya;

fiero, elocuente y acerado en el discurso, como Agrippa de Aubigné, flor de hierro, prez de Francia, Juan José Baz templaba su carácter heroico con la ternura inseparable de la verdadera grandeza, la indulgencia propia de la alta razón y la piedad regañona de un espíritu á la vez generoso y pintoresco.

Con acentos dignos de él y de la elocuencia americana, se despidió Francisco Bulnes, ante la Cámara de Diputados, de aquel que, con sus ex abruptos, con su lógica, con sus burlas, con su indómita fe, con su simple presencia, le daba ejemplo de razón marcial y la confortaba en sus horas de duda; ¿quién se atrevería á hacer traición á la libertad de la patria, ó á cejar en su defensa, delante de Baz, delante de Prieto, delante de aquellos santos viejos que habían derrocado los siglos en sus días de juventud hermosa, y preferido la selva libre á la corte infame, y detenido la muerte con sus palabras?

"Recuerdo aún, señores—decía ante la Cámara Francisco Bulnes, con su oratoria de centelleantes facetas,—que hace tres meses fué á colocarse junto á la tumba del Sr. Juárez, como poniéndose ya del lado de los inmortales. La petición solemne del Partido Liberal para que el Ayuntamiento de México no violase las leyes de Reforma fué redactada en su casa, y él puso la primera firma. Yo tuve el honor de presentarle la pluma; la manifestación al Sr. Juárez lo había conmovido profundamente, pero al leer la petición, sus ojos brillaron con suma intensidad, la enfermedad soltó su brazo, una última fermentación de su energía sosegó su pulso, firmó, y nos dijo con un acento capaz de rayar el diamante: "¡Siempre la Reforma!" Pocos días después las sesiones comenzaron, y, siempre el primero en llenar su deber, vino á ocupar su asiento, con la muerte á la espalda, su renombre al frente, sus amigos á los lados. Su respiración está aún en la

atmósfera, la alfombra hundida por sus pisadas, su nombre en la lista, su *Diario Oficial* en la puerta; está aún con nosotros; ¡saludémosle!

"¡Has muerto como hijo del pueblo, y el pueblo te entierra! ¡Ninguna pompa para tu democracia; ninguna práctica religiosa para tu conciencia de filósofo; nada de terrífico para tu ánimo valeroso; ninguna mentira para tu carácter honrado; nada de incienso para tu altivez de león! Bajo esta bóveda profana no suena el órgano con las notas clásicas del *De-profundis;* lo hiciste callar hace treinta años; no hay cirios; los apagó tu soplo de reformador; no hay oraciones á peso la línea, ni se eleva el canto gregoriano medido por el oro de que se sacia la simonía; nada de ceremonias compradas, ni de esa angustia de tráfico á tanto por hora. Hay, sí, una Cámara, símbolo de la Nación, y tú en su seno; un ataúd, símbolo de la paz, y tú en su interior; corazones fuertes y leales, y tú su amigo; hombres libres que te veneran, hijos amantes que te lloran; y la prensa, con su voz dilatada y profunda, que te sostendrá en la Historia como á un gran ciudadano."

JUAN DE DIOS PEZA

El Economista Americano.—New York, 1888.

JUAN DE DIOS PEZA

Cuentan los diarios de México que, á su vuelta de Jalisco, que es todo un pensil, salió la ciudad á recibir á Juan de Dios Peza; los amigos con sus brazos, las sociedades con sus presidentes, las niñas de las escuelas con ramos de flores y la chinaca con sus sombreros de ala ancha, que saben ser hurras para los poetas y escudos para la libertad. Yo temblaba de gozo leyendo este homenaje al poeta favorito, al hijo leal, al padre infortunado, á aquel á quien durante dos años ví á mi lado trabajar y pulir la prosa rica y sensible, nunca el verso, que fluía de su pluma como el agua de la fuente, rebotando al brotar, luminosa y excesiva, caracoleando al sol que la argenta ó al aire que la empuja; desgranándose, como un collar, en la cuenca donde se mecen en el agua clara los lirios y nelumbios; ó deslizándose á veces en venas silenciosas por entre el grupo de ángeles de piedra cubierto de moho fresco, tal como después le había de manar del corazón la sangre.

Aún me parece verlo, en aquellas mañanas de oro de la suntuosa Tenochtitlán, entrar por la redacción de "La Revista" con sus rollos de versos nuevos saliéndosele del bolsillo, gacho el sombrero, negro el cabello y la patilla á lo andaluz; risueños los ojos, la boca joven y encarnada, blanco como mármol el color. La prosa, no la había escrito; y con sus manos soñolientas empezaba á contar que en tal pueblo se había "inaugurado un puente" ó que "nuestro el licenciado....", todo con muestras de la mayor desdicha, y como

puede sufrir una rosa coqueta en la noche que recata del mundo su hermosura: era la poesía, aquella poesía suya agraciada y femenina, que no era aún fruta, sino flor, y fué la primera hija juguetona y mimada del que debía amar tanto á sus hijas!

La sonrisa no se le caía de los labios ni el sombrero de sobre los ojos. Cada gacetilla acababa en rimas, cuando no salía rimada toda ella. Y de cada dos, una había de ser un elogio de alguien, y mejor si el que había que elogiar era un poeta. Siempre le esperaba una cita de amor y de amistad; tal "china" que se ponía, para que él se lo viese, el vestido popular, lo único acaso que amaba el poeta en ella; tal Julieta, que le dejaría caer, al pasar, una hoja de magnolia ó un jazmín del Cabo; tal caballero de la lira, entre quienes tenía él sus mejores amistades. Y volvía por la tarde, recitando los versos nemorosos, y como orientales, que había compuesto por el camino, y que decía como pidiéndonos perdón, riéndose de los ripios, sin fraudes ni énfasis, echado de codos sobre la vasta mesa donde momentos antes había puesto Guillermo Prieto, el "Maestro", fin á una oda lujosa al café, ó comentario notable al último libro de economía, ó maravillaba á sus oyentes con aquellos discursos improvisados sobre la historia y costumbres del país, que eran descargas de fusilería cuya bala graneada resonaba contra el muro, ya sombrero jarano lleno de piedras finas y galones de oro. Ni descuidado ni cuidadoso en el vestir, más amigo de estar en su puesto á las doce que á las diez, guardando para sí las santas penas de su casa, para los versos las cuitas y esperanzas de sus amores de mozo, para su compañero de diario el título de "ruiseñor," que sólo á él cuadraba; para todo lo censurable una palabra de indulgencia, sólo para los duros de corazón uno que otro chispazo de cólera, ¿quién no quería á Juan de Dios Peza, que era como una flor entre

los hombres? ¡Le acusaban de perezoso y no veían que cada mes llenaba un tomo de versos!

Su sonrisa callada era lo único que revelaba lo que, en la cabeza de su padre, cubierta del "polvo del camino de la vida", ó en la suya propia, sabía del mundo; y por la bravura con que lo escondía, mostraba ser digno del dolor. El poeta debe callar su dolor hasta la hora sublime en que el verso tallado en él busca salida, despedazando las entrañas, para consolar la pena de los hombres con la poesía misma que la pena inspira. Jugaba con sus versos, que eran en sus manos como bandadas de mariposas, que iban y venían por donde quería él que fuesen, á llevar recados, á traérselos, á posársele sobre la pluma. Leía con poca fe y como quien roba, porque querer y cantar le parecían su deber único; ¿qué ciencia hay que el verdadero poeta no contenga en sí, ni quién que entienda que el plan universal ha de impedir á la fantasía su paso propio, que es el vuelo? La mente tiene, como la Naturaleza, sus leones pavorosos, sus tigres felinos, sus zorras aprovechadas y sus pájaros que vuelan y ven de alto; cada cosa, en sí, es suma y clave del conjunto de las cosas. La poesía de Juan de Dios Peza, coronada ya entonces en el teatro, la tribuna y el libro, era como esos árboles pomposos de la Primavera que no echan hojas, sino mazos de flores.

En Santander lo volví á ver, en la casa elegantísima del cónsul Agustín Lozano. "¿Ha estado Vd. en México?" me había dicho el Cónsul; "¡pues deme Vd. un abrazo!" Y á los pocos momentos, de vuelta de Madrid para su patria, entró Peza, con su hijo en los brazos. El mismo sombrero caído sobre los ojos y la misma patilla á lo andaluz; pero el color no era ya tan fresco, y en la sonrisa, más triste y apretada, se veía como cierto desgano de la vida; ¡no hay caza que fatigue más que la caza de mariposas! Venía él

de sus glorias madrileñas, que me lo han dejado demasiado agradecido; ¿qué sabe él, que en cada poeta ve un hermano, de los intereses impuros que los hombres sagaces levantan á la sombra de las ideas caballerescas y las reconciliaciones simpáticas? Los negociantes—que son ahora de las dos castas amigables, aunque diversas, de financieros y políticos,—ríen á solas de las grandes virtudes de la gran palabra, de la gran poesía, que estimulan ó pagan, según sea menester para el logro de sus planes, pues hay viles que poseen esas majestades, ó la apariencia de ellas, y las venden. ¡Tal idea generosa ha dado la vuelta al mundo, loada por el discurso y puesta en el mismo cielo por la lira, sin más objeto que el de establecer una nueva línea de vapores!

Juan de Dios Peza no ve del mundo más que lo que lleva en sí, que es la generosidad; si el hombre es malo, él no lo ha de decir, ni él lo quiere saber. ¡Todos los ogros del mundo no le comerán las rosas de su alma! ¿Qué importa que el Universo se cubra de luto si, más luciente mientras más es la cerrazón, florece perpetuamente la aurora? El que lleva la belleza en sí, ¿cómo creerá en lo feo del Universo? No; sino, como Peza, transformará en beldad la pena y devolverá en consuelo al mundo el pesar que de él recibe. El dolor embellecerá sus versos, como embellece los lirios del valle de Cachemira la luz de la noche: ¡por eso, porque padece, está haciendo versos tan hermosos! Padecer es un deber, y, acaso, una necesidad de los poetas. ¿Cuándo, sino cuando ha pasado por el fuego, viene á ser transparente y como hecha de rosas la porcelana? ¿Con qué se escribe bien en prosa ó verso, sino con la sangre? El que no la ha perdido, ni sabe escribir, ni sabe leer. Lo que escribe el dolor es lo único que queda grabado en la memoria de los

hombres. Pero, ¿de qué dolor no te curará ¡oh amigo mío! ver que las niñas de tu ciudad, vestidas de blanco, salen á recibirte con ramos de flores?

GUATEMALA

Edición de "El Siglo XIX".--Folleto publicado en México en 1878.]

GUATEMALA

PROLOGO

¿Quién no conoce á José Martí? ¿Quién no le ha visto en la tribuna arrebatando al auditorio con el fuego de su palabra? ¿Quién ha dejado de leer esos brillantes artículos con que ha solido engalanar las columnas de más de un diario de esta capital?

Joven, de una reputación literaria justamente merecida y de quien nadie ignora que, así en la república de las letras como en el mundo de la política, todo lo que es bello y todo lo que es bueno encuentra en su corazón un eco sincero del más puro entusiasmo, ¿necesita, acaso, de que un amigo suyo venga á poner su nombre al frente de un libro por él escrito? Ciertamente que no. Ni, en tal caso, sería á mí á quien este honor correspondiera; que allí están los Peón Contreras y los Chavero, los Altamirano y los Mateos, los Sierra y los Ortiz, que son legítimo orgullo de la literatura mexicana y amigos y admiradores entusiastas del autor.

Pero hay prólogos obligados y los hay también espontáneos. El mío pertenece á la categoría de los últimos. Yo he tenido en mis manos el manuscrito de Martí en los momentos de ir á la prensa, y me he dicho, como Lleras, recogiendo

el primer tiro de los versos de Posada: yo quiero acompañar á mi amigo.

Sí, porque las buenas compañías honran, y faltaría á los deberes de la caballerosidad si no recomendase á todo el mundo la lectura de ese precioso folleto, en que su autor, con mano maestra, se ocupa de estudiar los actuales elementos de la prosperidad de mi país, sus adelantos en el orden físico y moral, sus fuentes de riqueza y sus halagüeñas esperanzas para lo porvenir.

Las repúblicas latinoamericanas, en general, son poco conocidas en Europa; pero, por un lamentable error de nuestra política internacional, lo son menos todavía entre ellas mismas. Felizmente ese error va pronto á subsanarse; México, la hermana mayor de las hijas de Bolívar y de Hidalgo, ha dado el primer paso votando por unanimidad, en su Congreso, la ley que en proyecto le presentó uno de sus más distinguidos hombres de Estado, el Sr. Vallarta. La iniciativa será también por unanimidad correspondida desde las playas del Golfo mexicano hasta la Tierra de Fuego. Pero en esta obra del progreso, urgentemente demandada por el espíritu del siglo, no es sólo la política la que con tesón debe trabajar; también á la literatura le está reservado un papel muy importante, y—preciso es decirlo en su elogio—ella es quien hasta ahora ha suplido, en cuanto le ha sido posible, la falta de esas fraternales relaciones que harán del Continente de Colón un todo respetable. A este efecto se necesitan libros como el de Martí, escritos con imparcialidad y no por lo que se sabe de oídas, sino por el estudio filosófico que de lo que se escribe se ha hecho.

Muy poco hace que en uno de los diarios más acreditados de esta capital vieron la luz pública

unas *Cartas sobre Centro América,* en que se juzga de la cultura actual de aquellos países por lo que era hace cincuenta años. Aquella sección del Continente no podía ser, en consecuencia, conocida. El folleto de Martí sobre Guatemala servirá por sí solo para refutar aquellas cartas. No es una obra completa que abarque en todos sus pormenores cuanto de un país puede decirse. Obras de este género no pueden escribirse en las pocas horas de que el autor ha podido disponer.

Tampoco surten resultado, porque pocos son los que tienen la paciencia de leerlas; estamos en el siglo de la hoja suelta y del periódico, y no del libro, como ha dicho un célebre escritor contemporáneo.

Guatemala debe estar agradecida al señor Martí por el servicio que positivamente la hace con la publicación de su trabajo. Como uno de sus hijos, yo me honro en hacerle esta pública manifestación de reconocimiento, porque estoy convencido de que publicaciones de este género son las que más poderosamente influirán en el incremento de la inmigración inteligente y trabajadora, que es el medio de que todos los pueblos hispanoamericanos deben valerse para hacer efectivas las inmensas riquezas depositadas por la Naturaleza en sus vastas cuanto fecundas soledades.

R. Uriarte.

México, 20 de diciembre de 1877.

I

¿Por qué escribo este libro?

Cuando nací, la Naturaleza me dijo: ¡ama! Y mi corazón dijo: ¡agradece! Y desde entonces yo

amo al bueno y al malo, hago religión de la lealtad y abrazo á cuantos me hacen bien.

Yo llegué, meses hace, á un pueblo hermoso; llegué pobre, desconocido, fiero y triste. Sin perturbar mi decoro, sin doblegar mi fiereza, el pueblo aquél, sincero y generoso, ha dado abrigo al peregrino humilde. Lo hizo maestro, que es hacerlo creador. Me ha tendido la mano y yo la estrecho.

Guatemala es una tierra hospitalaria, rica y franca: he de decirlo.

Me da trabajo—que es fortaleza,—casa para mi esposa, cuna para mis hijos, campo vasto á mi inmensa impaciencia americana. Estudiaré á la falda de la eminencia histórica del Carmen, en medio de las ruinas de la Antigua, á la ribera de la laguna de Amatitlán, las causas de nuestro estado mísero, los medios de renacer y de asombrar. Derribaré el *cacaxte* de los indios, el huacal ominoso, y pondré en sus manos el arado, y en su seno dormido la conciencia.

Y entretanto, vuelvo bien al que me ha hecho bien. Y en la tierra de México, noble y entusiasta, donde prende toda idea amorosa, donde arraiga todo extraordinario sentimiento, diré con mi palabra agradecida cuánto es bella y notable, y fraternal y próspera, la tierra guatemalteca, donde el trabajo es hábito, naturaleza la virtud, tradición el cariño, azul el cielo, fértil la tierra, hermosa la mujer y bueno el hombre.

Amar y agradecer.

II

Allá, en horas perdidas, buscan, los curiosos, periódicos de Sur y Centro América, por saber quién manda y quién dejó de mandar, y no se

sabe en la una república lo que hay de fértil, de aprovechable y de grandioso en la otra; y hoy, como en 1810, puede decirse con el padre Juarros, pintoresco y cándido cronista del reino guatemalteco, lo que por entonces él decía: "Vemos con la mayor admiración que, después de tres siglos de descubierto este Continente, se encuentran en él reinos y provincias tan poco conocidas como si ahora se acabasen de conquistar." Es ¡ay de nosotros! que el veneno de tres siglos, tres siglos ha de tardar en desaparecer. Así nos dejó la dueña España, extraños, rivales, divididos, cuando las perlas del río Guayato son iguales á las perlas del Sur de Cuba; cuando unas son las nieves del Tequendama y Orizaba; cuando uno mismo es el oro que corre por las aguas del río Bravo y del venturoso Polochic.

De indios y blancos se ha hecho un pueblo perezoso, vivaz, batallador; artístico por indio; por español terco y osado; y como el inglés es brumoso, y el sueco grave, y el napolitano apático, es el hijo de América ardiente y generoso, como el sol que lo calienta, como la naturaleza que lo cría. De manera que, de aquéllos hubimos brío, tenacidad, histórica arrogancia; de los de obscura tez tenemos amor á las artes, constancia singular, afable dulzura, original concepto de las cosas y cuanto á tierra nueva trae una raza nueva, detenida en su estado de larva, ¡larva de águila! Ella será soberbia mariposa.

Pero ¿qué haremos, indiferentes, hostiles, desunidos? ¿qué haremos para dar todos más color á las dormidas alas del insecto? Por primera vez me parece buena una cadena para atar, dentro de un cerco mismo, á todos los pueblos de mi América.

Pizarro conquistó al Perú cuando Atahualpa guerreaba á Huáscar; Cortés venció á Cuauhté-

moc porque Xicotencatl lo ayudó en la empresa; entró Alvarado en Guatemala porque los quichées rodeaban á los zutujiles. Puesto que la desunión fué nuestra muerte, ¿qué vulgar entendimiento, ni corazón mezquino, ha menester que se le diga que de la unión depende nuestra vida? Idea que todos repiten, para lo que no se buscan soluciones prácticas. Vivir en la Tierra no es más que un deber de hacerle bien. Ella muerde y uno la acaricia. Después, la conciencia paga. Cada uno haga su obra.

* * *

Yo vengo de una tierra de volcanes altos, de feraces cerros, de anchurosos ríos, donde el oro se extiende en placer vasto por las montañas de Isabal, donde el café—forma mejor del oro—crece aromoso y abundante en la ancha zona de la Costa Cuca. Allí la rubia mazorca crece á par de la dorada espiga; colosales racimos cuelgan de los altos plátanos; variadísimas frutas llenan la falda de la gentil chimalapeña; obediente la tierra responde á los benéficos golpes del arado. Extraordinaria flora tupe la costa fastuosa del Atlántico; el redondo grano, que animó á Voltaire y envidia Moka, como apretado en el seno de la tierra, brota lujosamente en la ribera agradecida del Pacífico. Aquí, sabino pálido; allí, maíz robusto, caña blanca y morada, trigo grueso y sabroso, nopales moribundos, hule nativo, ricos frijolares en asombrosa mezcla unidos, con rapidez lujuriosa producidos, esmaltan los campos, alegran los ojos y auguran los destinos de la tierra feliz de donde vengo.

La cantó Batres, la historió Marure, la copió en inimitables fábulas Goyena; se exploran los ríos, se tienden los carriles, levántanse institutos,

leen los indios, acuden los extranjeros, improvisan su fortuna; vínose á la libertad por una revolución sencilla y extraordinaria, admirable y artística; es esa tierra, más que tierra desconocida, amorosa virgen que regala á los que acuden á su seno. En mí están vivos estos sucesos y bellezas; y ¿no he de hablar yo de aquellos poetas y prosistas, de aquellos agricultores y gobernantes, de aquella tierra ávida de cultivo, de aquella juventud ávida de ciencia?

Para unir vivo lo que la mala fortuna desunió. Más acá ha de saberse lo que más allá se hace y se vale, más allá de la frontera chiapaneca. Las manos están tendidas; ésta es la hora.

* * *

Viniendo de Isabal por el ancho camino carretero, que llevará pronto al Norte—¡gran perspectiva!—los azúcares y el café del Oeste, vense á lo lejos, más allá del río, altas iglesias sobre ameno valle, vasto perímetro, diáfana atmósfera, gentil señora, bella y gran ciudad.

Viniendo del puerto, del floreciente San José, pasajero en cómoda diligencia, ó jinete en humilde caballo, brota de entre los montes pintoresco pueblo que, á medida que se acerca la distancia, brota de entre su cerco de robustos montes, desafía con su elegante castillo, eleva sus numerosos minaretes y abre luego sus limpias y amplias vías al viajero, admirado de la pulcritud resplandeciente que realza las anticuadas y holgadas construcciones.

Peregrinando vino esta ciudad hermosa desde Almolonga terrible hasta el risueño Valle de las Vacas. Poco memoriosos los conquistadores atre-

vidos, no temieron que la tierra árida se alzase contra los que la ofendían, y, por fenómeno súbito inundada, pereció entre turbios mares de agua, que bajaban en remolinos del volcán, la enferma Santiago, y en ella la esforzada dama, feliz gobernadora, que hubo por nombre Beatriz de la Cueva.

Tendíase no lejos el encantado valle de Pauchoy, el de ricas aguas, vecinas canteras, pastos sobrados, flores menudísimas, por río colgado, por dormidos volcanes coronado; y á él se fueron los habitantes fugitivos. Ni cielo más azul cubrió, ni más sabroso aire respiró ciudad alguna de la Tierra. Pero de pronto, preñado el suelo con el llanto de fuego de los indios, reventó en espantosos terremotos que sacaron de quicio torres y palacios, hendieron las bóvedas y echaron fuera los cimientos de la soberbia catedral. Golillas y maestros de obras acrecieron el justo alboroto, y, movidos de la evidente ganancia, apresuraron la traslación de la ciudad Antigua al llano espléndido en que hoy se extiende, desdeñosa y tranquila, la blanca y próspera señora del añejo dominio del Utatlán.

En este instante mismo trueca su forma la ciudad dormida. A esencia liberal, activa forma. Conmovida en lo político por aquella herencia funestísima que envilece á Bolivia, que sofoca á Quito, que con ondas de sangre acaba de aumentar las poéticas ondas del río Cauca; á par solicitada por el viejo régimen que cierra las puertas á toda grande idea, atrevido proyecto ó comercial mejora, y por el inexperto nuevo régimen que á toda idea útil las abre con amor, la ciudad, llevada del instinto, derriba el claustro de Santo Domingo, tumba de almas, y lo trueca en depósito de frutos—cuna de riqueza,—del poderoso aguardiente, del delectísimo tabaco; arranca su huerta,

mansión antigua de opulentas coles, á la iglesia de la Recolección, y la convierte en escuela politécnica, mansión ahora de inteligencias ricas y vivaces. Paseaban los pacíficos paulinos por largos y desiertos corredores, y hoy les suceden animados grupos de jóvenes celosos, que llevarán luego á los pueblos, no la palabra desconsoladora del Espíritu Santo, sino la palabra de la historia humana, los reactivos de la química, la trilladora y el arado, la revelación de las potencias de la Naturaleza. La nueva religión; no la virtud por el castigo y por el deber; la virtud por el patriotismo, el convencimiento y el trabajo.

Y ¡qué bellas iglesias ostenta Guatemala! Gran prisa se dieron y grandes millones gastaron aquellos piadosos sacerdotes, entonces señores únicos de la oprimida conciencia popular. Enseña San Francisco su hermosísima fachada, su imponente nave, sus robustas murallas, que no muros, irguiéndose, empinándose sobre penosa cuesta, como un rectángulo colosal. Más castillo que el castillo parece la gran fábrica destinada á sobrevivir al espíritu que la animó; antes, numerosos fieles y fieles numerosos tenían vencido el suelo con las humildísimas rodillas; hoy, salvo los días tradicionales, apenas si discurre por la nave ancha, milagro de atrevimiento arquitectónico, alguna fiel creyente, que en el perfume de las flores que regala envía á la hermosa Virgen el perfume de su alma candorosa.

Gran templo tiene también la virgen de la Merced; y blancas paredes luce Santo Domingo, el de hábito blanco; majestuoso atrio ofrece la Catedral, vasta y artística; linda torre eleva al Cielo el elegante templo de la Recolección. Es San Francisco, el monje austero; Santo Domingo, el pacífico santo; la Merced, matrona augusta; la Recolección, una hermosa mujer arrepen-

tida. Allá, hacia el Norte, la Ermita del Carmen; acá, hacia el Sur, la Ermita del Calvario; aquélla, grave como una conciencia que sufre y se recoge; ésta, triste y lacrimosa como María al pie de la Cruz.

Allá van, caminito del Cerro, los apuestos jinetes, los alegres grupos, implacables estudiantes, artesanos bulliciosos, chicuelos ocurrentes, mujeres de pie breve y negros ojos. ¡Ojos hay en Guatemala soñados por las moras! Tiene ese Cerro del Carmen sus domingos y fiestas de guardar. Entonces, sobre la alfombra de fragante musgo extiéndese otra alfombra más viva, animadísima, compacta, cada vez más estrecha; alfombra de movibles filas, de parisienses figurines, de arrogantes tipos populares, realzados por mantos de colores vivos. Lluvia de rosas semeja el Cerro; el desorden, fruta gruesa, no altera nunca la gracia encantadora del jardín.

¡Y la ermita desierta! Bajo la cúpula redonda, más hecha para tumba de muerto que para morada de vivo, llora solo el espectro del hermano Pedro. Alrededor de aquella extraña peña, ofrecida sumisamente á Dios, los niños triscan como cervatillos, la vida ríe gozosa, las gentes se apodan con nombres saladísimos, la doncella *de adentro hace ojos* al petimetre de la casa; desdéñala éste por la atildada señorita que estrena su sombrero de primavera; y, sobre todo, este abandono natural, entre las conversaciones que chispean, entre las miradas que se cruzan, entre el ruido de los carruajes tirados lujosamente por los inquietos corceles del país, los labios sonríen, y con ellos el alma; se está tranquilo, se siente placer dulce; hay amor, hay cultura, hay aseo de espíritu, hay familia.

Esta es la faz seductora de la vida guatemalteca. El amor puro, la hospitalidad amable, la

confianza histórica, la familia honrada. Gran salvación.

Las cuestiones políticas no alcanzan á hacer rudo el carácter afable de la tierra. No se puede ser mezquino, ni egoísta, ni brusco, bajo un cielo tan hermoso. Se examina al extranjero, se le pregunta, se le duda tal vez, pero no se le odia. Si es hombre de salón, no tardará en llevar del brazo á una mujer bella y afable; si es hombre de labor, no tardará en haber tierra de lujosísimos productos; todo es nuevo, todo es explotable. Al hombre trabajador, al inteligente, al bueno, la tierra le brinda vida, antes que él, menesteroso, de ella la demande. ¡Mi tierra americana, tan maltratada y tan hermosa! ¡Tan desconocida, tan amable, tan buena!

Así, el 15 de septiembre, el día de la patria, muchedumbre incontable se dirige hacia el Calvario; ¡lo había andado la patria tanto tiempo!

Rompe el limpio cerro ancha escalinata, y desde su cumbre se domina la gran población. No es esta eminencia, capaz ahora y risueña, tan correcta y redonda como la del Carmen; pero el aspecto de la pintada iglesia, de la cercana y concurrida calzada, de los grupos de indios que se cruzan, se detienen, se brindan *chicha,* se saludan respetuosamente y siguen su camino; los bruscos cortes é irregularidades del cerrillo le dan carácter propio, y parece más hecho á las travesuras, infantiles lidias y gozoso bullicio, que el del Carmen.

Vense desde él las amplias calles tenazmente rectas, sin una desviación, sin un capricho. Si no fuera americana, Guatemala sería desesperante. Sólo en nuestras tierras es animada la simetría; y es que la vida primitiva, el resplandor inteligente, la vivacidad nativa, se anteponen, por dor-

midas que estén, á todo otro interés y concepto. Así, desde el Calvario domínanse las severas vías, las anchas casas, los macizos de verdura que llenan patios y escalan muros, esmeraldas entre ópalos; las huertas de Belén y Santa Clara, en medio de la ciudad enclavadas; la orgullosa Plaza Mayor; la riente plazuela de la Victoria. Al Oriente, el teatro; al Poniente, la Escuela Politécnica de Ciencias Exactas; la Escuela Normal, preparadora de maestros. Hermosa calle lleva del alto Calvario á la plaza orgullosa: á la diestra está la plazuela, con sus dátiles; con sus cactus; con sus masas salomónicas; con sus grandes dalias amarillas; con sus racimos de uva; con sus araucanas; más adelante la Aduana laboriosa, el reciente telégrafo, el cumplidísimo correo; luego, club rico, abundantes almacenes, tiendas lujosas; y allá, en la mitad, la plaza del Palacio y el Municipio, rodeada de la Casa Presidencial, de abastecidas tiendas, de la afamada Catedral, con sus dos torres laterales, como la raquítica de Cuba, hermosa por vieja; la atrevida de México, la rica de Puebla; hijas todas del numen de aquel Juan de Herrera, por Felipe II acariciado; aquel del Escorial, de sombría tumba. Del 30 de Junio se llama esta calle central; Real se llamó antes, pero ya los reyes tienen que pedir permiso á la libertad para serlo. Es hermoso que las reacciones respeten siempre la mayor parte de la obra de las revoluciones. Y si no las respetan, mueren. 30 de Junio se llama, porque fué en aquel día augusto cuando las tropas redentoras que vinieron de Comitán á Guatemala, con la rápida brillantez de una leyenda, entraron entre vítores unánimes en aquella tierra animada y ansiosa; había sido el ejército libertador tan afortunado en la lid como clemente en la victoria; día aquél de popular regocijo en que la tierra brotó coronas

para los caudillos, y fué el camino de San Pedro, más que camino, alfombra de cabezas. Treinta y tres hombres comenzaron en la frontera mexicana la campaña. Vencieron, vencieron, siempre vencieron, y acrecidos, socorridos, bendecidos, los revolucionarios maravillosos entraban á ocupar el solio desierto del heredero del autócrata. Revolución extraña, radical en resultados, fabulosa en fortuna, generosa en medios. Ni la manchó sangre inútil, ni esterilizó las sementeras. Sea loada.

* * *

Y por esa calle, de entonces gloriosa, compacta multitud discurre los tradicionales días de agosto. Porque á la diestra queda la plazuela de San Sebastián, y su iglesia y su fuente; pero más allá brilla al sol el humilde Jocotenango, lugar de ciruelas, que tanto como *ciruela* valen *jicote* y *cote*, con su valle tapizado de carruajes, con su feria de ganado, donde el caballo chiapaneco piafa, el novillo hondureño corre, el cerdo imbécil gruñe, bala la linda oveja.

Alquilan las familias las casas vecinas. Sobre sufrida estera de *petate*, apuestos galanes y ricas damas comen el *pipián* suculento; el ecléctico *fiambre;* el picadísimo *chojín*. Pican allí los chiles mexicanos, y la humilde cerveza se codea con excelentes vinos graves. Hace de postres un rosario, cuyas cuentas de pintada paja encubren delicada *rapadura*. Y como se está en agosto, y en Jocotenango, ¿quién no gusta los jugosos jocotillos, rivales de la fresca tuna?

Interrúmpese el democrático banquete para ver pasar el estrechísimo gentío. Lucen las señoras, estos días, sus más hermosos trajes; luce el padre á la hija, el esposo á la esposa. Adorna el

jinete su tordillo fiero y le cuelga al cuello el rosario de la fiesta. Cuál ostenta su alazán, cuál su retinto. Desdéñase el galápago europeo y apláudese la silla mexicana. Hoy se estrenan carruajes, corceles, vestidos y sombreros; ¡cuánto celo, elegancia y donosura! ¡Cuánto orden, alabanza y discreteo! ¡Cuánta memoria de la feria de San Antón, aquélla que en Madrid hace famosa á la vetusta calle de Hortaleza!

Este que pasa, caballero de una bella dama azul, es un grave ministro; la multitud lo estruja, lo olvida, lo gobierna.

Aquél, que monta en arogante bruto, es el Presidente de la República. Lleva humilde vestido y humildísimo sombrero. Cuando mira, piensa. Cuando deja de hablar, habla consigo mismo. Es penetrante, dadivoso é intrépido. Va sin temor á donde cree que debe ir. Ahora, ni atropella, ni se anuncia; le ha llegado su día de obedecer.

El de apostura inglesa, marcial anciano, que á su lado lleva, es su antecesor en el poder, hombre de libros y de espada, revolucionario en el campo y la tribuna: Miguel García Granados. Sesenta años tenía cuando empuñó la espada vengadora.

Vuelven ya los millares de hombres; nubes de polvo aceleran la noche; átanse las curiosas de las casas los sombreros de paja al gentil rostro, y bajo lluvia importunísima vuélvese á los hogares, no fatigado como de otras fiestas, sino enamorado de ellas.

Conserva este secreto Guatemala: severa, no entristece; desdeñosa, no irrita; bulliciosa, no desordena; agitada, no cansa. Su vestido de baile nunca se aja. En este mes hermoso, lucidas cabalgatas interrumpen el silencio de las calles, bañadas de tibia plata por la Luna. Una rival tiene la luna guatemalteca: la de México. Y ya en opaca noche brille sola, ya en noche brillante humille á las estrellas, siempre tiene aquel cielo un místico lenguaje, y parece más que otro alguno abierto al fin sublime y descanso grandioso de las almas. No es un cielo irritado que condena; es un cielo amoroso que nos llama.

* * *

El trabajo alimenta esta alegría. Un harapo es en Guatemala un extranjero; Colbert, el gran hacendista equivocado, estaría allí contento, viendo cómo en las horas de comercio pasan de tienda á tienda gruesos paquetes de dinero. Pero no es la saciedad de las arcas la fortuna que un buen ministro ha de apetecer. Llénense holgadamente para vaciarse útilmente. Créese riqueza pública, protéjase el trabajo individual; así, ocupadas las manos, anda menos inquieta la mente. La facilidad del trabajo es el principal enemigo de las revoluciones.

Eso buscan, para eso entran en el ministerio de Gobernación, donde tan patriótica acogida les espera, un alemán que solicita, un francés á quien se concede, un belga á quien se regala, un americano á quien se subvenciona, un explorador á quien se remunera. Tal encopetado contratista sembró, pocos años hace, un cafetal obscuro, allá en el hondo monte. Tal adinerado finquero era, breve tiempo ha, desconocido labrador. La tierra es la gran madre de la fortuna. Labrarla es ir derechamente á ella. De la independencia de los individuos depende la grandeza de los pueblos. Venturosa es la tierra en que cada hombre posee y cultiva un pedazo de terreno.

* * *

Ni ¿qué vale pasar largas horas sembrando la vid en Salamá, en San Agustín el trigo, en San

Miguel Pochuta los cafetos, si luego, acabada la labor, se dejan los aperos de labranza y se viene á oir buenas óperas y buenos dramas en el lindísimo teatro de la ciudad? Tal viajero recuerda sin esfuerzo la Magdalena de París, el más pagano de los templos católicos; tal otro lo compara á la Bolsa, el menos eclesiástico de todos los templos; cual, que vió á Madrid, hace memoria del suntuoso Palacio del Congreso, y cual pertinaz observador afirma que corren parejas el teatro de Guatemala y el de la histórica, y por sus edificios afamada, Aix-la-Chapelle. Griego en la fachada, moderno en el conjunto, esbelto y elegante, esta obra bella es prez de la ciudad. Alzase solo en ancha plaza, sembrada de naranjos rumorosos. Y en las noches de luna, ¡cuánta amante pareja dialoga, cuánta viva comedia se enreda á la sombra de aquellos árboles simpáticos! Pasean por la plaza las familias haciéndose lenguas de los cantantes famosos que—y no una vez sola—han pisado el proscenio guatemalteco. Y como es allá muy vulgar don el gusto músico, y todos lo han, es cosa de pensarse ésta de ir á cantar á la, por inteligente, descontentadiza Guatemala.

Y son muy animadas aquellas noches de función. Se dicen burlas, y no las hay más penetrantes, ni ingeniosas, ni precisas, ni inolvidables, que las burlas guatemaltecas. Visitan los mancebos á las gallardas señoritas, con lo que no se hace aquella fría separación de sexos que lamentaba el evangelista de amor, gran Michelet. Hablan los hombres graves de libros, viajes, acontecimientos y memorias; confúndense los grupos, animados siempre; rebosan paseantes los pasillos; tienen qué hacer los abanicos; tienen espacio las galanterías. Hay expansión en la atmósfera; corren por todos los labios las sonrisas.

Y se van luego alegres, llena el alma de delicias de música y de miradas de mujer.

* * *

Pero ¿es sólo la altiva Guatemala la tierra en Guatemala bella? ¿Y la añosa Antigua? ¿Y la vivaz Quezaltenango? ¿Y Cobán la creciente, la azucarera Escuintla, la Amatitlán volcánica, la calurosa Salamá, Huehuetenango la agraciada?

¡Ya acaban las ruinas y comienzan los cimientos! Pierden las poblaciones su aspecto conventual, su tinte apático, su enfermizo matiz, y cobran, al ruido de las centrífugas, entre los pámpanos frondosos, entre los aromáticos cafetos, los colores de la juventud y las revelaciones de la vida. La libertad abrió estas puertas.

Venía antes todo lo extranjero por el camino de Isabal, y eran ciudades importantes, por su enviar y recibir, las hoy dormidas Zacapa y Chiquimula. Pero, en cambio, ¡cuánto entra por San José! ¡cuántos cañaverales rodean á Escuintla! ¡qué múltiples siembras las de Amatitlán! ¡qué vigorosa producción la de los Altos, tierra fiera y batalladora, naturaleza fértil y agradecida! Todo se va del lado del Pacífico; mas muy rica es la tierra, y hecho camino por el Norte, gran resurrección espera al afligido lado del Atlántico.

Quezaltenango crece como las espumas de la mar. Ella tiene tortuosas calles, pero mercado animadísimo; aspecto antiguo, pero vida completamente nueva. Y poderosa, infatigable. A las doce del día, véndese por acá trigo, maíz por allá, por allá lanas. Celebra éste sus patatas jugosas; dice aquél que tiene la ciudad 35,000 habitantes; habla el otro de los millares de arrobas de café que sin recoger dejó tendidas en la última cosecha, por escasez de brazos; Retalhuleu, Huehuetenango, Totonicápam, Masatenango, San Marcos, hacen de ella comercio central; vense en la

BIBLIOTECA CENTRAL

fría Quezaltenango, en las rudas mañanitas de frío, cuando sopla el cierzo cruel de enero, los frutos de la ardiente costa á par de los de la comarca elevadísima; allá viven los ricos cafeteros; allá tienen su corte de apelaciones y su universidad; allá hacen, con amor y prisa, su ya celebrada Penitenciaría, salvadora de malvados, creadora de hombres útiles.

Hermosa vista goza el pueblo. Allá, desde su rehoya, se ve el cerro Quemado, el Xelajuk indígena, en erupción constante de vapores. Y el imponente Santa María, alto y dormido. Y, para más venturas, cerca está Almolonga, la de aguas termales, refugio de los doctores dermatólogos.

Gran obra hace Quezaltenango; gran riqueza logra; gran vida le espera.

* * *

Son las seis de la mañana, y sale la diligencia de Guatemala para la Antigua. Atrás quedan el castillo de San José, la allí inofensiva Plaza de Toros, donde ¡oh honor! se ha llamado asesinos á los espadas españoles; porque es hermoso lo de capear, y animado lo de burlar al bruto, y arrogante lo de retarlo, azuzarlo, llamarlo, esperarlo, y es lujoso el despejo, y gusta siempre el valor; pero lo de herir por herir y habituar alma y ojos de niños, que serán hombres, y mujeres que serán madres, á este inútil espectáculo sangriento, ni arrogante, ni animado, ni hermoso es. Así que, más que bravos toros, lidian en la plaza negros ojos de dama y atenoriados sombreros de hombre; que unas y otros gustan de ver, más que sangre, ágiles juegos de títeres, sin carácter de nobleza, pero sin carácter de crueldad.

Y, camino de la Antigua, se dejan castillo y plaza. Y la Unión y la Libertad, pueblecillos nacientes y crecientes; hijos risueños del exuberante calor de la ciudad.

Allí, á lo lejos, se comprende por qué los egipcios hacían pirámides para sus muertos. La manera de enviar un muerto al Cielo es acercarlo á él. Y nada es más elevado que las montañas, y las grandes montañas son piramidales. Y ¡cómo burla la naturaleza americana al maravilloso arte faraónico el osado, el perfecto, el semihumano, con su volcán de fuego, coronado por los blanquísimos vapores, con su volcán de agua con su falda sembrada de flores amarillas! ¡Bien haya este camino que recorremos, tan rico en manantiales, tan lleno de colores! Azul quiebracajete, pintada guacamaya, morada campanilla; sobre un tronco agrietado una blanca enredadera, sobre una obscura piedra una parásita; que cuando muere el abuelo nace el nieto; que cuando el plátano se fatiga se reproducen sus hijuelos; y en Italia, cuando el arte había muerto, nació de un sepulcro. Toda muerte es principio de una vida. ¿Quién no teme á no ser honrado? ¿Quién no lo sabe ya?

Henos al fin, por esta vía hermosísima, en la vieja ciudad. ¡Vieja cúpula rota! ¡pobre muro caído! ¡triste alero quebrado! ¡ancho balcón desierto! Largas calles, antes pobladas, hoy son series larguísimas de muros; sobre el alto cimborrio verde obscuro, ha echado otro la yedra; la frondosa alameda, amplia, serena y grave, llora sobre las ruinas.

Pero hay aún mucha vida en aquella muerte. Los pulmones, roídos por la orgía; el corazón, hinchado por el pesar; el cerebro, fatigado por el pensamiento; los ojos, enfermos por la labor; la sangre, envenenada en la ciudad, ¡siempre mefítica!, hallan igual alivio en aquellas corrientes de agua varia y pura, en aquella paz amable y pintoresca, ante la soberbia arcada del palacio roto enfrente del deforme, pero genioso Neptuno de Julián Perales, talento artístico nativo, y en aquel aire, pletórico de existencia, libre siempre de miasma y de contagio. Se va á la Antigua pisan-

BIBLIOTECA CENTRAL

do flores. Se viene de la Antigua brindando vida. Verdad es que los nopales se arruinaron, que el color solferino mató á la cochinilla, que el terror y la pobreza diezmaron la opulenta población; pero para el enfermo y el poeta—¡otro enfermo sin cura!—para el artista y el literato, que es también otro artista, siempre habrá vida nueva en aquella tierra virginal, corona fresca de aquella ciudad grandiosa y correcta, con sus ferradas y altas ventanas, á modo de Zaragoza; con sus aleros vastos, á modo de la vieja Valladolid. Y en cada flor azul que crece por entre las grietas de las torres, en cada alba paloma que se posa sobre los trozos de las naves, en cada mujer bella, aseada y fragante, que cruza por aquellas calles tan limpias, tan simpáticas, tan rectas, toma el pincel múltiples tintes, hallan las liras amorosos sones. Y cantando á la vieja ciudad —¡tan amarillo es el musgo! ¡tan rumorosa es la alameda!—hallarán los bardos novísima poesía. Que para hacer poesía hermosa, no hay como volver los ojos fuera: á la Naturaleza; y dentro: al alma.

Volvamos, pues, con un crucifijo en las manos, que allí los hacen muy buenos, y de allí es uno que está en el oratorio íntimo del Papa; volvamos, pues, entre una hermosa antigüeña, robusta y airosa, y una cesta de frutas, pintada y variada, y viendo de lejos la laguna de Amatitlán; como tenemos miedo á los volcanes, vamos en busca de nueva ciudad.

* * *

¿Qué nos ha hecho Escuintla, que la tenemos tan olvidada? Ella es añeja, y era derruída; pero hoy va valiendo más por lo que la rodea que por ella misma.

En este grupo de pequeños indios, el uno se refresca con sabrosa caña; gusta el otro con delicia un terrón de blanca zúcar; cata el otro un redondo trozo de *panela,* lo que en México llaman *piloncillo.* Y tienen razón, que por aquí abunda el azúcar. Hay palmas y cañales, refinería, trapiches, centrífugas. Se traen administradores extranjeros, inteligentes en el cultivo. Se crean hoteles, porque las industrias nuevas están llamando caminantes. Y á par de las humildes casas, álzanse con premura otras nuevas, vastas y elegantes. Sopla el trabajo y corre como el viento la riqueza.

Se siente crecer la vida por aquellos contornos. Y mientras se monda una dulcísima piña palineca, se auguran años hermosos á la que hoy es aún pueblo de tránsito, y será mañana, con el tráfico y el cultivo, esbelta y acomodada población.

* * *

Cruje la fusta, brotan pasajeros los hoteles, y en la diligencia, tirada por briosos frisones, salimos camino á San José. Dije yo de mi Cuba que tierra ninguna tuvo como ella leguas de flores y leguas de frutas; también las tiene de flores Guatemala. Holgadas rancherías y vastas haciendas ocupan las cercanías de la carretera; y, por rápido que cruce el carruaje, ¿quién no ve estos macizos de verdor, donde son las florecillas menudas y opulentas mucho más numerosas que las hojas? Dije de Yucatán que tenía un campo elegente. Guatemala tiene un campo aseado. Ya estaría bien pintada en una india de negro cabello, con la falda de obscuro azul llena de flores; ya lo estaría también en un labriego de limpias vestidu-

BIBLIOTECA CENTRAL

ras, con brillante sombrero de petate, puesta la honrada mano sobre lucientes aperos de labor.

Ese que llaman San José es pantanoso y pobre en apariencia. Y será menos enfermizo, ahora que tratan muy activamente de desecar el pueblo húmedo. Un firme muelle elegante desafía la cólera del mar. Pequeños y grandes buques pueden acercarse sin temor. Y se acercan, que aunque á los ojos humilde—como todo lo guatemalteco, crece muy velozmente San José,—más café envía afuera que mercancías y dinero—¡raro milagro de fortuna!—entra al país.

Y ahora, con el ferrocarril que ya comienza, con el buen telégrafo, con el incesante ir y venir de buques de todas tierras y de todos calados, el puerto rico cobrará más fama, y crecerá sin duda á medida de ella.

* * *

Allá está, airado y triste, del lado del Atlántico, el que antes fué próspero Isabal. Viniendo de Belice—nombre que de Wallis ha de venir, no de Wallace,—déjase atrás á Livingstone, populosa y encantadora tierra de caribes. Suena el caracol que llama al descanso; recogen los pescadores el velocísimo cayuco; arreglan las fantásticas mujeres el aseado hogar; ayúdanse en la construcción de las nuevas casas los unos á los otros; y, en tanto, el viajero asombrado, trasponiendo la entrada del Río Dulce, ve el más solemne espectáculo, la más grandiosa tarde, el más majestuoso río que pudo nunca un hombre ver. Otros más caudalosos: nuestro Amazonas. Otros más claros: mi Almendares. Ninguno tan severo, de tan altas montañas por ribera, de tan mansa laguna por corriente, de tan menudas ondas, de tantas palomas, de tan soberbios cortinajes de verdura, del Cielo

prendidos, y orlados y basados luego por la espuma azulosa de las aguas. Islas como cestos; palmas que se adelantan para abrazar; sibilíticas inscripciones en extrañas piedras; abundantísimas aves; eco sonoro, en que se escucha algo de lo eterno y lo asombroso.

Así, en noche de luna, se llega al puerto de Isabal, que sabe ansioso que se reconocen los ríos cercanos, que se piensa en canalizar el Motagua, que se extrae oro de su sierra fastuosa, que allí afluyen, en busca de fortuna, numerosos extranjeros, y que de estas exploraciones, trabajos y nuevos caminos, espera volver pronto á aquella animada prosperidad que, con bien de los pueblos del Pacífico, ha hurtado á los del Atlántico el favorecido San José.

Y cerca de Isabal, mueve sus olas, que no ondas, el gran Golfo Dulce, laguna amplísima, por geógrafos descrita, loada por poetas, por viajeros discretos admirada. Es vasta como un mar. Encadenada ruge é irritada es bella. Se encrespa y juega con los buques.

* * *

Quédense tras nosotros el Mico, desde donde se es, en empinada cumbre, vecino del alto Cielo, dominador del ancho mar, y Quirihua, y Gualan, donde tan buenos gallos riñen, donde tan buen café cosechan, donde tan hospitalariamente acogen.

Vía de Guatemala, vengamos por entre estas empalizadas y calles tupidísimas, tomando de los árboles vecinos aquí un mamey, acá una ciruela, luego una almendra; un marañón después. Silvestre, espontáneo. Veamos cómo corren flotantes islas de mangos por el río; crucémoslo valero-

BIBLIOTECA CENTRAL

samente; pongamos á una viajera enamorada, en el lindo sombrero, las florecillas rojas que acabamos de coger en el camino; oigamos en la iglesia de Zacapa el tamboril y la chirimía, con que llaman al culto y hacen fiestas; comamos de su queso; gocemos de los chistes de su gente; anotemos en nuestra cartera de viaje la vivacidad de sus mujeres; lamentemos sus grandes tiendas, repletas antes, hoy desiertas; saludemos su iglesia y su plaza y preguntemos á este buen arriero qué le ha parecido la próspera Cobán.

* * *

Era Cobán, quince años hace, un pueblecillo obscuro, rico en indios caprichosos, en fértiles terrenos, en pastos excelentes, en animadas *marimbas,* que son, á modo de tímpano, el instrumento popular que acompaña todo baile, bautizo, fiesta y concurrida chichería.

Hoy no es sólo pintoresca morada de indígenas, sino bullicioso centro de adinerados cafetaleros, de holgados labradores, de laboriosos extranjeros. Ha corrido la nueva de la fortuna de Cobán. El café la enriquece; la enriquecerá pronto el ganado.

Allí van los franceses inquietos, los norteamericanos ansiosos, los recomendables alemanes; hasta los graves ingleses. Les hablan los cafetos, con sus blandos rumores de la tarde, un lenguaje gustoso al hombre honrado: la subsistencia debida al trabajo propio, el placer de acumular, sin avaricia ni maldades, el pan de la mujer, la cuna del primer hijuelo, los libros de los hijos.

En tanto que los de allende hablan de la sabrosa uva de Salamá, que, al decir de un catador de fama, compite con la de Fontainebleau la variedad morada, y de la blanca, de la familia de indios salamatecos que de México á allá fueron, de la opulenta vegetación de la comarca y sus productos múltiples, de cómo es linda la alegre San Cristóbal con sus ladinos picarescos, con sus indígenas trabajadores, los indios cobanecos bailan su agitada zarabanda, y el santo inmóvil contempla la algazara y baraúnda, y cada indio con su vestido de cotón resplandeciente, y cada india con su enagua plegada, con su *huipil* suelto, con su cabello aderezado con trenza luenga de lana, deja un *medio* piadoso en el infatigable plato católico; ¡absorve tantos ahorros de los pobres pueblos!

Usan aquellos indios curiosas baratijas. Es una el rosario ó collar ceñido al cuello, en que usan el dinero. Es otra, sus originalísimos aretes, que son monedas de á dos reales del ahogador é infamante tiempo de Carrera, el matador de los caracteres viriles, el torcedor de la naturaleza humana. Resucitar es menester después de haber sido muertos de aquel modo.

Cobán tiene ahora lindas cosas: torre airosa de arte moderno, celebrada iglesia—que nunca faltan en los pueblos hispánicos iglesia y castillo,—cárcel y grave convento de Santo Domingo.

* * *

Viniendo de Guatemala para el puerto, ¿cómo no nos detuvimos á almorzar, de paso para el Palín de las frutas, para la Escuintla de las cañas, en Amatitlán, la antigua nopalera? ¡Ah, valle! ¡ah, ricas sementeras! ¡ah, grandes volcanes! ¡ah, eternas maravillas!

Tibia es el agua, como brotada de tierra presa del vivo ardor del turbulentísimo Pacaya. Hu-

BIBLIOTECA CENTRAL

mildes van muriendo los tristes nopales olvidados; pero arrogantes se alzan sobre ellos la dulce caña criolla, el oloroso café con flores de jazmín.

¡Bien se entienden ahora los ricos trajes, los soberbios caballos, los paquetes de especie, las numerosísimas escuelas que dan vida y belleza á Guatemala! La verdad, sobre todo en punto á hacienda, es que la savia de las plantas es la más segura savia de los hombres.

* * *

Sepamos, pues, de qué productos vive la tierra que por un lado abraza á México y por otro á sus repúblicas hermanas.

Y digamos ahora algo de sus departamentos principales, que los tiene vastos y muy productivos y muy trabajadores. Cada hombre se ocupa de sí mismo, y fía á su obra propia, no á la casualidad ni á las revueltas públicas, su éxito.... Modo de adelantar.

Llaman Retalhuleu á un departamento que rebosa maderas, y suculento cacao, y el exquisito grano americano.

Esto y caña produce Mazatenango, del mercantil Quezaltenango fiel tributario.

En Quezaltenango abundan, sobre las fertilidades apuntadas, los ganados lanares. Inexplotado este ramo, es fuente segura de riqueza. Mucho tienen que hacer allí cardadores, exportadores, tejedores.

San Marcos cría ganado bueno á fe; espiga el trigo de oro, cultiva el maiz nutritivo, amén de los productos generales.

Y Sololá ¡lindo lago tiene! Así como al borde de la fuente vagan palomas blancas, así cercan el

lago pueblillos de indígenas agricultores. ¡Dicen que por las mañanas allí es muy bello el Sol!

De Escuintla, el rico departamento, ¿quién no vió los vastos zacatales, las risueñas haciendas, las jugosas frutas? Sale allí al encuentro la fortuna. Ese bravo novillo, ese necio cerdo, todo es en Escuintla olvidado germen. Aliméntanse allí los cerdos con camote y maíz, que de tierra copiosamente brotan. A hacendar, pues.

De Amatitlán dijimos la del agua salitrosa y valle mágico, mágicamente fértil.

Comprende Sacatepeques á la antigua Guatemala. Como en fresco nidal nacientes aves, esmaltan el ameno valle de saludables corrientes y aromático clima muy numerosos y pintados pueblos. Y como descansarían las avecillas sobre brillantes hojas verdes, así los pueblos sobre tupidos valles de legumbres. Rico es en brazos este departamento.

De Chimaltenango, si es tierra americana y además guatemalteca, ¿qué menester es decir que es tierra fértil? Crece ahora con el ir y venir de pasajeros.

Y llegan á veintidós los departamentos que fuera larga cuenta, y da envidia ir diciendo cuánto producen, auguran y valen.

Pero hay uno que no es para callado, y hasta el nombre es poético: la Alta Verapaz. Sus hombres son, como hijos de los trópicos, apáticos, pero sumisos y amantes del trabajo. En pastos, no hay cuento de lo que da espontáneamente aquel terreno, y salamatecos y cobanecos tienen gran porvenir en la hoy descuidada ganadería. Bien es cierto que Salamá es en sus contornos, al decir de los que los han visto, ardiente y estéril; pero la viña se está allí extendiendo grandemente. Ya hay varias siembras y frondosas vides; ya han venido explotadores americanos y comprometido

BIBLIOTECA CENTRAL

capitales serios en la elaboración del caliente zumo de la uva. Y como da el Gobierno cuanto le piden, y por acá cede tierras, y por allá quita derechos, y al uno llama con halagos, y al otro protege con subvenciones, Salamá y Cobán están de fiesta, y ven día á día más crecida su ya considerable suma de huéspedes.

Luego, tiene Cobán almacenes buenos, camino carretero hasta Panzós, puerto interior de importación y exportación, en el Polochic, de arenas de oro, que vierte su agua preciosa en la extensa laguna de Isabal.

Y es cosa de hacerse pronto dueño de más tierras que la casa de Zichy tuvo en Hungría, y tiene Osuna en España, y gozó en México Hernando Cortés. ¿Quién no compra aquellas inexploradas soledades, frondosas y repletas de promesas, si se venden á cincuenta pesos la caballería? Y como tienen por aquel departamento tan justa creencia en que, criando cabezas de ganado, se irá pronto á la cabeza de la fortuna, ¿quién no empaqueta libros y papeles—¡aunque ellos no, que son los amigos del alma!—y se va, con sus arados y su cerca de alambre, camino de la Alta Verapaz?

* * *

—¡Oh, sí! El rico grano, que enardece la sangre, anima la pasión, aleja el sueño, inquietísimo salta en las venas, hace llama y aroma en el cerebro; el que afama á Uruapan, mantiene á Colima y realza á Java; el *haschisch* de América, que hace soñar y no embrutece; el vencedor del te; el caliente néctar, el perfumado cafeto, crece como la ilusión con los amores, como la marcha de la nube con el impulso de los vientos, en los cerros y planicies de la hospitalaria Guatemala.

Quiere el café suelo volcánico: ni el muy ardiente de la costa, ni el muy frío de las cumbres; lo que llaman en Guatemala bocacosta.

Y es bueno, porque de veras será bien remunerado el que á ellos vaya, señalar dónde plugo á la Naturaleza hacer más fértil el grano. Es muy allá del lado del Pacífico; sueño parece en la Costa Cuca el crecimiento de la planta; fantasía en San Miguel Pochuta; surgimiento impensado en las planicies de Chinaltenango; capricho lujurioso en las faldas del cerro de Atitlán, volcán dormido. Por Pochuta crecen muy rápidamente las haciendas. Porque es ir, plantar, esperar y hacerse rico. Aquí dos, allí tres, muy rara vez más de tres años, y ya los fatigados brazos no bastan, ni aun con el ansia primeriza, á recoger del tapizado suelo la abundantísima cosecha.

¿Pero es por aquí sólo? ¡Oh, no! que es por todas partes.

Esa gran Costa Cuca, por el Gobierno hoy con tanta generosidad cedida, con tan patriótico celo distribuída, con tan vivas instancias solicitada, divisa el mar inmenso. Está en Quezaltenango y alcanza á la frontera chiapaneca. Tres anchas leguas prósperas en una extraordinaria longitud. Bien es verdad que se vende á 500 pesos caballería, mas de tal modo produce, que vender de este modo es dar la tierra. Porque ¿quién no la compra, si este mismo dinero en vales se ha de pagar con grandísimo descuento, cosa así de un 60 ó 65 en cada centenar de pesos duros?

Y ya el terreno falta para los que lo quisieran poseer. Bien hacen los que hoy rigen la vida guatemalteca. La raza indígena, habituada, por imperdonable y bárbara enseñanza, á la pereza inaspiradora y á la egoísta posesión, ni siembra, ni deja sembrar, y enérgico y patriótico, el Gobierno á sembrar la obliga, ó permitir que siembren. Y lo que ellos, perezosos, no utilizan, él, ansioso

BIBLIOTECA CENTRAL

de vida para la patria, quiebra en lotes y lo da. Porque sólo para hacer el bien, la fuerza es justa. Para esto sólo; siempre lo pensé.

Cultivar, emprender, distribuir; como arrastrado por secreta fuerza ciega, tal mente guía al que preside hoy á Guatemala. La riqueza exclusiva es injusta. Sea de muchos; no de los advenedizos, nuevas manos muertas, sino de los que honrada y laboriosamente la merezcan. Es rica una nación que cuenta muchos pequeños propietarios. No es rico el pueblo donde hay algunos hombres ricos, sino aquel donde cada uno tiene un poco de riqueza. En economía política y en buen gobierno, distribuir es hacer venturosos.

Hay grandes gérmenes; descúbranse y desenvuélvanse.

Hay vastos campos; siémbrense y aprovéchense.

Enseñar mucho, destruir la centralización oligárquica, devolver á los hombres su personalidad lastimada ó desconocida; tales cosas propónese y prométese el gobierno actual en Guatemala, que pone contribución sobre los caminos, pero con ella abre escuelas. El Presidente suele traer entre su escolta pobres indios, pobres ladinos, que recoge por los míseros campos para que sean enseñados en las nuevas escuelas de la capital. Vienen con los pies desnudos; vuelven profesores normales. Traían la miseria cuando Barrios los recogió; llevan á sus pueblos una escuela, un hombre instruido y un apóstol. Sepan cumplir y agradecer.

Lo sé bien y lo veo. Presidente y ministros anhelan atraer gente útil, que lleven una industria, que reformen un cultivo, que establezcan una máquina, que apliquen un descubrimiento. No parcos, pródigos son de dádivas. Hay afán por ocupar á los inteligentes. Los hombres de campo tie-

nen allí su techo y su mesa. Quiere el Gobierno que den ejemplo, inteligencia y fuerza á los campesinos, á menudo desidiosos, del país. Resucitar; esto quiere el Gobierno.

Cultivar, emprender, distribuir.

* * *

Honra ahora allí el ministerio de Gobernación, encargado de los asuntos de tierras y repartos, un hombre grave y modesto, Don José Barberena, amigo de su patria. Elogio de un hombre que otro hombre puede hacer sin sonrojo. Se anima hablando del crecimiento de la riqueza, de las empresas proyectadas. Todo lo explica, facilita y favorece. De él hube datos, y debo decirlo en justicia. Entusiasta de la tierra en que nació, como á hija la quiere; á su bien, como al de una hija propia, se consagra.

Y hablando juntos de las desgracias pasadas y de las posibles venturas de estos pueblos, es como supe—y á otro hombre honrado, ministro de Fomento, Don Manuel Herrera, debí también datos de esto,—que así como ya andan por los corredores de los buenos hoteles de Guatemala los ingenieros encargados de la construcción del ferrocarril, otros examinan el lago Motehua, ven otros la manera de limpiar la tenaz barra del caudaloso Polochic.

Amplia y segura, va ya camino del Norte la carretera que ha de unir á la hermosa ciudad con el Atlántico, con lo que podrá Alemania saciar ya fácilmente su amor extraordinaria al buen café, y renacerán las angustiadas esperanzas de

BIBLIOTECA CENTRAL

los habitantes de Zacapa y Chiquimula, tierras de plátanos y mangos, de grueso maíz y ricos quesos.

¡Y de excelso café!

* * *

De manera que es forzoso volver á hablar del jugo excelso.

Por Zacapa el más estimado es el de Quezaltepec, que viene siendo *cerro de quetzales*. Y ¿cómo ha de haber nada malo donde hay una ave tan hermosa? Muy bella, porque no se dobla á nadie.

Es fastuosa esta producción en toda la República. Tarda, en la Costa Cuca sobre todo, dos años en dar fruto, si es de trasplante; tres si es de semilla. Produce generalmente cada árbol de cuatro á cinco libras, sin que sean raros los que dan seis. Quien tiene 25,000 árboles, tiene mil quintales al año de café. En la tierra muy caliente dura la planta poco, pero en la media vive sin riesgo largo tiempo.

Colosales gradas llevan de la costa al interior del continente.

A más de la Costa Cuca, rinde cosecha desusada toda la faja de la bocacosta, en la grada primera y la segunda, que llevan en fértiles y ascendentes ondulaciones á las altiplanicies de la comarca.

Favorece á la planta la tierra de San Marcos, de altiva gente, de dos temperaturas, de bellas perspectivas.

Como tierras cercanas á volcanes, por excelentes son tenidas las del Atitlán, de Santa María, del Pacaya.

Y á todos estos terrenos únense la bocacosta de Patulul, la estimada Santa Lucía, Cotzamalhuapa, Siquinalá y las extensiones, blandas al arado, que hermosean el Sur de la antigua Guatemala.

Y como si la tierra caliente no fuera bastante á producir el preciado fruto, la templada no le va en zaga. Bien es verdad que no se da el café tan pronto en ésta como en aquélla, pero el grano de temperatura moderada es superior, según hábito y afirmación de discretos cultivadores, al de temperatura ardiente. Dase por esto bien en Amatitlán, la trémula amenazada del Pacaya; que es bien que junto al volcán de la tierra se dé el jugo volcánico animador de la pasión y del pensamiento. Y no menos bien se da en Petapa. Prodúcese en Cuajiniquilapa, mas no con tanto éxito.

* * *

De Amatitlán hablamos y de su espléndida laguna y de la sorprendente del Río Dulce. Tierra de lagos es, pues, Guatemala, que á par de éstas bien merece memoria la laguna de Ayarza; tendida sobre cráteres, por nadie alimentada y alimento ella de muchos manantiales. Cosa que hace creer que en la erupción de un volcán ó de los dos volcanes sobre que descansa quedó formado un pozo artesiano natural.

Se ama más la Naturaleza alrededor de la laguna con su extenso horizonte, con sus planicies fértiles, con su abundancia de brazos, los más recios por cierto para el trabajo y más voluntarios, como se dice en lengua campestre, que hay en el país.

Y se desea la ciencia para conocer hondamente el raro misterio. Tiene la laguna de 3 á 5 leguas de largo, y á medida que la sonda adelanta nótase que se hunde, como si las pendientes laterales formaran embudo, en progresión verdaderamen-

BIBLIOTECA CENTRAL

te rapidísima. Llégase á 150 varas de la costa, y no alcanza ya la sonda.

Responde aquella tierra amantemente al golpe más perezoso del arado. No se resiste, sino que se brinda. Está fatigada de su inacción, y se abre en vida. Todo prende en aquel territorio afortunado. Diérase y dase el café con gran riqueza. Crecen, silvestres, muy jugosos pastos. Gimen desiertas las praderas vastas. Y esto á 25 leguas por buen camino á Guatemala, á 20 de la costa del Pacífico, cuando por toda carga, cuatro reales cuesta llevar desde la cercanía de la laguna cada quintal á Guatemala!

Soberbia hacienda la que pudiera hacerse allí, y mucho más de una, con tan hinchado seno, con tan extensos brazos. Alejemos, alejemos libros y papeles y vayamos, como Cincinato, como Washington, como mi profesor de griego, á sembrar trigo, á vigilar ganado, á cultivar cerezas. Mi profesor de griego es un gran hombre. Lloró, porque nos dejaba presos, cuando él salía libre de la cárcel. Son, pues, buenos sus ejemplos.

* * *

¿Y por Verapaz, donde se da todo?

Por Gualán crece bien el cafeto, y el río Montagua, de famosa boca, arrastra en sus ondas las flores blancas del cargado arbusto. Y también crece en la parte fresca de la costa del Atlántico, aunque éstas, más que para café, para caña están hechas, porque crece lujosa y se exportaría el azúcar fácilmente. Cultivándola anda por aquellos rumbos, y él mismo es maestro de azúcar, humilde *puntero*, uno que fué gobernador de Nueva Orleans: Cincinati Sino.

Y por Cobán se da el fruto nectáreo, con mejores condiciones en los lugares apartados de la cabecera.

¡Oh, café rico, generoso don de América, que en corrientes de vida vuelve á Europa el mal que entre tan preciosos bienes le hizo! Mme. de Sevigné, la de las bellas cartas, no debió tomar nunca buen café.

Y en la demolición de Europa vieja, por Voltaire comprendida, ¿cuántas armas terribles no se habrán templado al ardor de nuestro jugo americano?

* * *

Destronado el te tibio, padre obscuro del amargo *spleen* de los ingleses, y del cobarde laxamiento de los chinos, pierde también corona y cetro el alimentoso chocolate, tan gustado de los españoles y los clérigos, sin que falten humildes seglares, y de todas tierras, que á la sabrosa *bavaroise* parisiense, de aquel lindo café que asoma muy cerca de los Bufos, prefieran un taza de Tabasco, ó una de buen cacao guatemalteco.

Enojoso el cultivo, y aminorando de consumo, no faltan, sin embargo, capitalistas que intenten su exportación, ni hacendados que abastezcan el sólido gusto que en Guatemala se tiene por el, en verdad, muy nutritivo chocolate. Con poco azúcar lo usan, pero ¿á qué, si lo sirven blancas manos?

* * *

Lo que de veras ha de preocupar á las gentes honradamente ambiciosas, es el seguro bienestar que se conseguirá en aquellas tierras dando incremento á la ganadería. Porque el ganado escasea y es solicitado. Se le compra barato y se vende caro. Como la demanda crece, la oferta encarece. Si se tiene dentro, ¡qué gran ventaja para

BIBLIOTECA CENTRAL

los tenedores! ahora hay que ir á buscarlo fuera. Centuplicarían los capitales destinados á esto. "Con criar cerdos, esto es, con dejarlos comer, me decía un ministro, se hace uno rico." Yo pregunté en Escuintla, y tenía razón.

De 17 á 22 pesos se compran míseros novillos, en 35 pesos se venden; luego, y en 55 sonoros duros, un buey gordo.

¡Y son por todas partes tan fáciles los pastos! y ¡los hay tan buenos por Salamá, por Cobán y por Ayarza!

Huehuetenango, el departamento de hermosa cabecera, es rico en esta producción, y como en Jalapa y Jutiapa hay buenos pastos, muy macizos, para allá se encaminan los especuladores. Y hacen bien, que una gran fortuna merece el trabajo de buscarla. No hay en la tierra más vía, honrada, que la que uno se abre con sus propios brazos.

Así lo entienden los franceses que por Gualan tienen café, los americanos que por Salamá hacen vino, los ingleses que por Isabal tienen ganado.

* * *

¿Qué madera es ésta, tan flexible, tan blanda, tan dúctil por su cara del corte?

Guatemalteca es, y un guatemalteco está labrando en ella.

¡Ah! si la conocieran los grabadores europeos! Es el huachipilin suave y rojizo, que reemplaza con justo éxito al bru afamado de Turquía.

Porque en maderas, como en todo género de producciones americanas, Guatemala es madre infatigable. Ella tiene el veteado granadillo, el ébano lustroso, el duro ronrón, de vetas negras; el inflexible guayacán, el maqueado brasilete. Y allá por el Peten rebosa la caoba, cansa el cedro.

Por cierto que en el Peten, más rico en ruinas que en hombres trabajadores, hay un muy bello

lago, el de Itza, y en medio de él se alza la capital, canastillo de casas, ciudad de flores.

* * *

Y ¡cuánto natural producto abandonado sin aplicación!

Porque el maguey crece, se da el hule en los bosques, el algodón brota en la selva.

Los campesinos de las comarcas del Atlántico secan sobre delgados cujes pálido tabaco, que sería mejor á estar cuidado. Y como la hoja pura va desterrando á lo que por allá llaman cigarrillos *de tusa* y *dobladores,* y por Yucatán llaman, aunque en distinta forma, *joloches,* fuerza es que la producción del tabaco, libre y protegida, se vea pronto en estado de dar abasto á la creciente petición, sin acudir para ello á muy raros tabacos extranjeros. Se intenta en las haciendas un ensayo. Mis laboriosos hermanos de familia, maestros en el cultivo, vendrían alegres á hallar ellos pan de destierro, ganado en honra de la industria y bien del país.

Y del hule, si, como hoy, no se le desdeña, podrá sacarse gran partido. ¡Con qué placer leí yo, ni sé en dónde, hace unos días: "¡Hule mexicano!"

Y como es tan útil, tan abundante y tan fácil, apenas conocido, como el maguey, abrirá al victorioso porvenir de la activa República nuevos caminos.

Con el maguey múltiples los tiene. Muy preso yo, me hicieron poner ropa de corteza de árbol, hecha en los Estados Unidos. Raspaba y hería; pero era por la patria. La del maguey sería mejor.

Tónicos, líquidos, bebida vegetal, vinagre y bálsamo, papel y tela, podrían lograrse de la planta fértil. El país trabaja y compra. No sólo los agricultores, sino los industriales, hallarán en

BIBLIOTECA CENTRAL

Guatemala gran quehacer. Porque la ciudad, sin dejar de ser propia, entra á ser francesa. Se afinan los gustos, naturalmente delicados. Lo superfluo se va haciendo ya preciso. El patriarcado reza el rosario, se hace viejo y cede su lugar al *confort*. Arreos y telas de México, manta barata y buenos casimires, sombreros y sarapes, airosos fustes y piedras de ónix, telares de los Estados, ¿qué hacéis, ociosos? Ejemplos múltiples daría yo ahora de fáciles riquezas logradas en los que fueron dominios de Alvarado, con trabajos breves.

* * *

Y los mineros, ¿qué no investigan? Por Isabal extraen ahora oro, y al cebo de Belice y rumbos varios han acudido aventureros numerosos. Señala la pública voz minas de plata inexplotadas, Y ahora que el carbón de piedra inglés va escaseando, que el vizcaíno encarece, ¿por qué no examinar los osados las entrañas de la tierra, que así, dando carbón, producen oro? El trabajo convierte en amarillo lo negro. Es milagroso el trabajo.

* * *

Bien, pues, y de veras bien. La tierra es rica; pero ella misma por los honrados hábitos de los que viven, por la enérgica voluntad de los que la gobiernan. Crear, extender, vivir; esto se quiere. El país no opone resistencia. Ama la limpieza, está acostumbrado á la sobriedad, gusta del trabajo. Naturalmente artístico, una vez despierto el gusto, buscará con amor todo lo bello.

Una larga dominación ha quebrado un poco el carácter. Pero él resucitará. La dignidad es como la esponja: se la oprime, pero conserva siempre

su fuerza de tensión. La dignidad nunca se muere.

El país tiene la firme decisión de adelantar: va por buen camino, piensa más en la agricultura que en la política. La política grandiosa es el primer deber; la mezquina el mayor vicio nacional. Ni la pereza, ni la incuria son vicios guatemaltecos. Gocé mucho viendo á un ladino, allá en el fondo de un monte, leer atento, mientras su hijo aderezaba la carga, un libro de muestras de centrífugas. Los indios apáticos se quejan, pero el gobierno respeta á los buenos—¡y hay tan buenos!—y pasa por sobre los tercos, raras veces malos. Allá, por la Antigua, hay limpísimos pueblos que obedecen á un *gobernador* indígena, que lee periódicos, que sabe francés, que con el ejemplo y la palabra enseña virtudes, y en el humilde campo estableció y mantiene escuelas.

Los inteligentes agricultores, los útiles mecánicos, los industriales prácticos, hallarán en Guatemala una tierra que paga de sobra el servicio que se le presta, un hogar afable y un cimiento de fortuna.

No se rechaza al extranjero bueno; se le llama y se le ama.

Hay impaciencia por ver cumplida una alta obra: la grandeza patria, basada en la prosperidad. Cuanto ayuda á producir es ayudado. Se piden hombres; no se les rechaza. Ni son como en Jauja, de terrones de azúcar las cajas; pero allí, con la miel de la buena voluntad, el azúcar es muy dulce.

* * *

Y en el alma de Guatemala ¿no hay artistas, no hay pintores, no hay músicos, poetas? ¿Nada á nadie dijeron las palmas de la Antigua, las palmas de Amatitlán, las flores sobre los cráteres, los verdes cañaverales escuintlecos? Y el amor

BIBLIOTECA CENTRAL

¿no sollozó? Y la historia ¿no se pintó? Y la simpática malicia guatemalteca ¿no halló lira?

¡Oh, sí! Hay poetas queridos, hubo buenos pintores, hiciéronse grandiosas esculturas, se cultivó el alma tanto como el campo!

Y ¡qué triste un cultivo sin el otro!

Capítulo de poetas.

* * *

Cuando murió José Batres, un gran poeta, dijo Alcalá Galiano, un gran orador: "Harta enfermedad tenía él con vivir."

José Batres nació en Guatemala. Supo francés é italiano; leyó á los enciclopedistas y á Casti; ciñó espada y tañó el laúd; vivió digno y murió joven; temía no gustar y gustará siempre. El orador español tuvo razón. Alma grandiosa, cantó con metro épico afectos concentrados y sobrios. Sufrió como Becquer, amó como Heine, cantó poco porque tenía poco grande que cantar. Murió de vida, como el autor de las "Rimas". Se reía, pero se moría. Los que leen las sabrosas estrofas de "El Reloj", las picarescas descripciones de don Pablo, ni á Lope, ni á Villaviciosa, ni á los satíricos de Italia echan de menos. Un verso de Pepe Batres no se olvida nunca. Hubiera sido amigo de Manuel Acuña. El era pulcro, casi adamado, observador, temido, agudo. Superior al mundo habitual, se vengó de él, ¡oh noble alma!, legándole, á modo de pintura de ridiculeces, inimitables y vivacísimos poemas. Como Ercilla la heroica, manejó Batres la octava burlesca. Ningún consonante le arredra, y de intento, como Bretón, los amontona difíciles, y como Bretón, triunfa siempre de ellos. Sus descripciones, ora gráficas en una frase, ora ricas de vericuetos y detalles; sus pintorescas enumeraciones; la burlona amargura con que flagela el falso pudor, la necia petulancia, la monjil severidad, la vanidad

ridícula; los raros, desusados y valientes giros con que matiza su lenguaje; la rica instrucción literaria que revelan sus naturales alusiones; el seductor descuido; las inagotables sales; los punzantes episodios; la filosófica sensatez; el castizo abandono de aquel ingenio genioso que sabía elevarse como el águila, gemir como la paloma, vivacear como la ardilla, hacen del vate guatemalteco, injustamente olvidado de los que estudian la América, una extraña figura, pálida, profunda, entera, hermosa y culminante.

Era en la conversación general ¡demasiado serio! ó silencioso. No lo entendían, y se ahogaba. Dotado de potencia inmensa de observación, se hizo satírico, porque tenía que hacerse alguna cosa. En este género lo juzgan, y esto es equivocado. Aquel laúd estaba vestido de luto, no colgado de cascabeles. Cuando escribía íntimamente, y en la intimidad hablaba, leerlo ú oirlo dolía. Era una desesperación severa, sin satirismos falsos, sin byronismos imitadores. Lo comparan con Espronceda; vale más. Para juzgarlo, no ha de leerse lo que hay suyo, que es lo menos valioso y es poco; ni se puede leer lo que religiosas preocupaciones destruyeron, y fué muy bueno y mucho; de juzgársele ha por lo que en lo que hizo reveló que haría. Amó y practicó lo bello en toda forma. Gustaba de verse elegante, y elegantemente hablaba y discurría. El pintó un desierto en estrofas que secan y que queman. Pintó un volcán en versos que levantan y dan brío. Pintó un muerto de amores, dignamente doliente, en unos breves versos que todos saben, que todos admiran, que son muy sencillos, que son muy grandes, que los extraños copian: "Yo pienso en ti."

Desdeñó el amor como amorío y lo profesó como religión. Fué mal político, leal hermano, notable músico, profundo conversador, bravo soldado, excelente prosista y gran poeta.

BIBLIOTECA CENTRAL

No tiene tumba. Descansa en la memoria de sus enorgullecidos compatriotas.

Donde escribió, grabó. Donde censuró, curó. Lo que imitó, realzó. Desconfió de sí mismo y amó puramente. He ahí su epitafio.

* * *

Cuando yo venía, un año hace, animada de sueños la frente y frío de destierro el corazón, del caluroso Isabal á la templada Guatemala, en una aldehuela que llaman el Jícaro, luego que hube visto pasar, en brillante cabalgata, el cortejo de dos risueños novios, eché pie á tierra en casa de un ladino, decidor, fanfarrón, letrado y tuerto; cosa ésta última que tiene en el carácter más importancia que la que le es generalmente concedida.

Enseñado que me hubo una mohosa tajante, que dice que cercenó cabezas en más de una batalla fratricida, y una mazorca de maíz, que por allá llaman de fuego, porque, echada la semilla, á los sesenta días da fruto; y convenido que fué que los indios tinecos de por San Agustín—de quienes el ladino estaba quejoso—son gente hosca y rebelde, muy apegada á lo suyo, muy reacia á lo nuevo y muy enemiga de los curas malos, comenzó el ladino, para dar tiempo á que me frieran unos humildes *blanquillos,* á recitar, mal que bien, una buena fábula.

La primera redondilla me hizo alzar la cabeza; la segunda, fijó mucho mi atención. ¡Qué gracia y animación! ¡qué rima tan nueva, á veces brusca, pero siempre atinada y original! ¡qué copia de la Naturaleza! ¡qué observaciones tan americanas! ¡qué propiedad, al fin, y qué olvido de esos convencionales apólogos del indio Pilpay, y el liberto Fedro, y el rubicundo Lafontaine, y el amanerado Samaniego!

—Eso es muy bueno, decía el ladino. Así pára

el venado las orejas; como él dice, mueve la cola; así de ese modo se pone la trampa; me parece ver saltar al animalito.

¡Oh, elogio perfecto, tan apetecido y tan raro: ser hombre de ciudad, y ser admirado, en cosas de campo, por un hombre de campo!

El fabulista, ya ido de la Tierra, es García Goyena; bien haya el que hizo en Guatemala lo que en Cuba hizo Jeremías Docaranza, José María de Cárdenas: americanizar el apólogo. Censurar nuestros defectos con nuestros animales y nuestras plantas. Acomodar á nuestra naturaleza las moralejas. Tomar de nuestra naturaleza nuestros ejemplos.

Picaresco en los epigramas, severo en las epístolas, ingenioso en los múltiples jueguecillos de talento, en su tiempo de moda, fué García Goyena; siempre, en el pensamiento, intencionado; en los giros, variado; en la rima, atrevido; aunque á las veces no muy preciso ni correcto.

Amante de la Naturaleza y observador profundo de ella, en las fábulas de García Goyena, que son, de vez en cuando, más que máximas oportunas, inimitables descripciones y graves y nuevos consejos, se aprende esa simpática ciencia animada de los árboles y de las aves, de las flores y de los brutos; sus costumbres, sus amores, sus peculiaridades, sus cualidades dominantes. Cáustico en política, práctico en moral, exacto en ciencia, nuevo en la invención, rico en literatura: ese es García Goyena.

* * *

Hay en la Escuela Normal, que en la educación generosa, tolerante, aplicable y liberal, completa la obra del Gobierno en la política, unas muy animadas reuniones de hogar, donde, á tiempo que

BIBLIOTECA CENTRAL

se familiarizan con la vida social de los educandos, se hace buena música, se dicen discursos, se cantan correctamente bellas piezas y se leen á menudo buenos versos. Cosa de familia, con buena voluntad y con perfume. Gozo yo con que el que la haya establecido y recoja ya sus frutos de apostolado sea un cubano, amigo de los hombres: José María Izaguirre.

A aquel proscenio humilde subió una vez un elegante mestizo, de esbelto cuerpo y rizada cabellera. Y dijo una muy larga tirada de versos que él llamó fábula, como la llamó su autor, y tiene, sin embargo, los tamaños de un poema didáctico, apológico sí, pero, á más, en el fondo interesantísimo y en la vestidura magistral. Original urdimbre, sonoro endecasílabo, fáciles asonantes, corte osado del verso, más cuidadoso del pensamiento que de la censura, hábil enseñanza en deliciosa forma, tal fué y así me cautivó la, por desventura, única producción conocida de fray Matías de Córdoba, ya muerto: "La fábula del León." Trozo es ese que hace á un poeta; revela reposo de carácter, evangélica bondad, clásico estudio.

* * *

¿Quién no sabe en Centro América algo de los tiernos Diéguez? Dos hermanos fueron, Juan y Manuel, tan apretadamente unidos, que lo de uno parece del otro. Patria ausente, montañas queridas, ríos de la infancia, flores de la tierra, ilusiones flores del alma, penas de amor, de vida y de destierro; todo esto tiene en estos laúdes gemelos los tonos de un sentimiento, no prestado, común ni preconcebido, sino sincero, suave y blando. Canta la tórtola por la tarde, y cantaban los dos hermanos Diéguez. Su llanto es dulce y refresca;

su esperanza es honrada y anima; sus sueños son posibles y consuelan. Yo los llamo poetas de la fe.

* * *

Hubo ¡también muerta! una poetisa en Guatemala, amiga de Batres, famosa decidora, que no dejó suceso sin comentario, hombre sin gracioso mote, defecto sin epigrama, conversación sin gracia. Talento penetrante, alma ardiente, rima facilísima, espíritu entusiasta, carácter batallador, fué María Josefa García Granados, por mucho tiempo animación y para siempre gala de la literatura guatemalteca.

Ella no desdeñaba ir á las prensas, publicar papeles, provocar controversias, sostenerlas con brío. En prosa como en verso escribía con sólida fluidez. Era abundante, pero tanto en pensamientos como en versos.

Lo serio de ella no vale tanto como lo incisivo. Anda casi en secreto un "Boletín del Cólera"—de los tiempos en que el aire mefítico del Ganges sopló fuerte, y ella, como Moliére, la emprendió con los médicos,—que es cosa de no dejar aquella ocurrentísima y castiza sátira un solo instante de las manos. Picantes ensaladillas, difíciles—nunca vulgares—charadas, por ella levantadas á género digno de estudio y de cultivo, porque en sus versos adquirió siempre gracia, á veces ternura, á menudo profunda expresión lírica; retratos, anacreónticas, canciones, epitalamios y letrillas; ir y venir de vivas réplicas; diaria y siempre nueva discusión de sucesos grandes y pequeños; tales fueron los culminantes caracteres y múltiples empleos de aquel extraordinario espíritu, de aquella mujer viril, de aquella lira fácil y elegante.

* * *

Marure se llama el historiador de las revoluciones en Centro América, valioso libro que el

BIBLIOTECA CENTRAL

Gobierno reimprime ahora y que alcanza hasta el año 1852.

La ira de partido persiguió al muerto hasta su obra, y la última parte de ésta, por muy notable tenida, desapareció sin ser vista de nadie. Costaba entonces trabajo por allí ser liberal, y liberal fué el libro de Marure.

Muy niño yo, admiraba ya en la Habana la concisión de estilo, corte enérgico de frase, mesurado pensamiento de un letrado guatemalteco, para quien no era cosa nueva oir decir que escribía á modo del egregio prosista Jovellanos.

Rebusqué luego, para hacer unos cuantos versos dramáticos sobre el día patriótico, la librería nutrida del señor don Mariano Padilla, americanista religioso, minucioso bibliófilo, coleccionador inteligente, y hube ocasión de asombro con leer los más humildes papeles públicos que, por los años 15, y 19, y 21, y 25, y 30, veían con animación, hoy olvidada, la curiosa luz. Brío en la idea, sensatez en el deseo, pureza y sobriedad; sobriedad, sobre todo, en la dicción. Aquellos escritores, periodistas, algunos de ellos principiantes, escribían como diestros académicos.

Leí entonces á Marure y mi celebración creció de punto. Ni quiso ser Tácito, ni había para qué serlo, que no hay más repugnantes cosas que sentimientos é indignaciones postizos; pero, salvas algunas explicables vivezas de partido, conserva la larga obra el tono histórico, sin hinchazón fastuosa, sin familiaridad censurable. Habla, no como quien lucha, sino como quien observa; y ese ha de ser el tono de la historia. Ella es un examen y un juicio, no una propaganda ni una excitación.

Era en aquel tiempo muy corriente en Guatemala leer los libros que en Francia prepararon, con Holbach y D'Alembert, y cumplieron con Desmoulins y Danton, el más hondo trastorno que recuerdan aterrados los siglos. Amén de este

contagio de giros, inevitable cuando se lee, como Marure debió leer, mucho francés, bien puede aquel estilo, reposado y serio, servir de útil modelo á los que quieran en literatura hallar una manera que, sin dejar de ser caliente, responda por su templanza á las severas exigencias del criterio. Hay corte antiguo en la obra celebrada de Marure.

* * *

Historiadores no han faltado á Guatemala; ni le faltan en este instante mismo, ni escritores galanos, ni sentidos y jóvenes poetas.

En punto á historias viejas, tiene la antiquísima, la candorosa, la religiosa y crédula, pero benévola y en datos rica, del buen padre Juarros, sencillo narrador de las épicas luchas de los indios y minucioso cronista de frailes, misioneros, cofradías, imágenes, soldados y conventos.

De otro padre es otro libro, sin tanto alcance ni tanta amenidad, aunque curioso: las Memorias del arzobispo García Peláez. Hombre afamado de humilde, pero pertinaz, acre y turbulento. Hacía caridades, y en cuenta se las tengo, pero como una vez le dijesen que quería hablarle un señor, y resultase que el señor era el maestro sastre, respondió con muy poco evangelismo: "Pues ese, ni es señor, ni entra." Pero él, aunque menudo de cuerpo y tenaz como un vizcaíno, era un hombre de enérgico carácter, de firmeza en sus derechos, de verdadero valer. Cuéntanse de él originalidades sin término; ya que exigiendo—á lo que dicen—un asno la ceremonia, se empeñó en entrar á caballo á tomar posesión de su arzobispado; ya una resistencia, á veces cómica, á hacer todo lo que, siéndole aconsejado, no hiciesen los demás ántes que él; ya como hizo que en el panteón de Catedral le variasen el lugar destinado á tumba suya, porque allí había una claraboya y no que-

BIBLIOTECA CENTRAL

ría que le entrasen á molestar después los gatos.

Pero con todo esto, si no como valiosa prenda de dicción, como consejero histórico, cúmulo de detalles, color de época y juicio de los hombres, bien merece el libro del arzobispito—que así es llamado—un puesto honroso en una biblioteca americana.

En punto á historia, si no nueva en todo, nuevamente escrita, dan quehacer á las manos y fatiga á la mente, en este instante mismo, escritores distinguidos, alguno de ellos el doctor Montúfar, guerrero ya probado en las lides de la tribuna y de la prensa, del folleto liberal, de la instrucción histórica, de la discusión viva y constante. Guerrea bravamente en este campo. A él está encomendada la moderna parte de la historia. Don Ignacio Gómez, literato de nota muy justa, versado en lenguas y todo género de crítica y poesía; conocedor del mundo viejo y nuevo, caliente en el decir y en el escribir macizo y muy galano, ha la tarea de redactar otra importante época reciente; y á don José Milla, de fácil vena, de erudición notoria, de ocurrente lenguaje y vivas sales, toca la historia del que fué Reino y Capitanía General de Guatemala, desde los tiempos en que por tierras y princesas peleaban kachiques, quichées y zutujiles, hasta los brillantes días de aurora en que la animada palabra del polemista y orador Barrundia, la vivaz actividad del abogado Córdoba y las duras consideraciones de Molina, dieron en tierra con los muros y fondos coloniales.

* * *

No debo, pues que de libros hablo, callar una publicación reciente, á los esfuerzos debida del que ha sido para estas páginas rapidísimas, casi escritas entre los cerros y á caballo, mi generoso introductor. Es el libro la *Galería Poética Centroamericana*, que ahora revisa, reforma y con patrio celo aumenta su autor, tan hábil ministro cuanto estudioso hombre de letras y elegante poeta, Ramón Uriarte, de quien más bien no digo porque no pueda tomarse á pago del que él dice de mí.

Hácense á menudo estudios y publicaciones que, en forma de ligero folleto, van de mano en mano. Ya publica Antonio Batres, de pulcra pluma y sólidos estudios, un buen estudio sobre bellas artes; ya Agustín Gómez, que maneja bien su lengua, historia con fidelidad la institución de los cónsules; ya se cruzan alegatos impresos sobre acciones jurídicas, ricos en jurisprudencia y en calor. No es aún aquel movimiento del año 1821, guiado por la palabra arrebatada del histórico Barrundia; pero ya se renace rápidamente de aquel abatimiento enfermizo—época de almas postergadas, de dignidades dormidas,—en que hundió á la tierra de los terribles volcanes y majestuosos ríos el terror más que una fuerza real, el látigo insolente de Carrera.

Ya deben ver la luz dos libros buenos: de blandos versos el uno; de fiel, correcta y muy amena narración el otro. Forman el primero las poesías de Francisco Lainfiesta, á quien ungió la maga fortuna con la miel del idilio, del sáfico y de la égloga. Quiebra el verso airosamente. Tiene el instinto prosódico y el castizo. En lenguaje, adivina lo que no conoce. En acentos, admira la espontánea precisión de su censura. Yo le hice un sáfico, y él me devolvió inmediatamente veinte, dignos de Ventura de la Vega. Tiene la intuición de la bella forma este poeta.

De más grave orden, aunque en apariencia sencillo, es el otro libro nuevo, de memorias también, pero éstas del general Miguel García Granados. Ajedrecista y estratégico, enamorado de César y concurrente asiduo al café de la Regencia, la observación y la atención son condiciones domi-

BIBLIOTECA CENTRAL

nantes en el general guatemalteco. Como él vivía ya en los tiempos de la independencia, y conoció á los hombres que entonces privaron, y anduvo en guerras, los describe entre sueltas relaciones, con justa apreciación y amena gracia. Libro será éste, para el de letras, agradable; para el de armas, útil. No desmerecen de Larra el viejo ciertos párrafos del libro.

Pero entre estas publicaciones, como el Acultzingo entre los montes, como el Ixtacíhuatl entre los volcanes, como la resurrección después de la inercia, como la irradiación después de la tiniebla, viene á su puesto el Código Civil. ¿Qué es? La justicia á mano, en español, de modo que pueda entenderla todo el mundo. Se echa abajo una casta de intérpretes y se ponen en breve claridad utilísimos principios. Dejan de ser los abogados augures para comenzar á ser sacerdotes. Se ha aprovechado para el Código todo lo nuevo, se ha repelido todo lo intrincado, lo repetido, lo laberíntico, lo añejo. Primitivas disposiciones del Fuero Juzgo, cándidas—aunque honradas—prescripciones del Código alfonsino; locales é inoportunos mandamientos de las Ordenanzas—¿qué ha de hacer en América lo que se mandó para Nájera?;—sujeciones señoriales de la antes sabia ley de Toro, han venido á tierra precedidas de un vigoroso informe, bello en la forma, sintético en la expresión, perfecto en el método, debido todo á la instrucción jurídica y reformador anhelo de Montúfar.

Quedan aún en pie, porque se juzgó que no podía hacerse todo de una vez, instituciones ya bien muertas. Queda el matrimonio eclesiástico, que es cosa de Dios, surtiendo efectos civiles, que son cosa de los hombres. Queda así ilógicamente sujeto á la Iglesia el Estado, cuando bien pueden ser dos poderes mutuamente respetuosos: el uno juez de lo temporal; de lo incorpóreo el otro. Pero han venido abajo los dilatados procedimientos,

las infamantes penas, la impersonalidad de las mujeres, la larga minoría de edad, la restitución *in integrum*, las trabas enojosas á la circulación libre de bienes. La luz se ha hecho sobre los escombros de la Curia Filípica, red intrincada, ahogadora de los ingenios verdaderos.

La mujer es persona. El menor es persona. La tutela no es una granjería. El juicio es rápido. Las penas son más dignas. Los heredamientos serán claros. La que puede ser madre puede ser testigo. Las excepciones castellanas no aprovechan á los habitantes guatemaltecos. A vida propia, derecho, en lo necesario, propio. Tales motivos guiaron y tales efectos consigue el Código Civil, con natural regocijo, promulgado entre el amor de los abogados jóvenes y el pueblo agradecido, y la resistencia de los letrados de antaño, prendados de las sutilezas del "Sancho Llama" y la obscura profundidad del erudito Pérez.

Los códigos nuevos, prez de la administración restauradora de los derechos verdaderos, han sido por los extraños celebrados; por los hombres hipócritas, mordidos; por los sinceros amigos del país, recibidos con júbilo vehemente. Ese día mereció ser blanca y azul la muy linda bandera guatemalteca. Y se añadió al escudo de Guatemala, aunque en él no figure, un libro abierto. Ese día, el quetzal lo fué más.

* * *

Los jóvenes dotados de las copiosas aptitudes comunes á los hombres de estas tierras, echado ya hacia atrás el manto de cadenas que la dominación del hombre de los montes puso en sus espaldas; abiertas ampliamente las vías del crecimiento y del trabajo, se lanzan, sin concierto aún, ganosos á ellas; se apoderan de los modernos libros, leen afanosos en historia á Laurent, en literatura á Gautier y á Musset. Quinet, Michelet, Pelletan,

BIBLIOTECA CENTRAL

Simon, Prudhon, van siendo ya libros vulgares. La ciencia amena se va haciendo amable; como que amenizar la ciencia es generalizarla. Médicos y abogados futuros, médicos y abogados recientes coronan las calvas cabezas de Papiniano é Hipócrates con los blancos azahares de las musas. Vagos ensueños de americanismo preocupan á aquellas mentes juveniles: Matta, Gregorio Gutiérrez, Lozano, Prieto, Palma, les son familiares y amados.

Tienen ahora activas sociedades, y ví alegre en las mesas de periódicos de México las revistas que les sirven de órgano: "El Porvenir" y "El Pensamiento." Aquélla tiende á desarrollar el gusto por lo bello; ésta por lo grave; aquélla por lo literario; ésta por lo científico. Discuten, proponen, reglamentan, eligen por sufragio, gustan de ver reunidas á las gentes, dan veladas. Estos ejercicios de palabra, de discusión, de sociabilidad, fortalecen el carácter, mejoran las uniones, acentúan la cultura. La actividad es el símbolo de la juventud. Apenas nacidos, mejoran visiblemente los periódicos; lo que comenzó como un ensayo, adquiere ya, con el estímulo y la crítica, serias proporciones. Al fin se lucha; se despierta; se crea algo. Sobrada está Guatemala de talentos; la libertad los hará muy pronto florecer. Penetración, espíritu de independencia, impaciencia noble é hidalguía; esto observo en los hombres jóvenes de la mayor de las repúblicas centrales. Tengo fe en su naturaleza bondadosa, en su inteligencia clara, en su costumbre de trabajo, en su honroso y seguro porvenir.

* * *

Más trascendental en fines, más grave en sus miembros y en sus medios más poderosa, es la Sociedad Económica, la de estantes de ídolos, la de patio muy bello, la de salón del Renacimiento,

con sus columnas de gigantes; la que sembró el café, la que recomendó la caña, la que estudia cuanto al fomento de la agricultura, á la mejora de las artes, á la bondad, riqueza y belleza de la República se dirige. Su nombre va unido, luengos años hace, á cuanto hermoseamiento cobra la ciudad, á cuanta nueva idea utiliza el campo. Sociedad de agricultura, de educación, de bellas artes y bella literatura, de fomento de minas, celebra sesiones, estudia comarcas, protege cultivos, experimenta siembras, publica periódico. Un químico notable la dirige; propietarios, agricultores, literatos y extranjeros ilustres son sus miembros. Ya descubre y clasifica un molar de megalonix; ya populariza ricos libros incógnitos; ya estudia las planicies de la Verapaz; ya protege á los campesinos de los peligros de las siembras.

Fomentar: éste es su empleo. Por varones egregios sostenida, y hoy por el Gobierno, dice bien de un pueblo la larga holgada estancia de una institución que ha sabido mantenerse, herida por hostiles vientos, movida por las olas revolucionarias. Poco hace encomiaba el eucalipto. ¡No introdujera el hule y el maguey!

* * *

Artes y Sociedad Económica van aparejadas. ¿Quién con más cuidado conserva los cuadros del famoso maestro Merlo, la viva gallina, las húmedas flores? ¿Quién socorrió con más amor á Buenaventura Ramírez, á aquel escultor reputadísimo, á quien venían á conocer y pedían obras de las repúblicas vecinas, de la opulenta Habana, de España la artística?

Hay por Guatemala, en pintura y escultura, grandes nombres; y, más que nombres, grandes aptitudes.

Manuel Merlo llámase el autor de los correctos

BIBLIOTECA CENTRAL

y anchos lienzos que allá, entre sombras, saltan valiosos á los ojos inteligentes, en la pintoresca capilla del Calvario. Original para inventar, osado para componer, hábil para colocar, alejar y acercar, dar perspectiva, obscuro en el color, seguro en el dibujo, bien puede Manuel Merlo ir á la par del suave Pontaza, del fiel Cabrera, del místico Rosales, del penetrante Jallá.

Primera y segunda maneras tuvo Pontaza, enamorado en aquélla del cobre plomizo, de las sombras pétreas, de las duras líneas, ¿qué podía hacer tampoco con el uso imperfecto, casi intuitivo, de tres pobres colores? Y en el modo segundo, ya pintaba Pontaza la bondadosa fisonomía de Santo Domingo, plegaba con acierto su albo traje, animaba su escuela, embellecía sus tentaciones, ponía en sus ojos grave mirada sobre el tratado de los Sacramentos. Tenía entonces, con más color y más práctica, no aquella ruda perspectiva, infantil composición y pueril ornato del cuadro, más afamado que digno de fama, en que pinta la muerte de los amorosos domínicos—¡buenos siempre, hasta para América buenos!—en Polonia; sino blandas carnes, movibles plegaduras, nebulosas sombras, delicados contornos, miniaturesca precisión. Abigarramientos alegóricos no le pueden faltar, que eran de la época y del caso religioso, pero él era un muy original, muy delicado y muy concienzudo pintor.

Pintaba el rey Pontaza, y no obscureció nunca la fama de la señora Vasconcelos; extraña, no por su absoluto mérito, sino porque en escasez amarga de maestros y recursos, en procedimientos y en ideas, túvoselo todo que inventar. Adivinó la artista los secretos del color, los de la perspectiva, los de la dificilísima carne humana.

Dejó Rosales, osado colorista, cuadros de caliente entonación para el Calvario; pero el en su género no imitado, el no vencido fisonomista, el de pincel y lápiz segurísimos, ese es Cabrera.

Había convención en los fondos, dureza en las ropas, porcelana en el rostro y en las manos; pero ¡qué imitar! ¡qué ver y copiar en seguida! ¡qué ver y no olvidarse nunca de haber visto! ¿Qué casa en Guatemala no tiene un retrato de Cabrera, fondo ceniza, delineo miniaturista, sonrojada la carne, muy pulido el cabello, exacto el ojo? ¡Y no tuvo en su tumba más riqueza que los versos ardientes de un poeta noble!

Por San Francisco había, y ya desaparecieron, unos pasajes de la vida del santo, que pintó, con su rapidez del Tostado y Lope, el muy fecundo, el asombroso Villalpando, que cubrió, como Rubens la Europa, de cuadros, más ó menos bellos, nunca malos, en días breves, palacios, casas solariegas y conventos; el héroe inolvidable del poeta yucateco José Peón Contreras, el inventor sin tregua, el agrupador sin miedo, el dibujante sin fatiga, el vivo colorista sin esfuerzo. Era en él pintar como soñar. Iba tan de prisa, que parecía en todo un alma en fuga.

* * *

Este gallardo mozo, que recela de esa abierta ventana y á hurtadillas estrecha una mano picaresca que ella sola, morena y exquisita, habla y sonríe, ¿qué mira, una vez cerrado el balcón, á la luz tibia de la Luna?

—Ve, dice á otro; éste es de Julián Perales, el escultor antigüeño. Para Cristos no tiene rival. Toca la madera y ya está sangrando. Esto que tengo en mi bastón es el retrato de ella. No la ha visto, se la pinté; vela cuán viva.

Y dice el otro:

—Admirable de veras. Creía yo que lo mejor que él había hecho era aquel famoso retrato de Morazán, nuestro altivo héroe, en madera de café.

BIBLIOTECA CENTRAL

—En España y Francia no quieren Cristo que no sea de Perales.

—¿Y viste tú trabajar á Cirilo Lara?

—¿Ese perezoso, ese extraño artista, ese atrevido artífice, que hace una fornida Venus de una haba, y de una semilla de naranja un niño Jesús?

Algo más que eso. Ve el San Juan que hace para Catedral. Con una mano señala á la Tierra; con la otra, levantada, mira al Cielo. No está aún pulida y es piedra burda; pero ya los colosales pliegues se adivinan, la amorosa cabeza se destaca, natural es la posición, buena la mano, bien tocada la difícil cabellera.

—Más fama tiene Quirino Castaño.

—Ganada la ha. El hizo el muy venerado Señor de Esquipulas, el Cristo negro de expresión doliente, de delgado torso, de estudiadas formas.

—¡Ah, Esquipulas, la de la feria!

—La de las reliquias de oro, la del soberbio templo.

—Gótico dicen que es.

—Y mayor que la misma Catedral.

Y así se van el enamorado y el amigo, diciendo que en 1640 apareció en Guatemala el muy célebre Alonso de la Paz, y tallando madera, hizo, amén de obras gloriosas, un Jesús Nazareno, riqueza de que está orgullosa hoy la iglesia de la Merced, corpulenta y artística iglesia.

Virgen hay de la Piedad en el Calvario renombrado que incita á llorar: también llora ella. Esta fué obra de Vicente España, discípulo que pudo y supo más que su maestro, el buen José Bolaños.

Y hay en Santo Domingo una hermosa virgen india, trigueña, risueña, casi voluptuosa. Es una virgen demasiado humana.

No hay templo sin su escultura predilecta. A bien que yo ví en París disputarse reñidamente una Concepción menuda, de Ramírez. Está contenta la Vírgen madre; su ropaje azul ondula airoso, su cuerpo esbelto plégase á modo de arcángel que asciende. Y de Ramírez, ¡ni el nombre sabían! El así honrado, moría, en tanto, en su patria, tan próspera y tan agradecida, en terrible pobreza.

Hay por Barcelona copia abundante de imageneros. Ni viejos ni nuevos les son los guatemaltecos inferiores; han domado la madera y la han hecho hombre y mujer.

Un triste dijo un día, ante una escultura de Santo Domingo:

—¡Oh, qué hermosa! ¡Parece que han visto llorar á Magdalena!

Y como la virgen de la Piedad tiene en el manto tan hermosos pliegues, ¡quién fuera católico para, en la hora de la tribulación, ampararse en ellos!

Afortunadamente hay vivas vírgenes.

* * *

Es cosa curiosa: en Guatemala los músicos se distinguen por familias: los Andrino, los Sáenz, algún Padilla.

Hay en la música guatemalteca, limitada hoy á melodiosos valses, á religiosos y solemnes himnos, á lánguidas canciones, cierto tierno fraseo, cierta melancólica repetición, cierta recogida dulzura, cierta expresión de amores afligidos.

Del país fueron los primeros que en él cantaron con Oroveso, Norma y Polion. Fué aquel mismo empresario el autor de un imponente Miserere, que en los maitines del Jueves Santo, allá en la iglesia Mayor, esparce por las bóvedas los amargos acentos de la culpa, las aterradas voces del arrepentimiento, el súbito clamor de la conciencia, los ecos amorosos del perdón, de Benedicto Sáenz.

El protegido cilindro, el de la música domésti-

BIBLIOTECA CENTRAL

cá, el que amparó Europa y reformó, invención fué del P. Juan Padilla, guatemalteco, que murió dando vueltas en la mente á gigantescos pensamientos filarmónicos.

Hay un tipillo concreto, semidesnudo, burlón, vivaz, aparentemente hambriento, al que en Madrid llaman *granuja* y en París *gamin*, y *cerillero* en México, y en Guatemala vendeflores. Natural agudeza, heroico sufrimiento, raterías pequeñas y cómicas generosidades los dintinguen. Y es tal el musical instinto de la patria de los Batres y los Diéguez, que cuando estos simpáticos pobrecillos entran á vender flores ó dulces á los bulliciosos corredores del teatro, sea la música del penetrante Verdi, del melifluo Bellini, del dificilísimo Mozart, del poderoso instrumentista Meyerbeer, no se da caso de que á la primera audición de la ópera no salgan los pequeños tarareando con admirable precisión las más difíciles arias, el momento menos comunicativo del nuevo *spartito*.

Y en la hermosa sala, tibia para los aplausos, unánime silencio censura una pequeña desviación de la partitura, casi por todos correctamente conocida.

Y apenas se estrecha una linda mano, que no acabe de tocar los deliciosos acordes del *Pensamiento* de Cástulo Méndez, los valses magistrales y rápidos de Arditi, las bulliciosas fantasías de Leybach, melodías dolientes ó rápidas polonesas de Chopin.

La música está allí en el instinto artístico, en la afabilidad del carácter, en el rumor del aire grave, en el lánguido hablar de las mujeres.

* * *

Y ¡cómo vivía antes, oligárquicamente gobernada, esta vasta República, de extensiones tan fértiles, de espíritus tan ricos! En míseras escuelas, enseñábanse apenas principios de doctrina, y Fleury, y moral cristiana, y santos cristianos, y un tanto, así como superflo, de leer y de escribir. Ni lastimar, ni poetizar, son aquí mi misión; mi misión es contar. Hoy cada aldea tiene escuela; con sus manos fabrican los padres la casa del maestro; del haber del hijuelo se priva el campesino porque aprenda de letras; aumentan en la ciudad los institutos de carácter grave; extiéndese en la Universidad el ya lleno programa; apréndense en la Escuela Politécnica, con hábitos militares, matemáticas; enseña la Escuela Normal, por práctico sistema de razón y propio juicio, á ser maestros; quinientos niños pueblan los salones del extenso Instituto Nacional; bien se enseña en San Francisco; del extranjero fueron traídos maestros y maestras; unos y otras enseñan tolerancia religiosa, dan instrucción realmente útil, vulgarizan los más recientes sistemas americanos y europeos.

Madura estaba la espiga en aquellas inteligencias. En las tierras de América no cuesta mucho trabajo la sazón. Aindiados, descalzos, huraños, hoscos, bruscos, llegan de las soledades interiores niños y gañanes, y de pronto, por íntima revelación y obra maravillosa, del contacto con la distinción y con el libro, el melenudo cabello se asienta, el pie encorvado se adelgaza, la mano dura se perfila, el aspecto mohino se ennoblece, la doblada espalda se alza, la mirada esquiva se despierta: la miserable larva se ha hecho hombre.

Poco después asaltan la tribuna, los libros históricos, los libros de agricultura, la flauta, el piano. Se dan á pensar en cosas graves, á dudar, á inquirir, á examinar. Hablan de Bolívar, de los hombres patrios, del buen gobierno que los educa, ¡del porvenir vasto que espera á su—como ellos dicen—querida Guatemala! Yo los veo, yo los impulso, yo los aliento. De esos hombres saldrán, más tarde, algunos grandes hombres.

BIBLIOTECA CENTRAL

La Universidad, que es por cierto espaciosa y bella, acaba de reformar sus facultades, de mejorar su medicina, de liberalizar su derecho, de establecer su facultad de letras y filosofía, el gran estudio de los gérmenes, de las esperanzas, de los desenvolvimientos y de las analogías.

De la agrícola Costa Rica, de la inteligentísima Honduras, del cercano San Salvador, de la moderada Nicaragua, vienen numerosos estudiantes á hacerse de ciencia en la Universidad Central.

Tienen los de medicina, para práctica, un hospital excelente, por viajeros europeos tenido como rival de los mejores, por humanitario, por metódico, por aseado, por rico.

Tienen los de jurisprudencia estudios filosóficos á la margen de espaciosos corredores, que ayudan á la eterna extensión del pensamiento, en vastas aulas, distinguidos profesores.

Y los jóvenes se animan. Discuten al maestro, al texto, al libro de consulta. Tienen cierto espíritu volteriano, que hace bien. Rechazan la magistral imposición, lo que también es bueno. Anhelan saber para creer. Anhelan la verdad por la experiencia; manera de hacer sólidos los talentos, firmes las virtudes, enérgicos los caracteres.

Pero en los pueblos está la gran revolución. La educación popular acaba de salvar á Francia; yo la ví hace tres años, y auguré en forma segura, de muy pocos creída, su triunfo sobre cualquier nueva reacción. La reacción vino, y Francia ha triunfado.

La educación popular mantiene respetada en lo exterior, y en lo interior honrada, á la risueña Suiza.

La educación popular, maciza allí cuanto rencorosa, ha dado á Alemania su actual grande poder.

Saber leer es saber andar. Saber escribir es saber ascender. Pies, brazos, alas, todo esto ponen al hombre esos primeros humildísimos libros de la escuela. Luego, aderezado, va al espacio. Ve el mejor modo de sembrar, la reforma útil que hacer, el descubrimiento aplicable, la receta innovadora, la manera de hacer buena á la tierra mala; la historia de los héroes, los fútiles motivos de las guerras, los grandes resultados de la paz. Siémbrense química y agricultura, y se cosecharán grandeza y riqueza. Una escuela es una fragua de espíritus; ¡ay de los pueblos sin escuela! ¡ay de los espíritus sin temple!

De cinco años viene este renacimiento salvador. Es exclusiva obra del gobierno liberal. No se acerca á Barrios una madre doliente, que no tenga en seguida para sus hijos una cama, un vestido, un libro. En la ciudad, en las afueras, en la Escuela Politécnica, en la Normal, en todas partes, Barrios, más que piensa lo bueno, lo presiente. Conoce que esa es la redención y naturalmente, sin esfuerzo alguno, se irrita con los que oprimieron y redime.

Mucho se gasta en escuelas; remunérase bien á los maestros; no llega vapor que no venga cargado de útiles, ya de efectos calisténicos, ya de aparatos astronómicos, de libros, de colecciones, de modelos. Se entra en el Instituto Nacional, y se oye una banda excelente. Se va á la Escuela Normal, y con espíritu de amor hispanoamericano se ve un notable instituto neoyorkino. Formación de hombres, hecha en lo mental, por la contemplación de los objetos; en lo moral, por el ejemplo diario.

Triunfante la revolución, estaba como pletórica de buenos deseos. Rebosaba creaciones. Tendió telégrafos, contrató ferrocarriles, abrió caminos, solicitó educadores, subvencionó empresarios, fundó escuelas. En esto último, su ardor no se ha cansado todavía. Ni se cansará, porque

BIBLIOTECA CENTRAL

sus frutos son visibles, y sus mismos frutos lo alimentan. ¡Qué vuelta la del maestro joven á la aldea lejana, donde para recibirlo ciñó su madre al pelo la trenza más hermosa, y al cuello los mejores corales, y vistió el buen viejo, indio ó ladino, su más blanca camisa de cotón! Se fué con sus harapos y vuelve con sus sueños, con sus bancas, con sus instrumentos de alma, con sus riquezas espirituales, con sus libros. Se fué burdo y viene afinado. Se fué tartamudo y vuelve elocuente.

Antes soñaba en vacas; hoy en el porvenir, en gran trabajo, en gloria, en cielos. Es el redactor de todas las cartas, el director de todos los amores, el sabio respetado, el juez probable, el alcalde seguro, el constante maestro. A su calor, sin alejarse ya del hogar sabroso, crecerán almas nuevas.....

Él fué hecho á semejanza de otras y él hará éstas otras á su semejanza. La educación es como un árbol: se siembra una semilla y se abre en muchas ramas. Sea la gratitud del pueblo que se educa árbol protector, en las tempestades y las lluvias, de los hombres que hoy les hacen tanto bien. Hombres recogerá quien siembra escuelas.

* * *

Así, rápidamente, á modo de gigantes niños, á manera de fantasmas de oro, acaban de pasar á nuestra vista inmensos campos, vastas haciendas, soledades regias, esperanzas, adelantos, glorias, gérmenes. El café que empieza, el nopal que expira, el cacao que resucita, el ganado que muge impaciente, el pasto que se ofrece, el extranjero á quien se llama, la fortuna que se brinda, el libro en que se aprende, la riqueza pública por el trabajo individual, base futura de gran gloria.

Luego ese pueblo desconocido, del que emanan

ó memorias indígenas movidas por un abate anticuario, ó terrores modernos movidos en los hermanos pueblos por crueles y políticos rencores; ese pueblo limítrofe arrullado por mares, refrescado por brisas, sentado en el corazón del Continente; esa tierra nebulosa por el muerto Carrera, de quien un sacerdote dijo que estaba á la diestra de Dios Padre—envuelta en fúnebre sudario, impenetrable cerco; esa República vecina, más nueva para sus amigas repúblicas que las más lejanas y más extrañas tierras,—es una nación seria, trabajadora y próspera; es una comarca pacífica, encantadora y fértil; es una impaciente hermana que va, rumbo á la grandeza, con el cayado en una mano y el libro en la otra. Aspira, aprende, llama. La sed es general; el agua es abundante.

El porvenir está en que todos lo desean. Todo hay que hacerlo; pero todos, despiertos del sueño, están preparados para ayudar. Los indios á las veces se resisten; pero se educará á los indios. Yo los amo, y por hacerlo haré.

¡Ah! Ellos son ¡terrible castigo que deberían sufrir los que lo provocaron! ellos son hoy la rémora, mañana la gran masa que impelerá á la juvenil nación. Se pide alma de hombres á aquellos á quienes desde el nacer se va arrancando el alma. Se quiere que sean ciudadanos los que para bestias de carga son únicamente preparados. ¡Ah! las virtudes se duermen, la naturaleza humana se desfigura, los generosos instintos se deslucen, el verdadero hombre se apaga. Aire de ejemplo, riego de educación necesitan las plantas oprimidas. La libertad y la inteligencia son la natural atmósfera del hombre.

Y ellos, los que vieron un guerrero español y lo copiaron en muy dura piedra en el circo asombroso de Cobán; los que tenían escuelas, donde se loaba al alto Dios; los que elevaron torres, don-

BIBLIOTECA CENTRAL

de estudiaban los hermosos astros; los bravos paladines; los ingeniosísimos geómetras; los delicados tejedores; las heroicas mujeres; su senado de ilustres, más grave y respetado que nuestras severas Cortes de Justicia; los de grandes ejércitos, populosísimas ciudades, brillantes guerras; los defensores de Utatlán; los rebeldes mames; los clásicos quichées, los profundos cantores del grande Whenb-Kaquix, llorado con lágrimas entre árabes y homéricos; los allá idos de México y Cuba; los vivaces niños; los celosos amantes; ellos son los que con el copetón sobre la frente, con el calloso pie agrietado, con la mirada imbécil, con la rodilla y el beso siempre prontos, con el esclavo espíritu, con la cargada espalda, á paso de mula ó de buey sirven hoy al cura, adoran nuevos ídolos, visten míseras ropas, y ni aleteo de águilas, sino sustento de arrobas, pasan montes y ríos, praderas y ciudades, hondos y cerros.

Son resignados, inteligentes, incansables, naturalmente artistas, sin ningún esfuerzo buenos. ¡Qué gran pueblo no puede hacerse de ellos, haciendo, por ejemplo, á manera de una escuela normal de indios! ¡Un nuevo apostolado es menester!.....

Pero en tanto que llegan los apóstoles, ¡cómo adelanta el pueblo vecino! ¡cuántos granos y lanas vende hoy Quezaltenango! por Chimaltenango, ¡cuántos viajeros pasan! por San Marcos, ¡cómo aumenta el cultivo! por Escuintla, ¡cómo crece la caña! por Amatitlán, ¡cuánto no fertiliza la laguna!

Adiós van á decir al buen lector estas cansadas páginas; mas ¡quiera la fortuna que por ellas haya venido en conocimiento de la gran riqueza agrícola; del afable carácter—otra gran riqueza—de Guatemala! ¡Quiera la fortuna que no se olviden los inmigrantes de la tierra que los llama, los explotadores de la fortuna que les espera, los tímidos del gobierno que les protege! ¡Quiera la buena suerte que recuerden cómo crecen en Salamá los pastos, en la Costa Cuca el café, por el lado del Atlántico la caña! Ni ¡cuánto se necesitan los ganados! Ni ¡cómo prospera allí la vid! ni ¡cómo todo asegura éxito á cualquier industria ó sementera nueva!

Anchos caminos, naturales esplendideces, bondadoso carácter, benévolo gobierno, inquietud por mejora y por riqueza; mujeres americanas y cristianas, hombres inteligentes y afectuosos, viejo arte, ansia creciente, señorial ciudad, deleitoso clima, pintorescos pueblos, seguro bienestar, fantástico crecimiento de fortuna; he aquí lo que á todo el mundo ofrece Guatemala, fertilísimo campo, California agrícola.

¡Ojalá que, con este amante libro, haya yo sembrado en él mi planta!

BIBLIOTECA CENTRAL

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.I.

GUATEMALA

LA TIERRA DEL QUETZAL

W. I. BRIGHAM

El Economista Americano.—New York, enero de 1888.

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.I.

GUATEMALA

LA TIERRA DEL QUETZAL

W. I. BRIGHAM

Desde el noble prólogo dice bien este libro honrado de su autor, que en él revela la cualidad, rara en los viajeros, de juzgar los países con arreglo á sus elementos é historia, y no á los cánones de la raza del crítico. No llega en el autor la fantasía, que por todas partes apunta y realza la obra, al grado de síntesis que pide el arte; ni los materiales, allegados con escrúpulo, se eslabonan y ayudan como pudiesen, en manos más acostumbradas á urdir libros; pero la nota fiel, la narración personal y viva y la cordialidad que hermosea estas laboriosas páginas, excusan de sobra algún error de juicio ó equivocación histórica; como cuando supone á México, cuya historia real pasma y conforta, inferior en carácter y recursos á la tierra del quetzal indómito, menos varia y pujante; ó cuando presenta como víctima de desórdenes y guerras á ese ameno rincón de Nicaragua, que es, en su pequeñez, como Suiza de América y ejemplo de repúblicas.

No entró Brigham por el maravilloso Río Dulce, cuyos basaltos de extraños jeroglíficos reviste la pompa de las enredaderas y las palmas, con aquel necio desdén del búfago corpulento por el hombre de tierras calurosas, en quien la viveza mental y el brío del corazón compensan con ventaja la poquedad de los miembros y el color tos-

tado por la cercanía de un sol abrasante. "Amo los trópicos", dice Brigham, que escribe con el encanto y fuerza de quien ama. Ni el hijo feliz del pueblo fundado por los apóstoles de la libertad y desenvuelto al influjo de señores benignos, el hijo de los de Plymouth y de Penn, pide monumentos de república y civilización acabada al país tan bello como mísero, cuya gente nativa, que hizo á Izmachi de piedra y cimiento, no era por cierto indiada ruda; pero que, á la lanza de Alvarado, el rubio y ágil bribón que quemó vivo el señorío indio y le robó su más galana mujer, cayó bajo la dominación de aquellos en cuya historia no quiere entrar Brigham, porque "no sería viaje de recreo el que hubiera de hacer por entre cloacas de engaño y montes de tiranía." Y siendo tales sus orígenes, y la desconfianza y el fanatismo la natural consecuencia, ¿qué más ha podido Guatemala hacer, constituída de hecho bajo un régimen patriarcal ansioso por levantarse á la dignidad de república, que producir para jefes de los departamentos hombres tales que, según Brigham, "pueden compararse con ventaja á los gobernadores de cualquiera de los Estados del Norte de la Unión Americana?"

El mérito del libro de Brigham está, sobre todo, en tal fidelidad á lo que ve, que, sin afear con la preocupación ni adornar con la simpatía el país fértil y modesto por donde viaja, queda éste pintado por manos extranjeras como lo hubiese descrito un buen observador indígena. ¡Ay! ¿qué han de dejar tras sí el indio aterrado, tan leal á lo suyo, que, cuando ha poco le profanaban sus ruinas de Utatlán, aun halló valor para alzarse á defenderlas, y el clérigo que exige adoración á "un Cristo de cuyas heridas salen imitando la sangre hilos carmesíes, y á cuya izquierda llora con un pañuelo de finísimo encaje, junto á los soldados romanos, un general guatemalteco?"

"Amontonados en una sacristía ví cabezas y pies y brazos de santos, y barbas y pelucas, y un Cristo con las piernas combas y argolla en los tobillos, para atarlo á la mula el Domingo de Ramos." "Yo, que en la cumbre del Sinaí, y ante Budha gigantesco, y frente á los dioses de Cantón y el Júpiter del Vaticano, he sentido animarse mi imaginación, nada solemne ni santo hallé en el santuario de Esquipulas, el santuario del Cristo negro, á no ser el retrato del primer arzobispo de Guatemala, Don Pedro Pardo de Figueroa." "Aquellas imágenes—dice en otro lugar —me causaron repulsión mayor que cuando me detuve en el umbral del santuario de Kali, en la vecindad de Calcutta, y ví el ídolo odioso con los labios untados de sangre, y caído al pecho el collar de cabezas."

¿No es maravilla, y prueba de la energía mental del país, que de esas supersticiones hayan surgido colegios nacionales excelentes, fieles correos, ferrocarril, penitenciaría, Cobán con sus cultivos, Quezaltenango con sus telares de "mucha labor durable y bella", Guatemala imperial, reclinada sobre el valle volcánico entre montes lujosos, como cesto de ópalos matizado de esmeraldas, con sus colegios que fueron conventos, con su juventud juiciosa y crítica que era ayer torva esclava, con su gobierno que batalla en su forma de república contra la constitución pastoral que dejó España y mantuvo el clero, por quien España perdura en América; con sus hogares generosos donde crecen juntos en el patio el jazmín del Cabo y la bondad en el corazón, sin más cizaña que las pasiones de la religión falsa; con sus escuelas y bibliotecas y con su Instituto, rico en ciencias y letras, en maestros cultos y discípulos aprovechados, en útiles y aparatos de aprender, allí donde en la pared, como memento para los débiles y espuela para los cobardes, cuel-

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

ga aún un cuadro en que los indios, sin más coraza que un peto de lana, ni más casco que una cabeza de jaguar, mueren bajo el diente de los mastines cebados á carne quiché por los conquistadores españoles? Ni el opresor halla excusa ¡indecorosa para quien la ofrece!, ni el oprimido desdén injusto, en este libro que, para retrato del país y enseñanza de los norteamericanos, fué Brigham escribiendo, sin disimular flaquezas ni escatimar méritos, hoy en el vapor que ancla en el lindo Livingston, caserío y palmar de los pulcros negros caribes; mañana en mula, rumbo á las ruinas de Quiriguá, en cuyos monolitos perpetúa la imagen del hombre barbado, como doquiera que hubo mayas, la memoria de aquel sabio Votam que les fué de Cuba; y al otro día en caballo triunfante, cuando el alcalde de un pueblo por donde pasaba Barrios, que entonces presidía, dijo á Brigham que no tenía bestias, y Barrios le dijo al alcalde: "¡Pues hazlas para mañana, ó lo vas á pagar caro!"

No en todo es justo el viajero, ni da con la razón de muchas cosas que la tienen; pero él vió el país como se debe ver, acá metiéndose por la maleza, allá recogiendo maderas petrificadas, granos y flores, y por allí levantando, con ayuda de indios, al costo de $3.75, una buena choza con techo de palma manaca; más lejos durmiendo al pie de los caobos, esencia y majestad de la flora del trópico, á la hora en que el vampiro, harto de la sangre de las caballerías, pasa rozándole el rostro con las alas. Las industrias ¿cómo han de estar por aquellos pueblos interiores? "El herrero que tiene clavos no tiene martillo"; eso sí, los colegiales responden de prisa á lo que Brigham les pregunta, y las cabezas de bastón "en la Antigua las tallan mejor que en Dieppe", y los poconchis de Tamahú tienen buenos telares, y el indio es todo honor, y el ladino viveza, y el caribe leñador admirable y marinero; y donde hay para qué y cómo, se trabajo con brío; y las siembras son muchas y buenas y de tanta hermosura, que allí, no en Massachusetts, debieran vivir los campesinos que quieren llevar la vida venturosa; ¡qué plátanos; qué naranjas; qué trigo y maíz; qué variedad de palmas; qué rápidas cosechas!

Él describe los pueblos que visita, y las comidas, y el hotel, y lo que vió y oyó en ellos; en Escuintla la de las cañas, en Antigua la de ruinas, en Palín el de frutas; él alaba, como debe, el buen natural y honradez de la gente del país; él enumera y calcula la riqueza de aquella vegetación paradisíaca; él pesa y mide la tierra generosa que circunda los volcanes de Hunapú y los lagos ardientes, suelo de amor y lujo, cubierto de verde espeso y de más flores que hojas, flores menudas, bermejas y amarillas; él, ganando con la energía del orden natural lo que pierde con la falta de orden literario, resume el viaje, narrado amenamente, en un capítulo de opinión, donde resulta amable, á pesar de sus trabajos de comienzo, la República; y en este libro, que en una noticia sobre volcanes y terremotos cuenta la historia de aquella naturaleza fragante, halla lugar, con ayuda del buen obispo Juarros y el capitán Fuentes, de la "Recordación Florida", y el "Popol Vuh", que tradujeron Brasseur y Ximenes, y Milla, que tomó su historia de éstos, para narrar en fieles versículos la pintoresca creación de la biblia quiché, y cómo los buenos desdentaron á los malos, y llegó á ser príncipe de Utatlán hermosa el bravo y magnífico Tecum-Unam, odiado de cakchiqueles y zutojiles, que cayó muerto, con más heridas que poros, á los pies de Alvarado, cuando la lanza del español rubio tundió de un golpe el pájaro real que en

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

defensa de su príncipe cayó sobre el de España, ¡el quetzal del Quiché, enamorado de su belleza y albedrío, que muere cuando cae preso, ó cuando se le quiebra la pluma verde de la cola!

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

LA ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS DE HONDURAS

La América.—New York, junio de 1884.

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

LA ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS DE HONDURAS

Necesidad de escuelas y estaciones agrícolas y de maestros ambulantes.

Honduras tiene ya su Escuela de Artes y Oficios.

Honduras es un pueblo generoso y simpático, en que se debe tener fe. Sus pastores hablan como académicos. Sus mujeres son afectuosas y puras. En sus espíritus hay substancia volcánica. Ha habido en Honduras revoluciones nacidas de conflictos más ó menos visibles entre los enamorados de un estado político superior al que naturalmente produce el estado social, y los apetitos feudales que de manera natural se encienden en países que, á pesar de la capital universitaria enclavada en ellos, son todavía patriarcales y rudimentarios.

Pero los ojos de los hombres, una vez abiertos, no se cierran. Los mismos padecimientos por el logro de la libertad encariñan más con ella; y el reposo mismo que da el mando tiránico permite que á su sombra se acendren y fortalezcan los espíritus. Ni ha sufrido Honduras mucho de tiranos, por tener sus hijos de la Naturaleza, con una natural sensatez que ha de acelerar su bienestar definitivo, cierto indómito brío, que no les deja acomodarse á un freno demasiado rudo.

Allí, como en todas partes, el problema está en sembrar. La Escuela de Artes y Oficios es invención muy buena; pero sólo puede tenerse una, y para hacer todo un pueblo nuevo no

basta. La enseñanza de la agricultura es aún más urgente; pero no en escuelas técnicas, sino en estaciones de cultivo; donde no se describan las partes del arado sino delante de él y manejándolo; y no se explique en fórmula sobre la pizarra la composición de los terrenos, sino en las capas mismas de tierra; y no se entibie la atención de los alumnos con meras reglas técnicas de cultivo, rígidas como las letras de plomo con que se han impreso, sino que se les entretenga con las curiosidades, deseos, sorpresas y experiencias, que son sabroso pago y animado premio de los que se dedican por sí mismos á la agricultura.

Quien quiera pueblo, ha de habituar á los hombres á crear.

Y quien crea, se respeta y se ve como una fuerza de la Naturaleza, á la que atentar ó privar de su albedrío fuera ilícito.

Una semilla que se siembra no es sólo la semilla de una planta, sino la semilla de la dignidad.

La independencia de los pueblos y su buen gobierno vienen sólo cuando sus habitantes deben su subsistencia á un trabajo que no está á la merced de un regalador de puestos públicos, que los quita como los da y tiene siempre en susto, cuando no contra él armados en guerra, á los que viven de él. Esa es gente libre en el nombre; pero, en lo interior, ya antes de morir, enteramente muerta.

La gente de peso y previsión de esos países nuestros ha de trabajar sin descanso por el establecimiento inmediato de estaciones prácticas de agricultura y de un cuerpo de maestros viajeros que vayan por los campos enseñando á los labriegos y aldeanos las cosas de alma, gobierno y tierra que necesitan saber.

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

LA ESTATUA DE BOLIVAR POR EL VENEZOLANO COVA

La América.—New York, junio de 1883.

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

LA ESTATUA DE BOLIVAR

POR EL VENEZOLANO COVA

Respira en bronce una vez más, moldeado por manos filiales y vaciado del yeso por fieles fundidores, aquel hombre solar, á quien no concibe la imaginación sino cabalgando en carrera frenética, con la cabeza rayana en las nubes, sobre caballo de fuego, asido del rayo, sembrando naciones. Burló montes, enemigos, disciplina, derrotas; burló el tiempo; y cuanto quiso, pudo, menos mellar el diente á los ingratos. No hay cosa que moleste tanto á los que han aspirado en vano á la grandeza como el espectáculo de un hombre grande; crecen los dientes sin medida al envidioso.

Rafael de la Cova, joven de Caracas, ha amasado con sus manos piadosas é inspiradas, en un cuarto pequeño y obscuro, sin distancias, sin tiempo, sin luz acaso, á no ser la febril de la mente y la inquieta del ansia, la estatua monumental que en el buen taller de Bonnard se ostenta ahora, ganosa ya de emprender camino á la ciudad del héroe, á donde, para celebrar con su instalación el centenario del padre de pueblos, el Gobierno de Venezuela la destina.

¡Es brava estatua, de nueve pies de alto! Lleva traje de militar en ciudad; colgándole al cinto espada de gala; en una mano, que extiende en ademán modesto, la cuenta de sus hazañas; y puesta la otra mano en la espada que las alcanzó y mantuvo. Allí está el héroe en reposo, como en

vida estuvo en el instante en que el escultor lo representa. En el patio del convento de San Francisco, que es ahora Universidad—por cuanto es bueno que se truequen en universidades los conventos,—va á ser erigida, en pedestal sencillo, la estatua de Cova; y Cova representa á su héroe, como cuando el día 2 de enero, ante su pueblo jubiloso y radiante, que creía ver en él astro humanado, narró, con su palabra grandiosa, sus victorias, en aquel mismo patio glorioso de San Francisco. ¡Hay de esos días, en que el Sol baja á la Tierra!

Ese es el Bolívar que el gallardo Cova eligió para su estatua: no el que abatió huestes, sino el que no se envaneció por haberlas abatido; no el dictador omnímodo, sino el triunfador sumiso á la voluntad del pueblo que surgió libre, como un águila de un monte de oro, del pomo de su espada; no el que vence, avasalla, avanza, perdona, fulmina, rinde; sino el que, vestido de ropas de gala, en una hora dichosa de tregua, el alma inundada de amores grandiosos y los oídos de vítores amantes, fué á devolver, sin descalzarse—porque aun había míseros—las botas de montar, la autoridad ilimitada que le había concedido la República. En torno suyo aparecieron aquella vez las muchedumbres como deslumbradas, y los hombres ilustres noblemente postrados. De pie ante su pueblo; acariciando la espada fecunda; en la mano la memoria de su gobierno; en la faz la ventura que da el sentirse amado y la tristeza que inspira el miedo de llegar á no serlo, dió cuenta espontánea Bolívar de su dictadura á la Asamblea popular, nacida, como la América nueva, de su mente. Nada fatigó tanto á Bolívar, ni lo entristeció tanto, como su empeño férvido, en sus tiempos burlado, de despertar á todo su decoro los pueblos de la América naciente; sólo les tomó las riendas de la mano cuando le pareció

que las dejaban caer á tierra. Ya, para aquel 2 de enero, dormía sobre almohadas de plumas que no vuelan el humilde comandante de Barranca. De un golpe de su mano había surgido ya Nueva Granada, y Venezuela de otro. Por sobre Correa enemigo, por sobre Castillo envidioso, por sobre Briceño rebelde, por sobre Monteverde confuso, entra en Cúcuta, abraza en Niquitao al glorioso Ribas, enfrena al adversario en los Taguanes, llora á Girardot en Bálbula, mueve el brazo vencedor de d'Elhuyar en las trincheras, de Elías en Calabozo, de Villapol en Araure, y baja un momento á contar á la madre Caracas sus victorias, mientras piafa á la puerta, penetrado del maravilloso espíritu de su jinete, el caballo que ha de llevarlo al Ecuador, al Perú, á Chile, á Bolivia!

Y así habló, en el instante de reposo que Cova con su solemne estatua conmemora; habló como quien de tanto venía, y á tanto iba; habló, no como quien se ciñe corona, sino como quien las forja y regala y no quiere para su frente más que la de luz que le dió Naturaleza. No hablaba Bolívar á grandes períodos, sino á sacudidas. De un vuelo de frase, inmortalizaba á un hombre; de un tajo de su palabra, hendía á un déspota. No parecían sus discursos collares de rosas, sino haces de ráfagas. Cuando dice ¡libertad!, no se ve disfraz de hambres políticas, ni trama encantada que deslumbra turbas, sino tajante que hunde yugos, y sol que nace.

La cabeza de bronce de Cova parece que encaja aún sobre los hombros del que la llevó viva. ¡Oh, cabeza armoniosa! La frente, noblemente inflamada, se alza en cúpula; al peso de los pensamientos se ha plegado; al fuego de aquella alma se ha encogido; súrcanla hondas arrugas. En arco se alzan las cejas, como cobijando mundos. Tiene fijos los ojos, más que en los hombres que lo oyen, en lo inmenso, de que vivió siempre ena-

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

morado. Las mejillas enjutas echan fuera el labio inferior, blando y grueso, como de amigo de amores, y el superior, contraído, como de hombre perpetuamente triste. La grandeza, luz para los que la contemplan, es horno encendido para quien la lleva, de cuyo fuego muere.

El rostro de bronce, como el de Bolívar aquel día, está bañado de expresión afable; sentirse amado fortalece y endulza. La estatua entera, noblemente compuesta, descansa con la modesta arrogancia de un triunfador conmovido sobre su pedestal desnudo de ornamentos; quien lo es de un continente, no los necesita.

Tiene este bronce tamaños monumentales, pero ni la seductora cabeza perdió con ellos gracia, ni corrección ni proporción el cuerpo. Si algo difícil tiene la escultura, es una estatua en reposo; apenas hay poetas, ya hagan versos en piedra, en lienzo ó en lenguaje, que acierten á expresar la perfecta belleza de la calma, que parece divina y negada al corazón atormentado, á la mente ofuscada y á las manos nerviosas de los hombres.

El alto cuerpo, vestido de gala marcial, se yergue sin embarazo ni dureza; el brazo derecho, que, por el uniforme de aquellos años épicos, parece enjuto, se tiende hacia el Senado, atento, que llenaba el día 2 de enero el patio de San Francisco; el izquierdo cae, como para sacar fuerzas del descanso, sobre el sable de fiesta; medalla de honor le cuelga al pecho; las piernas, siempre desgarbadas é innobles, no lo son esta vez, y las rematan, muy bien plegadas, botas de batallar; la mano que empuña el sable invita á acariciarla y á saludar al escultor; la que empuña el papel enrollado acaba airosamente, y con riqueza de detalles, el brazo derecho. El cuello encaja bien entre los duros entorchados. De lado ofrece el bronce buen tipo de hermosura marcial. De espalda, oportuno pilar sobre el que cae la capa de

combate en gruesos pliegues, oculta la que, con la casaca y ajustado pantalón que eran de uso en el alba del siglo, hubiera podido parecer menguada porción del cuerpo de tal héroe. El dorso se encorva gallarda y firmemente.

Y la cabeza, armoniosísima, sonríe.

Tal es la estatua hermosa que en cuatro meses de obra, apenado é inquieto, sin dar sueño á los ojos, ni sacar de la masa las manos, ha trabajado sin ayuda, en un cuarto de tres varas en cuadro, Rafael de la Cova, genioso escultor venezolano, devorado de una sed que mata, pero que lleva á la gloria: la sed de lo grande.

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

EL CENTENARIO DE BOLIVAR EN NUEVA YORK

La América.—New York, agosto de 1883.

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

EL CENTENARIO DE BOLIVAR EN NUEVA YORK

Así como hacendosa dueña de casa interrumpe con gusto sus labores cuando recibe visita de su padre, así *La América*, exclusivamente consagrada á avivar el amor á la agricultura, promover las facilidades del comercio y estimular la fabricación, deja un momento en reposo sus usuales asuntos para tomar nota breve de la fiesta con que los hispanoamericanos de Nueva York celebraron, con elevación de pensamiento y majestad de forma dignas de él, el centenario de Bolívar. Artes é industria deben bajar á tierra sus aperos, como los soldados las armas, al paso del caudillo singular y magnánimo que aseguró al comercio del mundo y á la posesión fructífera de los hombres libres el suelo en que florecen.

Ni reseña es ésta que hacemos, por no permitírnosla extensa el espacio que nos falta, ni la naturaleza de *La América*, á la cual sus columnas vienen siempre cortas para las novedades de su ramo, de que quiere tener impuestos á sus lectores.

Nunca con más gozo se reunieron tantos hombres entusiastas y distinguidos. No fueron, como otras veces á menores fiestas, llegando lentamente los invitados perezosos; sino que, á la hora del convite, ya estaban llenos los salones de gala de Delmónico, como si á los concurrentes empujase espíritu enardecido y satisfecho, de representantes de nuestras Repúblicas, de hombres de nota de Nueva York, de entusiastas jóvenes, de

escritores y poetas de valía; notábase que en la fiesta nadie andaba solo, ni triste, ni encogido; parecía que se juntaban todos á la sombra de una bandera de paz, ó que una inmensa ala amorosa, tendida allá en el cielo de la espalda que sustenta un mundo, cobijabá á los hombres alegres. Por los salones, llenos de flores, palmas y banderas, andaban en grupos, hermanando de súbito, hombres de opuestos climas, ya unidos por la fama. Peón Contreras, de México, de cuyo cerebro saltan dramas como saltan chispas de la hoja de una espada en el combate, iba de brazo de Juan Antonio Pérez Bonalde, levantado y animoso, al encuentro de Miguel Tejera, poeta de vuelo, estudiador leal y feliz decidor de nuestra historia, y hecho á exámenes de límites y ciencias graves. El caballero Carranza, que con sus talentos sirve y con su encendido corazón patriótico ama á su próspera patria, la impetuosa Buenos Aires, cruzaba manos con Don Adolfo de Zúñiga, distinguido hondureño, que habla y escribe de manera que parece que le esmalta la pluma y le calienta el pecho el más brillante sol americano. Por todas partes andaba, justísimamente celebrado por el noble pensamiento con que inició la fiesta, y la discreción, energía y fortuna con que le dió remate, el señor Lino de Pombo, el cónsul de Colombia, que es digno de su patria y de su nombre. Ver al arrogante ministro Estrázulas, cuya palabra ferviente y alma generosa gana almas, era como ver aquellas majestuosas selvas, invasores ríos, dilatadas campiñas del Uruguay, su altiva patria. Hablábase en todos los grupos del señor Marco A. Soto; mas no con distingos y á retazos, como es uso hablar de gentes de gobierno; sino con cierto orgullo y cariño, como si fuera victoria de todos lo que este joven gobernante alcanza, sobre los años, de quienes no ha necesitado venia para dar prendas de desusado

tacto y juicio sólido; y sobre las dificultades que, como evocadas á la sombra del Gobierno, surgen al paso de los que rigen pueblos no bien habituados aún al manejo de sí propios. Cerca de él recibían celebraciones, por el empeño desusado con que le secundaron, el benévolo y caballeroso señor Tracy, cónsul del Perú; Spíes, entusiasta, del Ecuador; don Jorge A. Philips, cónsul de Venezuela; Obarrio, buen cónsul de Bolivia. No lejos andaban, saludados por todos, un orador y un poeta, hijos afamados de Cuba: Antonio Zambrana, de nombre ilustre, que él aun enaltece; José Joaquín Palma, de lira armoniosísima, cuyos versos parecen, si de dolor, pálidos lirios; si de ternura, frutas de ricas mieles. Es lira orfeica, de la que ya no se oye. Y la de Zambrana, palabra magistral y serenísima, que anda en cumbres.

Bruscamente hemos de rasguear esta reseña. En mesa suntuosa, que llenaba la sala magna de Delmónico, profusamente adornada de banderas, oculta entre las cuales solía entonar las marchas de batalla é himnos de gloria una animada banda, se sentó como un centenar de hombres de América. Alegría es poco; era júbilo; júbilo cordial, expansivo, discreto. Presidía, como quien para presidir nació, Don Juan Navarro, con aquella fácil palabra, tacto exquisito y cultos modos que dan fama á los hombres de México. Y llegada la hora de los brindis, que otros diarios más venturosos que *La América* reseñan, adivinábase ¡qué más pudiera decirse, ni es necesario decir! que del Bravo al Plata no hay más que un solo pueblo. ¡Con qué elegancia y señorial manera contestó, en robustos períodos, el poeta Bonalde, fraternalmente amado por los hispanoamericanos de New York, al brindis de Bolívar! ¡Con qué fervor, como de hijos que ven bien honrado al padre, aplaudían los comensales al cónsul Egleson, á quien la alta palabra no es extraña, cuando, ha-

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

blando en nombre de la ciudad de New York, como el colector Robertson acababa de hablar por los Estados Unidos apropiadamente, llamó á Washington el Bolívar de la América del Norte! ¡Con qué cariñosa atención fueron oídas las palabras sobrias, elevadas, galanamente dispuestas, con que al brindis por la América española respondió el Presidente Soto! Parecía aquel banquete, de Pombo nacido y por él y los cónsules de todas las repúblicas de Bolívar en breves días realizado, no fiesta de hombres diversos, en varias ocupaciones sociales escogidos y de edades varias, sino de hombres de estado. Regocijaba ver juntos, como mañana á sus pueblos, á tanto hijo de América, que con su cultura, entusiasmo viril y nobles prendas de hombre le adornan. Eso fué la fiesta: anuncio. Eso ha sido en toda la América la fiesta. ¡Oh! de aquí á otros cien años, ya bien prósperos y fuertes nuestros pueblos, y muchos de ellos ya juntos, la fiesta que va á haber llegará al Cielo!

Y otros hablaron luego. De España, trajo saludos á los países hispanoamericanos el señor Suárez Blanes. Por la prensa, leyó oportuno y caluroso brindis el señor José A. García, que dirige *Las Novedades*. De Colombia se oyó una voz simpática de joven: la del señor Zuleta. De México, ¡qué lindo romance escribió sobre la lista del banquete, y leyó entre coros de aplausos, Peón Contreras! Por San Martín y los bravos de los Andes vaciaron todos sus copas, movidos sin esfuerzo por las filiales y fervientes palabras del cónsul Carranza. Por el Brasil, dijo cosas de nota y de peso el caballero Mendonça, culto representante del Imperio. Cuba tuvo allí hijos: brindó Zambrana, en párrafos que parecían estrofas, por el encendramiento y mejora de las instituciones republicanas en América; y como quien engarza una joya en una corona, improvisó admirables décimas José Joaquín Palma. El mismo redactor de *La América*, llamado á responder al brindis "por los pueblos libres", tuvo algunas palabras que decir.

Y por sobre todo, y en todo, un espíritu de amor, una fervorosa cordialidad, una admirable discreción, una tan señalada ausencia de cuanto pudiera haber sido tomado á intereses de bandería, ni á halagos á gobernantes, ni á rebajamientos de súbdito, que de veras dejaron alto el nombre de hijo de tierra de América y pusieron la fiesta muchos codos por encima de los banquetes de usanza vulgar.

No fué de odiadores, ni de viles, sino de hombres confiados en el porvenir, orgullosos del pasado, enérgicos y enteros.

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

DON MIGUEL PEÑA

Revista Venezolana.—Julio 1º de 1881.

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

DON MIGUEL PEÑA

Honrar, honra. Hubo, ha setenta años, sucesos tales en esta ilustre tierra, que sólo en atención á que la polvareda que los ejércitos levantan en su marcha elévase tan alta cuanto son ellos numerosos, pueden aún los que abrieron la gloriosa vía estar obscurecidos por el polvo del camino. Mas no á los ojos de los que en él andamos. Valencia erige hoy una estatua al doctor Peña; pues hoy paga Valencia lo que debe.

Aquel lidiador audaz que así movía la espada como la pluma, sin que la pluma fuera más extraña á sus manos que la espada; aquel tribuno apuesto que supo, de los paños de la casaca colonial, corta y estrecha, hacer túnica y toga; aquel héroe colérico, sentidor de lo grande, amador de lo propio, mirado siempre como igual y como enemigo terrible por los héroes; aquel que con su amor ayudó á fundar pueblos, y con su rencor á volcarlos; aquel en quien la pasión no perdió nunca los estribos del juicio, pero en quien, sobre los estribos del juicio, no dejó nunca erguirse, implacable y ardiente, la pasión; el que rivalizó en pujanza con los grandes, y venció en astucia á los pequeños; el que, por una vez que sacó provecho desusado de las arcas públicas, trabajó siempre con fogoso empeño en defensa y provecho de la patria; el que llevaba á los senados, inquietos y encendidos, en aquellos tiempos de hervor y de batalla, un bravo corazón americano y el arma con que había de defenderlos,

merece presidir, en aposento de bronce, los destinos de la ciudad que él supo hacer tumba de realistas, fortaleza de derechos y cuna de republicanos.

Era Peña hombre entero y erguido, ni medrado ni rico de cuerpo, importante de suyo y gallardo, con esa gallardía que viene de la alteza del espíritu, y da singular realce á lo vulgar, y disimula ó trueca en bello lo mezquino.

Era de cara enjuta, aunque maciza; de ojos claros y vivos, llenos de empuje y de poder de examen; de boca fina, como de hombre agudo; de frente alzada en cúpula, cual frente de letrado, azotada á menudo por un guedejo de cabellos lacios, signo seguro de hombre indómito. Limpio de barba llevaba el rostro; ceñía á su talle grave casaca de elevado cuello, de entre cuyas solapas anchurosas rebosaba, sobre el chaleco de enhiestos costados, la rizada pechera, aquí y allí prendida con perlas lujosas.

Bullía en las aulas, en la primera década del siglo, señalado por su palabra risueña y flagelante, y expedientes fáciles, y ciencia de Ordenanzas y Novísimas, el que había de fatigar caballos, defender murallas, vestir disfraces, conmover congresos, apasionar ciudades, desatar y enfrenar iras y presidir á hombres ilustres. Gastados, más que por los propios pesares, por los ajenos; hijos de casas donde, con los vaivenes de los tiempos, son huéspedes de turno el fausto y la penuria, y ora se bebe en copa de Bohemia, ora no hay licor de que llenar la copa; nacidos en el lomo de un corcel frenético; mecidos, más que en cuna, en olas de la mar, son los hombres ahora á los veinticinco años, gigantillos cansados, jefes tal vez de familia numerosa, pálidos de alma y pálidos de cuerpo. Mas por entonces causó asombro que á los veintiséis de sus años agitados

fuera Peña, con merma de sus fuerzas, por lo excesivo del trabajo, abogado relator de la Excelentísima Audiencia Española.

¡Tal freno era preciso, duro freno de leyes, á un hombre en quien la misteriosa Naturaleza parecía haber dado carne al odio sagrado y la cólera batalladora de América ofendida! Pasiones numerosas le agitaron, y, más que de perdón, supo de ira; pero no hubo entre ellas alguna que moviese su voluntad á más hazañas, ni su elocuencia á más esfuerzos, que la independencia de su América. Su mano buscaba instintivamente el bridón y las armas cuando, ya echado al señor, se le hablaba de reesclavitud. Anhelo de milicia le posee; y, como en carta suya á Flemming, su pluma, que se divierte en los primeros trozos en discurrir, cual venadillo suelto, por entre los razonamientos de sus domésticos enemigos, truécase de súbito, no bien sabe que se trata de invasión probable, en lanza trémula, inquieta en el estribo; cuya asta azota impaciente el banderín de guerra.

Era su modo de hablar, como su modo de escribibr, igual en lo alto. Las frases que decía, como los renglones que con mano firme trazaba, eran rectas y netas; sus letras, como sus pensamientos, aceradas, y como su imaginación, rematadas por rasgos airosos de amplio vuelo. Corría su palabra sin esfuerzo y sin movimientos convulsivos, ni desigualdad ni arrebato, ni fulgor boliviano, aquí segando y allí tajando, como de quien no quiere ver lo que taja ni siega. Nunca fué locuaz; por lo que, fué siempre elocuente. Ni rehuía combate, ni gustaba de provocarlo. Ni dejó nunca de adivinar el pensamiento de los otros, ni fué nunca posible adivinar enteramente el suyo. Vestidos de cristal estaban los demás para él; y él, para ellos, de sombra. Hecho al ruido de las armas, no le movía á

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

miedo el de los parlamentos; y habituado á oir fieras, parecíanle pequeñas las pasiones. Serenamente hablaba, sin cuidar de ser galano ni correcto. No esquivaba, antes buscaba un chiste oportuno, y con la gracia de la aplicación redimía la vulgaridad del chiste. A sucesos grandes reservaba las palabras grandes; y era fuerte, porque en su odio y en su amor era constante y sincero.

Cuando ya ni el anhelo de desconcertar á sus contrarios le movía, sino el riesgo de la independencia de la patria ó de la propia honra, henchíase su natural caudal, como río que recibiese inesperadamente aguas de montes, y con el sonar y atropellar de los torrentes caía sobre los absortos enemigos; aunque en lo tonante, no era abundoso. Saltábanle al encuentro imágenes gráficas y osadas, y aquellas palabras precisas y nervudas que hallaban tan fácilmente nuestros padres, hechos á batir á Encélado y á templar hierro en la fragua de Vulcano. Su discurso, á las veces, flamea: "Lo que debemos hacer es tocar á punto la reunión!" "Si vienen, suspenderemos nuestra contienda hasta que los hayamos acabado de enterrar, y sobre sus despojos cantaremos himnos á la patria, y con su sangre escribiremos nuestros derechos á la independencia, y continuaremos después la obra de la libertad!" Era su discurso como invisible constrictor que atraía, con hábiles artes, á sus víctimas, á su dominio peligroso; y oíase á poco el crujir de los contrarios argumentos, deshuesados y estrujados por la boa. Venía en lo común, sobre sus contrarios, como la ola de pacífico mar sobre la playa: se extendía con manso ruido y se hacía señora de la arena. Su réplica vivaz igualaba á su dialéctica contundente. La historia de otros tiempos y el espectáculo de los suyos daban á su estilo aquella singular elevación, que pareciera entre nosotros hipérbole ridícula, y era entonces único, propio y natural lenguaje. Volvió á saberse entonces cómo hablaban los cíclopes.

Con ellos estaba siempre en faena el doctor Peña. Con él nace, y por él muere, Colombia. De él teme Bolívar, que lo acaricia. Él da pensamiento á la lanza de Páez. A Miranda lo acusa. Con Santander combate. A los jefes del llano los convence. Burla á Monteverde. Burla á Boves. Y cuando las almas fuertes, fatigadas de su grandeza excesiva, ó de la ajena pequeñez, desmayan, él, sobre el héroe dormido, alza al abogado. Luego de Cúcuta, Valencia.

Él preside en todas partes, donde Bolívar no preside; en San Diego de Cabruta, donde acerca y confunde, en flamígera masa, las guerrillas del llano oriental; en el Congreso de Cúcuta, donde firma, en 1821, la primer Constitución de la República de Colombia; en la Alta Corte de Bogotá, donde salva, si no la vida de Leonardo Infante, su honor de magistrado; en el Ministerio de Páez, y en su ánimo; en el Congreso famoso de Valencia; en el Senado inquieto de 1831. Con él van siempre su tono personal, su voluntad precisa, su ánima batallante, su facilidad venturosa de ofrecer en sentencias breves ideas graves. A los suyos organiza; á los adversos desbanda. Severo en los primeros años de su vida, cuando la severidad es fácil, truécase en indulgente cuando tiene que serlo consigo propio; que no hay como vivir para aprender á tener compasión de los que viven. Fué tan hábil, que su habilidad mató su grandeza. La habilidad es la cualidad de los pequeños.

Así se sentaba él en la áspera silla del caballo llanero, como en aquellas de cordobán pespunteado de seda de colores, ornamento preciado de las salas en aquellas épocas modestas. ¡Qué activo en todas partes! ¡Qué brioso en la Sociedad

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

Patriótica! ¡Qué buen republicano en los primeros años difíciles de la República! ¡Qué bravo cuando acusa á Miranda! ¡Qué injusto cuando lo prende! ¡Qué útil en los llanos! En Cúcuta, ¡qué asiduo! En Bogotá, ¡qué fiero! ¡Qué pequeño en lo de los dineros de la agricultura! ¡Qué laborioso en su Ministerio! ¡Qué imponente en el Congreso de Valencia! Y en el Senado, ¡cuán discreto!

Hierve la Sociedad Patriótica en encontradas opiniones: Miranda es prudente; Bolívar es grande; Peña es osado; ni á Bolívar ni á Miranda cede. Con pujante discurso echa por tierra pareceres menguados. Desnuda su carácter. Arranca de Bolívar aquel clamor famoso, hijo de siglos que ha de durar siglos, sin que sea parte á su duración y fama justa esa opinión irreverente que, como ave de noche, suele enfriar el aire en torno nuestro, por cuanto es ley moral que las virtudes sean menos estimadas por aquellos que viven en constante contacto con los virtuosos; y, en pueblos, como en ríos, es fuerza, para juzgar del beneficio de las aguas, esperar á que se sequen, al sol del tiempo, los residuos limosos que la corriente deja en su camino. Su lengua, aquella noche, se hizo azote. Peña va á repetir su discurso, tonante como un monte que revienta, al seno del Congreso. Esto es el día 4. El día 5, el Congreso declara independiente á Venezuela, ¡independiente á América! ¡Ah! ¡es que hay sucesos tales, que exigen tanta grandeza en los que han de soportarlos como en los que los realizan!

Asesor de Miranda es ya el conspicuo Peña. De sí arranca, y en Trinidad, donde le envió la colonia á asesorar á un abogado inglés, había fortalecido el instinto del gobierno propio. Opónese con brío á toda exigencia de órdenes sociales. Ve en el sacudimiento un cambio de esencia,

y no de forma. Enamórase de esta palabra hermosa: ciudadano. Las plazas griegas y las juntas francesas lo hubieran reconocido como suyo. Miranda ha enfrenado en Valencia la soberbia realista; en su obra severa, júzgase alcanzado—en la persona de su padre—Peña. Ni ama al compañero, ni teme al jefe, ni quiere distinguir qué es valor, qué es cólera. Acusa á Miranda ante el Congreso. Velo inferior á sí, porque lo ve menos enérgico. Y ¡cuán bello eso de acusar con voz segura á un jefe poderoso que el pueblo ama! Respétalo la Cámara; el pueblo, airado, ruge; vese de su acusación, que no halla curso, lo imprudente, no lo valeroso.

¡Ah! ¿por qué firma Peña la orden de prisión de aquel anciano, de quien tenía el gobierno del puerto de La Guaira, en que lo prendía? ¿Qué es la grandeza, sino el poder de embridar las pasiones, y el deber de ser justo y de prever? Miranda, que en su capitulación con Monteverde desconoció el vigor continental é inextinguible de las fuerzas que estaban en su mano, no cometió más falta que ésta. Era él anciano, y los otros jóvenes; él reservado, y ellos lastimados de su reserva; él desconfiado de su impetuosidad, y de su prudencia ellos; quebraron al fin el freno que de mal grado habían tascado, y creyeron que castigaban á un traidor, allí donde no hacían más que ofender á un grande hombre.

Cierra Casas, el compañero de Peña en el gobierno, el puerto á los emigrados, de orden de Monteverde, á quien acata; queda Miranda preso; huye Peña; ampárale Caracas; surge de nuevo acaudillando bravos, en los valles de Aragua. Él resiste, él dirige, él mantiene. Boves, que algún nombre han de tener las fieras, cerca á Valencia. Mientras la espada tiene punta, esgrímenla los valencianos; rota ya hasta el pomo, cejan. A Peña, su hijo ilustre, acuden. Él se

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

encara al terrible; recábale franquicias; arráncale promesa de respeto á clero y seglares, á gentes de armas y gentes pacíficas; tómales de ello juramento por su vida, honra y Dios. Mas tal como los ríos, que han amontonado con ruido sordo nuevas aguas ante la enérgica represa, sáltanla al cabo y quiébranla, y se echan por el cauce y por los bordes, en crespas ondas roncas, así la ola de sangre pasó sobre la mísera Valencia. Fueron horas frenéticas de bestia.

De casa de la dama valerosa Vicenta Rodríguez de Escorihuela salió, protegido de un disfraz, el defensor del cerco. Acá se finge clérigo, y leñador allá, y allá demente. No olvida lo que ve, ni lo que oye. Vencer es preciso, puesto que le acaban de vencer. El lamento es de ruines cuando está enfrente la obra.

Llega, por fin, al campo de Zaraza, el jefe de los laureados de Rompelínea, el que en Maturín desaloja á Morales, en la Hogaza hiere á Latorre, en Quebrada Honda combate contra Quero, y remata luego á Boves en Urica. ¿Qué importa á Peña que el agua le venga ahora, no ya de la porosa piedra, ornada de frondosa yerbecilla, sino de le rústica tapara? ¿Que sea su lecho el colgante chinchorro, ó el áspero cuero, y troncos de árboles su asiento, y cráneos de caballos? Con su palabra calurosa y la autoridad que en sí llevaba, crea rápidamente y sin auxilio, sobre las menudas rivalidades de caudillos, un Congreso en el llano. Acá monta; allá riñe; seduce á éste; á aquél convence. Él hace de los rivales apretados amigos, y de las guerrillas un ejército. Reune un haz de rayos, y pónelo en las manos de Monagas. Aquella obra está hecha, juntos aquellos miembros de gigantes, creada la República en el bosque. Allí arreciaba la persecución de los realistas; allí puso su esfuerzo encima del peligro.

Sale en busca de Bolívar, y atájanle las fiebres; que suelen mezquinas causas domar á hombres egregios. Se acoge en Trinidad, donde le quieren, y pronto cura. Aun le huelgan las carnes enfermizas, cuando vuelve á Guayana; que en tiempos de peligro, el pesar mayor es estar lejos de él. Su austeridad en los comienzos; su fortaleza en las adversidades; su prontitud en el consejo, le valen, á su vuelta, un puesto en Cúcuta. Hecho á las prácticas republicanas, por lo que admiraba y conocía las de la América del Norte; templado en sus ardores de convencional por sus tres años de relatoría; encendido en amor vehemente por la independencia americana, que sus sufrimientos recientes acrecientan, combate con ligereza y sin fatiga, maravilla por la oportunidad de sus recursos, la madurez de sus juicios, la robustez y desenvoltura de su palabra. El Congreso le lleva á su presidencia, y desde ella anuncia á la Tierra habitada que Colombia ha nacido. ¡Ah, padre ingrato!

Envíale el Congreso á la ciudad histórica, donde á los cuatro vientos, retando á duelo singular á hombres y dioses, regó el polvo que le cupo en el puño el altivo Jiménez de Quesada. De leyes sabe mucho, y lleva un cargo de leyes. Hay Alta Corte, que por ser alta es suya. Que la preside, dicho se está con verlo en ella. ¡Qué hervir el de su casa, en Bogotá! ¡Qué apretarse contra los dueños naturales de la Tierra, y qué mirarse en ella como perseguidos y expatriados! ¡Cuán poco puede el genio generoso contra la obra de la discordia de los hombres! ¡Todavía se alzan entre pueblo y pueblo aquellos muros que los españoles astutos levantaron! Sí hubo falta en Bolívar: la de medir el corazón de todos los hombres por el suyo. Sí hubo iniquidad en los conquistadores: la de amontonar obstáculos gigantes, de vientre de sangre, á la existencia de sus

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

hijos. De ladridos de gozques fué aturdido, y de mordeduras de gozques muerto, el formidable americano. Murió de amor de padre: de ver morir á su hija.

Agitábanse en casa de Peña todos aquellos rencores que la colonia había animado y los que de la guerra y del Congreso de Cúcuta habían nacido, con la elección de Bogotá para capital y el nombramiento de Santander para vicepresidente. Tales eran los muros, que no pudo fundirlos aquel fecundo sol de gloria. Arrebato de amor había sido el levantado pensamiento colombiano; lo que alcanzó el prestigio del héroe, lo destruyeron las vanidades é intereses de los hombres. ¡Oh! ¡qué dolor ver claramente en las entrañas de los siglos futuros, y vivir enclavado en su siglo! Por entonces, ni los venezolanos gustaban de ser mandados por los granadinos, ni éstos de ver á aquéllos en su casa; ni importaba al Vicepresidente de Colombia tanto ser teniente en un pueblo dilatado, como capitán en pueblo propio. De Caracas se quejaba Santander, y de Peña; y Peña, de Bogotá y de Santander. De la primacía de los bogotanos sufrían los de Venezuela, y los de Bogotá de la mayor gloria, inquietos talentos é incómoda presencia de los venezolanos. Ni al Vicepresidente gustaban la importancia y destreza del Presidente de la Alta Corte, ni á éste verse relegado á aquella condición obscura é ingloriosa, donde su férvida palabra—que es la palabra águila que no consiente tener plegadas las alas largo tiempo—pugnaba en vano por alzar el vuelo de aquel cerco menguado de procesos. El batallador quería batalla; húbola, al fin, siniestra.

Tenía monarca venezolano el barrio de San Victorino. Gastaba lujosísimo uniforme, sombrero de gala y sable sonador; y era lo cierto que no había bravo sin miedo, ni zagala en calma, desde que estaba en Bogotá Leonardo Infante. Como á tierra conquistada miraba él, más apuesto de cuerpo que rico de cultura, el barrio en que vivía; y como á dolorosa humillación tenían la presencia del arrogante negro en la ciudad los bogotanos.

No se veían en la ciudad sus increíbles hazañas, sino sus desordenados apetitos. Burlaba á uno, ponía espanto al otro, reía de todos, codiciaba á casadas, pagaba á celestinas y vivía en poblado con aquel desembarazo primitivo, brusco donaire y altivez salvaje del llanero. Tamaño heroico tenía el negro bizarro, y era de los que hizo Naturaleza para dar cima á cosas grandes.

De un caso de conflicto andaban en busca aquellas iras mal sujetas, de que eran muy principales teatros la casa de Santander y la de Peña; Ossio, Pérez y Arvelo eran tenientes de éste; de Santander, Azuero y Soto. Colmo hallaron las iras por Infante. Muere un Perdomo; dícese, sin razón suficiente, que Infante lo había muerto. Los rencores bullentes se desatan; "¡San Victorino libre!" claman los pasquines que los barrianos fijan en las calles; alégranse los bogotanos de tener por reo á aquel héroe importuno; prepáranse los de Venezuela á su defensa. De un lado se decide la mala ventura de la víctima, y del otro ampararlo de ella bravamente.

No fué, por cierto, entonces cuando el doctor Peña cambió por otro más flexible y sombrío el carácter austero y poderoso de los primeros años de su vida.

A cóleras populares, y á más temibles cóleras, hizo frente. Las manos trémulas del apasionado defensor no alteraron los pliegues majestuosos de la toga viril del magistrado. Salvando urgentes trámites con extraña premura, sentencian á Infante dos jueces á muerte, uno á presidio; libres le quieren dos restantes. Llámase un con-

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

juez, que vota á muerte. Pues entre tres votos á vida y tres á muerte, no hay sentencia de muerte. "¡No firmo esa sentencia!" A que firme le conmina el Vicepresidente. Que no puede conminarle arguye Peña. El Congreso le acusa ante el Senado; ¡arrogantísima pieza de oratoria, su defensa! Las indómitas iras que azotaban el pecho del lastimado venezolano no salieron á su rostro, ni á su lenguaje, sino con una amarga frase, preñada de dolor y de amenaza: "Yo abrigo la esperanza de ser el último colombiano juzgado por tribunales tan parciales!" Es una pieza esbelta y sólida, de oratoria de buena ley ricamente engranada, donde la ciencia llega al lujo, la disposición á la amenidad y el desprendimiento á la grandeza. ¡Con qué respeto debió oírsela, y qué respetuosa es toda ella! ¡Cómo ponía su orgullo herido por debajo del interés que la vida de Infante le inspiraba! Sus frases, como aquellos dardos celtas, partían, robustas y aceradas, á clavarse en el trémulo escudo, que se doblaba á su gran peso.

"Inútil sería que un magistrado conociera la verdad y amase la justicia, si no tuviera la firmeza necesaria para defender la verdad que conoce y combatir y sufrir por la justicia que ama." Decíase que el doctor Soto, encarnizado enemigo de Infante, deseaba la toga de Peña.

"No he traído la toga para dejarla en este salón sagrado, y que la levante el que la pretenda ó la haya pretendido, porque no fuese este acto mío tachado de soberbia."

Que la voz pública acusaba á Infante: "¡La voz pública, esa estatua risueña que con voz sonora habla á cada uno el lenguaje que le agrada!" ¿Será crimen ese vigor con que defiende á un hombre infortunado? "¡Mi crimen es mi gloria!" Óyesele esta sentencia admirable: "El pueblo, dice, amigo de novedades, prevíene el celo de la justicia y anticipa las decisiones de los jueces." "¡Condenadme!" acaba; "no hay poder humano sobre la Tierra que pueda hacer desgraciado á un hombre de bien!"

Argúyele el fiscal, á quien burla fieramente. Defiéndele con fraternal calor, "porque así lo haría ante un tirano", el severo Mosquera. Rebollo quiere que su desobediencia se le excuse. No lo quiere Hoyos. Con frío empeño y extemporánea destreza atácale Soto. Y Gómez. "Es modelo de buenos magistrados", prorrumpe Arosemena. "Ha retardado el golpe de la justicia sobre un criminal que ha ensangrentado en las venas de un hombre indefenso la espada que la República le había dado para defender sus leyes!" clama con fogoso ímpetu Narváez. Con grave continente y corteses frases levántase á acusarle Méndez. Malo añade á la acusación dilatada plática. "Su desobediencia al Tribunal Superior que declaró que había sentencia, es falta leve", dice el Vicepresidente del Senado. Se oye entonces á Briceño: "Por error ó capricho procede, mas no debe afligirse á hombre tan digno y á patriota tan constante con la máxima pena". "Cierto", refuerza Márquez. "¡Máxima la merece!" clama, airado, Larrea. "Harto nos ha costado la República, para que miremos como falta leve un hecho que tiende á subvertirla." Con desenvuelto modo, presidencial estilo y común frase, alístase entre los acusadores don Luis Andrés Baralt, que presidía. "¿Es culpable de una conducta manifiestamente contraria al bien de la República?" "¡No!" claman, de entre veinticinco senadores, veintitrés. "Pero es culpable de una conducta manifiestamente contraria á los deberes de su empleo", declaran veintiún votos. Retacéanle la pena, como si no hallaran manera de imponérsela; y luego de diversas votaciones, viene á quedar en un año de

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

suspensión de su empleo, y en que de su sueldo se pague á su suplente.

Suplica Peña de la sentencia ante el Senado, y es aquel documento vigoroso, más que súplica, defensa previa de actos posteriores. Como su resolución está tomada, su tono es tranquilo; desdeñoso, no airado; amenazador, con amenaza sorda. No es bueno despertar á los colosos, ni moverlos imprudentemente á ira. "¡A los grandes vencidos", dice, seguro de su alteza, "se les mata ó se les perdona!" "¿Qué fuera si así juzgárais á Santander, ó á Bolívar? Sería más digno de su grandeza caer y morir, que someterse á las observaciones (que un ministro haría á un alcalde." "¡Un año me imponéis de suspensión; cumpliré vuestro decreto, senadores, aun más allá del tiempo señalado!" Como que quiere hallar un freno para su rencor, y se denuncia: "Ved que esta sentencia vuestra puede ser origen de facciones que lleguen algún día á turbar la paz pública". Lastímale que como pena le hayan impuesto la de privación de unos dineros: "Por fortuna me habéis impuesto una pena pecuniaria, en lo que he sido bastante disipado". Quiere dejar en Bogotá más de lo que de ella ha recibido: "Muchos saben que en cada año de permanencia en esta ciudad he gastado más de un doble de lo que valen mis sueldos." "Reconoced que no podéis juzgarme, por mi bien y por el de la República!"

Y murió Infante diciendo cosas épicas á los senadores que lo condenaban y al pueblo que le oía; con lo que quedaron manchadas de sangre las cruces del libertador de Venezuela, y de Boyacá, que le colgaban del pecho; y rota la lanza que abrió paso por la tropa enemiga en Pantano de Vargas; y Peña, airado; sepultada la prudencia; empañada la justicia y traspasado de nueva y honda herida el pecho de la pálida Colombia.

Peña vuelve á Valencia. Reconocido de antemano, por pláticas y cartas y por su bravura en lo de Infante, como vehemente adversario de Colombia, y penetrado de la necesidad política de dar con ella en tierra, y en Venezuela con un gobierno independiente, no bien llega á Valencia, que seguía sus pasos con amor, y en él tenía confianza y orgullo, encabeza las no disimuladas cóleras que, sobre los celos de Bogotá y su dependencia de ella, encendían entre los venezolanos las disposiciones de Santander y sus amigos. Y aquí se confundieron de tal modo el hervor del rencor público y el del personal de Peña, que fuera injusto decir que movió exclusivamente su resentimiento á aquellas rebeldías, y fuera nimio desconocer que sin él no hubieran sido tan rápidas ni pujantes.

Aquel público hablar; aquel caliente escribir; aquel humilde depender de un pueblo siempre tenido por menor; aquel haber de moverse conforme á la ajena voluntad y no á la propia, y aquel recibir leyes donde se las había dictado de continuo, puesto todo á bullir por el agravio potente de Miguel Peña, y su vivísimo amor al solar patrio, no habían menester de tanto para alzarse en rebelión, como de aquellas justicias excesivas, que más parecieron voluntarias provocaciones, de la Cámara bogotana, con las que fueron Páez acusado de mal cumplidor de leyes, Carabaño y Pedro Díaz multados en mucho y notados feamente Tovar y Mariño. De Páez fueron entonces los actos visibles; pero los invisibles y determinantes fueron de Peña. Ni halla, ni quiere hallar manera de suspender el cumplimiento de la orden que separa á Páez del mando. Por él se alza Valencia, y con Valencia Venezuela. Él flagela, con su pluma temida, á su rival y enemigo Santander. De éste se sacude. A Bolívar se ofrece. No es, no, contra aquel hombre, "en quien él,

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

más que en su patria, ve su patria", contra quien alza armas, sino contra aquellas "leyes de circunstancias" de Cúcuta nacidas, y el que á su juicio las violenta y hace menos amables. Cuanto se escribe es suyo; cuanto se mueve, por él se mueve; él estuvo de pie de abril á diciembre de aquel año. De diversos factores se compuso aquella que, por quedar en poco, fué llamada la Cosiata; mas fué de él el arte de agruparlos y hacerlos producir. Sin lo de Infante, lo habría hecho; mas lo precipitó por lo de Infante.

Y por aquel desdichadísimo negocio, que le valió nueva sentencia del Senado, que consistió en tomar de la Tesorería de Cartagena $200,000 en onzas de oro, que á Venezuela tocaban en el repartimiento del empréstito agrícola de entonces, contada cada onza por $16.00, y entregar $200,000 en la Tesorería de Caracas como si cada onza valiese $18.00. Hallan los hombres excusa á los actos censurables en la frecuencia con que éstos acontecen y en la impunidad en que queda el delito; de tal modo, que llega á causar asombro que se llame al crimen, crimen, por el hábito de verlo cometido. Créase una especie de honradez relativa, que no satisface á los espíritus viriles, pero atenúa y excusa la falta que durante su reinado se comete. Ni vale que no parezca delito legal el que es delito moral; que, si á la justicia ajena escapamos, no á la propia. Por esto, desde entonces—y por el necesario alejamiento en que su carácter, temido de Bolívar, y sus enérgicas gestiones en daño de las ideas más caras de éste, le tenían de aquella excelsa criatura roída por el diente interior de su grandeza y por el agudo de los hombres,—no vuelven ya á notarse en obras ni en palabras, en el doctor Peña, aquella altivez sana y áspera fiereza con que dejó asombro en el Senado bogotano, para sacarlas luego mal heridas de la Tesorería de Cartagena.

Contra la voluntad de sus secuaces alarmados

y de sus émulos envidiosos, vuelve Bolívar á Venezuela alzada, poniendo silencio, con la extensión de su grandeza, á cuantas palabras intenten celebrársela, á pedir cuenta á la rebelde hija de aquel sacudimiento y devaneo. Él, más fuerte que todos, fué más fuerte que las ansias de Páez y las iras de Peña. Ve en este carácter bravío ambición defraudada, rencor que no ceja; mas gozaba su fúlgida mente, en la elevada del valenciano, desusado prestigio; y, aunque acusado Peña de émulos, y no reñido tal vez completamente—cuidando más de ser cauto político que irreprochable amigo—con sus malogrados propósitos, ni con el glorioso llanero que lo aseguraba, no parece que perdiera, á pesar de su prisión transitoria en Barquisimeto, la confianza de Bolívar, ni que él se la negara, pues sobre confesar en carta suya que tenía del Padre de Colombia misión, y la cumplía, es el tono de sus cartas á él de servidor humildísimo y apasionado; y por venirle de Bolívar, que quería gallardamente redimirlo del cargo de las onzas, acata el nombramiento que le envía á la apartada Ocaña, como miembro de aquella Convención precipitada para acallar las impaciencias de los venezolanos y dar nueva y más sólida base á la unión de las secciones descontentas de la gran República. Ni Peña sabía olvidar, ni Santander. En vano con marcado esfuerzo, que llegó hasta invocar, en excusa de la falta de su diputado, faltas iguales y mayores de otros que ya tenían asiento en los estalos de Ocaña, escribió sus llameantes frases el Libertador, en la admisión de Peña muy viva y principalmente interesado. Con todas sus artes se revuelve Santander contra su temidísimo adversario, y lo echan—rechazado de la Convención, porque no debe entrar en ella hombre acusado de comercio impuro con los dineros nacionales,—á llorar, con impotentes iras, su inespe-

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

rada y pública vergüenza, al puerto nacional de Ocaña, donde inútilmente espera que el crédito del Libertador le vuelva al suyo, y donde, abrumado al fin, piensa en esquivar el rostro ruboroso de la patria, que lo ve humillado.

Fortalece en Cartagena ánima y cuerpo, y vuelve de nuevo los ojos, que un instante tuvo fijos en Bolívar y en Ocaña, al ensayo del año 1826, y á Páez. No dice á Bolívar, á quien en agosto felicita por el término súbito de la Gran Convención, y asegura que por él y sus hazañas de paz, más difíciles que las de las guerras, vuelven á abrazarse venezolanos y granadinos, como en julio, con la primera pluma que en tierra de Venezuela hubo en sus manos, escribió á Páez, en carta batalladora, que de grandes cambios era la época, por la que todos suspiraban, y de Páez la fuerza de mover aquella revolución unánime é indispensable que tenía consigo á los hombres que pensaban y á los que batallaban.

Ya, con la rara fuerza de acometimiento que debía á la Naturaleza, á todo acude y prepáralo todo para la cercana resistencia; porque él tenía las capacidades de ir poniendo en orden los elementos mismos que airaba y encrespaba, la cual es dote grandísima en tiempos de revoluciones; ya, con fulmíneo arranque, pide á Bolívar que extermine á los malvados que á su vida atentan; ya, como para impedir á Bolívar que mancille su gloria, ó para obligar á Páez á que se la respete, ó para volver á ser él grande, halla en aquel suceso memorable y en aquel amor de compañero que á tanto hermoso guía, y su ardiente sentimiento americano, el alto tono histórico que realza el manifiesto que suscribe Páez en 7 de febrero, en encomio de las glorias del Libertador, que enumera y agrupa; ¡manifiesto que brilla y que batalla! No quería él, como tantos otros, celosos de glorias ajenas, ó atormentados de no poseer el valor necesario para lograrlas, fundar, con exclusión de su sublime hijo, la independencia de la patria.

Estremece y conmueve aquella página vibrante en que, por entre las pasiones de vulgar orden que empujaban la mente del diestro valenciano, asoma aquel elemento grandioso que le dió brío en la Sociedad Patriótica, y que se fué en mala hora mermando, con la común merma de los hombres y los tiempos. Que los que se conservaron á su natural altura, como los hombres no perdonan nunca á los que les son reconocidamente superiores, perecieron. Ni en Temístocles, ni en Pisisotrato, ni en César, ni en el astuto Napoleón, ni en el honrado Washington, halla alguno á Bolívar semejante. En su paseo por la Historia, ha recogido los elementos útiles. Con su ojo penetrante reduce lo grandioso pasado á sus proporciones naturales; y como con igual seguridad ve lo que fué que lo que va siendo, compárales sin miedo, y unge grande al más grande. ¡Qué modo de decir aquél para acabar un admirable párrafo: "Ha tenido que lidiar con los cielos y con la Tierra; con los hombres y con las fieras; lo diré de una vez: con españoles y con anarquistas!"

Poblábanse por entonces los círculos políticos, grandemente animados á la separación de Venezuela, de los recién venidos á la vida pública ó de los que no habían ganado en ella gran prestigio, los cuales andaban temerosos de la importancia de los que habían sobre sus hombros alzado la patria. Érales fácil achacar á deslealtad el natural vaivén de los ilustres de Colombia, que, como Peña á veces, entreveían, enardecidos por la palabra fervorosa de Bolívar, mejora pública sin sacudimiento y sin artes de guerra. Es más fácil apoderarse de los ánimos moviendo sus pasiones, que enfrenándolas. No á celos parricidas enderezaba el ánimo de Páez nuestro abogado; ni sacó nunca criminal partido de aquellas amarguras del Padre de Colombia, ciego ya de dolor,

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

que, con convulsivos movimientos, quería aún retener entre sus brazos á su rebelde y cara hija. Es fama que antes de la batalla queden los alrededores libres de curiosos; y luego del peligro y del triunfo, aparecen de súbito acrecidos los ejércitos con gran número de combatientes ignorados, que, temerosos de no gozar la fama que de fijo no merecen, la decantan y pregonan con altísimas voces, en tanto que los vencedores verdaderos, contentos de sí mismos, se sientan en los bordes del camino á enjugarse la frente y las heridas

Fué en 1829 de los voceros el triunfo, y de la deslealtad se hizo atributo, y la mayor ingratitud fué el mayor mérito. A defender el nombre de Bolívar guía Peña la mano de Páez, aun en aquellos días de juntas, y actas, y clamores, y desconocimiento tempestuoso de la unión de Colombia, y de su magnánimo jefe; no lo guía á atacarlo. A declarar le lleva que mueve guerra al pensamiento político que en Nueva Granada tiene asiento, no á Nueva Granada; y al tender á sus adversarios despedazada la gloriosa acta de Cúcuta, tiéndele aún en blanco el acta generosa de la paz. Páez, astuto, déjase empujar por los voceros que lo exaltan; mas, bien seguro de la previsión extremada y eficacísimos recursos de aquel hombre incansable, que á su culpa de haber contribuído al desmembramiento de Colombia, reune el mérito alto de haber preparado á Venezuela para su establecimiento, y enfrenado las cóleras primeras de sus hijos, asesórase de Peña. Que Peña, en tanto, por lo que estima su influjo, no cede en el propósito de ejercerlo, y por lo que ama á la patria y al humano derecho, no consiente que el jefe ande sin brida. ¡Leal fué á la libertad el que ya no lo era á Colombia, ni á su magnánimo jefe!

Así, con aquella palabra diestra y lisa, semejante á extendida llanura, cercada de altos montes, de los cuales cayera sobre el llano inesperadamente la hueste enemiga, el batallante Peña—que trueca por la labor desembarazada del Congreso, ya en 1830, la sujeta y obscura de su ministerio,—confunde, con grande honra suya, que ha de tenérsele en cuenta, á los que quieren hurtar á aquella Nueva Granada, que él no ama, un retazo de tierra que de derecho á Nueva Granada pertenece; ¡como si en aquel pecho agitado no debiera extinguirse por completo aquella alma fecunda, en Vulcano templada y hecha á Encélado! Niégase á la ignominia de imponer al Gobierno bogotano la expulsión de Bolívar de tierra de Colombia. Alza fusta crujiente sobre los que pretenden dar carta de ciudad en el nuevo pueblo á los que intentaron manchar con su sangre ilustre el pueblo vecino. Siéntase como presidente, al lado de Picón, que aun vive. Cerca de él bullen, Vargas, que lo auxilia; Yáñez, que observa; Gallegos, que calcula; Ayala, que condena; Ossio, á quien intrigas de gobierno arrebataron el palio arzobispal; Angel Quintero, ávido de adueñarse del ánimo de Páez, y voceador famoso; Manuel Quintero, que había de amparar más tarde el honor de la República; Mariño, arrebatado y desprendido; y Tovar, respetado, y Michelena, íntegro. Y firma luego, como en Cúcuta, la primera Constitución de Colombia, la primera de Venezuela en Valencia. ¡Y también firma, rompiendo así el que venía siendo hermoso título suyo al póstumo respeto—á trueque de un influjo que no vale jamás el decoro á cuya costa se le adquiere comúnmente,—la proscripción de Bolívar de Colombia, y la clausura de sus hogares para sus servidores, aquellos dos decretos que él flageló con su palabra hermosa, y que suscribe ahora con tranquila mano, sacrificando al propio encumbramiento el placer fiero de amar

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

á la desgracia, y respetar á los vencidos! ¡Oh! ¡qué airosa figura, clavando entonces en el papel rebelde la pluma avergonzada; ó en su pecho aquel elegante puñalillo, de cabo y contera de bruñida plata, que fué siempre en aquellos días de lidia y susto, su compañero en el Senado!

Así se va extinguiendo, con su capacidad para la grandeza, aquella vida que comienza en monte y termina en llano.

Para amoldarse á los tiempos tuvo siempre aptitud maravillosa, y era de aquellas raras naturalezas que tenían en igual suma la dote de destruir y la de cimentar. Ya para 1831, él es el Presidente del Senado, que no sabe cómo entenderse con la vecina Nueva Granada; esquiva á Páez, que de él se esquiva; declarada, después de formidable lucha con Angel Quintero, capital á Caracas, acompaña á su jefe hasta las puertas de aquella Valencia que entrañablemente ama; y no va más allá, y Páez lo dice, "porque él es como el gato, que acompaña á su amo hasta la puerta de su casa." Nuevos dueños va á tener Caracas; de Valencia, él es dueño. En su casa, allá en el barrio viejo de la Candelaria, al caer de la tarde, al amor de aquellas copiosas enredaderas que dan sombra á su comedor elegante y afamado, bosquéjanse ternas para puestos públicos, viértense noticias, recíbense inspiraciones, escúchansele cuentos incisivos, detiénense sus oyentes asombrados de la profundidad de su juicio, de la gracia de su frase, de su ciencia de los hombres y de la energía de su infatigable pensamiento. Vese en él cómo el vivir de prisa, y no rehuir los halagos de la vida, ni ordenar sus hábitos, merman presto el cuerpo. Del trabajo, su reposo es el trabajo. De hacer la historia, descansa en leerla. Era de verle en aquellas conventuales noches, cercado de veneradores contertulios, habituados á hallar en él, en casos arduos, remedio á los achaques públicos; sentado en su cuarto de escribir, ante aquella amplia mesa, sobre la cual, en orden riguroso y en imagen fiel de su cerebro vasto, casa extensa de tanta idea precisa, campeaban entre escasos libros, abundantes papeles, y acá un voto, y allá un manifiesto, y allá una carta; y por entre todo, esperando el tajo diestro de su mano firme, un haz de blancas plumas, esponjeadas y como orgullosas de quien había de manejarlas. Era de ver cómo leía, con claridad extrema y con su voz reposada y distinta, encumbramientos y derrumbes de hombres y de pueblos, y mudanzas y lides de naciones, y sucesos enormes y pequeños; en lo que habían placer muy grande sus oyentes, y mayor cuando dejaba el libro de las manos, y fijando en ellos su mirada ahondadora, y sacando de la tumultuosa época en que había vivido, y de la misma en que vivía, enseñanzas y símiles, vestía, con animado comentario, el relato huesoso; ó esclarecía, con deslumbrante crítica, el viejo caso obscuro.

Era dado al fausto, y en su mesa espléndido; y no había en las casas valencianas, ni más muelle sofá de negra cerda, ni sillas más costosas, ni más robusta mesa, de su fanal colgante coronada; ni cuadros más valiosos que aquellos de la independencia norteamericana, que en sus trabajados marcos de oro eran adorno de su hermosa sala.

De sus adversarios muy temido; de los valencianos muy amado; de los amigos de las cosas viejas, visto como un atleta de las nuevas; dotado de áspera entereza en el carácter y de blandura sorprendente en el talento; nacido á dirigir, por ingénita valía, y á gobernar, porque sabía plegarse; grande primero, pequeño algunas veces, hábil, apasionado y elocuente siempre, murió al cabo, en el crepúsculo de aquella guerra fúlgida,

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

que habrá de ser perpetua admiración de los humanos, aquel letrado brioso que se había rebelado contra un trono, dado vida y muerte á una república y cercenado de sus ruinas otra.

BIBLIOTECA GENERAL U.A.N.L.

GUERRA LITERARIA EN COLOMBIA

'EL JOVEN ARTURO," DE R. Mc DOUALL

"LA ESCUELA," DE SANTIAGO PEREZ

La América.—New York, julio de 1884.

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

GUERRA LITERARIA EN COLOMBIA

"El Joven Arturo," de R. Mc Douall.
"La Escuela," de D. Santiago Pérez.

Llegan los libros despacio de Colombia; lo que es de sentir, porque en Colombia se escriben buenos libros. Anda allá la literatura, como la mente nacional, partida en dos bandos; y los unos, con indígena brío, éntranse anhelantes por todo lo moderno y escriben con la vehemencia de la tierra las cosas de la Naturaleza, de la Historia, de su espíritu y de la patria, teniendo por delito y contradicción culpable á la ley de Dios el constreñir, como pie de dama china, en moldes de bronce viejo, el pensamiento; y otros, movidos á veces del miedo saludable y generosa repulsión que los abusos de la libertad inspiran, júntanse á levantar valla al espíritu humano y á la gente humilde, con los que ven con ira el crecimiento del hombre llano que, como que viene de la Naturaleza, tiene mano segura y hombro fuerte, y los saca del goce y poderío que por años sin cuento estuvo en ciertas familias vinculado. Porque oligarquía hubo en nuestros países, y ella fué la que alentó y dirigió nuestra revolución de independencia; pero no para su provecho, sino para el público; y no para tener en cepo y grillos el alma luminosa, sino para imprimir con Mariño los "derechos del hombre". ¡Y ahora está aconteciendo que los hijos de aquellos próceres gloriosos no hallan otra manera de honrarlos más que la de ingerir de nuevo en su patria los ser-

viles respetos y vergonzosas doctrinas que echaron abajo, acompañadas de sus cabezas, sus progenitores! Traiciones tiene la Historia, y parricidios; y ésta, que entre mucha gente menguada de América priva ahora, ésta es una. Prevenirse no está de más, si se quiere salvar el espíritu de América, y se le tiene en algo, y se sabe lo que vale; porque Catilina, lleno de falsos honores y contento de ellos, está á las puertas de Roma. Nombramientos y cortesías de allende están sacando á nuestra gente ilustre de su camino natural y honrado. ¡Bueno es que, como los españoles de España, admiremos la Alhambra, sin traer por eso otra vez los moros!

Siempre campeó, por lo original, inquieta y sincera, la lengua colombiana; y de sus irreverencias y desmoldes precisamente viene aquel sabor de graciosa verdad de la historia de Lucas Fernández de Piedrahita, y aquella sentenciosa travesura y fresco donaire de Rodríguez Fresle, amorosa consunción y abrasante vehemencia de la cuasi divina Madre del Castillo. Con Mutis de Cádiz y Rodríguez de Cuba vinieron á la lengua de Colombia precisión científica y grata cortesanía; y al amor de ellos, que fué sano y sencillo, se juntaron á leer y prepararse á la obra aquellos hermosos evangelistas de 1810, que comenzaron por serlo de la libertad de su patria, pero que no hubieran tenido fuerzas para conseguirla á no haberlo sido de la libertad humana; así se les vió brillar é inspirar amor y respeto dondequiera que fueron. Una nueva grandeza, distinta de la griega y romana, resplandece, como ancho globo de oro, en los discursos y acciones de los Torres y Zeas, Garcías del Río y Pombos; y es lo singular, que, llena su mente y oraciones de las hazañas de los héroes antiguos, establecían sin sentirlo, con las palabras mismas con que los evocaban y loaban, un tipo de gloria desinteresado y nuevo, no limitada, como la de Grecia y Roma, á invadir ó á rechazar al invasor, ni reducida, como la cristiana que vino después, á morir sonriendo entre los dientes de las fieras, roto ya el cuerpo en harapos sangrientos, por el goce y salvación de la propia alma. Fué la de nuestros varones de 1810 una grandeza amplia y sublime, que vino de expresar con toda la pompa y luz de América, y con un desprendimiento que más parecía de la juventud de un continente que de juventud de hombres, las pujantes ideas humanitarias que alzaron en sus alas de bronce encendidas sobre el mundo, como un sol arrebatado á su cautiverio, el siglo de redención en que vivimos, trastornado todo él, y nervioso y convulso, por no poder tardar menos de un siglo el espíritu humano en mudar de casa. No por la soberbia gloria antigua de obedecer á la virtud obraron nuestros grandes varones; ni por el deseo egoísta de caer, temblando de gozo, en los brazos de Dios, como los mártires cristianos; sino por el enérgico y generoso dolor de ver abatido el decoro, estremecido y acorralado el espíritu y sofrenado en su divino y libre vuelo el pensamiento humano. Por su gloria habían trabajado generalmente los héroes; y los nuestros, por la ajena. ¿No fuera gozo ver que tal espíritu animaba siempre los libros y papeles colombianos? Porque es de hijos poner, y no quitar, á la virtud y hacienda que les vinieron de sus padres; y no tienen el derecho de gloriarse con los nombres, actos y vida ilustre de sus antepasados, aquellos descendientes que no los perpetúen en su espíritu y acciones; es alevosía ampararse de su gloria, para ir minando la gigantesca obra que alzaron. Honrar en el nombre lo que en la esencia se abomina y combate, es como apretar en amistad un hombre al pecho y clavarle un puñal en el costado. Los que se oponen al ejercicio de las facultades

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

del hombre no son los hijos de los que dieron su vida por ayudar á libertarlo.

Ha habido ahora en Colombia guerra literaria, á propósito de un cuento en octavas, no todas sueltas y viriles, aunque algunas revelan la saludable tendencia de su autor, el joven caballero Roberto McDouall, á encerrar en forma concisa y trabajada su pensamiento, que, esta vez, ha sido el de denigrar, como de intento, por más que sin razón visible, la educación que las mujeres jóvenes de Colombia reciben en las escuelas normales. Al punto que se lee el cuento, que el autor llama "El Joven Arturo", nótase, por desdicha, que, aun cuando no es de mala ley literaria tratar en zumba aquello cuyo descrédito se procura, no corresponde aquí la delicadeza del lenguaje á la del asunto; ni está sazonado con aquella sal sutil, ó excusado con aquel profundo pensamiento que hacen amable y atractiva á veces la misma bellaquería rabelaisiana. Bocaccio mismo, en fuerza de lo que flagelaba, ¡que era mucha la villanería de la gente de iglesia!; Bocaccio mismo suele sacar á los labios la sonrisa; y en este "Joven Arturo" hay cosas que, y no de entusiasmo, sacan los colores á la cara. Tiene, además, el chiste, su decoro literario, y el buen ingenio desdeña esa barata jocosidad que está en hacer alusiones á cosas deshonestas. Paseaba el autor de este cuento, hace unos diez años, por México, y eran de notar en sus versos, entonces infantiles, un gracioso candor y delicada pureza, que de seguro guarda aún para obras mayores que de este cuento de ahora le rediman.

Bien puede ser que una moza de voluntad y sentido desenvueltos, criada en regalos superiores á su fortuna por una madre tímida y consentidora, case de ligero y eche por malos caminos, aunque haya estado, después de mala crianza, en una escuela normal, y no por haber estado

en ella, sino porque, como se ve, en la carne regalona traía el pecado, y padre no tuvo, y la madre no le supo quemar con enérgica virtud el impuro microbio; de la cual moza, que es verídicamente, sin punto más ó menos, la que pinta el cuento con el nombre de Clara, deduce el cuentista que las jóvenes colombianas que se educan en las escuelas normales salen á desatender sus quehaceres y engañar, como una bribona de Moliere ó una coqueta de Bretón, á sus maridos. ¡Por Dios, por Dios, que éstas son cosas que queman, y no se deben tratar de esa manera sino cuando el mal es tan visible que la indignación ó el noble miedo patrio saquen de quicio y justifiquen el exceso, y cada una de esas terribles afirmaciones vaya cosida á su prueba!

Y bien pudiera ser, lo cual de lejos no se sabe, aunque no lo parece, que faltase en las escuelas normales de Colombia, sobre que en aquellos limpios hogares nunca faltaría, esa educación en la ternura y demás condiciones del espíritu sin la que la inteligencia se trueca con la instrucción en entidad monstruosa y abominable; mas, si así fuera, así hubiera sido dicho, y dejar de decirlo hubiese sido culpa, y decirlo obligación y honor; limítase el cuento á pregonar, con puerilidad que es de esperar sea en el estudioso autor transitoria, que las jóvenes pobres de Colombia corren peligro mayor de caer en vida deshonesta adquiriendo en las escuelas normales de maestras una educación que las pone por encima de sí mismas y les asegura un quehacer honrado y propio de su sexo, que manteniéndose en holganza y tentadora frondosidad carnal, con apetitos y necesidades de existencia y sin más camino que el de entrar á servir de criada ó manceba, cuando no vayan ambos servicios en una misma infeliz aparejados; ¡pues desde lejos decimos

nosotros que, por agradecimiento mal entendido, y por ignorancia, ó por pobreza, caen las mujeres en deshonor muchas más veces que por condescendencia al hombre á quien aman ó por clamores de la carne! Desde aquí decimos que la mujer, lo mismo que el hombre, á poco que la ayuden, es esencialmente buena, y sobre todo la mujer de nuestras tierras; desde aquí decimos que hacer desaparecer una de las causas de la corrupción no puede ser manera de aumentarla; y si se alega que la educación sustituye con una causa nueva de corrupción la que extingue, decimos que no es cierto, porque la Naturaleza no ha podido crear sus objetos, y al ser humano entre ellos, para que de conocer lo que le rodea le pueda venir mal, ni pueda haber inmoralidad ó error en aliviar las ansias de saber que el pensamiento humano trae consigo; y si se dice—y aquí, acaso, está el huesecillo escondido, y la razón vergonzante de toda la agria y elemental polémica que el cuento ha levantado;—si se dice que la educación de las escuelas normales es corruptora porque no es católica, decimos que católica es la educación de las clases altas europeas, que, con excepciones raras, viven en espantoso desconcierto de espíritu, goce discreto y seguro de las más culpables aficiones y empedernido desconocimiento de las condiciones que hacen amable la vida y el hogar sabroso. Ni religión católica hay derecho de enseñar en las escuelas, ni religión anticatólica; ó no es el honor virtud que cuenta entre las religiosas, ó la educación será bastante religiosa con que sea honrada. Eso sí, implacablemente honrada. Ni es lícito á un maestro enseñar como única cierta, aun cuando la comparta, una religión por la mayoría de su país puesta en duda, ni ofender una religión que desde que el educando la ataca, en libre uso de su juicio, es ya un derecho. ¿O es tan de humo y tan hueca la

religión católica que, con el estudio de la Naturaleza y la enseñanza de las virtudes humanas, se venga abajo? ¿ó está, acaso, contra estas virtudes, que teme de ellas? ¿ó ha venido ya á tan poco que, sobre ser doctrina divina, y, por tanto, eterna, como afirman los que la mantienen, ni con el prestigio de la tradición, ni con el influjo que con las iglesias solemnes y encendidas ejerce en la imaginación y sentidos, ni con el espanto que con la amenaza de la condenación suscita en las almas, ni con la práctica y reverencia de todos los hogares, ni con el permiso de enseñar en las escuelas de niños y niñas su culto á todos aquellos cuyos padres lo soliciten, puede esta obra de siglos sustentarse? Sea libre el espíritu del hombre y ponga el oído directamente sobre la tierra; que, si no hubiera debido ser así, no habría sido puesto en contacto de la tierra el hombre. Y las dudas que su estudio le traiga, bien traídas le están, pues que son naturales; y saludables son, pues que de todas ellas, como un vapor de verdad, ó como una inmensa flor de luz, surge esplendorosa la fe en la harmonía, bondad y eternidad del Universo, más fecunda ¡sí, por Dios! y más digna del ser humano que la que predica y ejercita el odio contra los que quieren asegurar al hombre, con el ejercicio honrado de su inteligencia, el cumplimiento íntegro y leal del mandato divino.

El cuento de "El Joven Arturo" movió gran contienda y con pasión fué defendido y atacado, por ser para el bando católico excelente refuerzo que venía del campo hostil en que el joven cuentista milita; y para el bando que estableció y ha defendido á espada y pluma las escuelas, una sorpresa penosa. Con los jóvenes que defienden ideas vencidas suele mostrarse muy pródiga la fama, no tanto á veces por especial merecimiento del recluta, cuanto porque, necesitados los que

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

anhelan el entrabamiento y sumisión del espíritu de mostrar que la generación nueva está con ellos, hacen grande alharaca cuando acontece el raro suceso, y ponen por encima de su cabeza á los que de modo más proporcionado brillarían entre los jóvenes que caminan con su tiempo y que, por ir generosamente juntos en las vías naturales, llaman menos la atención que el que echa solo por la vereda desusada. Los que por el cuento se veían servidos, lo encomiaron como obra excelente, á pesar de su irregularidad y crudeza visibles, é iba creciendo sin coto la interesada alabanza; por lo que, con ásperas y mal aconsejadas represalias unos, y con sentidas razones los otros, saliéronle al paso en defensa de la verdad, de la educación pública y la conveniencia de ennoblecer á la mujer humilde y mejorar la condición de todas, á fin de que de veras sean compañeras de los hombres, y no de su disimulada servidumbre. Unos y otros hicieron, con la prisa de responder, flojamente sus octavas, que es pecado que merece excusa allí donde pueden balancearlo algunas de las más bellas traducciones y novedades líricas que enriquecen la moderna poesía en la lengua española. De Juan de la Rosa á acá no hay en romance versos mejores que los que á granel campean en la interpretación de las Geórgicas de don Miguel Antonio Caro. Poesía, por de contado, no la hay en esta polémica; cuando fuera bien no entretenerse jamás en rimas sino para vaciar poesía. Poesía es un pedazo de nuestras entrañas, ó el aroma del espíritu recogido, como en cáliz de flor, por manos delicadas y piadosas; poesía, en Colombia, es Gregorio Gutiérrez González, cuyos versos, como aves melancólicas, cruzan perpetuamente, sin saber apartarse de él, el cielo de su patria; y es como la melodía de aquellos aires, y el aroma de aquellos campos florecidos, y el misterio de aquellas soledades religiosas, con privilegiada arte buídos en palabras humanas; poesía, imperfecta aún y grandiosa como el Continente que se la ponía en el alma, es José Eusebio Caro. Al cabo se alzó por sobre toda la contienda un canto severo é indignado que, con voz trémula por la injuria inmerecida y contenida por la hermosa prudencia, puso en su punto el caso del debate, y en visible rincón el descuidado argumento del "Arturo".

Entristece ver á los hombres movidos por sus pasiones ó azuzando las ajenas; tanto como por nuestra especie nos causa orgullo el que sólo siente pasión por la justicia, y el lenguaje de la recriminación pone de lado, y, siquiera sea sin detenerse á apuntalar ni henchir los renglones que lo han menester, vuelve, como don Santiago Pérez en su canto "La Escuela", por los fueros de la inteligencia perseguida, ó de la pobreza y debilidad menospreciadas. Así, solicitada por el viento revuelto que sacude la superficie de los mares, acumúlase y encréspase la ola y esparce con desorden y majestad en las ondas vecinas sus aguas opulentas. Como á plumas mal tenidas en un ala floja, avienta con su réplica generosa y viril las insinuaciones, que no razonamientos, del "cuento" mal aconsejado. Cuanto arriba apuntamos en natural defensa del deber en que los hombres cultos, y los mejores de la inteligencia, están, no de restringir envidiosa y cobardemente, sino de ensanchar con confianza, ardor y ternura, los conocimientos y empleos que ennoblecen, sea cualquiera el sexo en que encarne, al espíritu, en "La Escuela" está arrogantemente dicho. Padre ofendido parece el que habla, y se duele de que le hayan calumniado la escuela de Colombia, como de que le hubiesen calumniado á una hija. De tiempo atrás tiene don Santiago Pérez fama de hombre de letra envidiable; mas no por esto le merece tanto como por la unción y

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

natural grandeza con que ama, practica y defiende de la libertad legítima, que no es la que con sanguinaria premura ó con grotescas vociferaciones quiere sofocar en los labios de sus adversarios, leales ó no, hipócritas ó no, la emisión en palabras, y el mantenimiento en actos, de las opiniones que en uso de su juicio respetable y libérrimo alimentan; sino aquella otra que con mano firme, toda de diamante, abre las puertas de la Naturaleza armoniosa y preservadora al espíritu humano, contra los que, de miedo de perder autoridad con su fortalecimiento, quieren cerrárselas; y de hierro encendido vuelve su manto blanco, para amparar á sus amigos y enemigos, contra los que por prisa, ó ignorancia, ó interés, pretenden impedir en los demás el uso libre de los derechos que para sí reclaman.

La libertad, cuando fué en América epopeya, tuvo aquel ejército de jóvenes gloriosos que contaban á veces más victorias y proezas que cabellos en el bozo; luego, dejados nuestros países á sus elementos imperfectos y contradictorios, la libertad, llevada en mala hora necesaria por gentes de pasión y guerra, tuvo que batallar por convertirse de nominal en efectiva. Aquietándola en sus iras impacientes, animándola en sus horas de infortunio, guiándola en los pasos difíciles, increpándola por sus injusticias y exponiéndose valerosamente á su furor, reposando en la hora de la victoria, mas nunca dormidos, sino con la pluma luminosa, como con una espada, al lado, han venido en toda la difícil y ensangrentada peregrinación acompañando á la Libertad sus patriarcas; serpientes vigilan á la Libertad el sueño, y ellos, con sus voces honradas, las espantan; gusanos del propio cuerpo se le suelen subir hasta más arriba de la cintura á la Libertad, y ellos, con su mano leal, los sacuden por tierra; hijos desmelenados y rojos, en sus noches de angustia

y pesadilla, han solido nacerle á la Libertad amenazada, y ellos han ido siempre á la mano á sus acometimientos y desmanes. Han domado estos fundadores de la Libertad el amor y el odio. Los sacerdotes han sido de la larga época del establecimiento. Entre los americanos tiene, por esa singular virtud, Santiago Pérez, puesto alto y seguro. Es de esos senadores naturales de los pueblos á quienes de lo robusto de la indignación y de lo hondo del concepto del derecho humano acuden sin esfuerzo, apretados y lucientes como las escamas de una malla, raciocinios envueltos en imágenes, que resuenan con los acentos de la gran elocuencia, y se remontan, y como águilas de oro relucen en lo alto, con los alientos de la gran poesía.

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L.

LIBRO NUEVO

LOS RECUERDOS DE UN OCTOGENARIO

MEMORIAS DE LA INDEPENDENCIA

SAN MARTIN, O'HIGGINS, COCHRANE, BLANCO, CARRERA

La América.—New York, febrero 1884.

BIBLIOTECA CENTRAL UANL

LIBRO NUEVO

LOS RECUERDOS DE UN OCTOGENARIO

(THE RECOLLECTIONS OF AN OCTOGENARIAN)

POR HENRY HILL

MEMORIAS DE LA INDEPENDENCIA

SAN MARTIN, O'HIGGINS, COCHRANE, BLANCO, CARRERA

¡Qué encanto tienen los cabellos blancos! Parece que viene de alto lo que viene de ellos. Las puerilidades mismas están llenas de gracia en los ancianos. Se les ve como á veteranos gloriosísimos que vuelven heridos de una gran campaña. Los defectos, los delitos mismos, parece como que se funden y desaparecen en la majestad de la vejez. ¡Qué hombres esos que han vivido ochenta años! Aun cuando hablen con voz trémula y anden con paso tardo, se les ve como á titanes. ¡La vida llevaron á cuestas, y la sacaron á la orilla! A fuego lento se les ha ido blanqueando, como la corteza al hierro en la fragua, los cabellos.

Llegan ahora á la mesa de *La América*, en un libro impreso para unos cuantos amigos, los "Recuerdos de un Octogenario"; un octogenario que vió el alba del siglo, y la de la libertad, en Sur América; que vió al Sol en los Andes, y á San Martín antes de Maipó, y después de Chacabuco; que conoció á Cochrane, á O'Higgins, á Carrera, á Blanco; que, luego de cincuenta años de reposo propio y visión de catástrofes y maravillas en su tierra, no escribe de ellas cuando, al dejar ya en

manos de sus hijos y amigos el bordón florido, recuerda y cuenta; sino de los hombres que vió, montes que ladeó, himnos que cantó y cosas que admiró en la época de revuelta y nacimiento de la nueva América, como si aquéllos hubieran sido sucesos y hombres que con su tamaño dominasen y con su luz eclipsasen cuanto tras de ellos, en sus fatigas de trance y conatos de reacomodo, ha trabajado nuestro siglo. Y en verdad, en verdad, fué como si de moradas profundas hubieran de súbito aparecido, descubierta la cabeza, los pies calzados la espuela de diamante, y en la mano—como porción de ella—la espada, hombres hechos de fuego que con el empuje de sus espaldas rompieron, arrastraron tras sí y cambiaron de lugar la tierra. Ahora no se ve bien; se verá luego. Los siglos se petrifican y se hacen hombres; pero para eso es necesario que pasen siglos. Después, á gran distancia, se observan mejor su tamaño y su obra. El que vió hervir en tacho burdo el hierro de que se hizo el primer clavo, no imaginó la fogueante y hendente locomotora, que cabalga en los montes y los lleva á rastras.

Henry Hill se llama el antiguo comerciante, misionero y cónsul de los Estados Unidos en la América del Sur, que publica ahora sus recuerdos. No escribe como un entusiasta, ni como un pretensioso, ni como un censor; sino como quien vió con buen juicio y alma sana, y á los sesenta años esboza. Su libro no es de opiniones; ¡pobre librillo cariñoso!; sino de simples y honradas reminiscencias. No llega á doscientas páginas en octavo, pero deja ver un corazón puro, en quien larga y dichosa vida en la América del Norte no ha entibiado el amor y respeto que en su época heroica le inspiraron los héroes, naturaleza y hazañas de la naciente América del Sur.

Deja ver á Carrera, al inquieto Presidente de Chile, de arrogante apariencia, de buena casa,

inteligente, avisado, culto; pero ambicioso, descontento entonces, lleno de enojo por no ver fácil su preponderancia en Chile; á O'Higgins, patriota sincero, soldado bravo, hombre amable, sensible y fidedigno; al almirante Blanco, perfecto caballero, de militar cultura y raras y seductoras fecultades; á Cochrane, á Cochrane impetuoso, terco y de genio vivo, capaz y pendenciero; muy perspicaz, pero menos discreto; amigo de mandar é impaciente del mando de otros, natural señor y consejero de señores, alto, combado, desgarbado, la mirada movible, pecoso el rostro, el pelo rufo; á San Martín, á San Martín grande y sereno, alto y de tez obscura; de soberanos, penetrantes ojos; de selvoso y negrísimo cabello; la nariz prominente y aguileña; los labios finos, llenos siempre de enérgicas y vívidas palabras, y en su levita azul con charreteras y pantalones de galón de oro, militar imperante, austero y culto, de tan visibles dotes, que con oirle hablar aparecía su superioridad considerable entre sus contemporáneos, y tan tierno y profundo en sus afectos, que, de ver tan grande hombre, se consolaban los demás de serlo.

Henry Hill fué á la América del Sur á bordo de aquel buen barco el "Savage", que llevó en muy buena hora rico cargo de guerra á los patriotas del Perú y de Chile.

Era en los magnos días en que las paredes de la casa sagrada de Tucumán dibujaban aún, como gloriosas de haberle dado sombra, las imágenes de los atrevidos diputados del 9 de julio; en que el "Censor", enemigo de monárquicos, andaba en manos hechas al hierro sublime; en que Manuel Belgrano, con hazañas y humildades, sacaba la cabeza por encima de los héroes griegos. Fué en los tiempos en que á la boca del Plata libre ondeaba en el mástil del velero *San Martín* la bandera bonaerense; en que cruzaba el mar

Carrera, embarcado con jóvenes oficiales norteamericanos á bordo del "Clifton", á la cabeza de la expedición que, ayudado de algunos mercaderes del puerto, logró armar en Baltimore. En los tiempos estuvo Hill en Sud América en que, del paso de los Andes, San Martín reposaba en Chacabuco; en que repuestas, al mando de Osorio, las tropas españolas, con tres mil hombres del Perú, no vinieron sobre Valparaíso bloqueado tan de prisa que no tuviera San Martín espacio para salirles al encuentro en Maipó, y revolverlas y abatirlas; los tiempos eran en que los hombres sabían castigar, con las coronas mismas que les ofrecían, á los soberbios ó menguados que se las fabricaban; en que O'Higgins, herido en una mano en Tacahuano, con un rasgo firmaba sus decretos; en que, para libertar al Perú, que San Martín con maña había animado á la revuelta, se embarcaban juntos en Valparaíso, aunque no anduvieron siempre juntos después en pareceres, San Martín y Cochrane; y en que conversaban San Martín y Bolívar.

Henry Hill conoció á lady Cochrane, aquella dama afable y bulliciosa, por cuya alma se había entrado, como una amable locura, el sol de América; y todo era junto á ella canciones escocesas, paseos con banda marcial por la bahía, riesgosas expediciones á caballo. En casa de San Martín estuvo Hill, en casa de San Martín en Santiago; ¡qué noches; que parecían haber bajado á las almas las estrellas! Una vez por semana se reunía en el salón de San Martín toda la gente santiagueña. De batallas, de altos hechos, de esperanzas magníficas se hablaba. Llama parecía la conversación, que á todos envolvía, é iba y venía con lenguas de oro entre todos. Cuando era ya la hora de irse, poníanse en pie mujeres y hombres, y con vibrantes y apasionadas notas cantaban en coro: "¡Oid, mortales, el grito sagrado!" De patria se iban llenos; y San Martín montaba á caballo, y se iba á ver á sus soldados negros.

Grande como los hombres, cuenta Hill, cónsul por aquel entonces de Norte América en los países nuevos del Pacífico, que vió la Naturaleza. La luz, el color, la exuberancia, el ala abierta, la cumbre, el peligro; esos atributos vió en la América el sencillo viajero. Cabalgó, sobre los lomos de los Andes y de su mula, largos meses. De Buenos Aires fué por mar á Chile; y de Chile, por tierra, á Buenos Aires. En su viaje de mar leyó la Biblia á los marineros, é hizo de ellos fervorosos catecúmenos. En el de tierra leyó á la Naturaleza. Costeó las tierras lóbregas y fangosas de la Patagonia y las montañas del Continente. De un guanaco almorzaba un día; y al otro dejaba caer absorto las riendas sobre el cuello rollizo de su montura, al ver pasar, tendidas las alas corvas, una bandada de altos avestruces. Cruzó el Maipó revuelto, acrecentado con las nieves derretidas de las cordilleras, sobre el puente bamboleante de cuerdas de cuero y trémula calzada de troncos y bambúes; espantábanse los animales; temían los viajeros. Cubierto vió el lago Aculco hermosísimo de aves acuáticas, de rosados flamencos, blancos patos, vivaces agachadizas y mil aladas criaturas de rico plumaje. Nadó en el plácido Angostura, afluente manso del rapante Maipó; no fué perdida, á fe, la expedición al Sur de Chile.

Y de Santiago á la Plata, ¡qué peligro y qué hermosura! Detrás quedaron los amigos buenos; O'Higgins, benévolo y modesto; el almirante Blanco, que se adueñaba de los hombres; pero delante estaban Chacabuco, la "cumbre", las "laderas", el "peñón rasgado", el Aconcagua. En la "cumbre", la nieve los envuelve y duermen en el hueco de una roca; se siente un frío puro: el de toda altura. Serpentean falda abajo,

BIBLIOTECA CENTRAL UASD

con gran riesgo. Asómbranse del puente de los Incas, maravilloso capricho de la Naturaleza. Cobran apenas brío, para perderlo todo en las laderas; ruge en lo hondo el Mendoza enfurecido, que con estrépito tremendo arrastra piedras, en lodo envueltas; ramas, troncos de árboles; en lo alto, ya revelando sus secretos, vagan nubes; y caballeros y animales van subiendo, del ruido mismo de palabras y pasos temerosos, por la vereda fina abierta á pico, que circunda la costra de la roca; abajo, á quinientos pies, el río. Pero luego, aunque suben por el camino en que Carrera, airado por la sentencia á muerte de sus dos hermanos, vino á morir él mismo de triste modo, viajan con más calma y contento. La caza abunda. La ciudad de Mendoza, afamada por sus dulces uvas y buen vino, les parece, ya para entonces, hermosa. Por todas partes, caballos salvajes que se venden á cuatro pesos; pampeanos fornidos que con gran destreza cautivan en su lazo á guanacos y avestruces. Allá, una culebra, de venenoso diente, asoma; ahora, con sus secantes alas abiertas, viene encima, abatiendo árboles y destechando casas, el pampero; después los frescos higos, cogidos en la higuera; la extensa hacienda, el hospitalario reposo, la amable y pintoresca ciudad de Buenos Aires, de gran río esposa, de prósperas llanuras rodeada, llena de gentes buenas.

Y del libro en que, como vivo que se va, cuenta Henry Hill muy de prisa todo esto, surge, como de aquel mismo grandioso panorama surgía entonces, la figura férrea, solemne, vigilante; la patriarcal figura del hijo de Tapeyú, docto en mundo, tierno en familia, recio en mando, maestro en virtud difícil, menos grande que desinteresado: José de San Martín, padre de América.

BUENOS Y MALOS AMERICANOS

La América.—New York, abril de 1884.

BUENOS Y MALOS AMERICANOS

Fiestas en París en honor del general San Martín.

De un lado se están poniendo en América los que, sin fuerzas para cumplir con los deberes que les imponen, prefieren renegar de las glorias americanas, como si con esto se librasen del mote de menguados y egoístas; y de otro lado, los que, sin rencillas imbéciles por una parte, pero sin excesos lamentables de lo que demanda el espíritu de raza por la otra, se estrechan, ponen en alto la bandera nueva y van rehaciendo la cuja en que se yerguen, que aquellos otros muerden á escondidas, gateando al favor de su sombra. De un lado los que cantan la forma de nuestras glorias, pero abjuran y maldicen de su esencia, y de otro los que tienen tamaños de fundadores de pueblos, y, por sobre el miedo de los timoratos y las preocupaciones de la gente vana, no quieren hacer de la América alfombra para naciones que les son inferiores en grandeza y espíritu, sino el pueblo original y victorioso anticipado por sus héroes, impuesto por su naturaleza y hoy sobradamente mantenido en estima por sus hijos; no por los que con el mismo plectro—porque esos usan plectro—endiosan á Bolívar y á sus tenientes, y al espíritu ¡oh vergüenza! contra el que aquellos hombres magnánimos combatieron; sino por aquellos otros americanos que cuidan más de cumplir dolorosamente su deber de hijos de América en tiempos difíciles, que de pavonear serventesios y liras humildes, en cambio de interesados aplau-

sos, á los ojos de regocijadas tierras extranjeras. Los conocemos, los conocemos. Y los más sinceros son en política como esos raquíticos naturalistas de ojos cortos, que de puro mirar á los detalles pierden la capacidad de entender, á pesar de sus grietas y de sus cataclismos, la armonía de la Naturaleza; son siervos naturales, que no pueden levantar la frente de la tierra; son como flacas hembras que no saben resistir una caricia. Un título los compra. Con lisonjas y celebracioncillas se les tiene. Decimos que los conocemos.

* * *

Se nos han ido esas líneas de la mano, como vanguardia de mayor ejército que no quisiera verse obligado á librar batalla al leer en cartas privadas noticia de la entusiasta fiesta con que los hispanoamericanos de París, en que los de la vieja Colombia están en mayor parte, celebraron, en prosa y verso, el 25 de febrero, el aniversario de San Martín virtuoso. De ese espíritu necesitamos en América, y no de otro; del que apriete, como quien aprieta espigas de un mismo haz, todos los pueblos de América, desde el que levanta en bronce al cura Hidalgo, que á Washington se parecía en la serenidad y terco empuje, con cierto mayor entusiasmo, hasta el que á Belgrano y á Rivadavia reverencia. Y del lado del Pacífico, ¡benditos sean los que emplean sus manos en vaciar bálsamo sobre aquellas heridas!

En desemejanza de aquellos malos americanos de quienes hablábamos, que se desciñen de la frente los lauros de Chacabuco y de Maipó, para ir á ceñirse los lauros de Bailén, San Martín—como decía el venezolano Carrillo y Navas la noche de la fiesta,—"acababa de segar gloriosos laureles en los campos sangrientos de Bailén, pero no vaciló en arrancarlos de su frente para reemplazarlos con otros más hermosos conquistados en San Lorenzo, en Maipó y en Chacabuco."

Y ¿qué otra cosa dijo de San Martín? Dijo, con llano y altivo lenguaje, "que en vez de enriquecerse con el ejercicio del gobierno, sacrificó lo suyo por la patria."

Y dijo más, y muy justamente, el caballero Carrillo, el organizador de la Biblioteca Bolívar en París, quien á la caliente lengua venezolana une cierta autoridad de pensamiento, seguridad honrada y nervio, que avaloran lo que escribe; dijo que "si Bolívar brilla sin rival en la epopeya de la independencia, por la energía y constancia de su carácter, por la extensión de su genio y por la poesía misma de su gloria, San Martín presenta, por su parte, durante su carrera política, el dechado más perfecto de todas las virtudes civiles y militares, realzadas por una extrema modestia, y al retirarse á la vida privada legó á las generaciones por venir el más alto quizás y más útil ejemplo de abnegación patriótica que han presenciado los siglos."

Al señor Pedro Lamas tocó, y le venía de derecho, contar á los concurrentes á la noble fiesta la magnífica vida del héroe probo, que en la entrevista de Guayaquil dejó, con nunca vista grandeza, en manos de Bolívar, las coronas que en su propia tierra, y en Chile y en Perú, tenía ganadas. Tres pueblos puso, que salieron de sus manos, en las de aquel que, con modestia maravillosa y conmovedora, juzgó más útil á América y más afortunado. ¡Quién debió ser Bolívar para causar en San Martín impresión semejante! De la reseña sobria y elocuente de Lamas surgía, como de un espejo de acero, la imagen inmaculada del prohombre argentino.

Y dijo luego un soneto en honor de ambos héroes, y otro brioso y resonante á nuestra América, ese poeta que se saca los versos de lo hondo del

alma, como una paloma sus hijuelos, alados y blancos; dijo versos el venezolano Jacinto Gutiérrez Coll, de esos que vibran con el tañido grato y prolongado de la buena porcelana.

Noble ha sido la fiesta que ha juntado en París á los hijos de Bolívar resplandeciente, San Martín virtuoso; noble toda fiesta que ponga en alto el espíritu original y ardiente, el espíritu americano de América, en que se está deslizando ahora, como una serpiente envuelta en la bandera patria, otro diverso espíritu.

Quien hubiera visto poblado de águilas el aire cuando de la casa pobre de Guayaquil salieron de determinar los dos gloriosos caballeros que la Libertad no podía tener más que un esposo, no hubiese visto mal: que aquel aire estaba hecho de águilas.

Esta fiesta de París, por la sociedad "Biblioteca Bolívar" organizada, nos hace ver, como si la tuviéramos delante, la casa aquella, de sagradas paredes, donde lloraron sin duda, con lágrimas que pocas veces ruedan por las mejillas de los hombres, San Martín y Bolívar.

BIBLIOTECA GENERAL U.A.N.L.

BUENOS AIRES

La América.—New York, junio 1883.

BUENOS AIRES

Mensaje del Presidente de la República al Congreso.--Paz, escuelas, inmigrantes, ferrocarriles.

¡Cuán distantes las tierras del Plata de aquellos tiempos de encomenderos ensañados y fieros Querandíes!

En el pago de la Matanza nacen flores; por donde corrían, sobre fantásticos caballos, los indios invasores, corren hoy, como voceros de los tiempos nuevos, los ferrocarriles. Ya el ombú no tiene trenos, sino himnos; ya no rinde la vida, á manos de Garay hazañoso, Tabobá malhadado, gran cacique; ni los minúas implacables cercenan el cuello á los bravos de España; ni Galán mata á los Caracarís inocentes; ni á la sombra del tarco de flores moradas se cuentan desdichas los míseros lules, segados, como pálidas mieses, al filo de la espada insaciable del invasor violento. Ni en lenguas secas y ciencias sofísticas educan los colegios á la gente moza, que va de pie, desnuda la ancha frente y limpio de odio el labio, coreando hosannas, en el avantrén de una locomotora. Acólitos no dan ya las escuelas, sino agrónomos; no enfrenadores de almas, sino acariciadores de la tierra.

No vive ya en Palermo el sombrío Rosas; ni holgando por los campos vaga el gaucho, ora carneando intrépido la res rebelde, ora escuchando, encuclillado al pie del lecho recio donde descansa su indolente amada, las coloreadas y sutiles trovas del pallador enamorado. Por la pampa

no merodean depredadores, sino que cruzan, seguidos de la escolta que porta en astas altas el patrio gallardete, los zapadores nuevos del ejército en marcha: los agrimensores. Sonríe, maravilla y crece Buenos Aires adelantada y generosa.

Deja en la mente el mensaje presidencial la misma impresión grata que deja en los ojos un hombre fuerte y joven. Se ven desbordes, lujos, reboses de sangre pura, ansias potentes; parecen cantos de amante, que los cruzados que van camino de una Hyerosolima á que se acercan, entonan en liras nuevas, adornadas de espigas de trigo, al pie de los balcones de damas nunca vistas en tiempos de buhoneros y castillos.

"Nunca—dice el mensaje—abrió presidente alguno el Parlamento argentino en época de mayor paz y bonanza. Buenos Aires, aquietada y trabajadora, llama á todos los hombres á sus brazos, templo nuevo sobre la haz de la tierra." A los que fían en motines, dice honradamente: "Pagar dinero por gastos de guerra, revueltas y desórdenes, es como echar capital al fuego." Y con profunda mira y gallardo propósito anuncia que van á ser de nuevo colocados en las filas activas de la nación los jefes que solieron inquietarla, porque "ha de olvidarse—dice—que esos jefes desconocieron sus deberes hacia su Gobierno, para recordar solamente que han envejecido unos en los campamentos, derramado otros su sangre en las batallas y prestado todos importantes servicios á la organización y gloria de su patria." "Vayamos en busca de trabajadores á Europa, semillero de hombres. Faltan maestros."

Muestra, entre otras cosas, este Mensaje, que las tierras del Plata han dado ya buena sepultura á ese vicio cobarde de la mente que depaupera pueblos y hombres: la rutina. El mensaje está, como la nación de cuyos progresos da sumaria cuenta, á caballo, y como pronto á nobles lides. No á

lides en contra, sino en pro; no á batallas de morir, sino de sembrar y fecundar; no á batallas ¡por Dios! de armas de riña, sino á certámenes de arados.

Bien queda á fin de cuentas Buenos Aires: el Presidente, rogando á los pueblos que agasajen al general Mitre, su noble contendor, modesto y famoso; el interior en orden; los indios invasores, echados de las faldas de los Andes, sus últimas guaridas; con la Iglesia, en paz; que á lo que de sí se va incruentamente transformando, no hay por qué dar con violencia la muerte. El Municipio de la capital queda con sus gastos saldados, y las arcas llenas. En los diez ferrocarriles que se construyen hoy en el país trabajan catorce mil quinientos hombres. No hay villorrio que no pida á grandes voces camino de hierro; pues ¿á quién se le moverán las manos á cultivar, si no ve que puede dar salida fácil á sus cultivos? Ya desembarcan á las puertas de Buenos Aires, en el canal de Riachuelo de Barracas, que se apresta para grandes buques, los inmigrantes italianos.

En el Rosario ya trabajan en el nuevo muelle y ramal férreo. Cartas, ha habido este año tantas (diecisiete millones), que por ellas creció el Tesoro en cuatrocientos diecisiete mil pesos, que son cuarenta y siete mil más de lo que el correo produjo un año antes. De telégrafos, han tendido cuatrocientos setenta y ocho kilómetros. De tierras, que los compradores solicitan con afán, hay cinco mil y cuatrocientas leguas medidas. Prepara el Gobierno para la venta las tierras nacionales, y cien leguas cuadradas en Chaco, para dar á los cultivadores, y ochocientas leguas más entre el Limay y el Neuquen que las facundan.

Las fértiles misiones, pobladas hasta ha poco de escasos y primitivos caseríos, en cuyos rincones asomaban, por estar la tierra comarcana rebosán-

dolos, acá plátanos suaves, allá mazorcas de maíz bueno, gavillas de tabaco, haces de caña, se están trocando ahora en depósitos ricos de almas bien nutridas con la enseñanza de las escuelas, y de frutos: de allí, algodón preciado; de allí, maderas finas. Red de ríos son las misiones, y ya piensan en echar sobre ellos red de puentes; y como la tierra húmeda fructifica lujosamente, hablan ya de vapores que recojan los frutos.

El Chaco, de palmas finas, de platanillos frondosos, de robustos cactus, de árboles festoneados de venerable heno, bajo cuyas ramas, dosel de los arroyos, deslizan sus canoas de puntas dentadas las indias recias, pomulosas y cejijuntas; el Chaco extenso, cubierto de hondos bosques, no privado de cañas, ve ya llegar á sus regiones opulentas, cargados de sus aperos de abatir troncos y abrir la tierra, á los fornidos hombres blancos que vienen contentos á hacer su hogar tranquilo y libre con los maderos frescos de la selva.

Patagonia misma, ya tétrica y calva, tiene seis escuelas.

Y la nación entera, trece escuelas normales de profesores, que se esparcirán luego por los campos y aldeas, á hacer buena la maravilla del pan y de los peces, y criar maestros; y mil quinientas escuelas públicas, pocas aún, con ser relativamente tantas, para calmar la sed ardiente de aquel gallardo pueblo: la sed de los caminadores.

Inmigrantes, dieciocho mil más han pisado este año tierra bonarense que el año anterior; y son gente de Italia campesina, de ojos ardientes y manos callosas, que no van á vender desde innobles rincones de ciudad dulcecillos y frutas, sino á enriquecer las siembras. Savia quieren los pueblos, y no llagas; de Massachussetts, y de todos los Estados Unidos, echan hoy á los páuperos ruines que, como insectos enojosos, suelen sacudir sobre América los pueblos de Europa. Da

gozo ver entrarse, sonrientes y serenos, por los campos solemnes y fragantes de Buenos Aires, á esos poéticos trabajadores italianos. Y traen calor de alma, como de quien vive cerca de volcanes y en tierra que fué dos veces alma universal; que no hay inmigración buena cuando, aunque traiga mano briosa, trae corazón hostil ó frío. Es estéril el consorcio de dos razas opuestas.

De dineros, cuenta el Mensaje que la República ahorró este año un millón y medio de pesos, que con otros legítimos arbitrios, fueron á amenguar la deuda.

La importación llegó á sesenta y un millones doscientos cuarenta y seis mil pesos.

La exportación excedió á la importación en dos millones cuatrocientos cincuenta mil pesos.

La deuda pública ha cumplido sus plazos.

Y el dinero que para ferrocarriles se tomó prestado, en ferrocarriles se empleó.

Domando tierras revueltas, vestidas de copiosa verdura, que brillan al Sol como líquidas gigantescas esmeraldas, cruza ya por el Tucumán, perpetuamente florecido, la máquina de vapor. Camino de las alamedas de Mendoza, y digno visitante de los Andes, ya salva la provincia de San Luis osada vía férrea. Silbando pasa y humeando la locomotora, como alegre de ver tanta hermosura, por entre los amenos caseríos de Corrientes frondosa, poblados de naranjos. ¡Tierras son esas de donde salieron, á la voz de San Martín, unos puñados de hombres, á cruzar los Andes, postrar á ejército cuantioso y redimir á Chile; y los cruzaron, lo postraron y lo redimieron en 24 días!

¡Campañas haga iguales en la industria Buenos Aires, dignas de aquellas maravillosas y centáuricas que dieron apariencia de dioses á los hombres!

Todo lo alcanzará Buenos Aires, que á tiempo supo exponerse á morir, por ser dueña de sí, y ahora sabe vivir cuerdamente, rica en ardientes corazones y en mentes fértiles.

JUAREZ

La América.—New York, mayo de 1884.

JUAREZ

Ese nombre resplandece, como si fuera de acero bruñido; y así fué en verdad, porque el gran indio que lo llevó era de acero, y el tiempo se lo bruñe. Las grandes personalidades, luego que desaparecen de la vida, se van acentuando y condensando; y cuando se convoca á los escultores para alzarles estatua, se ve que no es ya esto tan preciso, porque como que se han petrificado en el aire por la virtud de su mérito, y las ve todo el mundo. A Juárez, á quien odiaron tanto en vida, apenas habría ahora, si volviese á vivir, quien no le besase la mano agradecido. Otros hombres famosos, todos palabra y hoja, se evaporan. Quedan los hombres de acto; y sobre todo los de acto de amor. El acto es la dignidad de la grandeza. Juárez rompió con el pecho las olas pujantes que echaba encima de la América todo un continente; y se rompieron las olas, y no se movió Juárez. Dos hábiles escultores mexicanos lo han representado tendido sobre un túmulo, envuelto en un lienzo simple, y junto á sus pies desnudos, agobiada con todo el arreo de los dolores, la Patria que lo llora. Pero él no está bien así; sino en estatua de color de roca, y como roca sentada, con la mirada impávida en la mar terrible, con la cabeza fuerte bien encajada entre los hombros; y con las dos palmas apretadas sobre las rodillas, como quien resiste y está allí de guardián impenetrable de la América.

* * *

No queremos hablar de Juárez ahora, sino de un pueblo que hay en la América del Sur llamado por este nombre. Las maravillas ajenas cantamos, como si no las tuviéramos propias.

Un viajero nos está contando del pueblo risueño y próspero de Juárez. En medio de quintas y haciendas se levanta, y en cuatro leguas á la redonda está lujosamente cultivado. Anchas de veinte varas son las calles, y algunas de treinta, y sus manzanas, tiradas en cuadro á los medios vientos, tienen 100 varas por 140. Acá una escuela de varones; y más allá, la de niñas; más allá escuelas mixtas, donde se ensaya con miramiento y éxito la educación en común de los niños de poca edad.

Numerosas casas de comercio, llenas siempre de vendedores y compradores de los varios artículos del país, negocian por grandes sumas la desbordante cosecha de trigo; la sucursal de un banco poderoso adelanta con cordura capitales á cuanto agricultor honrado se los pide; á la sombra de las aspas de los molinos están ya tendiendo los últimos rieles del ferrocarril que á distancia de cien leguas va á unir á Juárez con la capital de la República famosa; límpianse á toda prisa los terrenos vecinos para dar á familias extranjeras, mezcladas con algunas nacionales, haciendas de 60 á 90 acres de tierra excelente, á pagar en diez años y de lo mismo que el suelo vaya dando; la población, animadísima, ya pasea en los días calurosos por la gran plaza central, de altos árboles sombreada, que es la gala del gran pueblo, ó por otras cuatro plazas bellas que tiene la ciudad en las esquinas; ya se junta en la airosa casa del rico municipio á platicar y danzar alegremente.

Del trigo no saben qué hacerse. Dicen que inspira dicha la de aquellos prósperos habitantes. Son numerosas las sociedades caritativas; y si la

de los españoles es unida, no le va en zaga la de los italianos. Ya tienen más hijos y están levantando más escuelas.

* * *

Pues esa hermosa ciudad fué fundada sobre la yerba de una llanura, hace siete años.

Y ¿dónde es la maravilla? ¿En Texas? ¿En Colorado? ¿En algún territorio de los Estados Unidos?

No: es en Buenos Aires.

JUAN CARLOS GOMEZ

La América.—New York, julio de 1884.

JUAN CARLOS GOMEZ

Hay seres humanos en quienes el derecho encarna y llega á ser sencillo é invencible, como una condición física. La virtud es en ellos naturaleza, y puestos frente al Sol, ni se deslumbrarían, ni se desvanecerían, por haber sido soles ellos mismos, y calentado y fortalecido con su amor la Tierra. Los apetitos y goces vulgares les parecen crímenes; los hombres que viven para su placer, insectos; la intranquilidad de sus amores, es lealtad á un tipo de amor buscado en vano; sus goces, blandos y espaciosos como la luz de la luna; sus dolores, bárbaros y penetrantes como aquellos hierros de punta retorcida, que no salen de la carne rota sino desgarrándola y amontonándola en escombros rojos. Aman por cuantos no aman; sufren por cuantos se olvidan de sufrir. La Humanidad no se redime sino por determinada cantidad de sufrimiento, y cuando unos la esquivan, es preciso que otros la acumulen, para que así se salven todos. De estos hombres fué ese magno del Plata, que acaba de caer, no en la tumba, sino en la apoteosis. Dos pueblos, que no son más que uno, acompañaron á la sepultura su cadáver. Muerto, nadie dice que lo está; que todos lo sienten vivo. Los padres de aquellas tierras hablaron como hermanos al borde de su sepultura. Era llanto de los ojos y festejos de las almas. Es dado á ciertos espíritus ver lo que no todos ven; y allí se vieron como juramentos hechos al Cielo azul por espadas de oro; y lágrimas con alas. De

esa manera ha sido sepultado, en hombros de todos los hombres buenos del Uruguay y la República Argentina, el que á los dos pueblos trabajó por unir, y en su corazón caluroso los tuvo juntos siempre; porque, como todo espíritu esencial y primario, que por merced de la creación arranca directamente sus ideas de la Naturaleza, no entendía que razonsuelas transitorias pudiesen estar por encima de las generosas razones naturales. Para otros la Tierra es un plato de oro, en que se gustan manjares sabrosos; y los hombres, acémilas, buenas para que los afortunados las cabalguen. Juan Carlos Gómez, que es el que acaba de morir, miraba á cada hombre como una porción de sí mismo, de cuya vileza era responsable, en tanto que no hubiese trabajado ardientemente para remediarla. El amor era su ley; y para él, la Tierra entera debía ser un abrazo.

Sus versos flamean; sus párrafos son estrofas; su vida fué de polémica grandiosa. Parecía singular caballero, de blanca armadura, que á anchos golpes de espada lumínea defendía de la gente invasora el templo de la virtud abandonada. Porque no hay que estudiar á Juan Carlos Gómez como persona local y de accidente, que devuelve las luces que recibe y brilla en su tiempo porque lo refleja; sino como persona propia, que trajo luz consigo y no vivió para acomodarse á su época, sino para impedirle que se envileciera, y para enderezarla. Para él no hubo más templo digno de ver de rodillas al hombre que la Naturaleza; y vivió comido de sueños del Cielo y amores humanos. No cabían tampoco sus pensamientos en los moldes comunes, y creó sin sentirlo una prosa encendida y triunfante, que no parece de palabras concebidas y dadas á luz en dolor, como en él fueron, y en todo escritor honrado y sincero son; sino á manera de ríos de oro de solemnes ondas, que con natural majestad ruedan,

agólpanse un momento—para quebrarlo, ú horadarlo, ó saltar sobre él,—en torno al obstáculo que hallan al paso; y siguen su camino victoriosas, como si hubieran dejado tendido por la Tierra un estandarte. Hizo urna magnífica á su espíritu con su lenguaje fulguroso.

Los hechos de su vida quedan para biógrafos menudos. Nació en el Uruguay, cuando éste era del Brasil, en los tiempos penosos de la Cisplatina; y aunque apenas tenía cinco años cuando la Banda Oriental se salió de los brazos lusitanos, el pensamiento de la pasada esclavitud de su patria fué tan vivo en aquella alma nacida á la epopeya, que llevó durante toda su existencia la dolorosa memoria, como hubiera llevado un golpe en la mejilla. Estuvo en Chile. Vivió poco en su patria. Pasó la mayor parte de su vida en la República Argentina. Jamás obró por el provecho propio, sino porque no se mancillase el decoro humano. Sentía en sí al hombre vivo, y cuanto atentaba á la libertad ó dignidad del hombre le parecía un atentado á él, y echaba sobre el ofensor su cólera magnífica. En los diarios escribió su poema: en *El Nacional;* en *Los Debates.* Con igual ánimo imprecaba al hombre horrible que tiñó en sangre á Buenos Aires hasta los campanarios, y los árboles del campo hasta las copas, que á aquellos de su bando que, luego de abatir el poder del criminal en Monte Caseros, quisieron aprovecharse en demasía de su triunfo. Cuanto hizo, nació de su pureza. Por donde iba, iba un pabellón blanco abierto. Del lado del derecho pasó toda su vida. Y más que de otros, sufrió de dos males: el de vivir, como un espíritu superior, entre la gente usual; el de vivir, dotado de un alma angélica y exquisita cultura, en una época embrionaria.

¡Oh, pena prolongada, incurable y cruentísima, la de un hombre de luz ayuntado á un pue-

blo que acaba de salir del seno de la fiera! ¿Quién no se maravilla, que piense hondo, de que con tanta prisa se estén nuestras nacionalidades de América fortaleciendo y transformando? ¿Qué tuvieron al nacer, sino indios desnudos, adoloridos y enajenados, al servicio de un señorío arrogante y frailesco, el que, como quien vacía la luz á torrentes, unos cuantos jóvenes generosos, con la enciclopedia en el cerebro y Washington en el alma, se vaciaron? ¡Qué manos, dignas de ser moldeadas en bronce y puestas en las plazas públicas á recibir los besos agradecidos de sus descendientes; qué manos no hubieron de ser aquéllas que de tierra tan ruin levantaron, á que el tiempo las puliese y la sangre las animase, estas firmes estatuas! Quedaron en lucha, á la hora de la libertad, el hombre directo y genuino de la tierra, impetuoso y selvático, y el caballero de salón y libros, en cuyo espíritu brioso, nutrido del propio suelo, asentábase, aquilatada por todas sus experiencias y dolores, el alma europea. Y fué la lucha entre el apetito, que es la primera expresión humana, y la última, que es el derecho. ¡Qué trabajo, el de ir acomodando los empujes rústicos de la naturaleza rudimentaria é inculta á las sublimes concepciones y amorosos devaneos de las sociedades más adelantadas! ¿Cómo, sin convulsiones y catástrofes? ¿Cómo, sin sacudimientos tremendos y dolor enorme, concertar en un breve número de años estos dos elementos diversísimos, y del agraz sacar vino sedoso, y saltar en una mitad del siglo del hombre embrionario, batallador y egoísta de la Naturaleza, al hombre desinteresado y pacífico de la civilización? ¡Enseñad, enseñad, pueblos de América, como timbres de honor y certificados de grandeza, vuestras guerras y desgracias!

Nuevo es el problema americano, y más difícil que otro alguno, pues consiste en unir de súbito,

lo cual no puede ser sino de modo violento, los extremos de la civilización, que en todo el resto de la Tierra se ha venido naturalmente edificando. De la rudeza patriarcal, por despacioso evolvimiento, los pueblos del mundo han venido espiritualizándose y puliéndose, y á su hora natural apareciendo en el árbol humano, después del riego costoso, las flores y frutas. ¡Y á los americanos se nos pide que, contra historia y naturaleza, pongamos los paramentos de oro fino al caballo que trae aún en las crines los olores nuevos de la selva! A bien que, por fortuna, el sol de América es mágico, y como solar la mente americana; ¡y lo estamos haciendo!

Pero de este torneo maravilloso, en que á la arremetida de la lanza de á caballo oponen los contendientes, como un escudo, una idea, y están echando atrás la lanza; de este comercio de los caudillos fuertes que triunfan, imponen y pagan, y los hombres inteligentes, siempre al principio vencidos, que, por falta de ajuste entre sus conocimientos y tendencias superiores y el estado elemental de sus pueblos, viven en ellos como sin alimento ni trabajo propio; de este contacto del vencedor de guerra que corrompe, y el vencido de paz, que por su misma condición de inteligencia ama la vida holgada y fastuosa, ó necesita de todos modos medios de vida; del aflojamiento en que en presencia de la fuerza y la riqueza caen, aunque la Naturaleza las haya marcado con su sello de luz, ciertas almas; de todos estos lances é irregularidades de nuestro problema americano, habían de originarse apostasías, miedos y vilezas grandes. Cuál por deslumbramiento, cuál por amor á los goces de la fortuna, cuál por poquedades de ánimo, era frecuente que, como envuelve el toreador, para distraer al animal, su espada de matar en una capa roja, hubiera hombres de mente que diesen color de idea á los látigos y á

las espadas; y pusieran la cabeza, como los cortesanos desnudos de los reyes de Africa, á los pies, á menudo ensangrentados, de los caudillos vencedores. Vuelcos de alma sentía Juan Carlos Gómez contra toda esa traílla de gente miedosa ó traidora; y todavía vibra su pluma sobre las frentes que marcaba. Era en él el decoro como el pudor debe ser en las mujeres; y resentía toda tentación á su pureza y á la ajena, como resiente la sensual solicitud de un galán de calle una mujer honrada. Mientras mayor amenazaba ser este desvío de la virtud y desconcierto moral que fuera de sí veía y padecía en sí, como si fuese llaga encendida que le consumiera el cuerpo, era mayor su enojo sagrado, su discurso más alto y seguro, su polémica más avasalladora y animosa. Trozos de rayo, y no palabras, le salían de la pluma. Si le contendían, pronto estaba él solo, triunfante, como que peleaba en él el derecho, entre ideas cadáveres.

Que erró alguna vez, ha debido ser; nunca por interés ni por pasión, sino por engaño honrado. Un dolor parecido al frenesí le causaba la merma de la virtud en los hombres de su pueblo, y se le iba entrando por el alma la dolorosa aflicción que se la sacó al cabo del cuerpo. Porque vivía penetrantemente enamorado de la pureza y hermosura; y quedaba herido de todo golpe que sobre la faz de la Tierra se asestaba el decoro humano. Es así la virtud, que, distribuída por el Universo equitativamente, siempre que en un espacio ó localidad determinada falta en muchos, en uno solo se recoge, para que no se altere el equilibrio y venga á padecer la armonía humana; en uno solo, que el honor que en los demás escasea amontonan en sí, y adquiere de ello profética indignación y elocuencia resplandeciente; y es todo vergüenza, por faltar en los demás; y es todo mejilla. De aquí, que en las épocas decorosas de

libertad y paz sea menor, ó menos perceptible, el número de hombres extraordinarios, por estar en ellas distribuídas entre todos las condiciones que, cuando es costoso poseerlas, se recogen en los espíritus sublimes, como en la tempestad una bandera en su asta. Ni la serpiente pudo nunca morder en la lima, ni la tentación en Juan Carlos Gómez. ¡Y sólo los que se los han sacudido de los hombros, como un manto de espinas encendidas, saben lo que cuesta rechazar los halagos de los tiranos!

Sin que dejara ese de ser motivo perpetuo de amargura y contienda para ese caballero de la virtud, duro y centelleador como el brillante, un nuevo dolor, tal como si sintiese que Mesalina se sentaba en su mesa de familia, cayó, como una mortaja, sobre su alma. La prosperidad que no está subordinada á la virtud avillana y degrada á los pueblos; los endurece, corrompe y descompone. Del descubrimiento de la ilimitada y fácil riqueza de su territorio, y del saludable afán de buscar satisfacción á las necesidades de la vida, no en el tahalí de un capitán afortunado, sino en las fuerzas de la Naturaleza, se engendró naturalmente en la República Argentina un ardoroso espíritu de empresa que, con los beneficios que empezó á dar al punto, y el gusto por la elegancia y la belleza, en todas nuestras tierras espontáneo, creó pronto un vivo amor al fausto, que es afición que en todos los pueblos ha puesto siempre en peligro el decoro. A cada carácter que con las nuevas solicitudes se enturbiaba; á cada caída ó vacilación de un ciudadano útil; á cada muestra del predominio del interés en las relaciones usuales, se estremecía aquel anciano de barba gris, límpida frente y ojos penetrantes y melancólicos, como si viera ya, el cinto desatado, el seno ardiente y enjuto, y en el cabello seco las flores corrompidas, reclinada á su patria infeliz, junto á la mesa lle-

na de jarros de vino envenenado, en la litera de la orgía romana. A exaltadas imaginaciones y desconfianzas enfermizas le llevaba aquel nobilísimo desasosiego, y el pesar de creer que no podría detener este peligro le fué enflaqueciendo las fuerzas y avecinándolo á la muerte; por ser el morir de miedo ante la debilitación de la virtud, remate propio de aquella limpia vida.

Pero estas cosas no parecen, ni deja de haber quien las guarde. La perla está en su concha, y la virtud en el espíritu humano. Afírmase siempre—por la soledad, náusea y hastío que el fausto desnudo produce,—la espiritualidad de la existencia. De la tumba en que parece sepultado, se alza con nueva fuerza el espíritu de amor, de desinterés y de concordia. Cuando los gozadores y egoístas, alegres de no ver ya en pie á quien con su exquisita pureza los molestaba y ofendía y por todas partes les iba detrás como un rayo de luz, vienen cantando, con su copa de champaña en las manos, del brazo de sus mancebas de regaladas carnes y suelta cabellera, á regocijarse frente á la tumba de aquel testigo enojoso, hallan en pie sobre la tumba, armado de coraza radiante, á un hombre nuevo, con el estandarte del que murió enhiesto en las manos. La virtud crece. El honor humano es imperecedero é irreductible, y nada lo desintegra ni amengua, y cuando de un lado se logra oprimirlo y desvanecerlo, salta inflamado y poderoso de otro. ¡Ni qué eran, más que ejército de guardianes, los hombres ilustres y conmovidos que, en procesión seguida de gran número de gente, acompañaron á Juan Carlos Gómez á su tumba!

Cuanto recuerda y honra, cuanto ama y piensa, cuanto crea y esculpe, cuanto prevé y prepara, cuanto enseña y estudia, cuanto anda y protesta, cuanto labora y brilla en la República Argentina y el Uruguay, ante el cadáver de Juan Carlos Gómez estaba. En las calles, la muchedumbre silenciosa. En el cementerio, como el mejor tributo, leales damas. ¡Flores fueran las letras de la imprenta, y nosotros dignos de ofrecerlas, y por ese homenaje exquisito y valeroso se las ofreceríamos! Hasta las gentes comunes é indiferentes miraban con respeto y recogimiento el cortejo funerario, y el carro de coronas que iban en él; y se inclinaban los que todo lo sacrifican á la posesión de la fortuna, al paso de aquel que vivió y murió en pobreza por no sacrificarle nada; ¡cuando todo género de holguras le hubieran venido de torcer alguna vez la pluma! Odian los hombres y ven como á enemigo al que con su virtud les echa involuntariamente en rostro que carecen de ella; pero apenas ven desaparecer á uno de esos seres acumulados y sumos, que son como conciencias vivas de la Humanidad, y como su médula, se aman y aprietan en sigilo y angustia en torno del que les dió honor y ejemplo, como si temiesen que, á pesar de sus columnas de oro, cuando un hombre honrado muere, la humanidad se venga abajo.

¡Oh, y qué armoniosa y soberana inteligencia acababa de volar de aquel hermoso cráneo! ¡Con qué claridad vieron sus ojos que la vida es universal, y todo lo que existe mero grado y forma de ella, y cada ser vivo su agente, que luego de adelantar la vida general y la suya propia en su camino por la Tierra, á la Naturaleza inmensa vuelve, y se pierde y esparce en su grandeza y hermosura! Como á madre quería á la Naturaleza; que tal hijo no había de tener madre menor. En un cajón de pino mandó que le enterrasen, para que su cuerpo entrara más pronto en la tierra; que su estoica virtud nunca necesitó de eclesiástico estímulo, ni de futuro premio. ¡Cierto aplauso del alma, y cierto dulce modo interior de morir, valen por todo! De pie estuvo toda la

vida; ni acostado jamás, ni encorvado. Por la luz tenía un amor ferviente; y no amaba la noche sino como seno del día. Perseguía con los ojos sedientos un ideal de pureza absoluta, y tenía aquella ternura femenil de todas las almas verdaderamente grandes; y, de no ver á los hombres tan puros como él quisiera, una tristeza que parecía desolación. Campea mejor su pensamiento artístico en los peligros amplios y gallardos de la prosa que en la estrofa poética, por más que en analogía con su espíritu y el cielo y el río que veían sus ojos fuera su estanza usual ancha y pomposa; mas se ve bien su alma en sus versos; y ya es en ellos guerrero pujante, ya paje tímido y sencillo, enamorado de su doliente castellana; ya cruzado que pone á los pies de su señora su casco hendido y su bandera de colores; ya alma arrebatada y altiva que desdeña y rechaza á las interesadas é insensibles, y á la belleza inútil que no sabe consumirse en el amor, y como una copa de ámbar en los altares, expirar envolviendo en sus perfumes al ser que ama. Vese en todos sus versos, como en onda confusa, la idea gigantesca: se ve el lomo del monstruo, que sólo de vez en cuando alza, colgada de olas, la cabeza divina. La tristeza, que era en él lo más hondo, le inspiró sus más acabadas estrofas; porque venía en ellas el pensamiento tan verdadero y seguro, que se plegaba á él, vencida, la forma, como á un coloso un carrizo. Y tiene á veces versos que parecen columnas de mármol blanco y elegante que alzan al cielo el capitel florido. A la Tierra la imaginaba llena de luz; á los hombres, con alas. Sentía náusea del placer frívolo, y odio de sí por haberlo gozado. Cayó en exageraciones románticas, porque éstas eran en su tiempo el símbolo y ropaje de la libertad, y una revuelta saludable contra la literatura de peluca y polvos, sustituída de prisa, en tanto que se adquiría el conocimiento de la sana é inspiradora realidad, por una especie de realidad imaginaria; se desbordaba la inspiración romántica por los versos, como mar sacado de madre por las playas, y hacía colosales travesuras, y daba al Sol magníficos reflejos, para evaporarse ¡ay! casi toda, por falta de esencia real y condensación en moldes sólidos; templo fué de oro y piedras preciosas, levantado en columnas de espuma. Pero aquel superior sentido suyo de armonía, y casto disgusto de lo vano y hojoso, trajeron pronto á Juan Carlos Gómez, con lo sincero de sus penas, á más vigoroso estilo poético, que solía alzarse, por lo ceñido y conciso, á verdadera majestad. La de su vida fué más igual, eficaz y serena; era de los que tiene á la vez la visión de lo por venir y la prudencia del presente, y por aquélla viven empujados y refrenados por ésta, sin que admitan que las transacciones con la inmoralidad, por mucho que se barnicen y disculpen, sean eficaces para los pueblos, que por ellas ven pospuestos sus intereses á los de los que van conduciendo sus destinos, ni sean honradas en quienes las cometen. Entendía que se fuese por la justicia relativa á la absoluta, pero no que, mermando aquélla, y con lo injusto transigiendo, se acelerase el triunfo de la justicia absoluta. Se le inflamaba el rostro y se le encendía la pluma cada vez que veía en peligro el honor del hombre, y caía sobre el transgresor, como si de la Naturaleza hubiera recibido encargo de abatir á todos los enemigos de la virtud. Nunca tuvo que pedir á Dios, como el árabe, que le hiciera ir por el camino recto, porque él iba y se detenía sólo á echar su luz, para detenerle ó denunciarle, sobre el que se salía de él. Y en su sepultura pudieran grabarse aquellas tres palabras que grabó el duque de Weimar sobre la tumba de Herder: luz, amor, verdad.

Esplende, con la luz igual á la de la más her-

mosa escena histórica, la escena de sus funerales en la ciudad de Buenos Aires. Una promesa parecía hecha al Cielo. Los padres de aquellas tierras y los mejores jóvenes hablaron. Con su palabra de grandes círculos y atrevidas alas habló Mitre; habló Sarmiento con la suya inquieta, audaz y misteriosa, y Lucio López con su lengua de colores. Con acentos sacerdotales y proféticos dijo adiós á Juan Carlos, en nombre del Uruguay, el enérgico anciano Carlos Blanco; y con aquel comedimiento y serenidad de la generación que nace se despidió de él Manuel Herrero y Espinosa, como un hijo. No parecían aquéllas meras palabras humanas, sino que flameaban como banderas, apretaban como compromisos, resonaban como tablas de bronce y brillaban como coronas de plata. Se afirma un pueblo que honra á sus héroes.

En un día 25 de mayo, á los clamores de la noble gente moza que acababa de arrebatar de manos de French los trozos de cinta azul y blanca, llamados á ser luego el pabellón de la patria, surgió libre y gloriosa Buenos Aires de su Cabildo timorato. Llama era toda la plaza, cuajada de gente; en hombros de sus amigos y llevados por los vivas, peroraban los ardientes chisperos; ola de fuego el pueblo parecía, y maza cada mano, cada palabra gloria, cada resistencia caña, coraza cada pecho; llegaba al Cielo el bravo vocerío; detrás se iba la ola de los chisperos y manolos bravos; ¡es hermoso ver cómo nace la libertad, blanca y avasalladora, de los pechos humanos! Nacía el sol de los pueblos orientales. Juan Carlos Gómez, que murió en día 25, se acostó en la tumba, y tenía derecho de acostarse á los reflejos de aquel sol de mayo.

LA REPUBLICA ARGENTINA EN EL EXTERIOR

UNA SESION EN LA CAMARA DE COMERCIO DE NUEVA YORK

LA PALABRA DE UN ANTIGUO AMIGO

SU INFLUENCIA BENEFICA

LINEA DE VAPORES AL PLATA

DEBERES DE LOS ESTADOS UNIDOS PARA CON LA REPUBLICA ARGENTINA

LA LANA "AD VALOREM"

¡MEJORES DIPLOMATICOS!

La Nación, de Buenos Aires.—Junio 22 de 1888.

LA REPUBLICA ARGENTINA EN EL EXTERIOR

Nueva York, mayo 3 de 1888.

Sr. Director de La Nación.

Hace hoy ciento veinte años que se reunieron en una hostería, á hablar de negocios, los mercaderes de pro de Nueva York, y alrededor de una mesa de nogal, con su poco de sidra y su más de cerveza, para rociar la ceremonia, declararon constituída la Cámara de Comercio, sin más retratos en las paredes que el del buen rey Arturo y su mal amigo Lancelote, el sin par caballero de la Tabla Redonda. Hoy, ciento veinte años después, los patriarcas de Nueva York, sentados en sus poltronas de caoba, oían en la sesión solemne de elecciones, presidida por los retratos de negociantes ilustres que cubren los muros de la Cámara, el discurso en que el caballero Edward Hopkins aboga elocuentemente por el establecimiento de una línea de vapores correos entre estos estados y la Argentina. No sólo oyeron los patriarcas, sino que asintieron. Y la primer champaña de la fiesta con que celebra la Cámara su sesión electoral fué vertida en las copas de los representantes de la Argentina y sus amigos, por el caballero presidente.

La fiesta era bella, aunque le quitaba concurrencia la hora, que es acá la más ocupada del día; pero el carácter, pintado en los rostros, suplía de sobra el número.

Se notaba bien el diferente modo de vivir de

las generaciones, porque los ancianos, de espaldas anchas y cara rubicunda, parecían más mozos que los comerciantes de estos días, de más competencia, ambición y atareo, en quienes antes que las canas salen las arrugas. En un grupo, saboreando un Clos-Vongeot, hablaban de la discusión de la tarifa, y de cómo la idea de la rebaja gana campo, y del brutal lenguaje con que se injuriaron ayer en el Senado , poniéndose uno al otro de "perros traidores", el republicano Ingalls, que preside á los senadores, y el demócrata Voorhees, pretendientes ambos á la presidencia de la República. En otro grupo se hablaba de la lana; de que se la declararía libre; de que no se la declararía; de que quedará probablemente admitida *ad valórem*. Pero, aunque el *Herald* había publicado por la mañana la noticia de haber suspendido pagos quince casas bancarias de Buenos Aires, ó no se hablaba de eso, ó se decía que también acá tuvieron su "viernes negro"; "¡así se aprende!", decía un anciano, seco como una nuez y no más alto que ella; "no hay mal en que un pueblo nuevo sepa pronto que debe atenerse al valor real de la propiedad, y no al valor imaginario". De lo que en todos los grupos se hablaba, aquí Thurber, allí Jesup, allá Bliss, acá Schultz, era de la "vergüenza de saber tan poco de un país que puede producirnos tanto"; de la necesidad de poblar el mar con barcos de hierro trabajados en los arsenales, hoy desiertos, de la República; de que "de veras será un crimen que por falta de una línea de vapores nos dejemos echar por el inglés de un país que nos tiene ese cariño". "Veremos, veremos lo que informa sobre el discurso la Comisión de Comercio Extranjero". "Mi señor: este buen Roederer seco, por el primer vapor de hierro de la línea". Y uno de los amigos de la Argentina hacía notar que de ella no puede decirse que padece de lo que el mismo Hopkins llama en su discurso "el

narcotismo de Hispano América". "No; lo que es del opio—decía otro—no parece que padezca; tal vez esté en peligro de padecer de la cocaina". "Ella aprenderá con los golpes, como nosotros estamos aprendiendo, el error de negociar en los valores falsos que la especulación acumula sobre los valores reales; toda diferencia entre el valor real y el valor de especulación es una acción negativa, cuyo dividendo paga la catástrofe." "No sabíamos por acá que allá junto al otro polo hubiese un país que nos sigue tan de cerca". Y esta observación trajo á la memoria una escena de hace pocos días, cuando la parada funeral de Páez.

Era en el cuartel, y el general Jacinto Pachano, de Venezuela, presentaba al famoso Sherman, al héroe de la marcha de Atlanta, el cónsul de la Argentina, el cónsul del Uruguay. La edad, la gloria y la estatura dan al anciano cierta belleza homérica. Aguzó el rostro curioso y le lucieron los ojos de águila. "¡Ah, la Argentina, Uruguay!"—dijo.—"Sí, sí, ya sé; eso está del otro lado del Ecuador!"

* * *

Y ese asunto de la Argentina fué el único de que se trató en la sesión solemne, fuera de las elecciones; lo cual revela la importancia que en lo privado de la Cámara se da al estudio serio de los medios que puedan asegurar á los Estados Unidos un comercio amplio con el Plata. Y si alguna duda cupiese de este interés, se habría desvanecido al observar la viva atención con que aquellos hombres, representantes estimados de la riqueza de Nueva York, escuchaban las estadísticas con que Hopkins, conocedor de su público, precedía sus consejos, recibidos más de una vez con un murmullo de aplauso.

Primero fué la orden del día, discursos de re-

cuerdo de los muertos del año, voto de gracias á los funcionarios salientes, elecciones unánimes. La elección duró cinco minutos; un caballero vestido de negro, ultradelgado y sobrelampiño, paseó por entre los cien millonarios, casi todos canosos, su sombrero de pelo, que volvió al estrado presidencial lleno de las candidaturas impresas; mientras él y el secretario abren las listas, la Cámara cuchichea; se está como en una casa amiga, sin necia ceremonia; "todas las listas tienen el nombre del presidente—dice el caballero,—menos una"; la Cámara se echa á reir, y recibe con palmadas al presidente reelecto, que no es el de más millones, ni el de más influjo en esta corporación que tan decisivo lo ejerce en los negocios del país, sino Charles Smith, comerciante en géneros, que tiene fama de presidir bien, comerciar con honor y medir los hombres de una ojeada. El presidente alude en un vuelo á sus deficiencias personales, á los servicios de la Cámara durante el año anterior, al *lunch* que espera detrás de la puerta cerrada y al mérito de la memoria anual compuesta por el "muy celoso é inteligente secretario"; al secretario, que forcejea en aquel momento por abrir una gaveta, se le llena la cara de color; por fin llama el presidente á su izquierda al caballero Hopkins, que lleva, como Dilks, una corbata roja.

La hora que duró el discurso pareció á todos breve, y en especial á los que, á la vez que lo oían, observaban la curiosidad respetuosa de aquel senado de magnates; muchos escuchaban con avidez visible; todos con buena voluntad; alguno con sorpresa; cuál pidió que le repitiesen un dato; cuál que ampliasen otro; entre éstos y aquéllos se cambiaban signos de satisfacción; el éxito del orador era patente cada vez que aludía al bochorno de que no se viera por las aguas argentinas un buque norteamericano; más de uno, al oir, acaso por primera vez, en cifras, las pruebas del

desarrollo creciente de la República, adelantaba el cuerpo atento, como si se dispusiese ya á echar el capital hacia el nuevo mercado.

El caballero Hopkins hablaba de prisa; ponía de relieve la inferioridad del norteamericano en la Argentina; con su autoridad de yankee flagelaba el descuido y la ingratitud del yankee para una tierra donde se le han dado tantas muestras de afecto. Y lo notable y útil del discurso no fué sólo haber logrado repetir desde la primer tribuna comercial del país lo que en pura justicia se viene aquí publicando y diciendo en estos últimos años, sino que no dijo estas cosas como de menos á más, pidiendo como merced que el águila ampare con su águila un país de aldea, según torpemente hacen algunos políticos perniquebrados; ó admiradores tan amigos de la tierra ajena, que pierden el respeto por la propia. Hopkins no basó sus demandas en que la Argentina las solicitase, sino en que por su riqueza es un mercado apetecible para el comercio hipertrofiado de los Estados Unidos, y en que el progreso continuo de sus instituciones y su capacidad de desenvolverse por sí propia merece el respeto de Norte América, á quien por el empuje se compara, y vence en generosidad y cortesía. "Los argentinos no nos piden favor—decía Hopkins hablando de las lanas,—sino justicia. ¿Cómo se concibe que recarguemos con un derecho especial la lana de un país amigo que no puede dañar nuestra lana, por ser naturalmente distinta, sobre todo cuando es un país que, á despecho de nuestra incuria y desdén, no se ha cansado de darnos muestras de simpatía, muestras que ni siquiera hemos reconocido en nuestros documentos oficiales?"

Grande era la atención de la Cámara, y aun hubo un rumor de asombro cuando—después de agrupar hábilmente las cifras que demuestran

el progreso argentino en todos los ramos nacionales, y la pobre figura que los americanos hacen en él,—enumeró las semejanzas entre la Argentina y los Estados Unidos, "cuya constitución va perfeccionándose allí de año en año, en medio de obstáculos que sólo su raza mixta, sólo los hijos de Felipe II y de la inquisición conocen", y señaló las demostraciones más notables de buena voluntad y afecto del país y sus gobiernos hacia Norte América; cuando al comenzar la guerra del Sud se apresuró la Argentina á saldar reclamaciones americanas por cientos de miles de pesos, que pendían de medio siglo atrás; cuando al recibir la noticia de la muerte de Lincoln el Congreso suspendió sus sesiones por tres días y la provincia de Buenos Aires dió el nombre del mártir á una nueva comarca; cuando en el espacio de una semana, á propuesta del vicepresidente Alsina, decretó el Congreso favorecer con una subvención anual de veinte mil pesos, durante ocho años, la línea de vapores entre Norte América, Río y Buenos Aires; cuando el 4 de julio del año del centenario el Congreso en masa y el Tribunal Supremo, después de saludar por cable al Congreso de Washington, fueron á visitar la legación americana; cuando dieciséis mil almas pasearon la ciudad con insignias de luto en señal de duelo por la muerte de Garfield. Habló del primer tratado que firmó la Argentina con el ministro de Norte América, para la navegación libre de los ríos; de las muchas obras de los Estados Unidos sobre ley política, economía y hacienda que el Gobierno de allá lleva publicadas; de la petición que los ciudadanos argentinos presentaron al Congreso, por vía de Schenk, para que extendiese al Plata la línea de correos que llegaba ya al Brasil; de los cien mil pesos anuales con que el gobierno argentino ofrece hoy favorecer los vapores correos, aun no establecidos.

Y en verdad, era extraño oir al orador, ante aquella Cámara de millonarios tenidos en el mundo por gente de tanto ímpetu y empresa, dolerse de que el Congreso no concediera á la línea de vapores un "contrato por tiempo suficiente, que autorizara el gasto de construir los buques".

"Puesto que protegemos el correo por tierra—decía Hopkins en su oración, marcadamente proteccionista,—¿por qué no hemos de proteger el correo por mar? Puesto que protegemos la producción de nuestras industrias, ¿por qué cometemos la locura de no proteger su transporte á los mercados donde sería posible su venta?"

"Nuestras fábricas se enmohecen, y nuestras minas se ciegan; nuestros trabajadores sin empleo se exasperan en su abandono y destitución; dadnos modo de llevar afuera nuestros productos, para que el trabajador pueda tener ocupación, y el comercio su curso natural, y nuestra marina vida, y nuestra industria puertos extranjeros para los artículos de que está ahora ahita."

Pero en esta parte del discurso hubiera podido preguntar un observador desapasionado: "¿y de qué les vale á las industrias que el Congreso las provea de barcos que lleven afuera sus productos, si aun con los escandalosos descuentos de exportación resultan casi todos los productos norteamericanos más caros en los Estados Unidos que los artículos rivales puestos en los mercados extranjeros?" Por los sistemas cerrados á nada se llega. En todo sistema hay su tanto de verdad.

La vida es relativa y no absoluta. Los pueblos pueden necesitar de la protección, como un niño necesita de andadores.

Puede ser útil proteger una industria genuina, mientras las restricciones necesarias para protegerla no impongan á la nación un sacrificio su-

perior al beneficio que á toda luz haya de sacar de ella.

Las industrias crecidas necesitan salir de la protección, como de los andadores necesita salir el niño. Con el mucho auxilio sucede á las industrias lo que á la criatura á quien nunca saquen del andador: que no aprenderá á andar. No es prudente ligar una medida racional á un sistema fijo, sobre todo cuando el proteccionismo está recibiendo día sobre día en los Estados Unidos golpes mortales, y se le acusa con razón de haber creado tales antagonismos económicos que, si se les sigue extrayendo, la República puede parar en los mismos desastres, odios y despotismos que las monarquías.

* * *

Lo que sí puede ser es que, por la angustia del comercio y lo racional de la demanda, so capa de contrato de correos, se ayude el Congreso, aunque no muy en seguida, á extender á la Argentina la línea de vapores; pero no como concesión al proteccionismo, que en este Congreso ó en el próximo se verá inevitablemente sustituído por una tarifa más viable y humana, sino porque es mucho el desasosiego de la gente de negocios que en todo el país, como en la Cámara hoy, atiende ávida á cuantos le hablan de abrir nuevos mercados á sus industrias afligidas.

Casa que hace diez años desdeñaba llenar una orden de Sud América, como se dice en jerga mercantil, porque se la pedían en envases especiales, ahora busca su más suave y verboso viajero para que vaya, sombrero en mano, por aquellas tierras, viendo qué envases quieren. Otra casa famosa estimula á un editor con lisonjeras ofertas á que publique un libro descriptivo de toda nuestra América. Y en la Cámara ha sido

hoy evidente que por mayoría, si no por unanimidad, acordará ejercer su influjo en Washington para obtener el contrato de correos que sirva de base á la creación de la línea directa á la Argentina.

"Tres cosas—dijo Hopkins—necesitamos para abrir el comercio con aquella extraordinaria República, cuya estadística nos iguala, cuando no nos saca ventaja; cuyas leyes son semejanza de las nuestras; cuya metrópoli lo es de la América del Sud, como Nueva York de la del Norte; cuyo comercio con nosotros es la vigésima parte del comercio total del país; cuya cultura á la de nadie envidia; cuya prensa cuenta con periódicos como *La Nación, La Prensa* y *La Tribuna Nacional,* que serían una honra para cualquier pueblo del globo. Tres cosas necesitamos: que el Congreso apruebe el contrato de correos que le tenemos presentado, á treinta centavos tonelada por cada mil millas; que se levante el derecho de diferencia sobre la lana argentina, que no sólo impide nuestro comercio, sino lo lleva á nuestros rivales; que reforme por completo nuestro sistema de representación consular y diplomática."

No cabía en el discurso proteccionista abogar por la entrada libre de la lana, como con éxito y denuedo abogó el Presidente en su mensaje, y el representante Mills en la oración fundamental en que explicó el proyecto que lleva su nombre ante la Casa, donde no levantan cabeza los proteccionistas republicanos, aturdidos por la cohesión y brillantez de los argumentos de los demócratas reformistas, que cuentan las victorias por los discursos, y se aprietan cada día con más fervor en torno del estandarte que alzó con tanto esfuerzo Cleveland. Pero, en cambio, empleó cifras y razones para demostrar á los mismos proteccionistas, mantenedores del derecho diferen-

cial, que el que hoy entraba las lanas argentinas puede suprimirse sin peligro de la lana de Norte América, por ser la naturaleza, rendimiento y empleos de ambas tan diversos, que la lana del Plata no puede dañar á la de Vermont, aplicada á distintos usos.

De lo que habló con más desembarazo, y aun con sus puntos de literatura, fué de la reforma que considera necesaria en el servicio consular y diplomático; y la grave concurrencia parecía estar de su parte, á pesar de no ser aquí tenido en gran cosa este servicio, cuando concretaba su consejo de este modo: "Muy pronto cambiaría nuestro influjo en toda Hispano América, y sería igual por lo menos al de nuestros rivales, si nuestro Congreso decidiese comprar casas de legación en esos países, y enviar á ellos ministros plenipotenciarios con secretarios que supiesen hablar, ó fueran capaces de aprender la lengua que se habla á su alrededor, bailar con las jóvenes bellas, llamar la atención en las ceremonias públicas y entrar de lleno en la sociedad de las capitales donde residen, con sueldos decentes para los empleados de las legaciones, y personas decentes para gozar de los sueldos, y permanecer por aquellas tierras mientras en ellas fueran útiles. Talleyrand fué quien dijo que el ministro que quiera salir con éxito de su misión debe conducirse de manera que lo acepte con gusto la gente culta del país donde esté acreditado." Y desenvolviendo de una vez su pensamiento y el que con alguna tardanza empiezan ya á abrigar, como la mora que llama á María en el instante de su angustia, los prohombres norteamericanos, el caballero Hopkins terminó su útil y discreto discurso de este modo: "Entonces la América—nuestra América,—consolidada en sus intereses por la unión comercial de los valles más vastos del mundo, los valles del Mississippi, el Amazonas y el Plata, será la parte más próspera del globo habitado, superior en riquezas al Oriente y guía verdadera de los hombres por los caminos de la libertad y de la paz".

* * *

Quien estudia la economía de las naciones; quien sabe que es mortal para un pueblo tener todo su tráfico ligado á un solo pueblo; quien ve de cerca que las causas que aquí amedrentan el capital son tales que ya el dinero del Norte busca salida en las empresas no muy seguras de México, Honduras y Colombia; quien conoce el ansia con que los grandes acaudalados estudian el modo de colocar alguna parte de sus bienes donde el reino democrático que ya se anuncia no investigue sus orígenes ó ciegue las fuentes de sus rentas, comprende cuán ventajoso es exponer con cuerda y eficaz insistencia ante este país, sobrado de capitales deseosos de exportación, otro país al que pudiera convenir importarlos.

"LA PAMPA"

JUICIO CRITICO

El Sudamericano, de Buenos Aires.—20 de mayo de 1890.

"LA PAMPA"

El gaucho viene, á caballo tendido, por la llanura, mirando atrás de sí, como quien desconfía. Su caballo batallador, enhiestas las orejas y vigilantes los ojos, saca del pecho membrudo, en un arranque de galope, las manos de cañas afiladas. El poncho, cogido sobre la arzonera, flota al aire, dorado y azul. El gaucho es de los que nacen á horcajadas; con la rodilla guía á su compañero, más que con la rienda; trae calzones azules y camisa blanca; al cuello lleva un pañuelo rojo; el sombrerete de ala floja va bien sujeto, por el barboquejo, á la cara lampiña. Esa es la portada del libro argentino que ha publicado en París el francés Alfredo Ebelot, con el nombre de "La Pampa."

No es libro vergonzante, impreso en papel turbio, con láminas prerrafaelitas; sino de lo más rico que sale de las prensas, con páginas que convidan á leer y dibujos blandos y delicados, donde se ve, en su ternura y ferocidad, la vida de la pampa, de la planicie imponente y melancólica, coronada al Norte por la palma moriche y frondosa higuera del Brasil y la calzada al Sur por los montes tétricos de la Patagonia. Allí la vida intensa bajo el techo del Cielo, con el recado por montura y posada y el horizonte sin más ondulaciones que las del lomo de los avestruces. Allí la pulpería, el club del desierto, con sus velorios y sus rimas, sus carreros y sus cantos, su ginebra y su conversación, su alboroto y su comercio.

Allí, en los yerbales profundos, la "boleada", la caza á caballo, con el arma de las bolas; el "baqueo", siguiendo la pista del indio temible por la piedra y el agua; la pelea de la "partida" de soldados y el gaucho malo, el gaucho alzado contra la justicia, que se corre á ellos, se quita de encima las balas á punta de cuchillo. Allí el indio jinete, que cría á sus hijos para el exterminio del blanco invasor, y la tropilla que le rinde la vida y la hacienda, ó lo echa sobre sus toldos á balazos. Allí, expirando ya á los pies de la locomotora, la vida primitiva y la época.

En setecientas leguas de soledad, á las puertas de las ciudades universitarias, vive aún, con la tradición confusa de lo indio y lo español, una casta natural y fiera, nacida de los castillos y la indiada, hecha al caballo y á la sangre, que bajó lanza en cuja, á la población, á desmontar de sus cátedras al "cajetilla" que, con el agrimensor y el botavacas, la ha vencido. "La Cautiva", de Esteban Echevarría, y el "Celiar", de Magariños Cervantes, cuentan en verso la vida de aquellos centauros, los ataques de la "china" y el "pallador" á la grupa del potro, las muertes que deben aquellos caballeros del cuchillo, de alma leonina y de apostura real. Rafael Obligado la cuenta en sus versos de colores. La cantó el gran Sarmiento en su "Civilización y Barbarie", libro de fundador, donde se narran los combates de Aldao, el fraile terrible, y del "tigre" Facundo Quiroga. Ahora Ebelot pinta la pampa que se va, el último velorio, la última pulpería, el último gaucho alzado, poncho al brazo y hoja al sol; el mate bebido al alba en cuclillas, antes de ir á la carrera, de juntar la caballada de la tropa, de arrancar, en sus bestias amigas, á la boleada palpitante. "Pampa" es el caballo que el tigre mismo no logra acobardar; "pampa" es el perro que de una dentellada le quiebra el muslo en la

pluma al avestruz; la india vanidosa, al mes de verse en la finura de las ciudades, con collar de cuentas y pañolón carmesí, no quiere ser "pampa"; "¡luluhuú!" grita desnudo en su caballo, arremetiendo sobre los guanacos, con las bolas al vuelo por encima de la cabeza, el indio de la "pampa". Allí está el poema donde el hombre alborea, como en las edades vírgenes; mata á fuerza de brazo al león que le niega su morada; copia en la piel, á punta de puñal, los árboles, los combates y las nubes; canta de noche, al son de las estrellas, el triste y el cielito; marca de un tajo la cara del que le ofende ó le disputa el puesto, y cae de rodillas ante la civilización, roto el jarrete por la reja del arado. ¿A qué leer á Homero en griego, cuando anda vivo, con la guitarra al hombro, por el desierto americano?

* * *

"La Pampa", de Ebelot, no es libro macizo, como pudo ser, sin más que poner con arte lo saliente y propio de aquella vida natural, de modo que se enseñara de por sí, y sin apuntador, y que el carácter del hombre naciese de la naturaleza que lo rodea y educa. El apuntador molesta en los libros, como en el teatro. Lo que se vió es lo que importa, y no quién lo vió. El desinterés del autor es, en la composición de un libro, esencial al arte. Es como cuando sale á la escena en el teatro chino, en medio de los príncipes de tisú y de los generales alados, el tramoyista de chanclos y blusa que en pleno baile de ira, ó esgrima de batalla, entra y sale por entre los actores con sus decoraciones ambulantes. Peca este libro sincero de "La Pampa", en que el autor mezcla sus opiniones, aprendidas y prehechas, con las que dan las cosas de suyo, que es lo que el lector busca en los libros. Porque éstos son

los tiempos de pensar por sí, sin perifollos de frase ni dilaciones inútiles, y lo que el que lee quiere y necesita son hechos en que fundar su juicio; por lo que, le impacientan con razón, por satisfechos é intrusos, los juicios de otro. Hay libros de mero discurso y opinión personal, que cae, de lo vacía, cuando no está bien fundada, y tienen su encanto en el arte con que el autor hace que sus razones opinen por él y comienzan y llevan al lector adonde con la verdad se le desea llevar, sin ofenderle la vista con la pompa rudimentaria, ni el albedrío con los pareceres dogmáticos. Lo que se quiere es saber lo que enseña la vida, y enoja que no nos dejen ver la vida como es, sino con éstos ó aquellos espejuelos. Con tanto como se escribe, está aún en sus primeros pañales la literatura servicial y fuerte.

Es cierto que en "La Pampa" va el autor como contando á modo de testigo lo que vió, y lo cuenta con soltura y hombría, y aquel espíritu de la naturaleza que á todos nos hace unos, según el verso inglés; pero lo que describe es tan vivo é interesante, tan ruidosa aquella "galera" de cadenas en que vienen revueltos hacendados, mozas y criminales; tan ceñida la carrera de los caballos perspicaces á la puerta del vasco pulpero; tan segura la nariz del rastreador que va levantando la pista del fiero Gato Moro; tan deslumbrante, con el Sol en la lejanía y el ánimo del mate en las venas, la boleada de donde vuelve el cazador con el avestruz á la arzonera ó la piel chorreando á los hijares; tan pintoresca y nueva la pelea en que el que quiere lanza para pelear se la quita al enemigo con el lazo de las bolas, que no está bien en su traje de biblioteca el caballero francés cuando sujeta los caballos humeantes, con su jinete de camisola y "vincha" á la cabeza, como los corredores griegos, para poner en la llanura abierta las novelerías de la metafísica de

ahora, ó se quita de la boca la bombilla de plata del mate cimarrón, del "matecito" sin azúcar, para el pecado artístico y filosófico de encinchar con Darwins y Heckels la vida libre, que se hà de estudiar con un juicio tan libre como ella. ¡No se sale de un papado para entrar en otro!

Donde pudo y debió ver los lances heroicos de la sociedad inicial, el combate primario del hombre y de la fiera, la tristeza asidua y gozos violentos de la vida nómada, la reducción de los lanceros desamparados al capitán cauto y hercúleo, la disputa de las tribus pujantes y naturales con la ciudad literaria y leguleya, y la victoria súbita y feliz de la cultura, bella y útil, sobre la barbarie deslumbrada, ve persistencias, y desviaciones y selecciones, y atavismo. Lleva teoría, que es como llevar venda. No ve más que barbarie primitiva y necesidad feroz de sangre en el indio descendiente de generaciones oteadas y acuchilladas por el blanco, que congrega á su prole, frente al cautivo blanco atado, á que con sus manos indias cumpla la justicia que manda cumplir la tierra de sus padres, manchada por el invasor. A crudeza animal, é insistencia de la fiera en la composición humana, atribuye la familiaridad, que le parece gusto, del gaucho con la sangre, sin notar que ésta es consecuencia de la vida carnicera del gaucho, que se ve, en las comunidades civilizadas, en los mataderos de reses, casado con el cuchillo; y que el valor es una nobleza á que busca salida el hombre, siempre amigo de lucir la habilidad y la bravura; colorada es la sangre del hombre, como la del toro; al toro, que no ofende, se le mata, y ¿ó no se ha de matar al que ofende la vanidad y el puntillo salvaje? Por teorizante, cae en errores; como el de decir que mientras más se acerca el estado primitivo del hombre, "más se le ve el furor del juego y de la embriaguez"; y el juego, que no es más que la forma violenta é

inculta de la esperanza, é impera en las civilizaciones de plastrón y claque, se le antoja salto atrás, según la teoría naturalista, y reaparición periódica del hombre bárbaro.

La atracción del abismo, el vértigo de la mar y las alturas, la tendencia constante del hombre á entrar en lo absoluto, á salir de sí y esparcirse, la juzga, por la ceguera de las reglas escolásticas, retorno á la cerebración caótica primitiva. Con ver el mundo, graduado y en cada grado idéntico, cualquiera que sea la época de la graduación, salvo las modificaciones de lugar y ambiente, hay filosofía magna é infalible para entender cada trance social, y gozar con verlo, sin entristecerse, como nuestro francés, porque se acaban los carnavales aldeanos de la Buenos Aires de Otroza, cuando damas y caballeros peleaban á agua brutal, á no ser que estas mudanzas no sean por cosa nacida del país, que es lo que nutre y persiste, sino por postizos de afuera, de otras causas y gente, que á la larga dejan á los pueblos sin la persona propia, y crecida en sí, que es su sal y levadura. ¿A qué buscar en particularidades locales lo que es de la naturaleza común de cuantos pueblos empiezan á vivir? Tiene el gaucho argentino velorios, como el canario campesino y el vulgo irlandés. En la pampa visten de fiesta al muertecito, con sus vestidos mejores, y en Colombia le ponen zapatos dorados, porque es de espinas el camino del Cielo, y no quiere la madre ¡no quiere! "que se le entunen" al hijo los pies. Batea su carne el cazador pampero, lo mismo que el indio del Norte. Sin ley vive el gaucho de Choel-Choel, y el vaquero yankee vive sin ley. En cuanto "se carga" de ginebra en la pulpería, sale el gaucho á flor de aire, á llamar á pistoletazos á quien le saque el pie en valor, y el minero de Colorado hace bailar á balazos en los pies, al petimetre de la ciudad, lo mismo que el gaucho al

"cajetilla", en cuanto le aloca la sangre el whisky. El gaucho malo llega á contar sus muertes como honor; y el llanero de Upata, allá en Venezuela, le decía al maestro: "Señor maestro, me gusta dar una puñalá por detrás, *pa* oir el *pujío.*" El que sabe de árabes errantes é indóciles, sabe de gauchos. Y la torre de los fortines del desierto, ¿no es la torre de las tribus africanas? El hombre es uno, y el orden y la entidad son las leyes sanas é irrefutables de la naturaleza.

* * *

Pero esta desventaja de la prevención, que tanto daña cuando viene de la pasión por la ciencia como de la ignorancia de ella, resulta menos en el autor de "La Pampa", por ser á las claras un hombre bueno, que es la primer condición para ser inteligente de veras; y se ve que el corazón sincero le manda querer lo que la teoría tacha de animalidad por ingenua: la pulpería, él "la quiere." Los gauchos, á la verdad, "son gentes buenas cuando se sabe por dónde tomarlos." El Gato Moro juró guerra á los jueces de paz, y mató cinco de una función de cuchillo; pero los jueces de paz le quitaron al Gato Moro su caballo querido, "su crédito", ó su recado de plata, ó su "china" amorosa. Se va el gaucho con la vida nueva, y él "siente que se vaya". ¿Quién se le apegará por simpatía en la jornada contra el indio sagaz, y le colgará del arzón, sin que lo note, el pañuelo, con toda la yerba mate que le queda? ¿Quién, con el mismo cuchillo que remató en la disputa á un "delicado", le quitará al tigre caliente la piel, y se la regalará, "porque para sí la querría?" Son buenas gentes estos gauchos. Una china les gusta, y se la llevan á la grupa, á vivir en la platería del Cielo, que de día tiene un bri-

llante, y de noche es una caja de joyas. Tienen el apetito del puñal, y al "cajetilla" de la ciudad lo ven con odio; pero cuando el poeta pálido andaba por la pampa, el enfermizo Echeverría, ¡no le sacaban el sombrero, y le oían hablar de pie, y se ponían en fila para que pasase, y se decían al oído: "¡Este no es cajetilla! ¡este es poeta!" ¡Buena gente, estos gauchos!

En el velorio los pinta primero el libro. Llega la tropilla á la estancia de Torres, que es rico del lugar, y atan en el palenque los caballos, porque del muro del palenque adentro no se pasa montado sin pagar cara la descortesía. El angelito de cuatro años se ha muerto, y hay velorio de los vecinos para celebrar su viaje al Cielo. Afuera, llueve á mares; el trueno tamborea; el rayo estalla. Dentro bailan, ceñidos en la habanera ó picándose los pies en la zamacueca, los pares de novios, que se persignan al pasar frente á la silla donde está sentado el niño muerto, sobre un pie de cajones vacíos, con treinta y seis velas de sebo alrededor, y á un lado el gaucho viejo, de canas por el hombro, rasgueando la guitarra, y al otro lado la madre, con las manos cruzadas sobre las rodillas y los ojos secos. Hay pocas fiestas en la soledad, y el pulpero le toma en alquiler su muertecito al gaucho pobre, que sí se lo alquila, para que el ángel tenga velas y vaya al Cielo como se debe, con canto y velorio, ya que la suerte negra tiene en el hilo vivo el poncho de sus padres.

Y llega la mañana. En cuclillas sorben, alrededor de la fogata de boñigas, el mate generoso. Sobre el recado, tendido por tierra, se echó el sueño ligero, y ahora el recado, con sus jergas dobladas en cuatro para lo de abajo, su caroña de cuero fino para la humedad, su basto de madera fileteado, con estribos de plata, su pellón y su sobrepellón, de cama que fué, es silla de montar; la cincha es de cuero, y la sobrecincha de

lana, y el freno es como los de los moros, de cuero trabajado y de plata; donde cabe la pica de su cuchillo, allí labra el gaucho flores, y cabezas, y caprichos, y hojas; sobre el calzón holgado se coge á la cintura, á modo de sobrecalzón, el chiripá; por la cabeza se mete el poncho, y el sombrero hasta los ojos; á rastrear va la "partida"; á buscar al asesino que mató en su rancho al "baqueano viejo", que era la gloria y el honor del lugar, porque no había como él para decir de un guiño dónde estaba cuál estancia, ó á cuántas leguas era la vuelta para ir á la otra, ó á cuántos días estaba el indio. Por más huellas que vió á la puerta del rancho busca el rastreador al asesino, que huyó hace como ocho días por el yerbal, remolineando, para extraviar la pista, por el río, hasta donde halló piedra, para no dejar rastro á la salida. Llegan á un pueblo en feria, por entre carros, tiendas, grupos, caballerías. "Este es el caballo", dice el rastreador. Y era. El asesino lo trocó por otra bestia del carretero. Vuelven al punto del trato; toma el caballo, á trote de vuelta, el camino de su señor, y el rastreador victorioso le pone la mano en el hombro al asesino, que confiesa; ¿quién se le niega al rastreador? En las calles de piedra conocen los hijos de los gauchos la mula en que pasó el cura, ó el caballo en que anda el alcabalero, ó si el maestro salió con botas ó con alpargatas; y en el remolino de la yerba saben cuántas caballerías van, y cuáles son yeguas, y cuántos son los potros; no le vale al que huye ir de punta de pies, ó andar á la jineta sobre la cerca y caer lejos, de talones; al cabo del año el rastreador, impasible, encontrará la huella.

Si hay por allí boleada, ¿quién se va sin verla? Para avestruces y venados dicen que es; pero los gauchos ricos están temblando, porque las bolas las suele echar el cazador sobre el caballo que co-

dicia, ó sobre el novillo pintado, "por mor de la piel". En sus caballos de todo lujo vienen á la arrancada los boleadores. Montan en su caballo de cazar; el Sol está saliendo; el agua del mate barbulle en la caldera; los perros enjutos se relamen el hocico; á la busca se arranca la boleada, por los cuatro vientos; de los cuatro vientos vuelven al anochecer, con la carga de pieles sangrientas, y los avestruces muertos por pendones; los perros traen el hocico colorado. Tendidos sobre el recado, encuclillados alrededor de la bombilla, sentadas en cabezas secas de bueyes, pasan la noche clara, con las estrellas como si les dijesen cosas; y el pallador está cantando las muchas desgracias que ha tenido, ó la muerte triste del gaucho Santos Vega, ó el robo que le han hecho de su fina querida, ó la pena que tuvo cuando cantó mejor que él el pallador de otro poblado, ó la pelea que ha habido entre los soldados y los indios, ó lo tierno que se pone un hombre cuando ve en la noche el Cielo estrellado.

En la pulpería es donde se cantarán luego las hazañas, en la sombra de los bancos largos que corren por junto á la pared, ó de codos en el mostrador, platicándole al pulpero que de detrás de la reja segura les pasa los alcoholes, ó dibujando con el cuchillo, en los muros, las marcas de los caballos del contorno. Ya se salen todos á la puerta, porque el pulpero les compró todas las pieles y las plumas, y llegan del mundo entero, en sus monturas de plata pulida, los gauchos corredores. La pista está limpia, como para carrera grande. Pasean, con el bozal de cuero, los caballos que van á correr. Unos los ven pasar, y hablan de ellos, y apuestan; otros están de amores con las chinas que han venido, de traje largo y mantón amarillo ó violeta, y los pendientes de oro y cristal, y preso en la cinta el cabello repeinado. ¡De vuelta, los corredores triunfantes, en

mangas blancas, con el cabello cogido por la frente con la vincha de color! Luego abren paso todos, porque es la carrera de trampas donde, de cintura abajo, con todo se puede pelear, con la rodilla á la paleta del caballo del otro, para cortarle el ímpetu, ó enlazándole la pierna, para desmontarlo de un arranque, ó llevándole por donde hay, escondida en la tierra, una cueva de bizcacha. Y van cosidos y revolotean, y vuelven cosidos, á escape mortal, caballo con caballo.

Las chinas hablan de la tropa fuerte que fué camino de Juárez, con mucha caballada de repuesto, y más mujeres que nunca, porque la pelea es para no volver, hasta que los indios malditos no "hayan estirado la jeta." Y muchas viejas que iban, de las que hacen las tortas que le gustan al soldado. Recién nacidos iban también más que nunca. Y todas en caballos buenos, porque le sacaron la paquetería á las bestias malas que se les venían al morir, y en un jesús les volvieron á armar los paquetes en los caballos de refresco; y los fogones, y las ollas, y los cestos, y los bultos, y lo de planchar, para ganarles la plata con el buen lavado á los oficiales; "que vea el hombre que se le quiere por su valor y su merecer, y no por lo que da cuando le paga el comisario, porque aunque él no diera, la mujer industriosa se busca con qué comprarse sus pañuelos, y sus alfileres y sus perfumes." Y así van las mujeres del soldado, que ya son menos con los ferrocarriles y la guerra sabia. Por el desierto triste no pelea bien el soldado sin la mujer. Se la dejan atrás, y hay que mandar á buscarla. El perro es fiel al batallón; pero ella más. Y si se anda á golpes cuando se ha bebido mucha caña, hay una torta que sabe muy bien, que viene detrás del vapuleo, y es la torta de las paces. Si hay que pelear, la mujerería se viste con los uniformes que sobran, guarda la caballada y echa atrás al indio.

El juego, la conversación, la pelea de gallos, se suspenden de pronto. De un hachazo corta el gaucho perdidoso la cabeza al gallo bastardo que cacareó. A un lado se echan de prisa todos los jinetes. Viene tronando la galera. De los caballos extenuados echan pie á tierra los postillones, que son tantos como parejas. El mayoral es héroe allí, y ha marcado la cara de muchos atrevidos. Salta del pescante, y se le ve la barba negra, los hombros opulentos, la cintura arqueada y escasa, las piernas secas de andar largo; sin palabras ni risas. Y mientras mudan los caballos en el corral revuelto, con polvareda y alboroto, sacan sillas, mate y agua, para las señoras viajeras; que van de mucho fereler, pero hablan á la par con la gente de Dios; y el pulpero está de mieles con el amo de la estancia, que lleva botas de charol y poncho fino; un gaucho viene en la galera, de chiripá muy lujoso; y un italiano de pelo rizado, con corbata azul y la caja en que trae la prendería de vender, que es la locura de las chinas; y un "desgraciado" viene en hierros, con dos policías; un "desgraciado que causó una muerte, porque el amigo se le echó mucho sobre el cuchillo, y se le enconó la cortada." Para él hay mate doble; y caña de la buena; y se le da un pañuelo de seda, para que recuerde en la pena que hay en el mundo una china compasiva. Y se canta y se baila, y el cantor habla de la agonía de los hombres de honra perseguidos por la justicia, y del cuidado que ha de tener la galera que va á Juárez, porque por allí la indiada anda feroz, y hay una calavera pelada por cada cabeza de buey; lo que oyen las señoras tomando mate. En la galera, ya pronta á arrancar, meten el mayoral y el pulpero una caja de fusiles.

¡Adonde se va y no se vuelve va ahora la galera! Caerán los indios, los últimos indios, sobre los caballos; de la primer bala vendrá abajo el

mayoral; de cadáveres desnudos quedará rodeada la galera; las mujeres, se las han llevado los indios á la grupa. Allá, en la última frontera, hay un cacique indio, hijo de francés, que lleva el pantalón de franja de oro de sargento mayor argentino, y está casado, en su casa de ladrillos rodeada de toldos, con una española. Más allá, en la última ciudad del mundo, en nuestra señora del Carmen de Patagones, con sus colinas de arena erizadas de arbustos sinuosos, son hoy banqueros, agricultores, padres amantes y felices, los que años atrás mandó el Gobierno á la villa por sus delitos de robo, de falsificación, de muerte, á levantar hogares, donde no les podía acusar la tierra, con las mujeres culpables de haber amado sin medida.

INFORME

Presentado el 30 de marzo de 1891, por el Sr. José Martí, delegado por el Uruguay, por encargo de la Comisión nombrada para estudiar las proposiciones de los delegados de los Estados Unidos en la Comisión Monetaria Internacional de Washington.

INFORME

Presentado el 30 de marzo de 1891, por el Sr. José Martí, delegado por el Uruguay, por encargo de la Comisión nombrada para estudiar las proposiciones de los delegados de los Estados Unidos en la Comisión Monetaria Internacional de Washington.

La Comisión nombrada para estudiar las proposiciones presentadas por la delegación de los Estados Unidos á la Comisión Internacional Americana, reunida en virtud del acuerdo de la Conferencia Internacional Americana, congregada en Washington por invitación de los Estados Unidos, para tratar sobre el establecimiento de la Unión Monetaria Internacional Americana, con la base de una ó más monedas internacionales, ha examinado con profunda atención las proposiciones que la delegación de los Estados Unidos somete al acuerdo de la Comisión, para que ésta declare inoportuna la creación de una ó más monedas internacionales, opine que el establecimiento del doble padrón de oro y plata, en proporción universalmente acatada, facilitaría la creación de aquellas monedas, y decida recomendar que las repúblicas representadas en la Conferencia conviden juntas, por el conducto de sus respectivos Gobiernos, á una Conferencia Monetaria Universal, en Londres ó en París, para tratar del establecimiento de un sistema uniforme y proporcionado de monedas de oro y plata.

Cumple á la Comisión comenzar declarando que recibe con agrado la expresión del aprecio profundo con que el pueblo y el Gobierno de los

Estados Unidos estiman la respuesta de los pueblos latinos de América á la invitación del Gobierno norteamericano. Es tan grato ver reconocidos los móviles de nuestra participación en esta Conferencia, como penoso hubiese sido que se la supusiese determinada por ligereza ó ignorancia. Los países representados en esta Conferencia no vinieron aquí por el falso atractivo de novedades que no están aún en sazón, ni porque desconociesen ninguno de los factores que precedían y acompañaban el hecho de su convocatoria; sino para dar una muestra, fácil á los que están seguros de su destino propio y su capacidad para realizarlo, de aquella cortesía cordial que es tan grata y útil entre los pueblos como entre los hombres, de su disposición á tratar con buena fe lo que se cree propuesto de buena voluntad, y del afectuoso deseo de ayudar con los Estados Unidos, como con los demás pueblos del mundo, á cuanto contribuya al bienstar y paz de los hombres.

A su vez toca á la Comisión congratular muy sinceramente á la delegación de los Estados Unidos, por la sana doctrina que inspira sus proposiciones y el reconocimiento oportuno que en ellas se hace de la verdadera función de los pueblos de América en las relaciones económicas universales. El oficio del continente americano no es perturbar el mundo con factores nuevos de rivalidad y de discordia, ni restablecer con otros métodos y nombres el sistema imperial por donde se corrompen y mueren las repúblicas. El oficio del continente americano no es levantar un mundo contra otro, ni amasar con precipitación elementos diversos para un conflicto innecesario é injusto, sino tratar en paz y con honradez, como propone noblemente la delegación de los Estados Unidos, con los pueblos que en la hora dudosa de la emancipación nos enviaron sus soldados, y

en la época revuelta de la reconstitución nos mantienen abiertas sus cajas.

Las proposiciones de la delegación de los Estados Unidos no han podido causar sorpresa á la Comisión Monetaria Internacional, porque ellas vienen á ser el reconocimiento discreto de una situación que vieron siempre claramente los delegados latinoamericanos, por más que en "su deseo de contribuir", según la frase elocuente del honorable Presidente de la Conferencia, "á unificar las instituciones é intereses de las repúblicas americanas, á costa de cualquier esfuerzo razonable", no quisieron llevar tan lejos su previsión que pudiera parecer resistencia sistemática á una mejora en que se requería su concurso. Ni podrán desconocer los delegados latinos, porque era su deber conocerlas, las hondas excisiones que señalaron los debates de la delegación de los Estados Unidos sobre el dictamen de la Comisión Monetaria ante la Conferencia Internacional Americana.

No extraña, pues, la Comisión de estudio, que los delegados de una nación sincera, suspensa hoy entre los mantenedores del padrón del oro, y los de la amonedación ilimitada de la plata, reconozcan ante la Comisión Monetaria Internacional las verdades que ésta se hubiera visto obligada á reconocer por sí, como que resultan con fuerza invencible de la masa de opiniones contradictorias, que sin alteración esencial vienen buscando ajuste desde los años que precedieron al advenimiento de la América republicana. Ni puede la Comisión de estudio, en el seno de la Comisión que desde sus primeras sesiones oyó ideas semejantes á sus miembros, rechazar por nuevas las opiniones de la delegación de los Estados Unidos, convencida hoy, como los delegados latinos, de que no puede aspirarse á la creación de una moneda internacional que no sea

aceptada igualmente en todos los pueblos del globo; de que la moneda internacional es un "sueño fascinador", en tanto que no se llegue á un acuerdo universal sobre la relación fija del oro y la plata; de que "hay otro mundo", y un mundo muy vasto del otro lado del mar, y la insistencia de este mundo en no elevar la plata á la dignidad del oro es el obstáculo grande é insuperable que se presenta hoy para la adopción de la moneda de plata internacional.

No es lícito dejar de desear la creación de un sistema de monedas uniformes, que harían más morales y seguras las relaciones económicas de los pueblos y mantendría en poder de la mayoría activa del comercio, con la ventaja consiguiente del comprador de los productos abaratados, las sumas que hoy aprovechan á los agentes y especuladores del cambio. El valor común de la moneda no sólo facilitaría las transacciones, tanto como las estorba é intimida un cambio inquieto, sino que permitiría crear sobre una suma de necesidades conocidas, ó fáciles de prever, una corriente de negocios más estable y serena, que la que hoy estremecen é interrumpen de súbito, por caprichos criminales á veces, las especulaciones del cambio. Y no se puede negar un valor político, tanto internacional como doméstico, á la adopción de una moneda fija y común, que removería de los tratos entre pueblos el recelo peligroso con que se disputan la soberanía monetaria, y en lo interior, por la quietud y contento que da al portador la mayor seguridad de recoger el fruto de sus productos, completaría la libertad política. Los pueblos no se rebelan contra las causas naturales de su malestar, sino contra las que nacen de algún desequilibrio ó injusticia. Fijar los cambios es robustecer la libertad.

Todo acto equitativo en provecho de la masa laboriosa contribuye á afirmar la seguridad pública. Pero por apetecible que sea la creación de un sistema monetario uniforme, no puede olvidarse, mientras no se obtenga, que la moneda, sobre todo en su aspecto internacional, es esencialmente relativa. Toda alteración en una especie de moneda que sirve para comerciar se ha de hacer en acuerdo con los países que comercian en la moneda de esa especie. La moneda que cubre los saldos de comercio ha de ser mutuamente aceptable á los países que comercian. Ningún país puede aceptar una moneda que no sea recibida, ó se reciba con depreciación y desagrado, por los países que le abren crédito y le compran sus frutos. Ningún vendedor puede ofender gratuitamente á sus compradores. Ningún vendedor debe alarmar siquiera á sus compradores. La uniformidad de la moneda es una empresa digna de las naciones democráticas, conveniente á la paz internacional é indispensable para el goce completo de la libertad doméstica. Pero si esa uniformidad se ha de obtener, sea—como quiere la delegación de los Estados Unidos—por el acuerdo confiado y sincero de todos los pueblos trabajadores del globo, para que tenga base que dure, y no por los recursos violentos del artificio llevado á la economía, que fomentan rencores y provocan represalias, y no pueden durar.

No es menos deseable que la uniformidad monetaria, el establecimiento de una relación fija entre las monedas de oro y plata, que ha de preceder á todo proyecto de uniformidad. Ni el oro cede, ni basta. La insuficiencia de la cantidad de oro conocida y probable, la determinación de los pueblos á no aceptar por substancia monedable la que no tenga valor constante y propio, aparte del valor legal del cuño, y el carácter meramente fiduciario y convencional de la moneda de papel, dan á la plata un valor real como medio de circulación, y un puesto firme en todos los sistemas.

La moderación en su uso beneficiaría más, á la larga, á los productores, que el consumo artificial y excesivo. La plata no tiene, acaso, más enemigo que las pretensiones desmedidas de los productores, empeñados en echar sobre el mundo, con un valor inseguro—puesto que el valor se ha de fijar en parte por la producción—una producción incalculable. Pero parece permitido esperar que con la buena fe y la producción prudente de los países argentíferos llegarán las naciones que hoy discuten sobre la elevación de la plata á acordar, por lo menos, un período de prueba franca y limitada de la moneda doble con relación fija.

La persistencia del metal como moneda en los mercados del mundo, la necesidad patente que hay de él, por la producción escasa de oro, y el mismo carácter popular que asume, como el vehículo de uso mayor entre las masas, acercan más cada día la moneda de plata y la de oro. La nación que más la combatía, ya la acepta á medias. La producción inconsiderada es un obstáculo á la relación fija, pero los productores impacientes habrán de ceder por su interés ante el daño que su tenacidad causa á su propio producto. Otro obstáculo es el tipo vario de la relación entre el oro y la plata en diversos países; pero se nota una disposición creciente á unificar el tipo, y es para la Comisión motivo de complacencia que sea una república hermana, la República de México, el país que haya dado el último ejemplo de esta sensata actitud, proponiendo en su nuevo plan monetario que la relación de la plata y oro sea de 15½ á 1, en vez de 16½ á 1, como era; lo que deja la moneda de plata á mucha mejor luz. Ya el bimetalismo no es la "utopía" de Goschen, ni un suceso práctica y materialmente irrealizable; y es de desear que se cumplan los votos que hace por su establecimiento la delegación de los

Estados Unidos. La América ha de promover todo lo que acerque á los pueblos, y de abominar todo lo que los aparte. En esto, como en todos los problemas humanos, el porvenir es de la paz.

En lo que difiere un tanto la Comisión de estudio, por razón de oportunidad, de las proposiciones de la delegación de los Estados Unidos, es en la de invitar á las potencias del mundo á una conferencia monetaria en Londres ó en París, para estudiar el bimetalismo, la relación de la plata y el oro y la asimilación universal y circulación legal internacional de tipos monetarios. La Comisión acata, como es de justicia rudimentaria, el principio de someter á todos los pueblos del Universo la proposición de fijar las substancias y proporciones de la moneda en que han de comerciar los pueblos todos. Jamás pudiera llegar la locura de una nación hasta prescindir, al fijar la moneda que le sirve para tratar, de las naciones con que ha de hacer los tratos. Sueño sería también, impropio de la generosidad y grandeza á que están obligadas las repúblicas, negarse, directa ó indirectamente, con violación de los intereses naturales y los deberes humanos, al trato libérrimo con los demás pueblos del globo.

Las puertas de cada nación deben estar abiertas á la actividad fecundante y legítima de todos los pueblos. Las manos de cada nación deben estar libres para desenvolver sin trabas el país, con areglo á su naturaleza distintiva y á sus elementos propios. Los pueblos todos deben reunirse en amistad y con la mayor frecuencia dable, para ir reemplazando, con el sistema del acercamiento universal, por sobre la lengua de los istmos y la barrera de los mares, el sistema, muerto para siempre, de dinastías y de grupos. Pero, en este caso concreto, cree firmemente la Comisión que no existiendo condiciones nuevas, ni nuevos argumentos, con que influir de un modo na-

tural en el ánimo de una conferencia de los países del mundo, sobre puntos que se debatieron, por peritos en gran parte vivos, en dos conferencias recientes, se correría el peligro, con una invitación no bastante justificada, de alarmar con temores, no por infundados menos ciertos, á los poderes, que pudiesen ver en la convocatoria cierto empeño, aunque hábil y disimulado, de precipitarlos á una solución á que de seguro llegarán antes por sí propios, caso que quieran llegar, que si se les excita la suspicacia ó se lastima su puntillo, con una insistencia que no tendría la razón de allegar al problema un solo factor nuevo de importancia, ni un solo dato desconocido.

Y acontecería que el recurso propuesto por la delegación de los Estados Unidos para acelerar la solución del problema contribuiría á retardarla. Cree esto firmemente la Comisión; pero en el caso de que esta Conferencia Universal fuese convocada por alguna de las naciones en ella interesadas particularmente, bien de Europa, ó de América, es la Comisión de parecer que no habría ya la menor causa de objeción, y deberían las repúblicas americanas, si lo tienen á bien, concurrir á defender, en el caso probable de su asentimiento, las soluciones que la delegación de los Estados Unidos recomienda, y que la Comisión estima conciliadoras y sensatas. No ha de haber prisa censurable en provocar, ni en contraer entre los pueblos compromisos innecesarios que estén fuera de la naturaleza y de la realidad. Ni han de negarse los pueblos, por reparos pueriles, á tratar unidos cuantos asuntos tiendan á fomentar, por el cambio amistoso de las ideas y el creciente conocimiento y respeto mutuos, los intereses legítimos, cuyo comercio natural asegura, en vez de comprometer, la paz de las naciones.

Con este espíritu y con cordial aprecio del que visiblemente anima las proposiciones de la delegación de los Estados Unidos, la Comisión de estudio, conservando íntegras la primera y segunda de ellas, y alterando sólo la tercera, tiene el honor de someter á la Comisión Monetaria, en cumplimiento de su encargo, las siguientes proposiciones:

I.

Que reconociendo plenamente la gran conveniencia é importancia que vendría al comercio de la creación de una moneda ó monedas internacionales, no se cree por ahora oportuno recomendarla, vista la actitud de algunos de los grandes poderes comerciales de Europa hacia la plata, como uno de los metales en curso, y los diversos tipos de relación establecidos entre el oro y la plata por los varios países representados en la Comisión.

II.

Que muchas de las dificultades para el establecimiento de una moneda ó monedas internacionales podrían desaparecer con la adopción del bimetalismo y el establecimiento de una relación común entre el oro y la plata por los grandes poderes comerciales.

III.

Que sería conveniente que se reuniese, en Londres ó en París, una Conferencia Monetaria Universal, con asistencia de los países americanos; y que la Comisión recomienda la asistencia á ella de todas las repúblicas.

INDICE

Páginas

Introducción, por Gonzalo de Quesada. 5

NUESTRA AMERICA.

José Martí (Album de "El Porvenir"), por Enrique Trujillo. 11
Martí, por Eduardo Varela Zequeira. 21
Martí (páginas del libro "A través del mundo"), por Carlos A. Aldao. 25
José Martí. (Tomado del libro "Artículos y Discursos"). 33
A José Martí, por Carlos R. Menéndez. 39
Duelo de América, por Federico Henríquez y Carvajal. 45
José Martí, por Rufino Blanco Fombona. 51
Homenaje á José Martí.—Discurso pronunciado por el Ldo. Mario García Kohly en el Ayuntamiento de la Habana, el 7 de diciembre de 1901. 57
José Martí, por Félix Matos Bernier. 69
Nuestra América. 93
Mente Latina. 99
México en 1882. 105
La Industria en los Países Nuevos. 113
El Tratado Comercial entre los Estados Unidos y México. 119
México, los Estados Unidos y el Sistema Prohibitivo. 129
Adelantos en México.—Mejora y cruzamiento de caballos.—Varias razas.—Crónica de Zootecnia. 137
México en "Excelsior". 145
Juan José Baz. 151
Juan de Dios Peza. 157
Guatemala. 165
Guatemala.—La Tierra del Quetzal. 233
La Escuela de Artes y Oficios de Honduras. . . . 241
La estatua de Bolívar por el venezolano Cova. . . 245
El centenario de Bolívar en Nueva York. 253

Páginas

D. Miguel Peña 261
Guerra literaria en Colombia.—''El Joven Arturo'', de R. Mc Douall.—''La Escuela'', de Santiago Pérez 287
Libro Nuevo.—Los recuerdos de un octogenario.—Memorias de la Independencia.—San Martín.—O'Higgins, Cochrane, Blanco, Carrera 301
Buenos y malos americanos 309
Buenos Aires 315
Juárez 323
Juan Carlos Gómez 329
La República Argentina en el exterior.—Una sesión en la Cámara de Comercio de Nueva York.—La palabra de un antiguo amigo.—Su influencia benéfica.—Línea de vapores al Plata.—Deberes de los Estados Unidos para con la República Argentina.—La lana ''ad valórem''.—¡Mejores Diplomáticos! 343
''La Pampa''.—Juicio crítico 357
Informe presentado el 30 de marzo de 1891, por el señor José Martí, delegado por el Uruguay, por encargo de la Comisión nombrada para estudiar las proposiciones de los delegados de los Estados Unidos en la Comisión Monetaria Internacional de Washington 373

CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta antes de la última fecha abajo indicada.

F1408
M3
v.9
CAP.
8044
AUTOR
MARTI, José
TITULO
Nuestra América
Ale